CIUDAD VIOLENTA, UNA HISTORIA DE ZOMBIES

JORGE BALDERAS GÁLVEZ

Este libro está dedicado a mis amigos (los verdaderos), aquellos que leían mi blog cuando pensé que nadie lo hacía. A los amigos que se me acercaban y me decían que habían leído tal o cuál entrada y querían saber qué pasaba después y me motivaban a terminar esas historias.

A Javi, particularmente, quien es actualmente la única persona en el mundo que tiene un ejemplar no oficial de mi primer libro.

Chavos, esta historia es para ustedes; ustedes son el carburante que da vida al motor de este libro.

Jorge Balderas Gálvez

Domingo 8 de Enero de 2017

Ciudad Violenta:
Una historia de Zombies.

CAPITULO 1

EL ASESINO DEL METRO

1

Nadine Velázquez era una mujer a quien le gustaba seguir la rutina. Le gustaba el orden y se sentía más tranquila cuando todo estaba en su debido lugar. Despertaba todos los días a la misma hora, así fuera fin de semana, y su rutina sólo variaba en que los fines de semana no iba al trabajo.

Su cerebro, al igual que su rutina, era estructurado y lo mantenía siempre en orden; tanto sus pensamientos como emociones estaban siempre en el cajón que les correspondía y jamás se movían de lugar. Algunas personas podrían decir que Nadine era una mujer fría, carente de sentimientos, y la mayoría del tiempo tendrían razón. Pero desde hacía un mes, eso había cambiado. Alguien había comenzado a causar un efecto extraño en ella. Un hombre capaz de hacer que una nube de sentimientos que le resultaban extraños, tales como la lujuria y el deseo carnal, se arremolinara en su bajo vientre, con un cosquilleo tal que llegaba a rayar en un dolor sublime.

Hoy era lunes, y como todos los lunes (y el resto de días) se levantó a las siete en punto de la mañana. Salió de la cama, siempre del lado derecho —las supersticiones que su madre le había inculcado, habían calado profundo en su ser—, se calzó unas pantuflas que le resultaban absurdamente ridículas, pero eran regalo de su madre, además de que de hecho sí eran muy cómodas, así que con tranquila resignación las usaba, al menos hasta que estuvieran lo suficientemente gastadas como para finalmente poder tirarlas. Mientras fueran útiles, tendría que usarlas, si algo no hacía jamás Nadine, era desperdiciar el dinero. Se metió a bañar, su ducha duraba siempre quince minutos. Metía el celular al cuarto de baño y ponía el temporizador mientras dejaba sonando el celular con las *Power Ballads* de los años ochenta que tanto le gustaban.

Mientras se enjabonaba, su mano empezó a deslizarse peligrosamente por el vientre, bajando, deslizándose en un camino sinuoso como una serpiente resbaladiza hacia su sexo. Sus dedos encontraron el camino y comenzaron a moverse juguetonamente por los labios de su vagina mientras en su mente proyectaba la imagen de aquel hombre. El hombre que se había colado en sus pensamientos y la provocaba a masturbarse en plena mañana en la regadera como una

adolescente precoz con un amor imposible por el joven profesor de literatura.

El reloj sonó, los quince minutos terminaron y Nadine se obligó a salir de su ensoñación. Su mano dejó de ser el pene imaginario de aquel hombre y se enjuagó velozmente. Al salir de la regadera se miró detenidamente en el espejo colgado encima del lavabo. Su cuerpo le encantaba, y más valía que así fuera. Parte importante de su rutina era asistir con religiosa regularidad al gimnasio. Los martes y jueves practicaba yoga, mientras que lunes miércoles y viernes llevaba una rigurosa rutina de pesas, durante la cual se ponía los audífonos con música a todo volumen y hacía caso omiso de todo y de todos, en especial procuraba ignorar con énfasis a los tipos platicadores y sus torpes intentos de coqueteo. Nadine siempre decía que su cuerpo era un templo, el único lugar que tenía su alma para vivir. Y también decía que en un cuerpo sano, habita una mente fuerte. Y a Nadine le gustaba considerarse una mujer fuerte. Fuerte e independiente. Y cómo tal, no necesitaba a ningún hombre.

Pero aun así, ese hombre despertaba sentimientos extraños en ella. Lo veía todas las mañanas. Al igual que ella, tomaba el metro que cruzaba la ciudad de México, siempre a la misma hora. Ella iba sentada, casi siempre alcanzaba lugar, él por lo general también iba sentado frente a ella pero varios lugares más a la izquierda, excepto cuando le cedía su lugar a alguna viejecita, mujer embrazada o en general a cualquier persona que lo necesitara más que él. Él representaba a la perfección al clásico boy scout; el chico al que todas las chicas ignoran o rechazan en la prepa por ser demasiado bueno, demasiado aburrido, pero que al pasar los años y mantener su esencia intacta, se vuelven los hombres más deseados por las mujeres adultas que buscan un buen padre para sus hijos.

Ese hombre le recordaba al clásico niño nerd de la primaria o quizá de la secundaria. Aquél niño que por ser pálido, pequeño y debilucho hacía que despertara en ti un incipiente instinto maternal y quisieras protegerlo a toda costa. A tus amigas les decías que obvio, por supuesto te gustaba el niño rico de la escuela o el más deportista, pero en tu fuero interno sabías que estabas irremediablemente enamorada —sin saber por qué— de ese niño. Y más adelante, durante la adolescencia volvías a renegar de tus sentimientos por él y tu alma rebelde te hacía irte con los tipos rudos, a los que les gustaba alardear, tipos mayores que fumaran y tomaran alcohol, si tenían una moto ruidosa, mejor. Pero eventualmente, esos tipos terminaban por aburrirte y terminarías cayendo rendida en los brazos del niño nerd, como siempre debía haber sido.

Siempre con el cabello negro cortado perfectamente, quizá

ligeramente largo pero peinado impecablemente de lado, ese hombre le hacía pensar a Nadine que quizá ella misma ya se había convertido en esa mujer, aquella en busca de un buen padre para sus hijos todavía nonatos. Y que probablemente el cúmulo de emociones desatadas en su mente así como en el montículo de su sexo no eran otra cosa sino el instinto maternal instándola a tomar una decisión.

Se secó con diligencia cada centímetro de su cuerpo y después se miró al espejo, no era una mujer bonita, eso lo sabía de sobra, pero la mayoría de la gente podría llegar a considerarla guapa. Tenía unos rasgos duros pero estéticos, enmarcados por un cabello negro que peinaba siempre amarrado en una cola de caballo. Y lo que más le gustaba, eran sus ojos de un negro profundo, dos pozos de azabache que si querían, podían hacer que cualquier hombre se perdiera en ellos y terminara enamorado. Pero Nadine no era una mujer a la que le importara que hubiera alguien enamorado de ella.

Una camisa y un traje sastre era su atuendo de hoy. En el último instante, justo antes de salir de su apartamento, en un acto impulsivo, cambió sus zapatos planos por unos tacones, sin querer aceptar conscientemente la razón de por qué lo hacía. Negándose a admitir que quería verse bonita para ese hombre desconocido con quien se cruzaba todos los días camino al trabajo.

En fin, salió de su casa y con paso presuroso, intentando compensar el minuto que había perdido cambiándose de zapatos, llegó hasta la estación del metro. La ciudad encapotada bajo un cielo gris, era un caos como siempre, hileras interminables de coches parecían estar estacionados en la súper avenida central que cruzaba toda la ciudad. Los cláxones de los autos cantando su estruendosa canción carente de todo ritmo. Pero dentro de ella, su corazón latía más rápido que de costumbre, quizá por la caminata, quizá por otra razón, quizá anticipándose a algo que Nadine iba a hacer dentro de algunos minutos. Tal vez aunque su cerebro negara el deseo de hablarle, que moría por hacerlo, su corazón en cambio ya lo había decidido.

El vagón llegó, ella subió, se sentó y esperó. Se sentía como una fiera leona aguardando escondida pacientemente, a que llegue su campante y despreocupada presa.

Los minutos pasaron y al fin llegaron a la estación donde debería subir el hombre misterioso, el boy scout que había capturado los pensamientos de Nadine. Las puertas del vagón se abrieron, la gente salió y los segundos comenzaron a transcurrir como si cada uno fuera una gota de eternidad, al tiempo que la gente subía al vagón; mujeres y hombres vestidos para ir al trabajo en la oficina, vendedores ambulantes esperanzados de poder vender sus productos y uno que otro anciano que parecía totalmente fuera de lugar; pero Nadine no

veía al hombre entre ellos. La desesperación hizo mella en ella, y luego desapareció dejando en su lugar una fría resignación.

Pero entonces pasó. Un brazo detuvo las puertas del metro antes de que se cerraran, las puertas correderas al ver obstruido su camino se volvieron a abrir y el hombre entró de un brinco. Nadine sonrió internamente al constatar que, como todos los lunes, el hombre llevaba un traje elegante en vez de los suéteres de oficina que usaba el resto de la semana. Una fugaz sonrisa iluminó su rostro durante un instante, como una estrella fugaz que incendiara el cielo para desaparecer un instante después.

El hombre se sentó frente a ella, como hacía habitualmente. Nadine le arrojó una mirada de soslayo, y discretamente se desabrochó el primer botón de la camisa. Volteó hacia otro lado y por el rabillo del ojo se fijó que él la miraba. Volteó rápidamente y él como una gacela veloz desvió la mirada de sus pechos, apenado. Bien. Ahora más que nunca se sentía como la leona que sabía que era. Su presa había mordido el anzuelo. Sacó su bolso y tonteó con el celular unos momentos, después dirigió la mirada hacia el hombre y le sonrió abiertamente, al tiempo que con un movimiento cargado de coquetería se acomodaba un fleco que había quedado suelto, detrás de la oreja, y ponía una cara que emulaba a una inocente niña de secundaria que coquetea por primera vez. Sabía de primera mano que eso excita a la mayoría —si no es que a todos— de hombres.

Llegaron a la siguiente parada y los asientos a ambos lados de Nadine se desocuparon. Este era el momento de la verdad. Un segundo de espera, el cual se distendió por lo que pareció una eternidad y después el hombre hizo exactamente lo que Nadine esperaba que hiciera. Se puso en pie y con un ágil y rápido movimiento, cruzó al lado de Nadine y se sentó junto a ella.

—Hola —dijo él de forma casual —me llamo Milo.

Su voz era ligeramente aguda, no era la voz grave y fuerte de los machos en las películas de Hollywood, pero a su propia manera era sensual, era la voz de un hombre que te seduce de manera subrepticia, sin que te des cuenta hasta que es ya demasiado tarde.

—Yo me llamo Nadine —respondió ella abandonando el papel de niña de secundaria y presentándose ahora como la mujer segura de sí misma que era.

Perfecto, pensó Nadine, todo salió perfecto. Ahora más que nunca se sentía como la leona experimentada que acaba de atrapar a una presa fácil, una presa que se presenta ante ella y por sí misma en bandeja de oro.

Si tan sólo Nadine supiera la verdad, sabría quién es

verdaderamente la presa y vería que ella no es más que una inocente Caperucita Roja que acaba de caer en las garras del Lobo Feroz; un lobo, dicho sea de paso, de la peor especie.

2

El agente Norman Hayes tomó un sorbo a su taza de café y miró alrededor. La sede central de la policía en la ciudad de México no estaba tan mal, claro después de que te acostumbrabas al incesante barullo y a las cientos de personas en un mismo lugar, que de no estar abarrotado, podría considerarse espacioso. El piso del edificio en que se encontraba era una enorme estancia rectangular, ocupada en su mayor parte por cubículos y más cubículos (donde las computadoras de los agentes peleaban por su lugar en los escritorios en contra de toneladas de papeles, archivos y los contenedores de estos) en la parte de en medio, bordeados por oficinas en las orillas. Norman se hallaba sentado afuera de la oficina acristalada del comisario general, a la espera de que éste terminara la junta en la cual se encontraba con algunos de sus subordinados. Miró su café antes de darle un trago. Su última novia (una rubia despampanante) siempre lo molestaba, porque decía que cuando iban por café a un Starbucks o a alguno de esos lugares, a lo que él pedía no se le podía llamar café sino más bien postre. Y así era, odiaba el sabor amargo de un café negro, así que siempre lo pedía tan dulce como fuera posible. Aun estando en una comisaría de policía, le había echado tanta crema a su café americano qué más bien parecía café con leche. Inclinó el codo y apuró el resto de un trago.

Pensó por un momento en aquella rubia despampanante, muy por encima de su liga, parecía una supermodelo, pero no de pasarelas, sino de esas que se dedican a salir semidesnudas en las revistas mensuales para “caballeros”; ese era uno de los pocos beneficios verdaderos de ser un poli, la mayoría de las chicas se derretían por los hombres con placa o cuando mínimo tenían algún tipo de fetiche, ya fuera con el uniforme (aunque Norman hacía dos años que no usaba uniforme) o con las esposas, o algo. A Norman le daba igual la razón, lo importante era que a las chicas les gustaban los polis. Bueno, cierto tipo de polis. Los que eran gordos y patéticos (la mayoría), para ellos ninguna placa ni ningún puesto les ayudarían nunca a conseguir una chica. Pero si eras un tipo más o menos apuesto como Norman y te mantenías en buen estado físico, como la mayoría de los novatos, tus probabilidades para ligar eran bastante buenas.

Aparte que tener ascendencia irlandesa por parte paterna también le ayudaba un poco a la hora de destacarse entre el resto. No es que fuera pelirrojo (afortunadamente, de lo contrario habría sufrido más tormentos de los estrictamente necesarios en el colegio) ni nada por el estilo, pero los rasgos latinos heredados de su madre, contrastaban de

manera eficaz con las expresiones duras tomadas de los genes paternos. Y tenía un cabello negro y espeso que aunque siempre parecía negarse a permanecer peinado, a las chicas parecía encantarles, como si creyeran que estar algo despeinado todo el tiempo fuera una característica propia de las personas que poseen algún tipo de genialidad. Así que si pensaban eso, por él no había problema.

Se percató que la asistente del comisario, una mujer de edad avanzada, la clásica asistente viejecita cliché, lo miraba fijamente desde detrás de su cubículo, mientras él se encontraba en su ensoñación. Le sostuvo la mirada, la viejecita se subió los lentes en un gesto cascarrabias, gruñó algo ininteligible y volvió a bajar la mirada hacia el teclado de la computadora.

La puerta a un lado suyo se abrió, sacándolo de su ensimismamiento. La chica supermodelo y su colección de tangas diminutas, junto con los pensamientos sobre su ascendencia se difuminaron al instante de su mente, dejando en su lugar un profesionalismo eficaz y una personalidad competente y eficiente, apta para realizar cualquier tipo de misión sin importar cuán difícil pudiera llegar a ser.

Un puñado de policías viejos, posiblemente comandantes y algún que otro investigador, empezaron a salir en tropel de la oficina. El agente federal Norman Hayes se puso lentamente en pie y con gesto arrogante se estiró de manera exagerada para desperezarse, después de haber esperado sentado ahí durante poco más de quince minutos.

Cuando todos hubieron salido, miró hacia la asistente y enarcó una ceja a modo de pregunta. Ella se limitó a gruñir y con un gesto le indicó que ya podía pasar. Norman le sonrió, giró el cuerpo y entró a la oficina. Era más grande de lo que parecía, había un sofá en un extremo que parecía cómodo y varios cuadros de artistas renacentistas colgaban de las paredes, y las persianas bajadas no le habían permitido darse cuenta que aún había un hombre con el comisario. Supo quién era el comisario ya que éste se encontraba tras el único escritorio de la amplia oficina. El otro hombre tenía algo en su persona, un cierto aire de grandeza que hacía te fijaras en él, que no pudieras pasar en alto su presencia.

—Tenemos que encontrar a esos bastardos— dijo el hombre, con la decisión marcada en su grave voz.

—Ya te lo dije —se limitó a responder el comisario—, eso haremos, pero cuando el momento sea preciso, mientras trata de no perder la compostura. Y ahora ve a interrogar a ese muchacho, al que casi mata a golpes al vagabundo.

—Como sea —fue su cortante respuesta.

Aquel hombre alto, mediría por lo menos un metro ochenta y cinco, con un bigote enmarcándole el duro rostro, y piel bronceada, recordaba a algún jefe de una tribu de antiguos guerreros aztecas, emanaba una seguridad tal que aun estando en un nivel jerárquico menor al del comisario (Norman podía detectar a un detective a kilómetros de distancia), podía darse el lujo de contestar como si estuviera hablando con alguno de sus camaradas investigadores y no ante el hombre que firmaba su nómina.

El hombre alto dio media vuelta, pasó junto a Norman sin apenas percatarse de su presencia y salió de la oficina.

—Ese hombre parece que tuviera la misión de salvar el mundo, eh —comentó Norman.

El comisario no rio de su intento de chiste y se limitó a mirarlo fijamente. Norman bajó la mirada hacia la placa que descansaba sobre la mesa de roble o de caoba, o de algún tipo de madera fina y leyó el nombre: Rafael Solís.

—Ese es Miguel Prado, uno de mis mejores investigadores. Y sí, cree que le ha sido asignada la misión de salvar al país por sí solo. Ya le he dicho que es peligrosos enfrentarse solo a los peligros que esta ciudad encierra. Pero qué se le va a hacer, tiene el alma de un idealista empedernido. Yo soy Rafael Solís.

Estiró una mano y Norman se apresuró a estrecharla. El comisario, aunque ya parecía estar a punto de entrar en sus sesenta años (algo que quedaba de manifiesto por su cabello blanco, aunque con algunos atisbos del pretérito negro), seguía teniendo el apretón con la fuerza de alguien veinte años más joven.

—Norman Hayes, agente federal —respondió.

—Ya sé quién es usted y qué hace —le dijo en tono malhumorado —, a fin de cuentas, yo lo mandé llamar. Ahora dígame ¿tiene una idea de por qué lo mandamos traer?

Norman no quería ser arrogante (bueno, tal vez un poco), pero desde que era niño no podía evitar dar respuestas que encolerizaban de alguna u otra manera a las figuras de autoridad a su alrededor.

—Imagino que, o las pruebas de algún caso se les han acabado, o tal vez no han logrado reunir ninguna prueba que les sea de utilidad. Sea la situación que sea, debe ser un caso importante, y al verse terminadas sus opciones de investigación ortodoxa, han decidido recurrir a uno de los mejores perfilistas del país, en un intento desesperado de dar con algún sospechoso y poder de esta forma hacer avanzar la investigación. ¿Es correcto o me equivoco? —enarcó una

ceja para enfatizar la pregunta.

El comisario le lanzó *La Mirada.* La mirada que compartían sus antiguos maestros del colegio, el director de la preparatoria y los jefes en sus primeros trabajos —por lo general de medio tiempo—, cuando apenas era un estudiante de psicología. Una mirada de hastío, la mirada que le arrojas a un crío que se quiere pasar de listo, una mirada que quiere decir: estoy a punto de darte una patada en el culo, maldito mocoso arrogante. Y eso, a Norman le seguía encantando tanto ahora, como cuando era un adolescente perdedor en la secundaria.

—Pues sí, tiene usted toda la razón —confesó no sin cierto desagrado —tenemos a los medios encima de nosotros, la opinión publica nos ve con enojo, como si fuéramos incapaces de atrapar a este tipo, incapaces de proteger a los ciudadanos —hizo una pausa, como para calibrar el peso de lo que diría a continuación —y en cierta forma, lo somos.

Esperó a que Norman dijera algo, pero como éste se limitó a guardar silencio y sólo asentir con la cabeza, continuó:

—No tenemos pruebas para atrapar a este maldito enfermo, a este psicópata, supongo que ya lo habrá visto en las noticias, ya sabe lo que este jodido animal le hace a las mujeres.

—Los medios se han ensañado con el asunto, no hay día en que no se hable de él —respondió Norman con sutileza, intentando reparar a pequeños pasos su arrogancia de hace unos momentos.

El comisario se sentó y se pasó las manos por la frente y el cabello, hasta dejarlas en la nuca en gesto de desesperación.

—No tenemos nada, absolutamente nada. No tiene ningún patrón que hayamos podido identificar, desconocemos su Modus Operandi, mierda, ni siquiera las chicas tienen relación unas con otras, además del hecho que todas son blancas y de pelo negro.

—¿Las edades? —inquirió Hayes. Su mente comenzaba ya a activarse y a meterse en el papel de agente bien entrenado.

—¿De las víctimas?

—Sí.

—Ni siquiera en eso están relacionadas —contestó el comisario —la más joven tenía trece años, y la mayor estaba a punto de cumplir sesenta. Parece que cualquier edad es buena para él.

En algún punto de la charla, se habían sentado sin percatarse de ello. Cada quien a un lado del elegante y espacioso escritorio.

—Y bueno, los altos mandos dicen que usted ha hecho verdadera

magia en casos como estos —apuntó el comisario.

—¿Casos que carecen de pruebas? —Hayes enarcó una ceja nuevamente. El comisario lo miró con expresión malhumorada e instantáneamente Norman reprimió la sonrisa irónica que había estado a punto de aflorar a sus labios. —No es lo óptimo, ni lo que preferiría, pero así es, este tipo de casos son mi especialidad —terminó, ahora sí, con un tono de voz profesional y serio.

—Necesitamos que se ponga manos a la obra de inmediato, señor Hayes. Mi asistente me informó que su oficina ya está lista. Así que en cuanto se instale dígame qué es lo que necesita para iniciar su trabajo.

—Me parece perfecto —contestó, lo más educadamente que le fue posible —me gustaría conversar lo antes posible con el detective a cargo de esta investigación.

—Póngase cómodo e instálese en su oficina —le respondió el comisario —.Yo le diré al agente González que vaya a verlo lo antes posible.

Le hizo una seña a Norman Hayes para que se retirara. Éste se puso en pie y salió de la oficina del comisario. Esperaba que el agente González, con quien iba a trabajar muy de cerca y probablemente fuera su compañero durante la investigación no fuera tan odioso como el comisario Rafael Solís.

3

Cuando Nadine Velázquez entró al apartamento de Milo (cuyo nombre se pronunciaba en inglés) no pudo evitar dejar escapar un suspiro de asombro. Era más grande que la mayoría de casas que ella conocía; un techo tan alto que podría haber habido dos departamentos ahí, uno encima de otro, y su tamaño era de todo el ancho del edificio. En los pisos inferiores, Milo le había explicado que cabían cuatro departamentos por piso, así que el suyo tenía la extensión de cuatro enormes departamentos.

Se habían conocido esa mañana, en el metro, después de que Nadine utilizara sus encantos de hembra dominante para hacer que él se acercara a ella. El hombre que hasta ese día había sido un completo extraño con el cual se encontraba en el metro de camino al trabajo, se había acercado hasta ella, y tras hacerle conversación, la había invitado a salir.

—Pero tengo que ir a trabajar —se había excusado ella.

—Claro que sí —respondió él con una tímida sonrisa —yo también, no te estoy diciendo que salgamos en este instante, pero por la tarde, podríamos ir a algún lindo restaurante después del trabajo.

Ella lo miró con expresión pensativa.

—Ya sabes, para sacar el estrés de un maldito día en la oficina —siguió intentando él.

—Es lunes —lo rebatió ella.

—Qué más da el día que sea, eso no debería limitarnos —le lanzó la mirada de ojos grandes del gatito astuto que espera convencer a su dueña para que le dé un poco de esa deliciosa comida de humanos.

Ella a su vez le regaló una mirada juguetona. La estación donde tenía que bajar se acercaba peligrosamente. Además de las *power ballads* que escuchaba en la regadera, a Nadine también le fascinaban las películas ochenteras, aquellas como *Sixteen Candles*, donde las chicas tomaban por primera vez un rol activo en el cine y dejaban de ser las clásicas damiselas en apuros, para convertirse en mujeres fuertes, capaces de tomar las riendas de su situación romántica y ser ellas las que llevaran la batuta en una relación. Así que imaginó qué haría Molly Ringwald en esa situación y actuó en consecuencia.

—Vamos a hacer lo siguiente —propuso ella. Él le arrojó una mirada interrogativa, totalmente intrigado —. Dame tu número

celular y yo te marco en la tarde, para decirte qué decido.

Una sonrisa amarga cruzó el rostro de Milo. Probablemente era el tipo de chico tímido a quién las chicas (sobre todo durante la adolescencia) han bateado de mil y una maneras diferentes. Nadine supuso que esa había sido una de ellas.

—Oye, tranquilo, sí te voy a llamar —aseguró Nadine —, yo no soy como el resto de chicas.

Ahora Milo la miró con una expresión de real intriga, preguntándose qué tan honesta era la mujer que tenía enfrente.

Nadine sacó el celular del bolso con un ágil movimiento. El celular era delgado como una oblea y transparente, como si fuera de cristal, aunque no era de última generación, a Nadine todavía le gustaba. Pulsó el centro de la pantalla y cuando el lector de huella digital escaneó la suya, el aparato cobró vida y se llenó de color. Alargó hacia Milo el celular.

—Escribe tu número —lo apresuró ella.

Y así lo hizo. Y el resto, como suele decirse, es historia.

Ella le habló por teléfono en la tarde, después de la hora de la comida, tal como prometió. Se pusieron de acuerdo en verse en una plaza que les quedaba cerca a ambos. Él se ofreció a ir por ella en un taxi, pero ella lo rechazó, alegando que perderían demasiado tiempo así, y que era mejor encontrarse en un punto intermedio.

Se encontraron en una plaza gigante, con una bóveda inmensa bajo la que estaban los seis pisos llenos de tiendas de ropa, locales de comida rápida, cines, restaurantes y quioscos.

Milo había elegido esa plaza porque además de quedarle cerca a ambos, él decía que ahí había un restaurante francés que le encantaba. Nadine se preguntó si no sería demasiado para el presupuesto de Milo, pero si él lo había sugerido, entonces no había de qué preocuparse.

En el restaurante, Milo se comportó con desenvoltura, lucía fresco, como si acabara de despertar, pidió la cena por ambos (como hace el protagonista multimillonario en las películas), y fue todo un caballero. Charlaron de temas triviales y se relajaron en la compañía mutua. Tanto así, que ni siquiera tuvieron que hablar de temas laborales para hacer plática, podían hablar de lo que fuera y no hubo un solo silencio incómodo entre ellos durante toda la cena, de forma que al terminar de cenar, Nadine aún no sabía a qué se dedicaba Milo y viceversa. La botella de vino se terminó poco después de la cena y esa fue la señal para saber que era hora de irse a casa, al fin y al cabo apenas era lunes.

Estaban esperando el taxi que llevaría a Nadine a casa, y Milo seguía comportándose como un caballero. Tanto que Nadine comenzaba a exasperarse. Al parecer no intentaría besarla ni nada por el estilo, de hecho, había mantenido el contacto físico reducido al mínimo durante la velada, ella era la que había tenido que iniciar casi todos los roces de piel. En fin, era un caballero en toda la extensión de la palabra. De esos que no te besan en la primera cita, ya sea por timidez o porque son tan de la vieja escuela que no lo creen correcto.

Pero Nadine no era en absoluto de la vieja escuela. Ella era como la chica de *Ciencia Loca*, una mujer independiente que creaba sus propias reglas y no se deja dominar por nadie, una chica por la que todos morían, pero prácticamente inalcanzable. Así que al menos por esa noche, ella pondría las reglas.

Ahí parados, en medio de la calle y bajo el frío otoñal, Nadine se acercó a Milo, rodeó con sus brazos el cuello de él, lo atrajo hacía sí y al tiempo que se paraba en la punta de los pies, estampó un sonoro beso en los labios desconcertados del hombre. Pero un segundo después, los labios de Milo tomaron el timón y le devolvieron un beso que le supo a gloria y que habría podido extenderse hasta el infinito. Eso claro, si no hubiera llegado el inoportuno taxi rompiendo la magia con el bocinazo que dio.

—Vamos a tu casa —había dicho ella en un arranque pasional.

No tenía ni idea de qué se había apoderado de ella, sólo sabía que esa noche se sentía como una mujer fuerte, una mujer independiente, una mujer que toma las decisiones.

—¿E.. Es… Estás segura? —preguntó él.

—S..Ssss. Sí lo estoy —respondió ella, burlándose de su momentáneo tartamudeo.

Él rio y ladeó la cabeza, resignado a que Nadine era el tipo de chica que se burlan de ti sin reparos, pero con cariño. Le abrió la puerta y ambos subieron al taxi.

Y después habían ido al departamento de él. Y ahí es donde se encontraban ahora. Nadine sentada (casi acostada) en el inmenso sofá colocado justo en medio de la sala, frente a un televisor de sesenta pulgadas empotrado a la pared. El sofá era de cuero y estaba tan cómodo como una cama, y de hecho en una de las esquinas, se alargaba tanto donde debería estar el respaldo, que cabía una persona acostada.

El departamento en general tenía un estilo espartano, pero elegante. Nada sobraba, todo lo que había cumplía una función, carecía de decoración alguna y Nadine hasta se permitió imaginar,

divertida, que quizá Milo tenía un solo juego de cubiertos al igual que *Ben Affleck* en la película de *El Contador*.

Milo regresó con las bebidas, dos Martinis que, según decía él, eran su especialidad, y se sentó junto a ella, dejando unos pocos centímetros de espacio (que a Nadine le resultaron odiosos, otra vez su maldita caballerosidad) entre ambos.

—Sabes Milo —dijo ella con una sonrisa radiante en su boca —, aún no me has dicho en qué trabajas.

—¿Por qué quieres saberlo? —inquirió él en tono juguetón.

—Me intriga.

—¿A sí? ¿Por qué te intriga? —preguntó él.

—¿Quieres qué sea honesta?

—Por supuesto.

Ella echó una amplia mirada alrededor. Apuró un trago de su bebida y habló.

—Bueno, tu casa es impresionante…

—Gracias —la interrumpió. Ella le arrojó una mirada de reproche, la mirada de la madre reprendiendo al hijo o la novia regañado la pareja —Perdón. Continúa.

—Y me da curiosidad conocer la forma en que te hiciste de ella.

—Okay, te lo diré —contestó él. Un largo trago a su Martini—. Soy arquitecto. De los buenos.

Ambos rieron.

—¿Cómo es que puedes aforar un departamento como este y aun así seguir tomando el metro?

—Podría comprarme un auto —respondió secamente.

—Pero…

—Pero nada —rio —simplemente no me gusta mucho manejar. Aborrezco el tráfico de esta maldita ciudad. Además no creo ser apto para estar tras un volante.

—¿Tienes acaso algún trastorno psicológico que te lo impida? —preguntó Nadine burlonamente y se llevó el vaso a los labios.

La expresión de Milo se ensombreció por un instante, lo que dura una fracción de segundo. Por momentánea que hubiera sido esta oscuridad que atravesó sus facciones, Nadine probablemente se habría percatado de este hecho. Pero la acción de llevar el vaso hacia su rostro y empinarlo para beber, le había tapado momentáneamente la visión, por lo que jamás llegó a percatarse de la sombra que cubrió el

rostro de su recién concebido amante. De haberse dado cuenta, algo en ella se habría activado, un sexto sentido que a las mujeres les gusta denominar como intuición femenina, y la hubiera instado a inventarse alguna excusa para salir de allí, para alejarse corriendo e ir a un lugar público. Y eso probablemente le hubiera salvado la vida. O quizá no. Pero eso, jamás podrá saberse, ya que el hecho, lo que sucedió realmente, es que ella jamás vio, ni siquiera atisbó, esa oscuridad rampante.

—No, claro que no —respondió él, aliviado de que su momentáneo descuido hubiera pasado desapercibido—. Sólo no me agrada mucho, y no creo tener la paciencia adecuada para estar horas y horas tras el volante. Ahora ¿podemos cambiar de tema, por favor? —y al hacer la pregunta le regaló una de sus sonrisas perfectas, una de las sonrisas cuidadosamente estudiadas y practicadas durante años frente al espejo.

—Me parece bien —dijo ella —.Ya sé en qué trabajas, pero aún no sé cómo te apellidas.

—Yo tampoco sé aún su apellido, señorita.

—Eso no se vale, jovenzuelo, yo pregunté primero.

—Está bien, tú ganas. Mi nombre es Milo Vasco —dijo con un exagerado acento español al tiempo que hacía una reverencia, también exagerada.

—Es un bonito apellido.

—Ahora le toca a usted, jovencita —se acercó más y la tomó por la cintura.

Finalmente comienza a actuar como debe, pensó Nadine con alivio. Le gustaba la versión *boy scout*, pero ahora era el momento para que el *boy scout*, el *Dr Jekyll* dejará salir a *Mr Hyde*.

—Mi nombre completo es Nadine Velázquez —dijo ella imitando su tonta reverencia de hace un momento. Ambos rieron.

Milo Vasco llevó una mano al muslo de Nadine y los ojos a sus senos, unos ojos que ahora brillaban con ansía, con el hambre del náufrago que ve comida por primera vez en días. Su piel se estremeció debajo del traje sastre y sintió el viejo conocido cosquilleo en el vientre bajo acompañado de las primeras gotas de lubricación en su vagina.

Que lo haga ahora, que me bese ya, pensó con vehemencia. Milo se inclinó hacia ella y con la otra mano, la izquierda, la tomó del cuello con fuerza y la atrajo hacía sí. Se fundieron nuevamente en un beso que podría haber sido eterno. Sus labios tronando sonoramente, las lenguas en una danza casi sexual, sus cuerpos entrando en una

etapa de paroxismo. Ella no aguantó más, deseaba desnudarse, anhelaba sentirlo dentro de ella, su cuerpo lo pedía a gritos.

Separó su boca de la de él.

—Me encantas —le dijo con los ojos aún entrecerrados.

—Tú a mí más —respondió él de forma casi automática. Ella llevó la mano al sexo de Milo y sintió cómo se ponía duro bajo su tacto.

—Vamos a desnudarnos —dijo ella. —Quiero que me poseas.

—Claro que lo voy a hacer —contestó él con voz monocorde —. Pero antes, duerme.

El rostro de Nadine reflejó un sincero desconcierto cuando sintió un pinchazo en el cuello. ¿Qué rayos acababa de pasar? Se preguntó, pero su mente dejó de procesar ideas claras.

Vio el rostro de Milo Vasco; parecía el rostro de un robot, carente de empatía, frío y eficiente. Quiso preguntarle qué estaba pasando, de hecho lo intentó, pero las palabras no llegaron a su boca, no pudo formular la pregunta.

Lo último que vio fue el rostro de Milo, mientras éste se ponía en pie sujetando algo en la mano derecha (¿el objeto que había provocado el pinchazo en su cuello?), antes de que la oscuridad descendiera sobre ella, nublándolo todo, cubriéndolo todo.

4

Como no podía ser de otra manera (por supuesto que no) a Norman Hayes le asignaron la oficina más cercana a los baños. Si guardaba el suficiente silencio, casi podía oír a las personas al otro lado de la pared pujando y gimiendo mientras hacían sus necesidades. Tenía la sospecha de que hasta antes de su llegada, esa habitación diminuta ni siquiera era una oficina, posiblemente era una bodega o con más probabilidad, el cuarto de las escobas.

Siempre era lo mismo, en las agencias estatales no les agradaban nunca los agentes federales, como él. En ese aspecto todos tenían casi siempre la mentalidad de un campirano retrogrado. Creían que los agentes federales llegaban a recoger los frutos de lo que ellos habían cosechado y por tanto a quedarse con todo el crédito, crédito del que ellos se asumían completamente merecedores. Pero la verdad era otra.

Los agentes como Norman Hayes, entraban a una investigación cuando se cumplía alguna de las siguientes dos condiciones: o la investigación por parte de los agentes estatales llegaba a un punto muerto en donde carecían de pruebas para seguir investigando y por lo tanto necesitaban a alguien experto en psicología que les pudiera generar un perfil detallado del criminal a quien buscaban; o bien cuando se presumía que el criminal o sospechoso en cuestión había cometido varios crímenes (por lo general asesinatos o violaciones) en dos o más estados diferentes del país, entonces la investigación caía en jurisdicción de los agentes federales.

Y en este caso en particular, se cumplían las dos condiciones. Los agentes estatales carecían de pruebas para seguir con la investigación y además habían descubierto otros casos archivados en otros estados del país, donde el modus operandi y la forma en que las víctimas habían sido encontradas, resultaban incómodamente parecidos.

Y todo eso llevaba a Norman al lugar en que se encontraba ahora: el cuarto de las escobas, acondicionado a manera de oficina temporal para el agente federal al que ningún agente estatal quería.

Pero eso no le importaba, lo único que le interesaba era resolver ese caso, al fin y al cabo eso era para lo que se había enlistado, para atrapar a los monstruos disfrazados de oficinistas, amas de casa, padres amorosos, hijos e hijas modelo, maestras y sacerdotes.

Norman Hayes, en los pocos años que llevaba como agente (apenas tenía treinta y tres años de edad), había descubierto que el

mal se puede esconder en cualquier lugar. La viejita más dulce podría ser una mujer a la que le gustara ir a los hospitales a envenenar la comida de los pacientes mientras estos dormían. El padre más bondadoso y altruista de la iglesia podía ser un estafador, tener un negocio de trata de mujeres. El padre de familia más afectivo podía ser al mismo tiempo el pedófilo más entusiasta. En fin, había aprendido a temprana edad (aún antes de hacerse poli; incluso antes de estudiar psicología) a desconfiar de las apariencias, de las palabras sibilantes que podían salir de boca de los maniáticos que a simple vista te parecían las personas más normales y buenas del mundo.

En la vida real no era como en los cómics que leía de niño. Aquí los psicópatas, los degenerados y sádicos no se pintaban la cara de payasos, no vestían de manera extravagante con trajes morados, ni peleaban contra los justicieros de la noche como hacía el Joker. No, los peores monstruos se ocultaban bajo disfraces de débiles corderitos y se camuflaban en las redes de una vida normal, aburrida, rutinaria. Te los podías encontrar en la fila de la caja del supermercado, en la entrada del cine, en el parque, incluso en las reuniones de padres de familia en la escuela de tus hijos, y jamás se te ocurriría pensar mal de ellos. Y justo esa clase de degenerados eran los que Norman perseguía con mayor denuedo.

En medio de la estancia había un escritorio y tras él una silla giratoria de las más básicas, de esas que te hacen doler la espalda a los quince minutos de estar sentado en ellas. Había papeles encima del escritorio, un teléfono viejo y media docena de otros artículos carentes de alguna utilidad práctica.

Norman miró todo ese revoltijo, exhaló aire, intentando ganar algo de paciencia, pero no lo logró, así que se remangó la camisa. Con un movimiento intempestivo, llevó los brazos hacia el escritorio y arrastró todos los objetos hacia el borde de la mesa. Teléfono, papeles y demás objetos cayeron con estrépito al suelo. Empujó la silla hacía la pared opuesta a la puerta de entrada, colocó ambas manos en el escritorio y con un movimiento cargado de fuerza empujó el pesado mueble hasta pegarlo a la pared del lado de la puerta.

—Mucho mejor —dijo con satisfacción. Se frotó las manos en la clásica señal que indica un trabajo bien hecho y sonrió para sus adentros.

Entonces la puerta de su “oficina” se abrió.

Por la puerta pasó un hombre que parecía ya bien entrado en los cuarenta, pero no se veía joven ni bien conservado. Tenía la piel apergaminada de un bebedor empedernido, el cabello que probablemente hasta hace pocos años no estaba más que cubierto por

algunas canas, ahora comenzaba a encanecer seriamente y tenía una barba de candado igualmente cubierta de cabellos plateados. Vestía un traje barato (como la mayoría de detectives, a menos que fueras de una familia rica y papi te comprara los trajes que quisieras) de color marrón y unos zapatos cafés sin mayor distinción.

En cuanto Norman vio la expresión de ese poli, supo instantáneamente que no iban a llevarse bien. Tenía una sonrisa burlona enmarcándole el rostro y por la forma en que miraba a Norman, supo que se divertía de lo lindo viéndolo en ese agujero de ratas. También intuyó que el hombre ya tenía una opinión preestablecida de él, y cualquier cosa que Norman pudiera hacer o decir, no lo haría cambiar de opinión. Siempre era lo mismo cuando se trataba de detectives estatales.

—Hola, soy Roberto —se presentó.

Norman giró el cuerpo hacía él.

—Norman Hayes —respondió, alargando la mano en respuesta al agente.

El agente recién llegado apretó con más fuerza de la que probablemente solía hacerlo, posiblemente en una estúpida muestra de superioridad. Pero Norman no era un debilucho (al menos no desde los dieciséis) y además inconscientemente ya se había preparado, así que respondió de igual manera, apretando con más fuerza de la debida; durante el segundo que duró ese apretón, ambos hombres se calibraron mutuamente, con la mirada fija en los ojos del otro.

Norman no sabría decir qué conclusiones sacó de él ese hombre, pero lo que él pudo deducir rápidamente es que aunque se trataba con toda posibilidad de un poli por lo general corrupto, cuando llegaba el momento de la verdad, se ponía la playera, cuando se trataba de atrapar a los verdaderos malos, y no sólo drogadictos o dealers de tercera en barrios pobres, estaría al final del día del lado de Norman. Y eso para él era suficiente.

—Supongo que tú eres el agente… —Norman rebuscó rápidamente en sus recuerdos, escarbando por el nombre —. González —terminó por fin.

—Así es, chico —respondió en tono condescendiente. Como si se preparara para hacer de mentor de Norman —. Detective González —puntualizó —. Supongo que tú me vas a ayudar a atrapar a ese asesino bastardo ¿no?

Lo voy a atrapar básicamente yo, pensó con sarcasmo Norman, siempre y cuando no interfieras más de la cuenta y no estorbes. Pero

lo que contestó fue algo un poco más cordial.

—Lo más pronto posible —dijo con seguridad.

Se llevó los brazos a los costados, con las manos en la cadera, como en la clásica posición de Peter Pan, suspiró y miró hacia su recién movido escritorio.

—Entonces creo que es hora de poner manos en acción, detective González.

—No comas ansias, hijo —respondió el hombre —. Pasa en un rato a mi oficina y comenzaremos a revisar los archivos y evidencia que hemos logrado reunir a la fecha.

—Sin ánimos de ofender, detective —dijo Norman con la voz un poco más aguda de lo que hubiera querido —, pero creo que cuanto antes nos pongamos manos a la obra, antes tendremos a ese bastardo asesino entre las rejas —dijo utilizando el mismo término para describir al asesino que González había usado previamente.

—Como quieras hijo —respondió condescendiente, entonces vamos a mi oficina.

—Gracias.

Intercambiaron nuevamente una mirada, intentando saber quién había ganado el primer round. Por lo visto era un empate. Salieron de la improvisada oficina/cuarto—de—las—escobas de Norman y avanzaron hacia el otro extremo del edificio, hacía lo que Norman presentía iba a ser una muy, muy larga investigación.

Si en ese momento hubiera sabido la verdad de lo que ocurriría, probablemente la perspectiva de pasar demasiado tiempo con el detective González y los demás agentes estatales no le parecería tan mala después de todo.

5

La oscuridad total se abatió sobre ella. Su cabeza parecía flotar, o más bien hundirse, en aguas densas, cada vez más profundas. Una incesante y dolorosa punzada le atravesaba el cráneo como si tuviera la punta de una lanza medieval atravesada desde la frente hasta la base del cuello. Pero la oscuridad poco a poco, lentamente, comenzó a disiparse. El negro total dio paso a un gris ambiguo, a esa oscuridad que no lo es, similar a cuando se ha hecho de día y la única protección que la oscuridad de tus sueños tienen son tus párpados, como los últimos centinelas entre tus sueños y los poderosos rayos del sol que golpean por entrar a tu rango de visión, abriéndose paso a arañazos por toda la superficie de tu habitación, y que por tanto hacen que la luz se mezcle con lo negro y comiences a entrever un color gris que hace que despiertes.

Lo mismo le sucedió ahora a Nadine Velázquez; al percatarse de su propio cuerpo, de su dolor, comenzó a abrir los ojos muy lentamente. ¿Qué demonios había pasado? se preguntó al tiempo que la conciencia del despertar iba descendiendo muy pero muy despacio sobre ella, como cuando la noche anterior se te han pasado las copas y aparte de despertar al día siguiente carente de recuerdos de lo que pasó en las últimas horas, también despiertas con los sentidos embotados y total y completamente desorientado.

Justo así se sentía, pero peor, la cabeza le escocía, sus extremidades le dolían tanto como si hubiera dormido en el transporte público durante horas y sentía el cuello mortalmente rígido. Finalmente abrió los ojos por completo, y ahora sí, el desconcierto cayó sobre ella como una fría marea inundando imprevistamente la bahía. ¿Qué puta madre estaba pasando? se preguntó ahora con el corazón comenzando a bombear sangre helada a través de sus venas.

Sus ojos, que deberían mirar hacia el techo, o hacia alguno de los costados de la cama, miraban fijamente hacia una pared plateada, impersonal. Quiso girar la mirada, no lo logró, su cuello permanecía trabado en esa posición. Se encontraba boca abajo, con el cuello levantado, sostenido por algo que la obligaba a mirar al frente. Sintió el frío beso del metal debajo de los pechos donde deberían estar las sábanas. Movió los brazos, no lo consiguió, intentó dar patadas al aire, sus piernas tampoco reaccionaban. Y ahora sí, al tiempo que una fría certeza se asentaba en su estómago como si la hubieran golpeado con un martillo, la desesperación se apoderó total y absolutamente de ella.

—Vaya, vaya, veo que finalmente has despertado, Bella Durmiente.

La voz le resultaba lejanamente familiar. Pero ¿de quién se trataba? El dueño de esa voz le resultaba conocido, como cuando ves antiguas fotos familiares y no reconoces a alguna de las personas, pero sabes que la conoces.

Entonces recordó todo. Los recuerdos acudieron a su memoria en tropel, agolpándose en su cabeza como una estampida de animales salvajes.

Recordó al hombre, el restaurante fino, el vino, el camino a casa en taxi. Recordó a Milo, el hombre del metro, el chico adorable. Pero ahora nada parecía tener sentido. Finalmente estando consciente al cien por ciento, se dio cuenta que sus piernas estaban atadas por los tobillos, los brazos por las muñecas. Piernas y manos también estaban atados entre sí por encima de su espalda. Se encontraba boca abajo sobre una mesa de frío acero, probablemente acero inoxidable, a juzgar por el color, y una correa que pasaba por atrás de su espalda la mantenía sujeta, y contra su voluntad, a la mesa. Gritó. Gritó con todas sus fuerzas, pero de su boca no salió más que un desesperado gemido. Tenía atado algo a la boca, algo redondo que no alcanzaba a ver, pero que mantenía su boca abierta en un grito mudo y eterno.

—Dormiste mucho menos que las otras —dijo el hombre, con una voz juguetona, como de niño —. Bien, eso es bueno, significa que estás en mejor condición física que la mayoría —dijo al tiempo que pegaba brinquitos alrededor de la mesa de Nadine —. Espero que disfrutes de tu estancia en mi casa de los suburbios, no es tan lujosa como mi apartamento en la ciudad, pero bueno…

Se alejó unos pasos y volvió cargando un espejo de cuerpo completo.

—Supongo que querrás ver lo deliciosa que te ves en la forma en que te preparé.

¿Qué mierda pasaba, qué era todo eso? ¿Acaso se había intoxicado con la cena o las bebidas y estaba teniendo la pesadilla más vívida de su vida? Su cabeza daba vueltas, sólo quería que acabara ya, que todo acabara, fuera lo que fuera lo que estaba sucediendo. Pero por mucho que lo deseara, por mucho afán que pusiera en despertar, sabía que no estaba soñando. Había sido secuestrada por un maldito psicópata y ahora no sabía cuántas veces el muy cabrón la violaría antes de… ¿antes de qué? No quería ni pensar en la respuesta.

El psicópata puso el espejo frente a ella. Cuando vio la imagen que se reflejaba en el espejo, la desesperación la venció. Sus esfínteres se aflojaron y sus intestinos se vaciaron. Al hombre pareció no

importarle. Parecía un maldito pavo de navidad, con las manos y pies amarrados con esposas de plástico por encima de la espalda, la cabeza levantada en una posición antinatural. Y ahora veía qué era eso que no la dejaba gritar, era una de esas bolas rojas con una correa atada alrededor de la cabeza, que usan los sadomasoquistas en sus sesiones para someter a alguien. Las lágrimas comenzaron a salir a raudales por sus cuencas acompañadas de débiles y desesperados gemidos.

El hombre la contempló con fascinación en los ojos. Todo lo guapo que había sido, desaparecía ahora, reemplazado por el rostro del lobo; el dulce, elegante y bello rostro del Dr. Jekyll transmutado en la cara deforme de Mr Hyde.

Pero Nadine Velázquez era una mujer fuerte, y si tenía que morir ese día, bien, que así fuera, pero lo haría bajo sus propios términos, moriría como una mujer valiente y no le daría a ese psicópata ni una sola muestra de miedo. Dejó de gimotear, las lágrimas pararon y miró al hombre directo a los ojos, con una expresión de enojo tal, que él sintió miedo por unos instantes, un miedo pasajero que desapareció cuando el lado racional de su mente se hizo presente diciéndole que ella estaba atada e indefensa, completamente a su merced.

Así que Milo Vasco prosiguió con su faena.

—Bueno, creo que es hora de continuar —dijo con voz risueña—. Hay alguien que quiero presentarte.

Dejó el espejo a un lado, recargado contra la pared y tomó la mesa con ambas manos. La giró ciento ochenta grados hasta que Nadine quedó de frente a otra mesa. En ella se encontraba, tumbada en la misma posición que Nadine, una chica. Sólo que ella sí permanecía dormida, aún. Tenía el cuerpo lacerado, parecía un lienzo de piel blanca, con pinceladas de rojos cortes (como los que se hacen los adolescentes para llamar la atención) y moretones tan azules que parecían ya negros. Nadine no pudo más que sentir una profunda pena y lástima por ella. Y también por sí misma, porque ahora veía el destino que la aguardaba.

Después de que sus ojos dejaron de escanear y evaluar las heridas de la chica, Nadine se percató que de hecho no era más que una niña. Tendría trece o catorce años, a juzgar por el cuerpo que parecía tener poco de haberse desarrollado, de haber entrado de pleno en la adolescencia. Una adolescencia que ahora, por culpa de ese monstruo, jamás vería su fin.

—Las voy a dejar solas para que se pongan al día y se conozcan, supongo que debes de tener muchas preguntas que deseas hacerle.

Dicho esto le quitó la correa con la pelota de sadomasoquista a Nadine.

—Eres un enfermo hijo de pu…

Antes de que concluyera la frase, el psicópata estampó la cabeza de Nadine con una ferocidad atroz contra el acero. Sintió como uno, o más, de sus dientes se resquebrajaba dentro de su boca y el sabor metálico de la sangre llenó sus sentidos. Por unos instantes todo fue la oscuridad física de sus ojos chocando contra la mesa, mezclada con la brillantez de un dolor agudo y penetrante.

Alzó la cabeza, pero Milo ya no estaba cerca. El hombre se alejó de ellas, dando unos pequeños saltitos entre paso y paso y silbando una tonada que sólo él reconocía.

6

Segundo día en la oficina. Norman no podría odiar más a esa maldita gente. Aunque viéndolo bien, quizá no fueran tan malos, al fin y al cabo si era honesto consigo mismo, probablemente él se comportaría de manera similar si estuviera en su posición. En la posición de alguien que siente que un agente de fuera viene para robarse el mérito por la investigación que ellos llevan haciendo durante meses, quizá años.

Nadie parecía querer ayudarlo, todos lo hacían pasar a través de trámites burocráticos cuando solicitaba tal o cual cosa y el peor era su compañero. Roberto González. Se mostraba reticente a ayudarlo, a Norman le daba la impresión de que Roberto se había inmiscuido tanto en la investigación, que ahora, la resolución de ésta, lo veía como algo personal. Y por tanto Norman era el agente externo que venía no sólo para quitarle el crédito, sino también para resolver algo que él debería haber resuelto mucho tiempo atrás. Y por esa razón, pensó Norman, tampoco a él podía culparlo del todo.

Ahora, se encontraban sentados en el suelo de la pequeña oficina de González. Habían empujado hacia una esquina el escritorio, y se encontraban rodeados por las cajas que contenían todos los archivos de la investigación, los cuales se encontraban distribuidos sistemáticamente a través de todo el piso. Norman quería tener la mayor cantidad posible de información a la vista y también quería dividirla en grupos, como por ejemplo, la información de otros estados del país y de la cual no estaban cien por ciento seguros se tratara del mismo asesino, estaba separada de aquella que pertenecía sólo a la Ciudad de México. También había otro lugar asignado para aquellos archivos o evidencia demasiado vieja como para considerarse de utilidad alguna.

Al principio Roberto González se mostró reticente a seguirle el juego a Hayes cuando le explicó lo de acomodar todo en el suelo y de cómo eso ayudaba con sus procesos mentales. Pero al final su lado de poli, el que quería atrapar a los malos, prevaleció. Y ayudó a Norman en su tarea de acomodar toda la información.

Ambos se hallaban con las mangas de las camisas remangadas (habían tenido que apagar el ventilador para que no se volaran las hojas, y el aire acondicionado llevaba un mes descompuesto), haciéndole frente al calor que perlaba sus frentes con gotas de sudor. González llevaba la pistola en su sobaquera, igual que siempre,

parecía nunca quitársela, como si le reconfortara de una extraña manera sentir constantemente el metal de la culata de su pistola contra su pecho. Norman Hayes por su lado, había dejado su Beretta 9 milímetros reglamentaria sobre el alejado escritorio, aún dentro de la funda con la que se la colgaba al cinturón.

—Llevarla colgando ahí, es una invitación para que algún lunático te la quite, hijo —le había dicho González en la mañana, mientras se preparaba su primera taza de café del día.

Ahora iba ya por la tercera taza.

—Okay, sabemos tres cosas —dijo Norman, intentando aclarar sus ideas mediante la exteriorización de ellas —. Sus víctimas siempre son mujeres blancas de cabello negro.

—Así es —corroboró su compañero.

—Ha atacado en al menos cinco ciudades.

—Que nosotros sepamos —completó González.

—Correcto. Y sabemos que es un hombre joven, entre veinte y treinta años de acuerdo a la vaga descripción que dieron las amigas de la joven que apareció muerta unos días después de abandonarlas en el metro para irse con el “chico misterioso” como le decían ellas.

—Eso es lo más cercano que hemos estado de ese psicópata — gruñó González —. Tres adolescentes, casi niñas, que vieron cómo su amiga se iba con un extraño en vez de a la escuela y ninguna albergó ningún tipo de sospecha, a ninguna se le ocurrió darle algún tipo de advertencia —su mirada se oscureció.

—El mundo es un lugar loco —concordó Norman —Además, por lo que leí en sus declaraciones, el tipo no parecía representar una amenaza, lucía inofensivo. Las tres chicas lo describen como nerd, tan tímido que fue casi como si su amiga hubiera tenido que aventársele prácticamente y seducirlo ella a él.

Ambos se quedaron pensativos, mirándose el uno al otro. Con un objetivo en común en la mente. González se remangó un poco más las mangas de la camisa y volvieron a poner manos a la obra.

7

Espeluznante. Realmente no se le podía ocurrir otro adjetivo para describir lo que aquella niña le acababa de contar. Las torturas que había pasado, el tormento, los días en cautiverio. Simplemente era demasiado. Nadine no podía procesarlo.

Su cuerpo le dolía más de lo que jamás hubiera creído posible. La cara de la niña (se llamaba Andrea Ledesma) había adoptado una máscara perpetua de resignación. Pero ahora había algo más, había esperanza. Pero no esperanza de ser salvada, sino de otro tipo.

—Sabes —le había dicho hace unas horas —al menos ahora podré ser libre —dijo con un brillo melancólico en los ojos.

—¿A qué te refieres, pequeña? —preguntó Nadine, intentando imprimirle a su voz una seguridad que no sentía, intentando sonar lo más comprensiva posible.

—Él nunca conserva a dos chicas juntas durante mucho tiempo.

Nadine guardó silencio, intentando asimilar las palabras cargadas de significado que aquella niña acababa de soltar. Aunque tenía sólo catorce años, todo el dolor sufrido, todas las penurias, le habían dado una especie de sabiduría, de conciencia acerca de la vida, el tipo de sabiduría que sólo conoce una mujer vieja que ha vivido demasiado, que ha visto pasar guerras, morir a sus conocidos, una mujer que conoce el dolor de primera mano. La chica prosiguió:

—Así fue cuando llegué y así me lo explicó la chica que estuvo antes de mí.

—Mierda, eso es horrible —soltó Nadine, incapaz de contener su angustia.

—No lo es tanto, al menos ya no lo veo así.

—Por dios santo, pequeña, ¿qué estás diciendo?

—A mi forma de ver, la muerte es una liberación. Con la muerte llegará el final a todo este tormento —dijo con voz y mirada serenas.

Nadine no supo qué responder. Un silencio cargado de significado y pesar quedó flotando entre ellas. En esa maldita habitación era todo lo que se escuchaba aparte de sus voces; un maldito silencio opresivo que te volvía loca.

Después habían roto el silencio sólo esporádicamente y sólo cuando Nadine le hacía alguna pregunta, pero la niña se limitaba a contestar con monosílabos, como si todo lo que tuviera que decir, ya

hubiera sido dicho.

Así que ahí estaban. Dos mujeres atadas de pies y manos, desnudas, indefensas ante las atrocidades que un psicópata les tuviera reservadas.

La niña no gritó, no lloró, no hizo ningún amago de intentar liberarse. Había aceptado su destino de manera cabal.

—Espero que se hayan puesto al día, señoritas —dijo el hombre después de cerrar tras de sí la puerta de metal.

El hombre llevaba puesto un largo y blanco delantal de carnicero, lo que lo hacía parecer todavía más a uno de esos personajes desquiciados de la película Hostal.

Nadine había gritado por ayuda con toda la fuerza de sus pulmones mientras la puerta estuvo abierta. La niña ya le había advertido que de nada serviría eso (el psicópata ya les había dicho a las demás chicas que fuera de esa habitación herméticamente sellada, todos los vidrios de su casa eran anti-huracanes, más gruesos que una ventana normal y por ende, ningún sonido escapaba a través de ellos), pero aun así valía la pena intentarlo. El maldito ni se inmutó cuando ella casi se desgañitó la garganta pidiendo ayuda.

—Tienes una lengua muy filosa —le dijo a Nadine —y no estoy seguro de si eso me gusta del todo —terminó, con una expresión pensativa en el rostro —. No, no me gusta —decidió.

Así que sacó la bola de masoquista de su bolsillo, la tomó por la correa e intentó ponérsela en la boca a Nadine. Pero ella no lo permitiría, no estaba dispuesta a hacerlo. Cerró la boca, apretando labios y dientes como si la vida se le fuera en ello. El psicópata presionó la bola roja contra los labios de Nadine, pero estos no cedieron un solo milímetro. Entonces el hombre se inclinó, y sin dejar de sujetar la pelota contra la boca de Nadine con una mano, usó la otra para agarrarla por un tobillo y jalarlo hacia adentro, llevándolo más cerca de la espalda. El dolor que le provocó el movimiento repentino de un músculo que ya se había adormecido por completo debido a la inmovilidad en que llevaba desde hace horas, la hizo proferir un agudo grito de dolor. Grito que ese maldito bastardo aprovechó para introducir la bola eficientemente en la boca de Nadine. Soltó el tobillo, tomó la correa por ambos lados y la ató por detrás de la nuca de la mujer.

—Así está mejor —sentenció.

Se separó de Nadine y fue hasta Andrea. Se quedó parado junto a ella, con un puño en la boca y la otra mano sosteniendo el codo, en la expresión pensativa clásica del David de Miguel Ángel.

—Parece que nuestro tiempo juntos ha llegado a su fin —dijo por fin.

Ella se limitó a seguir viendo hacia el frente, hacia la nada. Una mirada vacua, carente de cualquier brillo era lo único que anidaba en sus ojos. El psicópata se la llevó fuera, arrastrando la mesa en que estaba la niña. Las rueditas de la mesa rechinaron al hacer fricción contra el suelo. Ella ni siquiera volteó a ver a Nadine.

Nadine por su parte forcejeaba contra sus cadenas, gemía de enojo, las venas en su cuello resaltaban contra la piel y sus ojos casi podrían lanzar dentelladas de fuego.

Pasaron a través del umbral de la puerta, tras lo cual, el psicópata quiso cerrar la puerta, pero la dejó entreabierta. Entonces Nadine escuchó la respiración entrecortada del hombre (un sonido de excitación sexual), un grito de euforia de la misma garganta y después un sonido húmedo y metálico. Como el de un carnicero rebanando grandes trozos de carne. Después, silencio.

La puerta se volvió a abrir y el hombre entró. El delantal blanco de carnicero que colgaba del cuello del psicópata, estaba ahora manchado casi en su totalidad por el rojo de la sangre. La sangre de la niña que hasta hace sólo un minuto había sido la única compañera de Nadine dentro de ese infierno.

El hombre volteó hacia ella, sonrió y la pesadilla comenzó.

8

Norman se pasó las manos por la frente y el cabello, los ojos abiertos como platos. Acababa de tener una epifanía, una revelación. ¿Cómo había sido posible que ese detalle se les pasara por alto a todas las personas, incluyéndolo a él mismo? Ahí había estado siempre, una pista tremenda frente a sus ojos y nadie la había visto.

—González, González —dijo con un hilo de voz.

González estaba junto a la ventana que daba a la calle, fumando un cigarrillo plácidamente y apenas si lo oyó, y cuando lo escuchó, decidió ignorarlo unos segundos más. Además Norman seguía sentado en el suelo en medio de la oficina en medio de pequeños pero numerosos montoncitos de archivos de investigaciones pasadas, por lo que la distancia entre los dos se ensanchaba un poco más.

—González —repitió el perfilista, con la voz ya recuperada.

Éste volteó con una mirada de hastío, ¿que acaso ese crío no sabía lo rudo y maleducado que era interrumpir a alguien mientras esa persona se encontraba fumando?

—¿Qué pasa?

—Las niñas que dieron su testimonio…

—Ajá ¿qué pasa con ellas?

—¿Dónde dices que se separaron de su amiga por última vez?

—En el metro ¿por qué?

—Mira en los archivos, mira bien.

Ahora Roberto González estaba intrigado, parecía que aquel muchacho, el cual parecía un adolescente recién salido de la Academia, acababa de dar en el clavo con algo, o al menos parecía convencido de ello. Así que le preguntó:

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Qué tienen en común todas estas ciudades, las ciudades donde sabemos o sospechamos que este enfermo ha atacado?

Norman se había puesto de rodillas, parecía uno de esos excéntricos matemáticos al borde de un descubrimiento colosal para el cual han trabajado durante toda su vida: ojos echando chispas, mechones del cabello, horas antes peinado impecablemente hacia

atrás, cayéndole sobre la frente, rozándole los ojos, y las manos temblándole al tiempo que apuntaba a los archivos más importantes.

Ahora Roberto comenzaba a entender, la luz del conocimiento empezó a rasgar su camino a través de su mente, primero con pálidos rayos y después con la intensidad de un sol en miniatura. Sus ojos se abrieron como platos…

—¡Oigan, no van a creer lo que está pasando allá afuera!

El grito del chico que era pasante llegó acompañado del estrépito de la puerta al ser abierta de golpe y chocar contra la pared. Los dos voltearon sobresaltados y lo miraron con un enojo tal en los ojos que el muchacho se arrepintió al instante de haber irrumpido así. Pero aun así, tenía que informarles, al fin y al cabo el alboroto era por ellos.

—¿Qué quieres? —gruñó Roberto.

—Es la prensa —dijo con voz entrecortada como si hubiera llegado corriendo, y a juzgar por una solitaria gota de sudor en su frente, so era justo lo que había sucedido —.Han llegado a montones y están frente a la entrada de la comisaria. Las escaleras de la entrada están repletas de ellos.

—¿Y eso qué nos importa? —lo reprendió de nuevo.

—Que están aquí por él —y señaló a Norman con la cabeza —, por ustedes —rectificó cuando los ojos de González se convirtieron en dos pistolas que podrían agujerear su pecho.

—¿Qué mierda podrían querer esas malditas aves de rapiña?

—Al parecer se enteraron de la contratación del agente Hayes y creen que es por que han llegado a un callejón sin salida en la investigación.

—Malditos sean —dijo Roberto.

—Y ya saben cómo ha tomado relevancia esta investigación en la opinión publica —dijo el muchacho, aun sintiéndose incómodo después de haberlos interrumpido durante su trabajo.

El chico se despidió y salió corriendo de ahí a toda prisa.

—Tenemos que salir ahí y dar esa conferencia de prensa —dijo con vehemencia el agente federal Norman Hayes.

Se encontraban en la oficina del comisario, a puertas cerradas. Nadie se había tomado la molestia de bajar las persianas, así que aunque desde afuera nadie los podía oír, sí que podían sentir las miradas curiosas de todos en la comisaría, clavadas directamente en ellos tres (Norman, su compañero Roberto González y el propio comisario Rafael Solís).

—Eso no es posible —sentenció el comisario en un tono que no admitía replicas.

—Usualmente concordaría con usted comisario —dijo González —pero en esta ocasión el chico tiene razón. Revelar lo que acabamos de descubrir a la prensa quizá podría salvar a la potencial siguiente víctima de ese canalla.

—O podría ponerlo sobre aviso y volverse más cuidadoso o quizá hasta hacerlo cambiar su modus operandi.

—Con todo respeto comisario —intervino Hayes —, pero llevo estudiando a tipos como este durante años. Son criaturas de hábito, de rutinas, no las cambian fácilmente. Y también tienen un punto débil.

—¿Y cuál sería ese punto débil? —quiso saber el comisario.

—Son egocéntricos, demasiado. Si jugamos bien nuestras cartas, si damos esa conferencia de prensa y hacemos creer a todos, incluidos a los demás oficiales, que nuestro gran descubrimiento no es más que una pequeña pieza de las pistas con que contamos, entonces lo haremos dudar, lo haremos que quiera probar que en realidad no sabemos nada. Y ahí comisario, ahí es cuando los tipos como él se vuelven descuidados —Norman parecía al borde de la euforia, el tipo usualmente callado y de apariencia tímida parecía ahora una extraña especie de estrella de rock n´ roll.

Rafael Solís permanecía pensativo, con la mano derecha en la cadera y la izquierda, con los dedos índice y pulgar formando una L, cubriéndole los labios, barajando mentalmente las opciones que se presentaban en ese momento frente a él.

—Aunque no nos guste admitirlo Señor —intercedió González—, el chico tiene un buen punto.

El comisario no era un hombre indeciso, era un hombre de acción, un líder que sabía tomar las riendas y guiar a otros. Así que cuando tomaba una decisión, no titubeaba y aceptaba las consecuencias de sus acciones. Quizá esa cualidad era la que lo había hecho sobrevivir en la Guerra contra los judíos del país vecino del norte cuando estos habían tratado de invadir el norte de México alegando haber descubierto unas reliquias adentro de unas ruinas las cuales demostraban que en esa parte del territorio era Tierra Santa también. Y como esos bastardos se creían los elegidos de dios, se habían sentido con todo el derecho de invadir y asentarse. Pero gracias a hombres como el propio Rafael Solís y otros tantos valientes que lucharon en esa cruenta guerra, el país se había visto librado de esos malditos invasores que infectaban todo lo que tocaban, y habían sido erradicados como un pie que es amputado para salvar de la gangrena al resto de cuerpo. Y ahora era un momento decisivo, un

momento en el que se decidiría el curso de esa investigación.

La decisión estaba tomada, y una vez que el comisario se decidía, no había vuelta atrás ni arrepentimientos. Ahora sólo faltaba verbalizar esa decisión.

—Dé esa maldita conferencia de prensa.

A Norman se le escapó un atisbo de sonrisa al igual que un pequeño suspiro de alivio.

—Pero escuche bien lo que voy a decirle —le advirtió el comisario, mirándolo directamente a los ojos —. Más le vale atrapar a ese enfermo hijo de puta.

9

Milo Vasco se encontraba sentado en el banco alto, con los brazos recargados en la barra que separaba la cocina del comedor. Frente a él, reposando sobre la barra se encontraba un plato hondo repleto de Froot Loops, y junto había un frío, casi helado cartón de leche aún sellado al alto vacío. Adoraba desayunar Froot Loops, ese golpe de energía que le producía el azúcar lo ayudaba a comenzar el día con la mejor actitud posible. Además lo hacía porque de niño era algo que sus estúpidos padres jamás le dejaban hacer. Aunque claro, también era un hombre sano que se preocupaba por mantener su cuerpo siempre en el mejor estado físico posible, así que no sólo desayunaba eso, tenía un desayuno fuerte en proteínas y fibras, pero siempre cerraba con un enorme plato de esos deliciosos cereales coloridos en forma de donitas.

Se inclinó para agarrar la leche y al forcejear para arrancarle el cierre, un largo mechón de su cabello peinado pulcramente hacía atrás, se deslizó por su frente hasta casi rozarle el ojo izquierdo. Llenó de leche su plato dejó a un lado el cartón de leche y tomó el diminuto control remoto que se hallaba a su derecha. Pulsó un botón invisible y la pequeña tele que tenía empotrada en la pared en una esquina de la cocina, justo por encima del refrigerador, cobró vida. Estaba puesto MTV y cosa extraña, estaban pasando música en vez de los reality shows vomitivos que acostumbraban.

Pero esa mañana no le apetecía ver videos ni escuchar música, así que cambió rápidamente al canal de noticias. Dejó que los conductores del noticiario parlotearan de fondo y mientras él se dedicó a comer ávidamente su cereal. Pero entonces algo llamó su atención. La imagen que mostraba a los conductores cambió después de que estos anunciaron que iba a empezar una transmisión en vivo directo desde la entrada a la comisaría de la policía. Al parecer, por lo que Milo alcanzó a captar, se trataba de una conferencia de prensa. Por alguna razón se sintió intrigado, así que aunque siguió devorando su cereal, ahora su atención se enfocó en la pantalla plana de 27 pulgadas colgada sobre el refrigerador.

Mágicamente la imagen cambió y ahora en vez de mostrar a los dos conductores en el estudio, en la tele se veía un hombre joven hablando desde un podio, y al fondo el edificio colonial convertido en la comisaría central de la ciudad de México. La conferencia ya se encontraba iniciada, habían iniciado la transmisión en medio de una

de las frases del hombre.

"—...Una de las pistas que tenemos es su modus operandi: este hombre seduce a las mujeres y las conoce siempre en el mismo lugar —el hombre que daba la conferencia (probabalemente un poli) hizo una pausa dramática, quizá intencionadamente, quizá no, era imposible de saber, antes de rematar: —El metro. En todas las ciudades que ha atacado, siempre hay metros, en todos los casos, el metro desempeña un papel importante a la hora de escoger a sus víctimas."

Milo Vasco dejó caer la cuchara al suelo, la cual se estrelló en medio de un estrépito metálico. La boca abierta en un rictus de sorpresa y los ojos clavados en el hombre, quien tendría aproximadamente la misma edad que Milo, o por lo menos algo seguro era que ambos recién acababan de salir de la veintena. Se fijó en el nombre que había en la parte inferior de la pantalla: Norman Hayes, perfilista. Estaban hablando de él, de Milo Vasco.

"—Este asesino del metro... —continuó hablando, pero Milo ya no lo escuchaba.

Ahora sólo se dedicaba a guardar todos los datos que fueran posible de ese investigador o perfilista o lo que fuera. Registró mentalmente su traje barato, el cabello corto, castaño y peinado ligeramente hacia arriba, la voz nasal. Tenía que aprenderse de memoria los datos del que a partir de ahora sería su enemigo a muerte.

La leyenda que aparecía al pie de la pantalla cambió, mostrando ahora el siguiente encabezado:

>Norman Hayes, agente federal asignado a la investigación del Asesino del Metro<

Así que ahora era oficial, los medios ya le habían asignado su alias de asesino serial. Y a decir verdad no le desagradaba del todo, a fin de cuentas era bastante acertado.

Y así, en un momento breve como el destello de una estrella fugaz, había nacido la leyenda de Milo Vasco.

Así que creían estar a punto de capturarlo. Rio mentalmente, ya les enseñaría él una lección a esos policías bastardos hijos de puta. Si creían que Milo Vasco había cometido demasiados crímenes en el tiempo que llevaba sobre la faz de la Tierra, más les valía prepararse para lo que está por venir. Su rostro se ensanchó en una enorme sonrisa de satisfacción.

Tomó el control y apagó la tele. Esto merecía una celebración especial. Era algo que deseaba inmensamente compartir con su

inquilina del cuarto sellado. Se puso en pie y fue a encontrarse con Nadine Velázquez.

Lo que fue una pena, ya que de haber mantenido la tele encendida durante un minuto más, habría visto el inicio de la locura y habría tenido más tiempo de prepararse para lo que estaba por venir.

10

Norman nunca imaginó lo aburrida que podía llegar a ser una conferencia de prensa. Al principio era emocionante, te causaba una especie de sensación de vacío en el estómago saber que estabas a punto de ser visto por millones de personas en todo el país. Te sentías como un adolescente que va a actuar por primera vez en la obra de teatro de la escuela frente a sus compañeros y los padres de estos.

Pero una vez que decías todo cuanto tenías que decir y comenzaba la ronda de preguntas y respuestas, esa sensación se desvanecía y el miedo y la expectación que hasta minutos antes llenaban tu pecho, daban ahora paso a un tedio sin parangón, cuando tenías que contestar una y otra vez preguntas inocuas y poco imaginativas sobre el mismo tema una y otra y otra vez.

Los periodistas se adelantaban un paso, siempre con el celular o la tableta electrónica en la mano (o una libreta aquellos que eran muy de la vieja escuela) y hacían su pregunta. Parecía que todos ellos no eran más que apéndices de un mismo cerebro el cual giraba en torno a una espiral interminable de la misma pregunta siempre: ¿qué tan cerca están de atrapar al Asesino del Metro? (Así es, ya hasta lo habían nombrado). Norman usaba sus años de formación en psicología para contestar siempre con retórica y darle la vuelta al asunto, pero siempre haciendo parecer que había contestado la pregunta, y pasaba inmediatamente al siguiente reportero.

La conferencia se estaba apagando, cada vez habían menos brazos levantados, menos reporteros ansiosos por preguntar. Cualquiera podría darse cuenta de que eso estaba llegando a su fin. Pero entonces pasó.

Los reporteros que se encontraban al fondo, más lejanos al podio desde el que habló Norman Hayes, empezaron a voltearse nerviosos, dándole la espalda a la comisaria. Una mujer llegó corriendo, se abrió paso entre ellos, que se replegaron a los lados como una escultura de arena disolviéndose, y cayó en los primeros escalones que ascendían hasta la amplia entrada al edificio. Norman la miró con fijeza.

La mujer llevaba una falda sastre gris, casi plateada, una camisa blanca y el pelo recogido en una cola de caballo. Y hasta ahí terminaba el aspecto de normalidad. Llevaba sólo un tacón, la camisa estaba desfajada del lado derecho y lo peor, estaba totalmente manchada (¿de sangre?). Y la cara, esa expresión de terror perseguiría a Norman durante el resto de sus días. En los años que llevaba de

policía, había visto muchas cosas, pero nunca a alguien asustado de esa manera tan primordial, tan básica. Y el hilillo de sangre que había manchado su camisa, brotaba de una herida debajo de su cuello, a la altura de la clavícula.

Cualquiera pensaría que el examen minucioso que Norman hizo le habría llevado algunos instantes cuando menos, pero lo cierto es que registró todos esos detalles en tan sólo un segundo. El segundo justo antes de que la mujer gritara con la voz quemándole en la garganta y los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—¡Ayuuuudenme, ayuuuuuuudenme! —aulló. La desesperación en su voz era palpable.

La mujer extendió el brazo izquierdo hacia donde se encontraba el agente Hayes, pero nadie hizo nada por ayudarla, la conmoción inicial aún no había pasado. Y entonces sucedió. Escucharon el primer grito. El primero de los miles que vendrían en los días sucesivos.

El dueño de ese grito, que parecía salido de la garganta de algún animal y no de un ser humano, era un hombre gordo de coronilla calva y cabello tupido en los laterales de la cabeza, vestía con un traje caro pero que ahora, con tanto polvo, tierra y sangre no valdría ni la mitad de su valor original. Llegó corriendo desde la misma dirección que la mujer. Tenía el rostro desencajado en un rictus de furia y corría con una celeridad infatigable que no correspondía para nada al cuerpo gordo que se cargaba. Llegó hasta la mujer, y ante la mirada atónita de todos los presentes cayó sobre ella sin detener su carrera. La tomó por los hombros y ambos rodaron escaleras arriba, pero él sin soltarla. Cuando se detuvieron algo grotesco sucedió: el hombre llevó la boca a la piel de la mujer, a la altura de su hombro y la mordió. Pero no se limitó a morderla, sino que arrancó un pedazo entero de carne, dio dos masticadas, tragó y volvió a atacar. Los gritos histéricos de la mujer llenaban la explanada en la cual hasta hace unos momentos los reporteros hacían sus preguntas rutinarias para un conferencia de prensa.

—Deténgase ahora —dijo Norman sin mucha convicción, al tiempo que se acercaba unos pasos y desenfundaba su Beretta.

El hombre volvió a morder. El brillo en los ojos de la mujer se apagó, y su voz se silenció junto con él. Cayó inerte en las escaleras. Entonces el hombre perdió interés en ella y volteó hacia la fuente de la que provenía el grito, la víctima más próxima.

Norman lo vio a los ojos, pero ahí no había nada, lo recibieron unos ojos vacíos, sin rastro alguno de lucidez. El hombre echó a correr en su dirección. En esa fracción de segundo, Norman alcanzó a ver el mango de un cuchillo de cocina que había sido enterrado hasta la

empuñadura en las costillas derechas del hombre. La camisa tenía unos jirones en toda el área abdominal, como si hubiera sido rasgada varias veces por el cuchillo antes de quedar clavado para siempre.

Norman no lo pensó dos veces, algo en su interior, un instinto primario, el instinto de supervivencia tomó el control, y disparó. La bala acertó justo en el pecho del hombre. Pero este no detuvo su carrera, en todo caso, el impacto pareció enfurecerlo todavía más y lanzó un grito gutural, animal mientras se acercaba cada vez más a Norman. Éste se paralizó y el hombre estaba ya a punto de alcanzarlo, extendió una mano, convertida en garra y entonces una explosión sonó junto al oído de Norman y un agujero reventó en la frente del hombre. Se desplomó al instante.

Un metro atrás se encontraba González, con la pistola bien empuñada, los pies ligeramente separados y los brazos extendidos a la altura de los hombros, la pistola aún humeante por la detonación.

—Tú, tú me salvaste —dijo Norman.

—No es nada chico —le restó importancia —hubieras hecho lo mismo por mí.

Y Norman sabía que así era.

—¿Qué demonios le pasaba a este tipo? —ahora era el comisario Rafael Solís, quien se había acercado hasta ellos y miraba con estupor alternando entre el cadáver del hombre gordo y el de la mujer oficinista.

Entonces los gritos comenzaron. Venían de atrás de los reporteros del lado derecho. Norman giró la cabeza en esa dirección, al igual que los reporteros giraban sus cuerpos, pero no alcanzó a ver nada, el río de espaldas tapaba su visión. Unos reporteros, dejaron caer cámaras y celulares y echaron a correr en todas direcciones. Los más inteligentes hacia el interior de la comisaría. Norman aún seguía en shock por haberle disparado a ese hombre.

—Chico, lo que sea que le pasaba a este tipo, al parecer no es al único…

La frase del comisario Rafael Solís quedó suspendida en el aire cuando un hombre delgado y de mediana edad saltó de entre la masa de reporteros huyendo y se abalanzó sobre él. Algo explotó en la lejanía, o quizá era el rugido de una escopeta, Norman no lo sabría jamás, se encontraba en un estado de aturdimiento donde todo sucedía a cámara lenta. El hombre le mordió la oreja derecha al comisario y justo entonces el chip de supervivencia se activó en la espina dorsal de Norman, recorriéndolo como un escalofrío. El comisario y su atacante cayeron al suelo

—¡Chico, larguémonos de aquí! —rugió el detective Roberto González.

El hombre que había atacado al comisario volteó hacia ellos al escuchar el grito de González. De su boca sobresalía la mitad de la oreja que hasta hace un minuto había pertenecido al comisario del Estado. De su boca chorreaba sangre y al hombre parecía no importarle. ¿Qué mierda está pasando aquí? Se preguntó la voz racional enviada a algún rincón de la mente de Norman.

El joven agente levantó los brazos, empuñando aún la pistola y le disparó al hombre a la cara. Sus manos temblaban, así que la bala le acertó en el cuello, abriéndole una brecha en el lado izquierdo de la garganta. Su cabeza tambaleó, pero el hombre bajó la cabeza y volvió a atacar al comisario, rasgándole con los dientes la garganta. Eso debería haberlo dejado fuera de combate, ¿por qué seguía atacando con la misma rabia, con el mismo ímpetu? Norman sintió leve movimiento a su izquierda y al voltear, vio que su compañero ya había echado a correr escaleras arriba hacía las puertas de la comisaría.

No lo pensó dos veces, puso pies en polvorosa y corrió tras González con la velocidad de un maratonista profesional, sin voltear hacia atrás, sabía que si lo hacía, probablemente las piernas flaquearían.

González se colocó junto a las puerta dobles (la derecha ya estaba cerrada y la segunda a punto de unírsele), y gritó hacia Norman.

—¡Deprisa muchacho!

Norman atravesó como un huracán la puerta hacia el interior del vestíbulo. Giró velozmente la cabeza. Lo último que Norman Hayes alcanzó a ver antes de que las puertas se cerraran a su espalda, fue un pandemónium de personas ensangrentadas gritando, huyendo en todas direcciones y atacándose unos a otros.

11

El cerebro de Milo Vasco era un torrente de emociones en ese momento. Por una parte estaba la adrenalina siendo bombeada a cada rincón de su cuerpo; por otra parte, el éxtasis, la pasión y lujuria desbordados debido al encuentro que acababa de llevar a cabo con la mujer en la habitación de al lado; y por último, una horrible sensación de desasosiego por la acción que acababa de cometer.

Se le había pasado la mano. Jamás había matado a ninguna mujer tan pronto, nunca antes de conseguir su siguiente reemplazo. Pero bueno, al parecer siempre había una primera vez para todo. Pero la situación así lo ameritaba: él, Milo Vasco, quien había sido un niño retraído y extremadamente tímido debido a la malformación de su labio (con la cual había tenido que convivir hasta los veintidós años, cuando finalmente tuvo el dinero para la operación), por fin había alcanzado la fama. Hoy todos hablaban de él, y tenía planeado que siguieran haciéndolo durante mucho, mucho tiempo. Y eso, ese nivel de fama merecía una celebración especial. Así que si se le había pasado la mano con Nadine, no había problema, era un pequeño costo que estaba dispuesto a pagar con todo gusto.

Ahora se encontraba en la cocina, con el cabello aún despeinado y mechones golpeando sus pestañas, se acercó hasta el refrigerador y agarró la botella de la leche. Tomó un largo trago directo de la botella, hilillos blancos cayeron por su barbilla y fueron absorbidos por la playera debajo del delantal de carnicero. Puso la botella sobre la barra al saciar momentáneamente su sed. Recargó las manos en la misma barra y en medio del silencio sepulcral de su casa, llegó un rugido atronador desde el exterior. El sonido de una pistola o una escopeta.

¿Podría ser la policía? Fue el ilógico pensamiento que cruzó fugazmente por su cerebro. Pero al momento él mismo descartó esa idea, tachándola de absurda. Apenas hacía una hora que habían dado esa conferencia de prensa. Además estaba casi seguro que los policías carecían de pruebas suficientes como para dar con su paradero. Aunque nunca se sabía…

Se acercó hasta la puerta, nunca estaba de más cerciorarse, y la abrió lentamente. Al tiempo en que la puerta se abrió tan sólo un milímetro, dejó entrar el ruido de todo el alboroto y todo el caos que se había desatado afuera.

—¿Qué mierda está pasando? —murmuró.

Abrió del todo la puerta, estiró el cuello y se asomó. Volteó al lado izquierdo de la calle, todo estaba igual, tan tranquilo como siempre en un vecindario de los suburbios. Pero el ruido seguía ahí, aunque ahora Milo pudo percatarse de que provenía de más lejos, probablemente el alboroto compuesto por sirenas de patrullas (o quizá ambulancias), gritos y lo que parecían disparos esporádicos, estaba a una o dos cuadras de distancia. ¿Acaso algún grupo radical se estaría manifestando o habría disturbios por alguna razón que él desconocía…?

Su pensamiento quedó volando en su cabeza cuando por el rabillo del ojo percibió movimiento a su derecha. Giró rápidamente la cabeza y lo que vio, lo dejó helado.

Corriendo directo hacia él, por la banqueta, cruzando los jardines impecables de las casas a toda velocidad, venía un hombre. Este hecho de por sí solo sería suficiente para causar extrañeza, ya que en los suburbios nadie corría —a menos claro que estuviera haciendo jogging temprano por la mañana—, todas las personas caminaban con lenta parsimonia y parecían ir flotando en nubes de lentitud y felicidad allá donde fueran. Pero eso no era lo desconcertante de la imagen que los ojos de Milo Vasco veían en cámara lenta: quién venía corriendo era un hombre gordo y alto, cuyo físico parecía incapaz de mostrar la agilidad y velocidad de los que hacía gala en ese momento. Además venía desnudo, exceptuando claro la bata de baño que colgaba a su alrededor, desanudada por la cintura, ni siquiera amarrada bien por la cintura, como si se hubiera salido a toda prisa en medio de la ducha.

Y lo bizarro no acababa ahí, no, lo realmente terrorífico de la imagen era la herida que tenía el hombre gordo, que entre el cuello y el hombro izquierdo. Una herida que debería haberlo dejado fuera de combate, una herida a la cual nadie podría sobrevivir. Era como si hubieran dejado caer una motosierra encendida a la altura de su hombro y la hubieran deslizado hasta la altura del pezón, dejando su cuerpo dividido en dos, de una forma que recordaba a Robert Patrick cuando interpreta al policía de Terminator 2 en la escena en que le disparan con una escopeta a quemarropa abriéndole en canal el pecho de metal líquido.

Entonces el hombre giró los ojos (unos ojos lunáticos, los ojos de un desquiciado, alguien más allá de la razón) hacia Milo. Éste con un movimiento sumario echó la cabeza atrás, junto con la parte del cuerpo que había asomado y cerró la puerta. La atrancó con el seguro, sabedor de que simplemente correr el pestillo no lo salvaría de esas cosas. Si es que acaso había más personas como ese hombre. Recargó

la espalda contra la puerta.

Su mente racional le decía que no podía ser posible, que quizá debía haberse imaginado la herida grotesca en el pecho del hombre. Pero las sirenas, los disparos, el alboroto que inundaba el aire, todo eso era bastante real. Además había visto demasiadas películas de serie B durante su niñez y adolescencia como para saber qué tipo de personas eran las únicas capaces de correr a toda velocidad con heridas mortales. Pero no podía ser, dijo de nuevo su mente racional, eso sólo pasaba en las películas. Quería aferrarse a esa pequeña porción de su mente que se negaba a creer, se negaba a asimilar lo que había visto. Ese hombro no podía ser un… No, era absurdo siquiera pensar en eso, resultaba infantil nombrar a ese hombre igual que a una criatura de esas películas de bajo presupuesto.

Dio media vuelta y se asomó por la mirilla de la puerta. Lo que presenció lo dejó helado. Ahora sí no había forma en que su mente racional tratara de negar lo que sus ojos estaban viendo.

La señora Hendricks, la vecina de enfrente, una mujer entrando a la tercera edad, de ascendencia alemana, al igual que su esposo, había salido a la calle, probablemente alertada por todo el bullicio de afuera al igual que Milo. El hombre gordo desvió la atención que había puesto ahí donde hace pocos segundos había estado la cabeza y medio cuerpo de Milo, hacia la señora Hendricks, la cual se le quedó viendo totalmente aturdida, como un ciervo en la noche frente a las luces del tráiler que segará su vida.

El hombre se abalanzó sobre ella cual grande y pesado era. La señora Hendricks ni siquiera intentó defenderse cuando el hombre la mordió en el pecho izquierdo mientras ambos caían al suelo. Le arrancó un trozo de carne con todo y camisa. Llenaron el pavimento de sangre.

Milo dio media vuelta y corrió hacia la sala. Sin quedarse a ver —pero conociendo de antemano—, el desenlace que tendría la señora Hendricks. Tomó el sillón de tres plazas por un respaldo y lo empujó hasta quedar frente a la puerta, a modo de barricada.

No podía ser posible, su mente se aferraba todavía a la negación. ¿Acaso se estaría volviendo loco? ¿Acaso ese era el castigo por haber matado a todas esas niñas y mujeres? ¿Las almas de todas ellas habrían acaso conspirado para unir fuerzas y torturarlo en vida?

Volvió a escuchar disparos, gritos, gente corriendo. No, no se había vuelto loco, fuera lo que fuese lo que sucedía allá afuera, era real. No servía de nada negarlo. Lo único que podía hacer era recuperar su habitual sangre fría. Entonces pensó en Nadine. ¡Maldición! se recriminó a sí mismo, si no la hubiera matado hace

apenas unos minutos, podría haberla usado de carnada o como cebo o de alguna forma para intentar salir de ahí. Pero ahora que no era más que un cadáver aún tibio, de nada le servía. Si hubiera tardado media hora más en ir y jugar con ella, quizá la chica se habría salvado, en vez de matarla con sus propias manos, la habría sacado a la calle, desnuda como estaba y le habría dado oportunidad de huir, con tal de que distrajera a los zombies. Y ahí, su supervivencia habría quedado decidida por su propia destreza para esquivar a esos monstruos y huir.

Pero ahora, ya era demasiado tarde para Nadine Velazquez.

CAPITULO 2

LAS PEQUEÑAS Y MALVADAS PERRAS.

1

—Y con esto se despiden de ustedes sus locutoras favoritas de youtube —dijo Verónica, una adolescente despampanante de cabello castaño —, las Pequeñas y Malvadas Perras —terminó, y acto seguido pulsó el botón de stop de la aplicación para grabar audio en su celular.

Su mejor amiga, Vivian Flores, veía la pantalla de su propio celular, completamente perdida en él.

—Me atrevería a decir que este es el mejor podcast que hemos hecho hasta la fecha —dijo Verónica, para intentar sacar a su amiga de su ensimismamiento. Vivian alzó la cabeza —bueno, que has hecho.

Eran amigas desde tercer año de primaria, y desde los primeros años de su amistad, a Verónica no se le escapaba que la realmente inteligente de ambas era Vivian, la de las ideas y la que sabía que acciones tomar. A Vivian era a quien se le había ocurrido lo de hacer podcasts.

—Fue un trabajo en equipo —se limitó a responder Vivian.

Se encontraban en la habitación de Verónica Rossi, la cual aún conservaba rastros coloridos de la infancia de la cual hace pocos años acababa de salir, encarnados en los peluches sobre la cama, y el decorado rosa tanto en paredes como almohadas. La chica se levantó de la cama y caminó hasta el espejo empotrado en la pared junto a la puerta. Se sentó en el taburete y comenzó a pasarse el cepillo por la larga y sedosa cabellera del color de los robles.

Sabía que era mucho más bella que Vivian, o cuando menos, más sexy. Pero su amiga tenía algo, ese factor X que tanto enamoraba a los hombres. Verónica desde hace un año, había empezado a atrapar a hombres de todas las edades mirándole el pecho o volteando a verle el trasero cuando caminaba por la calle. Pero su amiga, una chica pequeña (medía un metro sesenta mientras que Verónica le sacaba diez centímetros), despertaba en los hombres algo completamente distinto. Cuando ellos la veían, no era con lujuria en los ojos, sino más bien con una especie de instinto protector brillando en ellos. Como si vieran en ella a una princesa medieval, a una damisela en apuros y por tanto se imaginaban a sí mismos como caballeros de armadura blanca.

Se alisó fuertemente el cabello con su peine de madera, como si de esta forma intentara deshacerse de esos pensamientos, no tenía caso enojarse con su amiga, pero no lo logró, así que hizo lo que mejor se le daba cuando intentaba despejar su mente: hablar.

—Pero aun no entiendo por qué no quieres que salgamos nosotras en cámara, sólo nuestras voces. Tendríamos miiiiiles de visitas más —alargó las últimas palabras con esa coquetería suya que tanto parecía encantar a los chicos. Pero Vivian se limitó a levantar los ojos de la pantalla y mirarla con una sonrisa comprensiva en los labios.

—Sí, tendríamos miles de likes y visualizaciones más, eso te lo concedo, y más si usas uno de los escotes que sueles llevar a las fiestas.

Verónica la miró con una expresión de incomprensión y pregunta como si gritara mediante su lenguaje corporal: ¡¿Entonces?!

Vivian respondió a su pregunta muda. Así de bien se conocían las dos.

—Pero serían likes fáciles, la gente nos vería sólo porque somos dos adolescentes atractivas —se sonrojó al decir esto, como si a su mente todavía de niña aún le costara aceptar esa nueva sensualidad de mujer recién adquirida —las visualizaciones serían mayormente de pervertidos y adolescentes pajeros que nunca han estado con una mujer. En cambio así, haciendo podcasts, la gente tiene que fijarse en nuestras ideas, en lo que tenemos que decir.

—Puede que tengas razón, pero aún así, no soporto no ser el centro de atención.

—Además es innegable que nuestras voces, y sobre todo la tuya reflejan nuestra sensualidad —dijo Vivian para mitigar las ansias de su amiga —y eventualmente los pervertidos y los pajeros se darán cuenta de ello y las visitas a nuestro canal terminarán por llegar —bromeó.

Verónica cambió de posición, giró sobre su asiento para ver la cara a su amiga, la cual seguía perdida en la pantalla del celular.

—¿Estás stalkeandolo en su Instagram otra vez? —le preguntó en tono acusador.

Vivian se sonrojó, Verónica no necesitó más confirmación.

—Deberías simplemente hablarle —opinó Verónica.

—No sé Ver, él no es como los otros chicos.

Verónica rio.

—¿A qué te refieres?

—No sé, no se junta con los cool, pero tampoco es un nerd, es

como una especie de chico intelectual con onda, y debido a eso no encaja en ningún grupo. Además no es sólo que se la pase leyendo, sino lo que lee, ¿lo has visto? Él es más maduro que los demás.

—Obvio no he visto lo que lee, ni me importa —dijo con desdén —. Lo que sí puedo ver justo ahora es que tú te has enamorado como tonta de él.

Vivian volvió a sonrojarse, pero ahora con más fuerza, tanto así que su rostro ed una tez blanca parecía ahora un pequeño y lindo tomate. La chica hizo ademán de recogerse el cabello negro por atrás de la oreja, pero Verónica la conocía bien y supo que sólo estaba intentando cubrir momentáneamente su rostro ruborizado.

—Y eso no es bueno —sentenció Verónica —. Eso se interpone directamente con nuestros planes. Lo sabes ¿verdad?

—Sí, lo sé —confesó avergonzada su amiga.

Hacía seis meses habían encontrado, en el cuarto del hermano mayor de Verónica, una película del director Lars Von Trier: Ninfómana. Habían entrado a hurgar en su cuarto, ya que era —según Verónica— un maldito nerd coleccionista de todo tipo de porno imaginable. Y esa tarde a ambas les había dado curiosidad ver algo de ese porno, y aprovecharon que Raúl se encontraba fuera de la ciudad en un viaje que la escuela les había organizad a los de último año. Cuando empezaron a hurgar en los cajones, closets y gavetas, en efecto dieron con discos de películas porno de todo tipo, las portadas eran de todo tipo, desde películas de los noventas hasta dibujos japoneses con chicas en las posiciones y los vestuarios más sugerentes. Pero hubo una película que llamó en especial su atención, la atención de ambas en general, y la de Vivian e particular. Volvieron a dejar todo el porno en su lugar y vieron solo la de Ninfómana.

Ambas quedaron fascinadas con la película y en especial con su protagonista. Vivian incluso se sentía tremendamente identificada con la versión joven de esta. Pero había una escena en especial que las había cautivado por completo. Una escena donde la protagonista junto con su amiga, con sólo dieciséis años de edad o algo por el estilo (aunque las actrices se encontraban ya bien entradas en sus veinte), subían al tren de camino a casa y comenzaban a tener relaciones sexuales con extraños, y competían entre ellas para ver cuál de las dos podía cogerse a más hombres cada noche.

—Deberíamos hacer eso —había bromeado Verónica.

Vivian la miró con rostro serio, casi meditativo y luego soltó algo que sorprendió enormemente a Verónica.

—¿Y por qué no llevarlo más allá?

—¿A qué te refieres? —había querido saber Verónica.

—Eso podría ser nuestro calentamiento y después, podríamos llevarlo a otro nivel completamente.

—¿Otro nivel? ¿Exactamente qué tienes en mente? —ahora estaba realmente intrigada.

Vivian meditó lo que iba a decir durante unos segundos.

—Una de las dos podría tirarse a algún empresario o millonario, y la otra grabarlo todo. Y después podríamos extorsionarlo para que nos diera dinero, mucho dinero o haríamos público todo.

—¿No crees que sería demasiado cruel eso, demasiado sin escrúpulos?

—Quizá —había respondido fríamente Vivian—. Pero piénsalo, si expusiéramos ese video, su esposa lo dejaría, sus hijos se avergonzarían de él y lo mejor de todo, como somos menores de edad, el cabrón iría a prisión en caso de ser expuesto. Así que lo veas por donde lo veas, el cabrón estaría obligado a pagarnos.

Quizá Vivian era tímida y recatada, pero cuando se lo proponía podía ser una perra de verdad.

Así que esa noche finalmente harían su primer intento. Por eso era importante que Vivian sacara de su mente a Enrique. Una niña enamorada no sería capaz de coger con un extraño en los baños del metro, o donde lo fueran a hacer, pero una pequeña y malvada perra, ella sí que lo haría.

—¿Entonces qué va a ser? —preguntó Verónica al tiempo que dejaba el peine sobre la mesa y se ponía de pie. Se quitó el camisón de seda que llevaba puesto y se quedó con nada más que una diminuta tanga roja cubriéndole la piel. Tomó a Vivian por los hombres —¿ Vas a ser la niña frágil que espera a que su príncipe venga a rescatarla, o vas a ser la perra que sé siempre has querido ser? ¿Vas a llevar a cabo lo que predicamos en nuestros videos o te acobardarás?

El semblante de Vivian cambió, algo pareció apoderarse de ella, alguna especie de locura mal contenida.

—Hagámoslo.

Verónica dio media vuelta, con los pechos y el cabello ondeándole al aire y fue hasta el clóset, en busca del atuendo perfecto para ambas.

2

Las dos niñas iban vestidas con colores llamativos, infantiles. Allá donde caminaban despertaban las miradas lujuriosas de los hombres sin importar su edad y las de reproche, censura o envidia de las mujeres, dependiendo su edad.

Verónica pasaba altiva sin mirar a nadie mientras recorrían los gigantescos pasillos del metro de la ciudad de México. A final de cuantas sí se habían decidido a emular a la heroína de su recién descubierta película favorita. La chamarra violeta ondeaba con cada largo paso que daba en torno a un vestido plateado y diminuto que iba encima de unas licras igualmente violetas. Los tenis blancos le ayudaban a dar zancadas además de largas, más rápidas, por lo que su amiga, Vivian, tenía que ir casi trotando para seguirle el paso.

Vivian por su parte iba vestida con una chaqueta de mezclilla, diamantina alrededor del delineador en unos ojos negros que se le veían aún más profundos y enormes de lo normal. Unos ojos en los que a los hombres les gustaba perderse en sus ensoñaciones (Verónica lo sabía y la envidiaba por ello, a ella sólo la querían por sus tetas o su culo). Llevaba una blusa violeta, para combinar con su amiga, al igual que las licras debajo de una falda también de mezclilla y por último, unos tennis también blancos, pero decorados con diamantinas a juego con la de los ojos. Caminaba sin hablar, sólo resollando mientras intentaba mantener el ritmo de Verónica.

Escabullirse a mitad de la noche de casa de Verónica había sido pan comido, ya que el cuarto de esta se hallaba en la planta baja, así que habían salido sin hacer prácticamente ningún ruido que alguien dentro de la casa pudiera oír. Habían elegido una hora en que no hubiera demasiada gente, para poder entrar a los baños sin problema alguno acompañadas de los hombres que ellas eligieran. Pero tampoco tan tarde como para que no hubiera gente que pudiera ayudarlas en caso de que se encontraran con algún tipo de psicópata y las cosas se salieran de control y trataran de violarlas. Así que ir una hora antes del cierre, les había parecido perfecto.

Al tiempo que la idea de la violación afloró en la mente de Verónica, llevó la mano al bolsillo de la chaqueta donde guardaba la navaja, sus dedos se cerraron en torno a ella, acto con el cual se sintió más segura al instante, y la sacó. Era de esas navajas suizas que son multiusos, en las que todo se guarda en el mango mediante un mecanismo que gira alrededor de un pivote y traen un palillo, tijeras, limador de uñas y tres tipos diferentes de cuchillo. Tomó el extremo

de su navaja predilecta y la sacó del mango, haciéndola girar. Era un cuchillo serrado, como esos de cocina, pero en miniatura. Vivan la volteó a ver y al instante sus ojos se abrieron como platos.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—¿Haciendo de qué? —respondió Verónica con insolencia.

—Guarda esa maldita cosa. ¿Por qué la trajiste?

—Oye, esto es para nuestra protección —Verónica guardó silencio un segundo, blandió el cuchillo frente a ella y prosiguió —si algún hijo de perra intenta pasarse de listo —hizo ademán de clavarlo en un pecho imaginario y después torció la navaja, girando la muñeca —, me agradecerás que la haya traído.

—Como sea, pero guárdala, no quiero que nos vayan a arrestar o algo.

—Relájate niña exploradora.

A Verónica había veces en que simplemente su amiga le parecía una mojigata y no la soportaba. Pero aun así le hizo caso. Siguieron caminando un rato más, hasta que finalmente Verónica los vio. Los dos hombres perfectos para ella y Vivian.

—Aguarda aquí —le dijo, como quien le ordena algo a un niño pequeño —A ti te va a tocar el de mejor cuerpo.

Vivian acató la orden y miró cómo su amiga se adelantaba e iba directo a donde se encontraban tres hombres jóvenes. Por su atuendo, cualquiera adivinaría que eran oficinistas y que acababan de salir del trabajo. Ninguno de los tres pasaría de los treinta años, lo que sí era seguro es que cualquiera de los tres era demasiado mayor para ellas. Vivian supo rápidamente a cuál se refería su amiga. El de en medio, el de la camisa blanca y corbata negra y delgada, y el cabello negro y corto peinado de lado tenía un cuerpo atlético, no demasiado musculoso, pero sí el de alguien que ocupa sus horas libres al acondicionamiento físico. El sujeto de la izquierda, era del tipo que a Verónica le gustaban, rubio y apuesto, aunque carecía de los bíceps de su amigo. Y el tercero, el de la derecha, no era gordo ni demasiado feo, simplemente era insignificante. Alguien en quién ni ella ni Verónica se fijarían jamás, era de ese tipo de personas que simplemente pasan desapercibidos ante el resto de humanos. El rubio llevaba una de esas mochilas delgadas que sólo tienen una correa que cruza a través del pecho, mientras que los otros dos llevaban colgadas de los hombros las clásicas mochilas de dos correas que suelen llevarse durante toda la secundaria.

Verónica se acercó con paso decidido, habló con coquetería, dirigiéndose exclusivamente a los dos que le interesaban y así estuvo

durante cinco minutos. Riendo exageradamente de lo que decían, llevándose una mano al pecho, echando la cabeza hacia atrás, dejando el cuello blanco al descubierto y también el escote de la playera sin brassiere. Finalmente le susurró algo al oído al hombre rubio, en un volumen tal que su amigo el de lindo cuerpo pudiera también oírla.

Verónica y su chico elegido comenzaron a caminar hacia donde Vivian se encontraba mientras que el otro se volteó a su amigo y le empezó a decir algo, se notaba algo apenado, así que probablemente le estaba diciendo que lo iban a abandonar. Si Vivian no hubiera desviado de nuevo su atención hacia su amiga, probablemente se habría percatado de la forma en que se ensombreció la expresión del hombre anodino y la consecuente sonrisa y mirada plagada de lujuria que le dirigió tras las últimas palabras de su amigo.

—Vivian, ellos son Roberto —dijo señalando con la cabeza al Rubio —y Luis —ahora dirigiéndose al de cuerpo atlético —. Ellos serán los hombres más afortunados del día de hoy —dijo al tiempo que se abrazaba de su chico.

Luis se acercó a Vivian, sin rastro alguno de timidez y la tomó de la mano.

—¿Vamos? —preguntó Verónica.

—Vamos —contestó Luis.

Habían elegido el metro, ya que los baños de ahí se ajustaban a la perfección a lo que ellas necesitaban para esa noche. Había que cruzar una puerta giratoria después de ingresar una moneda por persona, pero una vez del otro lado, se encontraban los baños de hombres y mujeres sin supervisión de ningún tipo. Había una pared: a la izquierda, los baños de las mujeres, a la derecha, el de los hombres. Los cuatro fueron hacia la izquierda.

Se encontraban vacíos. Verónica y Roberto se dirigieron hacía un cubículo y se encerraron en él.

—¿Entramos? —le preguntó Luis con mirada juguetona.

Vivian lo tomó de la mano y caminó hacía los cubículos con más seguridad de la que realmente sentía y se encerraron junto a sus amigos. Del otro lado de la mampara, Verónica y Roberto ya habían comenzado con los gemidos rítmicos y acompasados que anteceden al orgasmo. Tú puedes hacerlo, se dijo a sí misma, intentando darse ánimos, insuflarse de valor.

Se arrodilló frente a la mirada extasiada de Luis, la cual dejaba ver que su mente racional aún no podía creer la suerte que había tenido. Le desabrochó el pantalón, y pudo ver cómo la tela del bóxer se tensaba desde dentro. Bajó el cierre y desató el cinturón. Los

pantalones del chico se enroscaron alrededor de los tobillos. Su miembro excitado, pujaba fervientemente por salir de la prisión de tela donde se encontraba. Con un movimiento brusco, Vivian le bajó el bóxer. El pene de Luis resorteó de una manera que ella no tenía previsto y le pegó en la barbilla, dejando en ella una gota de líquido preseminal. Volteó a verlo y ambos rieron. Tomó el pene del hombre con la mano izquierda, por la base y se dispuso a metérselo en la boca. No llegó a completar esa acción.

No se percató de que la puerta tras de ella se había abierto, sintió un golpe, una presión tan extrema y pesada en la cabeza que ni siquiera sintió dolor. Lo último que vio (¿o sintió?) fue una mano cerrarse con fuerza exagerada en torno a su boca, oprimiéndola. Y entonces la oscuridad más absoluta se abatió sobre ella.

Roberto había cargado a Verónica por las piernas y la había subido sobre el tanque acoplado al inodoro. Él por su parte había abierto las piernas alrededor de la taza y sólo se había desabrochado el pantalón y hecho a un lado el bóxer. La embestía con fuerza y lujuria de una manera que poco o nada tenía de romántica. Si Verónica no hubiera estado tan caliente por tener sexo de esa manera que parecía tan ilícita, probablemente habría sentido un poco más de dolor y le habría dicho que parara. Pero en cambio, intentaba hacer que su cadera siguiera el ritmo de las veloces embestidas de su compañero sexual. El dolor vendría después, ahora sólo cabía disfrutar el momento.

Pero de pronto, sin previo aviso, el muchacho terminó dentro de ella. Verónica lo supo porque tras dos embestidas particularmente fuertes, simplemente se detuvo, sudoroso y expeliendo gemidos que lo hacían parecer una ballena.

—¿Eso fue todo? —susurró Verónica.

—Sí nena ¿acaso no fue delicioso?

—¿Ya terminaste? —los interrumpió una voz desde el cubículo de al lado.

—Yo ya —dijo Roberto al tiempo que se acomodaba el bóxer y se volvía a abotonar el pantalón —¿Y ustedes?

¿Ustedes? Se preguntó Verónica, sin entender del todo y con la falda aún en la cintura y las medias hechas un nudo alrededor de los tobillos. ¿Pero qué mierda?

Roberto salió del baño, dejando la puerta abierta sin importarle un bledo que ella aún estuviera semidesnuda. Se acercó a la puerta de al lado y la abrió. Verónica no alcanzaba a ver lo que pasaba al lado.

—Bien —dijo Roberto alargando la “e” de manera exagerada, de

la forma en que lo hacen los chicos cuando se felicitan unos a otros. Después de eso sólo escuchó las pisadas que se alejaban. Se asomó rápidamente, aún con el vientre y la vagina sin ropa alguna. Lo que vio la dejó helada. Los hombres que acababan de salir del baño de chicas, eran tres, no los dos con quienes ellas iban a tener sexo. Un oscuro presentimiento se cernió sobre su conciencia.

Se subió las licras como pudo, lo más rápido que le fue posible, se bajó el vestido a la altura debida y corrió al baño de al lado.

Se llevó las manos a la boca en una expresión de pánico cuando vio a su amiga. Tanto de su cabeza (o nuca) así como de su entrepierna brotaban dos hilillos de sangre nada halagüeños. Después de ese momento inicial de shock, Verónica corrió hacia Vivian, se hincó y puso el oído muy cerca de la nariz de ella. Pudo oír la respiración débil pero presente así como sentir el leve vibrar de la nariz rozando su oreja. El susto inicial pasó, dejando en su lugar una oscura preocupación. Verónica cerró la puerta, se sentó en el suelo junto a su amiga y esperó a que esta despertara.

3

Enrique a veces simplemente odiaba el maldito clima de la ciudad. En la mañana, antes de salir de casa hacía un maldito frío que te congelaba las bolas. Así que sólo se había atrevido a salir de casa después de calzarse dos suéteres. Pero ahora, a las once de la mañana, el maldito sol había salido y quemaba de la manera tan única cómo solo ese bastardo podía hacerlo. Enrique podría jurar que incluso se veía el vapor que salía del asfalto, al igual que en las películas cuando los personajes van cruzando una carretera interminable en medio del desierto. Y ahora tendría cargar con dos suéteres, que no podía guardar en su atestada mochila, durante todo el día.

Se encontraban en el primer descanso del día, después del tercer periodo. Enrique Barsuto miraba a sus contemporáneos con la mirada asqueada y aburrida de un niño mirando a los animales del zoológico al cual ha asistido más de cien veces. Se encontraba recargado en una columna del pasillo que daba hacia el patio principal, cobijado por la sombra del edificio de ese calor infernal. Los deportistas, hacían lo único que sabían hacer, que era jugar, daba lo mismo el deporte que fuera, ahí estaban todos, unos jugando basquertbol, otros totalmente absortos en un improvisado juego de futbol, y los peores, pero también la mayoría, los jugadores de soccer. Enrique odiaba a estos últimos por encima del resto, sobre todo al capitán del equipo, David Garduño. Este tipo se la tenía jurada a Enrique, y cada que podía se metía con él, sobre todo cuando estaba rodeado de sus amigos (lo cual era siempre). Pero no lo odiaba sólo porque sí, no. Había una razón de fondo.

Hacía medio año, en una fiesta en casa de alguno o alguna de los populares, Enrique había subido a la planta superior de la casa en cuestión en busca del baño, desde ahí, la música que entraba desde el jardín sonaba lejana y apagada. Pasó por una habitación, luego otra y en la tercera, los vio. La puerta estaba entreabierta, y dentro pudo ver a una pareja peleando, gritándose groserías con la voz en cuello. Eran una chica pelirroja (al recordarlo ni siquiera se acuerda ya de su nombre) y el capitán del equipo de soccer. Enrique, obviamente iba a pasar de largo, pero entonces escuchó el golpe. A juzgar por la forma en que la cara de la chica giró, su cuerpo se tambaleó y casi pierde el piso, había sido una cachetada. Pensó en seguirse de largo, buscar un baño, orinar, y olvidarse del asunto, dejar que esa pareja de estúpidos resolviera sus problemas como los cavernícolas que eran. Al fin y al cabo no era su problema, esa chica se lo había buscado al elegir a ese

cabrón como pareja. Pero sabía que si lo hacía, si ignoraba la situación que acababa de presenciar, su maldita conciencia no lo dejaría estar en paz después.

Así que irrumpió en el cuarto. Con una patada abrió la puerta del todo, sobresaltando a la pareja cuando esta se estampó con un sonoro golpe contra la pared. Se aceró hasta deportista con paso decidido y le asestó un cabezazo en la nariz (no fue algo fácil, tuvo que brincar un poco, ya que el tipo medía un metro ochenta mientras Enrique medía uno con setenta). El tipo cayó al suelo y se llevó las manos a la cara, aunque Enrique no recordaba si en ese orden. Lo miró desde el suelo con ojos vidriosos, y una expresión de sorpresa, rabia y un odio puro entremezclados.

—Eres libre de irte —le había dicho a la chica pelirroja.

Ella no se lo agradeció con palabras, pero en la mirada que le regaló a Enrique antes de echar a correr, lo dijo todo. Enrique salió tras de ella para seguir buscando el baño. El tipo ese le gritó. Enrique no puso demasiada atención pero debió haber sido algo así como: "me las vas a pagar maldito", o cualquier frase del estilo que suelen usar los bullies.

Regresó a la realidad con un sobresalto, como cuando te quedas dormido en el bus y despiertas de pronto con el temor de haberte pasado de tu parada. Ahora miró hacia donde se encontraban los nerds, sentados en un extremo alejado del patio, sentados en torno a unas mesas de piedra debajo de la sombra de los frondosos árboles que aunque crecían fuera de la escuela, sus ramas espesas se metían al terreno del colegio. Estaban jugando algún tipo de juego de cartas de monstruos o alguna estupidez por el estilo que tanto le agrada a los ñoños.

A ellos no los odiaba tanto, incluso le daban casi lástima. Algunos de ellos sí eran inteligentes (muy pocos) tal como dictaba el cliché. Pero la mayoría eran una bola de robots idiotas carentes de imaginación que intentaban ocultar su falta de inteligencia e iniciativa sacando buenas notas. Enrique jamás había conocido a alguien realmente inteligente que estuviera en el cuadro de honor. Había llegado a la conclusión de que las personas realmente brillantes vivían en el promedio o debajo de este durante su etapa en el instituto, esperando para brillar en el mundo real, después de graduarse.

Enrique estaba dentro del promedio, pero no creía poseer ese rasgo de brillantez, tenía varios talentos claro, pero ninguno que fuera imposible de adquirir, aún así intuía que él pertenecía a ese grupo de gente que brillaría una vez dejada atrás la adolescencia.

Y por último, el tercer grupo, los populares. Ellos se reunían

dentro de la pequeña edificación donde estaban las cocinas, varias decenas de bancos para comer al estilo de las zonas de fast food en los centros comerciales y la cafetería. Monopolizaban la cafetería y los mejores lugares, y la forma en que conseguía lograrlo, era que todos ellos (chicos y chicas) solían intimidar mediante miradas, comentarios o simplemente por su abruimadora mayoría a todo el que entraba y pretendía quedarse más tiempo después de haber comprado su almuerzo.

Ellos sólo le caían mal, pero no le desagradaban de la misma forma que los deportistas. En cierta forma, los populares y los deportistas le daban algo de lástima (y también los nerds no inteligentes y carentes de imaginación), la única ocasión en que brillarían o sentirían que son alguien, es ahora, durante esos breves y fugaces años de instituto.

Su mente se olvidó sumariamente de estos pensamientos; nerds, deportistas y populares se desvanecieron instantáneamente, como fina niebla cuando sale el sol en toda su esplendor, en el momento en que vio cruzar por en medio de las canchas a Vivian Flores. La chica de quien se había enamorado desde la primera vez que la vio, al iniciar el curso escolar.

Su cabello castaño ondeaba al aire y la falda a cuadros que llevaba dejaba ver como los músculos de sus piernas blancas, casi pálidas, y bien torneadas se marcaban a cada paso. Pero había algo raro. Caminaba demasiado aprisa y su semblante estaba cambiado, como si hubiera madurado o envejecido algunos años desde la última vez que la viera. También lucía extremadamente enojada, enfurecida a decir verdad. Pero debajo de ese odio subyacía una emoción más intensa: una tristeza avasalladora.

Quiso ir corriendo hasta ella, tomarla de la mano (quizá incluso abrazarla) y decirle que todo iba a estar bien. Que pasara lo que pasara, él estaría a su lado para enfrentar lo que fuera. Pero sabía que no podía, intentó dar un paso, separarse de la columna en que se encontraba recargado, pero la sola idea de entablar una conversación con la chica de sus sueños, hizo que su mente se bloqueara y fuera incapaz de enviar la señal necesaria a sus piernas para que echaran a andar. Maldita timidez. Ese era uno de los rasgos que más odiaba de su personalidad. Podía hablar en público, o hablar con los adultos o exponer en clase, todo eso sin problema, pero cuando se trataba de ir y hablarle a una chica bonita, simplemente no podía, se congelaba y las frases ingeniosas y su lengua afilada, que lo caracterizaba, simplemente parecían abandonarlo sin explicación alguna.

Así que sólo fue capaz de clavar la mirada en ella y ver como la chica de sus sueños se alejaba. Cuando entró al ala norte del edificio

en forma de L que era la escuela, el botón de pausa pareció soltarse y el mundo —y las personas dentro de él— volvió a girar a su velocidad normal.

4

—¡Aléjate de mí! —restalló Vivian —si no fuera por ti, nada de eso habría sucedido.

—Vivan, por favor vamos a hablar, déjame hablar contigo —pidió Verónica, suplicó más bien, con la voz convertida en un hilo.

—No hay nada de qué hablar. Seguimos tu estúpida idea, fuimos a buscar sexo, a perder nuestra virginidad. Y lo conseguimos —sentenció. La amargura en su voz casi se podía palpar físicamente.

—Sí, pero…

—¿Pero qué? —la interrumpió Vivian —¿quieres disculparte acaso?

—Yo… sí, bueno…

—No tienes nada de qué disculparte. Conseguiste lo que querías, te desfloraron, te convertiste en mujer —hizo una pausa y su ojos se ensombrecieron, la oscuridad recayó sobre ellos —.Y a mí me desmayaron de un golpe y fui violada por dos hombres.

Verónica no supo que responder. Su semblante de piedra era una fiel reproducción de lo perpleja que se sentía por dentro. Ante su silencio, Vivian continuó con su diatriba:

—Como yo lo veo, no tenemos nada de qué hablar .Conseguiste lo que querías. Como siempre lo haces.

Vivian echó a andar, dejando a su ex mejor amiga sola en aquel rincón escondido del patio de la escuela, junto al almacén donde los de mantenimiento guardaban herramientas y cosas por el estilo. Al cruzar por el centro de las canchas, donde había algunos brutos (y perdedores al juicio de Vivian) jugando soccer, futbol y basquetbol, notó una mirada clavada en ella. Venía del lado izquierdo. Miró por el rabillo del ojo, en el pasillo que daba al patio, recargado en una columna se hallaba Enrique Barsuto, el chico cuyo Instagram Vivian se la pasaba checando. Probablemente la veía con ojos de extrañeza, pensando en lo rara que se veía caminando a toda prisa por en medio de las canchas y con un rostro que dejaba entrever la lucha interna que se estaba llevando a cabo para evitar que las lágrimas afloraran a su rostro ahí, en medio de la multitud de estudiantes curiosos crueles a partes iguales. Pero ahora eso no importaba. Quería voltear a verlo, para averiguar de qué forma la miraba, si la miraba con crítica en los ojos o si por el contrario había algo diferente en ellos. Pero no se

atrevió.

¿Qué tal si miraba a Enrique directo a los ojos y él se daba cuenta del terrible secreto que ella escondía? ¿Podría saber la terrible verdad de lo sucedido la noche anterior tan sólo con mirarla a los ojos? No lo sabía. Y honestamente, justo ahora no se sentía para nada con ánimos de investigarlo.

Así que siguió caminando, casi corriendo, entró al edificio más cercano y se dirigió hacia los baños. Una vez en ellos, se metió al cubículo más alejado de la puerta (afortunadamente parecía que el baño se encontraba desierto), le puso el seguro y se sentó sobre la tapa del inodoro.

Dejó que las lágrimas salieran. Lloró. Y siguió llorando hasta que no le quedó más agua en los ojos.

5

Faltaban escasos minutos para que el sexto periodo terminara y pudieran salir al segundo receso del día, pero no importaba si eran pocos o muchos, porque en clase del señor Eruviel, cada segundo se le hacía eterno a Enrique.

Pensaba en Vivian, al igual que casi el todo el resto del día. Pero ahora había ocupado un lugar prioritario. Se preguntaba qué le podría haber sucedido, por qué habría estado tan triste cuando pasó como ráfaga en el descanso frente a los ojos de él. Pensó también en su olor. Era como de avellanas con miel. Hace un mes había estado detrás de ella en la fila del comedor y el dulce y fresco aroma del cabello y la piel de ella se había colado por la nariz de Enrique, pegándose a su memoria de manera irremisible y enamorándolo todavía más de la chica por la que sentía una adoración extrema. Ella iba en primer año de prepa, él en último. Así que sólo tenía este curso escolar para hablarle, para armarse de valor o si no, él saldría de la escuela, se graduaría y jamás la volvería a ver…

Los altavoces de toda la escuela se encendieron, incluyendo aquel instalado en el aula del señor Eruviel, primero se escuchó el chisporroteo estático que antecede al momento en que una voz empieza a hablar a través de ellos. Todos guardaron silencio, incluyendo al maestro. Entonces los altavoces empezaron a sonar.

—Chicos y chicas —dijo la voz nasal de la directora —presten atención al siguiente comunicado —ha sucedido un… bueno no sé cómo llamarlo, un incidente en la comisaría de la ciudad. Y las autoridades oficiales han anunciado en los medios que las clases se suspenden por hoy.

Un grito comunal de vítores se extendió por el aula así como por toda la escuela. La directora, conociendo de antemano a sus alumnos y sabedora de la reacción que iban a tener, alzó la voz (o probablemente también el clamor de los gritos le llegó hasta su oficina).

—¡Silencio, silencio! —exclamó para acallarlos —esto no quiere decir que vaya a ser un día de fiesta, las autoridades han dado ordenes claras y precisas. Todos debemos volver a nuestras casas. Hay algún tipo de emergencia sanitaria, así que ni se molesten en ir al cine o a alguna de esas plazas que frecuentan, ya que todos tienen órden de cerrar.

Ahora tenían la atención de Enrique. Sacó su celular, al igual que el resto de los chicos y chicas de su clase. El profesor Eruviel iba a reprochárselos, pero se lo pensó dos veces, y mejor se acercó con

Camilo, quien era conocido por todos por ser un adicto a la tecnología, y por tanto siempre tenía el mejor celular del momento.

Iba a abrir youtube y buscar algún video sobre la comisaría en la ciudad de México, y ver qué noticias aparecían, pero se lo pensó mejor y decidió que lo mejor (al igual que en todos los casos) era ir en contra de la mayoría. Si todos se ponían a buscar cosas en su celular, él saldría de allí primero, se adelantaría al resto de los borregos y si era algo serio, tendría más probabilidades de llegar a tiempo a casa, antes de que los embotellamientos congestionaran la ciudad.

Y de pronto una idea se prendió en su mente, iluminándola y haciendo aflorar una sonrisa a sus labios. Para volver a casa tomaba el metro, y sólo muy pocos estudiantes de la escuela hacían lo mismo (la mayoría vivía de ese lado de la ciudad), y entre ellos se encontraba Vivian. Saldría a buscarla y se ofrecería a acompañarla hasta su casa. Supuso que en esas condiciones, en medio de una emergencia sanitaria o lo que fuera, ninguna chica declinaría tal oferta. Así que metió las cosas que estaban sobre su pupitre en la mochila, se la colgó del hombro y sin dirigir una sola palabra a nadie, salió del salón. Cuando pasó entre sus compañeros pudo sentir la mirada de Lucía Suarez clavada en su espalda. Ella era una de las chicas populares de la escuela y Enrique presentía que él le gustaba. Ella era hermosa y por las pocas veces que habían charlado, Enrique sabía que ella no era de la misma casta que el resto de los populares, ella era gentil y alguien con quien se podía estar a gusto charlando. Probablemente de no estar tan enamorado de Vivian, Lucía habría sido su interés romántico.

Salió del aula, recorrió el pasillo hasta llegar a las escaleras y bajó los dos pisos hasta el patio; este se encontraba aún desierto, por lo visto nadie había salido todavía de las aulas.

Mientras caminaba por los pasillos todavía desiertos, pensamientos de inseguridad comenzaron a asaltarlo. ¿Y si ya había varios tipos más que se habían ofrecido a acompañarla? ¿O si acaso se iba con sus amigas? Pero había un pensamiento que pesaba más que todos los demás juntos: ¿Y si ella lo rechazaba, si le decía que se fuera al diablo y salía corriendo, dejándolo ahí parado, en medio de toda la gente, como a esos chicos en los videos de San Valentín cuando le declaran su amor a las chicas que les gustan enfrente de toda la escuela y ellas simplemente se limitan a rechazarlos y alejarse de ahí, dejándolos con un ramo de rosas en una mano y el corazón roto en la otra?

Mientras tanto, caminaba con toda lentitud hacia la salida de la escuela, esperando ver a Vivian en el trayecto. Estudiantes y maestros por igual comenzaron a salir de las aulas, creando pequeños

riachuelos que van confluyendo. Enrique se irguió del todo y estiró el cuello, intentando ubicar a Vivian en medio de toda la gente. Llegó a la salida sin encontrarla. Atravesó el umbral donde a esa hora debía estar la enorme reja corrediza que usualmente los mantenía cautivos durante toda la mañana y parte del día. Salió de la escuela pero se quedó parado junto a la enorme barda de ladrillos, viendo como salían por decenas estudiantes con mochilas a los hombros, profesores en sus autos y algunos estudiantes en carros comprados por sus padres ricos. Pero ninguno de ellos le interesaba. Él sólo quería ver salir a una persona.

Estaba a punto de sacar su celular y fingir que veía la pantalla con sumo interés para no parecer un tonto ahí parado sin hacer nada, cuando finalmente la vio. Salió de la escuela como envuelta en un halo de misticismo. Era como una de esas estrellas de cine que cuando salen en pantalla, no puedes evitar hacer otra cosa más que mirarlas embelesado sin prestar atención o todo cuanto las rodea en pantalla. Pero también era como una diosa adolescente, una mujer más allá de los cánones comunes de belleza.

Dio un paso hacia ella, se percató que iba caminando excesivamente rápido, como si tuviera la mayor de las prisas por alejarse lo más pronto posible de la escuela y de todos a cuántos conocía ahí. Y justo cuando comenzaba a caminar para alcanzarla, dos sombras lo interceptaron. Dos sombras que se materializaron en sus dos mejores amigos (y a decir verdad, los únicos) Donnie Laurent y Raúl Sánchez. Los papás de Donnie eran norteamericanos que no tenían ni idea del bullying que su hijo iba a recibir cuando decidieron venirse a vivir a la ciudad. Su nombre (que usualmente era utilizado para rimar con palabras como Dona) aunado a que era algo regordete, con pecas y cabello rizado y de un castaño que casi parecía rojizo, no ayudaban con la situación del bullying. Y Raúl, bueno Raúl era Raúl. Un chico que leía cómics a morir, veía cine de terror clásico, un leve problema de acné y su estilo casi gótico lo destinaban a llegar a la universidad virgen (y probablemente terminarla del mismo modo).

—¡Ey qué cuentas hombre! —dijo Donnie con entusiasmo.

—No te habíamos visto en todo el día hermano —completó Raúl.

—Yo eh, este… había estado ocupado —dijo sin prestarles atención, mientras intentaba no perder de vista a Vivian.

—Hombre ¿qué crees que haya pasado? —preguntó Donnie con entusiasmo —¿qué habrá causado todo este alboroto?

—Probablemente no sea nada, ya sabes cómo son los adultos, les gusta exagerar las cosas —respondió Enrique distraídamente.

—Hombre no lo sé —dijo Raúl—, en Internet están diciendo que

hubo un atentado en la comisaría, una mierda al estilo de los atentados en las olimpiadas.

Buscó a la chica con la mirada. Demasiado tarde, ella ya se había ido.

—¿A quién buscas, hombre? —preguntó Donnie.

—No nos ha hecho nada de caso y su mirada está completamente perdida. No hay más, se trata de una chica —respondió Raúl en su lugar.

—¿Estás buscando a esa chava de primero? —volvió a preguntar Donnie —¿de la qué estás enamorado?

—Yo eh, esteee, no estoy enamora…

—Hermano —le cortó Raúl—, pareces un maldito zombie, deja de preocuparte por nosotros y ve tras ella. ¡Alcanza al amor de tu vida oh Romeo! —dijo alzando la voz, llevándose una mano al pecho y estirando el otro brazo al cielo en una parodia exagerada de la clásica postura teatral.

—Sí hombre, ve tras ella —lo apoyó Donnie.

—Okay chicos, tienen razón, voy a intentar alcanzarla antes de que llegue al metro

Y echó a correr. Pero antes de alejarse, se volteó hacia ellos para decirles una última cosa:

—Oigan chicos, por qué no pasan más al rato por mi casa. Si anuncian que mañana no hay escuela tampoco, podremos quedarnos jugando videojuegos toda la noche.

—Claro hombre —contestó Raúl.

—Ahí estaremos —completó Donnie —a menos que tu chica te haga cambiar de opinión y no quieras ni que te hablemos por mensajes en toda la tarde.

Y Enrique Barsuto ahora sí echó a correr, sin saber en ese momento que ninguno de los tres llegaría jamás a la casa de Enrique.

6

Vivian se había sentido vigilada todo el camino desde la escuela. Pero extrañamente no de una forma opresiva o que diera miedo. Simplemente como si una mirada hubiera estado atenta de ella.

Llegó a la taquilla, pagó su boleto y pasó el torniquete para bajar al metro, para bajar a las entrañas de la Tierra. Después del torniquete habían unas escaleras eléctricas, su impaciencia no le permitió esperar y las bajó caminando a toda prisa. Al llegar a la plataforma donde estaban las vías, volvió a sentir la presencia. Giró el cuerpo disimuladamente y por el rabillo del ojo alcanzó a ver una chaqueta deportiva roja que iba bajando las escaleras. No era cualquier chaqueta, era una como la que usaría alguno de los chicos ingleses de la peli Trainspotting (no tenía ni idea de por qué conocía esa peli), era la chaqueta de Enrique Barsuto. Siguió caminando.

Las vías seguían vacías. Se detuvo a una distancia prudencial y esperó. Por alguna razón estar demasiado cerca de las vías le daba escalofríos. No podía evitar mirar ese agujero por donde se deslizaba el metro a toda velocidad y recordar de golpe todos los vídeos que había visto en youtube y en los noticiarios de gente que se tiraba ahí para suicidarse, para ser arrollados por toneladas de metal, para apagar la llama de sus vidas en un efímero instante. O los videos donde la gente era empujada, esos eran los peores.

Se dio media vuelta y vio a Enrique Barsuto. Decidió atreverse, mostrar sus cartas y dejar que lo que tuviera que ser, fuera. Así que le sonrió, pero no de una manera tímida o puramente casual, o de la manera en que saludas a alguien que conoces de vista, no. Le lanzó una sonrisa íntima, cómplice, una sonrisa con los ojos y no sólo con los labios. La clase de sonrisa que una niña arroja al adolescente de sus sueños.

Él se quedó ahí parado, como tonto, sin saber a ciencia cierta si el interés de Vivian era dirigido a él. Vivian incluso podría jurar que él estuvo a punto de voltear para cerciorarse que no le sonreía a alguien que estuviera justo detrás de él. Probablemente había visto demasiadas pelis donde eso le pasaba al nerd de la escuela. Se separó de la pared donde estaba recargado y se dispuso a caminar hacia ella. Pero en eso, una mujer se interpuso entre ellos y Enrique quedó fuera de su campo visual.

En ese primer instante Vivian no la reconoció, y de haberlo hecho se habría dado cuenta que no se trataba de una mujer o señora, sino

de una chica de su edad.

Verónica pensó que no encontraría a su amiga cuando esta giró una esquina y aparentemente echó a correr. Ya que cuando apareció nuevamente en su rango de visión, se encontraba considerablemente más lejos. La vislumbró justo antes de que descendiera por el umbral que la llevaría a la estación del metro. Llegó al trote hasta ahí y bajó también. Pasó al lado de un chico de la escuela con chamarra roja, no se fijó quien era, sólo le interesaba llegar hasta Vivian, pero sabía que lo conocía, al menos de vista.

La maldita culpabilidad la estaba corroyendo por dentro. Usualmente actuaba como la clásica chica frívola, la mujer carente de sentimientos que juega con los hombres y cosas así. Pero esto era diferente, esto era real; alguien había salido herida y era culpa de Verónica. Ahora no bastaba con el dinero de su padre o con alguna frase irónica para salir del aprieto. Vivian tenía razón, se había dejado seducir por las palabras de Verónica, las palabras de una niña tonta que había jugado a ser una mujer de alto calibre. Y había pagado un precio muy caro.

Quizá si no hubiera estado tan ensimismada dentro de sí misma, disfrutando tanto el sexo con aquel desconocido rubio, se habría alertado de lo que sucedía al lado, quizá se habría percatado de que los gemidos que escuchaba al lado provenían de dos hombres diferentes y también habría notado que su amiga había entrado en un silencio total, como si de una tele se tratase y hubieran pulsado el botón de mute. ¿Pero qué habría hecho entonces, en caso de darse cuenta? Se llevaba preguntando desde anoche. No lo sabía, lo que sí sabía es que era ella quien traía la navaja. Podría haberla sacado disimuladamente y apuñalar al rubio. O en una situación menos drástica, amedrentarlo con la navaja, salir y ver qué sucedía en el cubículo de al lado. Sabía que si los hubiera encontrado violándola, habría sido fácil amedrentarlos y hacerlos huir; no había ser más vulnerable en la Tierra que un hombre con el pene parado y afuera del pantalón que ve el filo de una navaja frente a él.

Pero, no había hecho nada de eso. Y ahora la culpabilidad se había cernido sobre ella como una sombra larga y oscura que amenazara con devorar su alma. Y ahora lo único que se le ocurría era pedir perdón como idiota aun conociendo la utilidad de tal empresa de antemano. ¿En qué podría ayudar una disculpa a su amiga? Una disculpa no borraría la vejación.

Vivian se había parado frente al agujero donde estaban los rieles. Verónica se acercó hasta ella por la espalda y desde el lado izquierdo y cuando estaba a un paso, Vivian dio media vuelta repentinamente, como quien recuerda que hay otro lugar en donde debe estar.

—Hola Vivian.

Enrique finalmente había tomado valor. O más bien Ella se lo había dado. Se separó de la pared y se dispuso a caminar hasta ella. Pero no alcanzó a dar ni un paso cuando la odiosa de su amiga, Verónica, se interpuso entre ellos. Las chicas comenzaron a charlar y por las expresiones corporales de Vívian, Enrique pudo deducir que era Verónica quien la había hecho enfurecer más temprano en la escuela. No sabía ni porque ellas dos eran amigas. Vivian era dulce y tierna y su amiga, era la clásica chica superficial que sólo se preocupa por las apariencias y por cuánto dinero tienen tus papás. Era como las chicas malas en la película de Lindsay Lohan, Chicas Pesadas.

Pero aún así aguardó pacientemente, viéndolas discutir. Quería pensar que no se había imaginado la sonrisa que Vivian le había prodigado, quería pensar que ella quería conocerlo a él también. Así que mantendría esos pensamientos en su mente y estaba decidido a hablarle. No le importaba que lo hubiera imaginado y al final ella y su amiga se burlarán de él. No le importaba, porque en caso de ser así, al menos lo habría intentado y no se quedaría con la duda. Sabía que de lo único que uno se arrepiente al final no es de los errores ni de las estupideces, lo único que te carcome en tu lecho de muerte son aquellas cosas que pudiste haber hecho, pero no te atreviste.

—¿Qué no entiendes que no quiero hablar contigo? —dijo Vivian. Su rostro se había puesto rojo por la ira.

—Sólo quiero que me dejes disculparme. Quiero decirte que estoy dispuesta a hacer lo que quieras para reparar el daño —dijo Verónica con vehemencia.

—No lo entiendes, ¿verdad? —rugió —Esto no se puede arreglar pidiendo disculpas, o con el dinero de tu papi.

Verónica no supo qué responder, se limitó a boquear como un pez recién sacado del agua, pero en vez de buscar agua, ella buscaba algo que decir. Pero ni siquiera tener su rostro sumido en ese gesto de desesperación, fue capaz de disminuir su belleza. Su larga cabellera castaña ondeaba libremente y una vez más parecía como sacada de una revista. Y Vivian la odió por eso. Ella se sentía usada, vejada, humillada, y mientras tanto, su amiga se paseaba frente a ella como si de una modelo se tratase.

Vivian retrocedió dos pasos en un vano intento de alejarse de ella. Verónica la siguió.

—Viv, por favor, lo siento, te lo juro haré lo…

Sus palabras se vieron interrumpidas por un sonoro estrépito, un rugido como un trueno que irrumpió con la misma celeridad que éste

dentro de la plataforma, y las paredes a uno y otro lado de las vías, el techo de casi seis metros de alto, el suelo bajo sus pies, todo comenzó a temblar.

—¿Pero qué mierda? —dibujo Vivian con sus labios.

Ambas voltearon hacia el lugar de donde provenía el ruido, era del túnel que se encontraba al fondo del largo pasillo, a la izquierda de ellas, por donde se suponía debía llegar el metro en el que subiría la gente. Durante un segundo no hubo nada; sólo se veía la densa oscuridad de un túnel que giraba bruscamente a la derecha. Pero entonces, del hoyo brotó un tren, no iba a toda velocidad, pero tampoco parecía que fuera a detenerse para dejar que la gente subiera. El sonido seguía siendo persistente, como si los carriles impelieran al tren a detenerse, pero este se negara, impulsado por una mano invisible y gigante, y la fricción resultante causara el temblor y el rugido que habían llenado la plataforma.

El tren pasó junto a ellas como un bólido. Todo lo que alcanzaron a ver del interior de los andenes fueron breves destellos de imágenes revueltas, como una película cuyas dos horas de duración se proyectaran todas juntas y de golpe en sólo unos segundos. Las dos chicas tenían la boca cerrada y los ojos bien abiertos en un claro gesto de concentración. En uno de los vagones, Verónica vio gente gritando y corriendo, aunque quizá la hubiera imaginado, fue demasiado rápido. Pero luego en otro, vio a personas abalanzándose unas sobre otras (¿atacándose?). Después, en el último vagón, Verónica no vio gente, lo que sí alcanzó a ver fue las ventanas de este salpicadas de sangre.

El tren pasó, cruzó todo el andén sin detenerse y se perdió dentro del puente del extremo opuesto de donde había entrado. Cuando la plataforma quedó otra vez vacía y en silencio, Verónica pudo ver la misma expresión de perplejidad que debía lucir ella, dibujada en los rostros de las personas al otro lado de las vías del tren.

—¿Qué mierda fue eso? —oyó decir a un hombre.

—¿Vieron eso? —preguntó una mujer.

Los murmullos de sorpresa y desconcierto se empezaron a elevar por todo el andén como vapor en una carretera en el desierto. Verónica volteó a ambos lados. Sin darse cuenta tanto ella como Vivian habían dado unos cuantos pasos, sin darse cuenta, para acercarse al metro, mientras veían el popurrí de imágenes que había desfilado frente a ellas. Y ahora habían quedado peligrosamente cerca del borde donde estaban las vías.

—¿Vivian, qué fue eso? —su amiga era más inteligente y quizá ya tuviera formada una hipótesis de qué demonios era lo que recién

habían visto.

—Tú cállate y mejor lárgate de aquí —le espetó ella como única respuesta.

Por dios Vivian, algo malo está pasando ¿no lo crees?

—No lo sé —contestó secamente —y sinceramente tampoco me importa.

—Mierda, al menos dame una tregua hasta que lleguemos a tu casa y me dejes explicarte todo.

—Ya te dije que no hay nada qué explicar.

Si alguna de ellas hubiera sabido que lo que acababa de hacer Ernesto Vázquez, el conductor del metro (entrar a la estación sin frenar en ella), les había regalado cinco minutos más de tiempo antes de que el caos llegara hasta ellas, probablemente no lo habrían desperdiciado discutiendo, hubieran ido con Enrique y entre los tres habrían ideado un plan para huir de ahí lo más pronto posible y por alguna ruta segura. A Vivian probablemente se le habría ocurrido algo, al fin y al cabo, era la más inteligente de los tres. Pero ninguna de ellas lo sabía, así que tanto ellas como Enrique desperdiciaron esos valiosos cinco minutos.

Enrique permaneció inmóvil mientras veía con impotencia cómo discutían las dos amigas.

Sacó el celular de su chamarra roja para aparentar que veía algo, mientras en realidad lo único que aguardaba era que la molesta de Verónica se fuera de ahí. Sintió una mirada clavada en él. Alzó los ojos y vio a la persona dueña de los ojos que intentaban perforar su piel: David Garduño, capitán del equipo de soccer. Se encontraba en el otro extremo del andén, casi llegando al extremo por donde acababa de desaparecer treinta segundos después desaparecería el tren. Vestía la ropa deportiva para el entrenamiento que ahora había quedado cancelado.

Ambos se miraron fijamente durante un segundo. Un instante solamente, pero en el cual ambos evaluaron las intenciones del otro. Un instante en el que ambos decidieron dejar pasar su riña, al menos de momento y concederse una tregua, hacer como que no se habían visto y seguir cada quién por su lado. Así que ambos desviaron la mirada y siguieron en lo suyo.

Entonces el suelo y las paredes comenzaron a temblar y el tren descontrolado hizo su aparición. Enrique no estaba tan cerca como las chicas, así que él no pudo apreciar a detalle las mismas imágenes que ellas, de haberlo hecho, dentro de cinco minutos quizá habría reaccionado más aprisa y no se habría quedado congelado de la

manera en que lo hizo y de esta manera, se habría salvado la vida de una de las dos chicas que estaban discutiendo.

Pero él no había visto las salpicaduras de sangre en las ventanas, ni a la gente vuelta loca, así que su destino sería congelarse dentro de cinco minutos exactamente.

7

Ahora ambas estaban a sólo dos pasos del abismo. Vivian y Verónica discutían acaloradamente sin ser plenamente conscientes de este hecho. Vivian lanzaba miradas furtivas hacia donde estaba Enrique, intercambiando su atención entre él y su ex mejor amiga. Estaba a punto de decirle a Verónica que se largara de ahí para poder hablar con Enrique, cuando el evento sucedió y las palabras jamás llegaron a salir de su boca.

Un hombre de mediana edad, con la parte superior de la cabeza calva y espeso cabello en los laterales, vestido con un traje caro entró corriendo a la estación. Pero ellas sólo lo vieron cuando entró corriendo por las escaleras. Aunque sólo corrió los primeros pasos; en cuanto el piso se transformó en escaleras eléctricas y puso el primer pie sobre ellas, el hombre se dejó llevar por la inercia de su carrera y en vez de detenerse, su cuerpo siguió avanzando hacia enfrente, lo que lo hizo tropezarse y rodar por las escaleras de una manera estrepitosa y que debió ser sumamente dolorosa. Su cabeza se estrelló contra las escaleras, así como su espalda y piernas. Pero cuando llegó hasta abajo, a la plataforma donde se encontraban todos ellos, lo único que el hombre del traje gris (que casi parecía verde) hizo, fue ponerse de pie rápidamente, con un frenesí inusual. Vivian pudo ver que el hueso a la altura del codo se le había salido por la parte interna de este. Pero el hombre parecía no ser consciente de ello. En los ojos tenía una mirada enloquecida, como la de un perro rabioso. Vivian pensó que en cualquier momento empezaría a brotarle espuma de la boca. El hombre giró el cuello hacia la derecha en un gesto de loco, no vio nada, o no se percató de nada, luego lo torció hacia la izquierda y sus ojos se encontraron con la mirada perdida de Enrique. Echó a correr hacia él.

El hombre no parecía ser consciente de nada de lo que lo rodeaba, toda su atención se centraba en el muchacho que permanecía ahí parado como estatua, pálido y con los ojos como platos.

Fue entonces cuando todos los puntos se conectaron en el cerebro de Vivian. Verónica tenía razón, Vivian era más inteligente que ella. Y no sólo eso, sino también la persona más inteligente de todos los que se encontraban en esa estación del metro. Vivian en una sola fracción de segunda enlazó el evento sucedido en la comisaría de la ciudad, del cual les habían hablado en la escuela, con las imágenes que habían alcanzado a vislumbrar en los vagones del metro, con el hombre que

ahora corría desaforadamente hacía el chico que le gustaba. Así mismo había visto demasiadas películas de serie B en el cine barato que estaba por su casa como para saber que sólo existía un tipo de personas capaz de correr de esa manera aún pese a tener el hueso de un brazo salido y haber caído segundos antes por las escaleras de una manera que habría dejado a una persona normal desmayada o cuando menos sumamente desorientada.

Apoyó la mano izquierda en el hombro de Verónica, quien permanecía con la mirada fija en el hombre, incapaz de comprender lo que estaba viendo, y la empujó con fuerza.

La chica lanzó un alarido chillón que se elevó hasta la bóveda del techo y reverberó por las paredes, pero lo más importante, llegó hasta los oídos del hombre de traje gris justo en el momento que estiraba los brazos hacia Enrique, justo antes de que sus dedos engarfiados se enroscaran alrededor de la playera. El hombre se detuvo en seco ante el sonido, el grito que había llamado su atención y giró primero su cabeza y después el resto del cuerpo hacia la fuente del grito, hacia Verónica. Sin saberlo, Vivian había comprobado algo que había intuido en un breve instante hace cinco segundos: esas criaturas (si es que acaso ese hombre había dejado de ser humano) sólo hacían caso al estímulo más llamativo. Que en este caso había sido el estímulo visual del grito agudo de su amiga, contra el visual del rostro estupefacto de Enrique.

Al principio Verónica no supo qué mierda estaba pasando. Lo único que vio, fue como el techo pasaba frente a sus ojos, y después las vías del tren tomaron su lugar. Cayó con un estrépito sordo, todo su el peso de su cuerpo cayendo sobre el tobillo izquierdo, y este doblándose hasta tocar el suelo y quedar paralelo a la planta del pie. Escuchó cómo crujió al doblarse, pero estaba tan desconcertada que ni siquiera sintió el dolor que un tobillo roto debía de producir. Después el resto de su cuerpo le siguió y se desplomó cuan larga era sobre las vías. Su cara golpeó un riel y cuando sus dientes entrechocaron entre sí, atrapando la lengua entre la hilera superior y la inferior haciendo que el sabor metálico de la sangre inundara su boca, los cables en su mente, cual sistema eléctrico, volvieron a conectarse y comprendió lo que había sucedido.

La muy perra de su amiga cuando había posado la mano en su hombro, lo había hecho únicamente con la intención de empujarla al vacío, al parecer en un estúpido e infantil intento de ponerse a mano. En un rincón de su mente, Verónica pensó que ojalá el tobillo roto y el dolor lacerante que ya empezaba a sentir fueran suficientes para que la pequeña estúpida la perdonara o cuando menos para que le levantara la ley del hielo que había impuesto durante toda la mañana.

Estaba a punto de decirle algo así como: “Oye espero que al menos después de tu tonta venganza, estés dispuesta a escucha lo que tengo que decir”.

Pero antes de que las palabras pudieran llegar siquiera a su garganta, algo pesado y jadeante cayó sobre ella (algo animal, algo inhumano) sacándole todo el aire del pecho y haciendo que su frente se estrellara nuevamente contra el riel. Entonces sintió la primera mordida en el hombro derecho y el blanco segador del dolor inundó sus ojos.

El hombre se detuvo a escasos metros de él, tan cerca que Enrique pudo oler el aliento rancio que emanaba de la boca, abierta en un rictus de odio. Pero entonces el hombre se detuvo en seco. Y no se detuvo sin razón alguna, no. Enrique Barsuto, por el rabillo del ojo había visto el porqué.

Vivian por alguna extraña razón, empujó a su amiga para que cayera de la plataforma hacía las vías del tren. La forma en que lo hizo, la forma en que se fusionaba su inocencia física con el acto de violencia que acababa de cometer, la hizo parecer a ojos de Enrique como una de esas colegialas de algún anime japonés que lucen todas inocentes, pero son capaces de matar demonios o criminales con las dagas escondidas en los negligés debajo de sus faldas a cuadros.

El gritito agudo que salió de Verónica, como de niña, llegó a los oídos de todos, pero sólo el hombre pareció verse atraído completa e irremisiblemente hacia él. Aún sin ser consciente de ello, Enrique intuía que Vivian acababa de salvarle la vida.

El hombre echó a correr hacia Verónica con una velocidad impropia para alguien de su edad. Siguió corriendo sin detenerse y cayó pesado como era en el hoyo donde estaban las vías, probablemente encima de Verónica, desapareciendo del rango visual de Enrique.

Vivian lo vio todo en cámara lenta y sin terminar de creerse todavía la información enviada por sus ojos hacia su cerebro. El hombre se lanzó hacia el abismo, con todo y el codo fracturado. Cayó sin ningún tipo de gracia sobre Verónica (a quien el tobillo se le había fracturado y no parecía fuera a ser capaz de ponerse de pie nuevamente) y como poseído llevó la boca hacia el hombro de la chica y mordió. El chasquido que hizo la carne al ser desprendida del cuerpo fue asqueroso, como un material chicloso haciendo fricción contra los dientes del hombre. La sangre empapó a ambos y Verónica gritó todavía más fuerte. El hombre echó la cabeza hacia atrás en un gesto eufórico, aunque eso sí, con la rabia como principal impulsor de sus gestos y acciones. Tenía un pedazo de carne entre los dientes y sangre

escurriéndole como una pequeña cascada por la barbilla. Ni siquiera se molestó en tragar el pedazo recién arrancado, se limitó a bajar la cabeza y volver a atacar a la adolescente con sus dientes furiosos.

Verónica seguía gritando, pidiendo ayuda ahora. Pero cuando el hombre le arrancó un pedazo de garganta, una fuente de sangre brotó de ella, llevándose consigo la voz de la chica así como el brillo de sus ojos. La chica se calló instantáneamente y la vida abandonó su cuerpo. Ahora no había duda alguna de lo que era ese hombre.

Una figura descendió al hoyo de las vías, pero esta sí lo hizo con gracia y agilidad, cayendo sobre los dos pies y flexionando las rodillas. Se trataba de David Garduño, el capitán del equipo de soccer de la escuela y eterno enamorado de Verónica. Aunque descendió ágilmente, no detuvo su carrera hacia el hombre y su víctima. Llevaba un tubo en la mano derecha. Cundo estuvo a dos pasos del hombre (quién sostenía el segundo bocado entre las manos), tomó el tubo de metal con ambas manos como si fuera un jugador profesional de béisbol y abanicó hacia el hombre con todas sus fuerzas. El golpe dio de lleno en la parte derecha del rostro del hombre. El golpe lo hizo tumbarse a un lado del cuerpo de Verónica. David pasó las piernas por encima del hombre, levantó el tubo (sujetándolo aún con ambas manos) por encima de la cabeza y descargó un golpe fulminante sobre la cabeza del hombre. El metal se incrustó en la frente, seccionando la cara del hombre en dos mitades y hundiéndola dentro del cráneo. El hombre se quedó quieto para siempre, con pedacitos de cerebro saliendo a un lado de donde el tubo había perforado.

David tenía los ojos desencajados, respiraba pesadamente, como quien lleva ejercitándose durante una hora sin parar. Se giró bruscamente hacia Vivian y volvió a subir a la plataforma.

—¿Qué mierda hiciste? —le gritó enloquecido —¿por qué mierda la empujaste?

Levantó el tubo por encima de la cabeza, en un ademán amenazador. Por un instante Vivian creyó que ese malnacido la iba a golpear con él. Y quizá así habría sido, pero antes de tener oportunidad de descubrirlo, alguien llegó junto a ellos. Se trataba de Enrique Barsuto, quien se interpuso entre ella y el capitán del equipo de soccer.

—Tú, tú me salvaste —le dijo mirándola a los ojos.

Se volteó hacia David.

—Hombre, baja eso, tranquilo, ella me sal…

—Cállate —le espetó este. Ahora su mirada de chiflado se concentró en Enrique.

Cuando se había tratado de su propia salvación, Vivian simplemente se había congelado, no había sabido qué decir, pero ahora que lo que estaba en juego era la integridad física de Enrique, quien estaba a escasos segundos de ser golpeado por ese maniático a quien su enamoramiento con Verónica lo estaba haciendo portarse como loco, su cerebro se activó y comenzó a carburar y barajar ideas tan rápido como Vivian estaba acostumbrada a hacerlo.

—La mordieron —explicó Vivian en un tono que no admitía lugar para la duda.

—¿Qué? —preguntó David bajando un poco (sólo un poco) el tubo.

—A Verónica, la mordieron afuera, por eso la tuve que empujar, si el hombre hubiera mordido a Enrique, entonces habrían sido tres en lugar de dos —dijo con el tono de un profesor universitario ante los alumnos sentados en el aula con forma de anfiteatro.

—¿Tres qué? —preguntó David.

Enrique se volvió hacia ella con el desconcierto dibujado en el rostro, ninguno de los dos chicos parecía estarla entendiendo.

Pero entonces las palabras no fueron necesarias, lo que sucedió a continuación explicó claramente y sin lugar a dudas el punto que Vivian había estado a punto de explicarles.

Junto a ellos, el cuerpo de su amiga muerta comenzó a convulsionarse; primero fueron los dedos, que se movían lentamente, luego el movimiento alcanzó los brazos, después el cuerpo entero empezó a contraerse como si estuviera bajo algún tipo de ataque epiléptico. Y entonces paró. El cadáver quedó inmóvil. Pero sólo durante un breve segundo. Verónica, o lo que había sido Verónica se puso de pie. No lo hizo con agilidad ni gracia, sino más bien de la forma en que lo haría alguien de noventa años. Su cabeza se ladeaba hacia el lado en que le faltaba parte de la garganta. Se giró hacia ellos. En sus ojos no había brillo alguno, la vida los había abandonado. En cuanto los vio, su sistema pareció reinicializarse, abrió la boca en un gesto de odio indiscriminado y se lanzó hacia David.

El muro se interpuso entre ella y el deportista, pero estiró los brazos para alcanzarlo por las pantorrillas. El chico fue veloz y dio un paso atrás. La chica siguió lanzándose hacia adelante, como si fuera incapaz de reconocer el obstáculo ante ella y sin intentar trepar hacia la plataforma.

—¿Qué esperas? —le espetó Vivian a David —¡Mátala!

—¿Qué, qué mierda te pasa?

—Ya no está viva —corroboró Enrique —.Todos vimos como ese

hombre le arrancó media garganta.

—No estarás diciendo acaso que ella es un maldito… —boqueó David.

Enrique se acercó a David y le arrancó sin dificultad el tubo de hierro. Abrió las piernas, dejando los pies a la altura de los hombros, cuidándose de quedar lo suficientemente lejos de los dedos tiesos de la chica que se estiraban como peces hambrientos hacia él, y levantó la barra por encima de la cabeza usando ambas manos, tal como había hecho poco antes su contemporáneo. Descargó un fuerte golpe contra la cabeza de Verónica y el tubo se quedó incrustado encima de su frente. Pero no fue suficiente, la chica seguía retorciéndose, intentando alcanzarlos, parecía que ni siquiera se había percatado en lo más mínimo del golpe fulminante (que de hecho no lo había sido) recién recibido.

Enrique jaló el tubo y durante un momento agónico pareció que se quedaría incrustado en el cráneo de la chica. Pero jaló por segunda vez con más fuerza y este se despegó con un sonido pegajoso y llevando consigo un hilo viscoso de sangre y mucosidad. Descargó un segundo golpe sobre la cabeza de Verónica y hora sí atravesó el hueso, aplastó una porción e cerebro y la chica cayó fulminada ahora sí para siempre.

—¿Qué puta madre acaba de suceder? —gimió David con los ojos inexpresivos, tenía la mirada incrédula de alguien que se acaba de despertar sólo para percatarse que mientras dormía cometió asesinato en un estado de sonambulismo.

Pero no hubo tiempo para explicaciones o para empezar a crear hipótesis. Durante las siguientes horas aprenderían aún más crudamente esta lección, cuando la muerte llegaba, más te valía correr lo más pronto posible, y que pensar o intentar encontrar explicaciones no servía de nada.

Una manada de personas entró corriendo a la estación, Vivian calculó que debían ser unas veinticinco o treinta personas que corrían a toda velocidad, bajando las escaleras como si la vida les fuera en ello (y por lo que habían presenciado hace un minuto, probablemente así era), corrían en tropel, empujándose unos a otros. La frase “mujeres y niños primero” aquí no tenía cabida. Se fijó en una mujer negra, que llevaba un paliacate naranja en la cabeza y unas sandalias en los pies, las cuales no lucían muy cómodas para correr, lo cual no le impedía correr como si estuviera en una maratón. La expresión en la cara de la mujer fue lo que más impresionó a Vivian Flores. Era una expresión de terror puro, del miedo primitivo que todos llevan dentro, el miedo que se activa cuando toda la ciudad se queda sin luz en plena

noche, el miedo que te asalta cuando a medio vuelo, el avión comienza a vibrar y a retorcerse en una manera en que no debería hacerlo, el miedo cuando una serpiente se cuela a la habitación de tu hotel.

Un tipo en bermudas pasó junto a la mujer, le dio un codazo para apartarla de su camino y la mujer tropezó y cayó por las escaleras, su cuerpo se retorció en posiciones imposibles mientras caía por los escalones hasta llegar al suelo de la plataforma, donde se desplomó en una posición antinatural, con el pie derecho a un lado de la cabeza y el brazo derecho con el codo doblado hacia afuera. La mujer ya no se pudo mover, pero ella seguía viva, seguía consciente. Vivian lo supo por la forma en que sus ojos se movían desenfrenadamente de un lado a otro, como buscando ayuda desesperadamente. El hombre que la había hecho caer ni siquiera reparó en las consecuencias de su acto, él siguió bajando al trote, huyendo de lo que fuera que los venía persiguiendo.

Lo que le sucedió a la mujer fue el detonador que activó la mente de Vivian, a diferencia de lo que sucedía con los dos chicos, David y Enrique, quienes se habían quedado boquiabiertos y con cara de estúpidos al espectáculo macabro de gente cayendo por las escaleras y gente corriendo aterrorizados, que se desarrollaba frente a ellos.

—¡Tenemos que largarnos de aquí! —la voz de Vivian era firme. Había dado una orden, no había hecho una sugerencia.

—¿Qué, pero por qué? —empezó a decir David.

—Como quieras —respondió Enrique, quien a partir de ahora seguiría ciegamente las órdenes de la mujer que le había salvado la vida. Pensó fugazmente que de no ser por ella, el destino de Verónica Rossi, habría sido el suyo —.Pero nosotros nos largamos —giró el cuerpo hacia Vivian —¿Pero por dónde? —preguntó.

Vivian echó una mirada alrededor y rápidamente su mente volvió a procesar toda la información que los ojos le enviaban, barajando todas las posibles opciones.

Es curioso cómo funciona el cerebro humano, en algunos casos, como el de Enrique o David, cuándo se enfrenta cara a cara con hechos inexplicables (o que al menos carecen de explicación en primera instancia) simplemente se paraliza, congelándose y siendo incapaz de reaccionar. Pero en otros casos, como el de Vivian, algo dentro de él se activa, algo que podría denominarse como instinto de supervivencia, un instinto que probablemente sólo poseen aquellos con el gen del individuo más apto, el mismo instinto poseído por los cavernícolas y el cual les permitió sobrevivir en un mundo plagado de horrores nocturnos, bestias salvajes y peligros desconocidos.

Cuando su cerebro hubo terminado de analizar los alrededores, Vivian gritó la siguiente orden:

—Por los túneles.

Bajó de la plataforma hacia el agujero de las vías, donde minutos antes había muerto despedazada su amiga. Enrique la siguió sin pensárselo dos veces, inconcientemente sabía que su supervivencia estaba mejor asegurada si dependía de Vivian más que de él mismo.

—Por allá —indicó la chica con la cabeza, apuntando hacia el agujero por donde apenas hace cinco minutos había entrado el tren. Hace cinco minutos, cuando la vida era normal, pensó amargamente.

Echaron a andar. Vivian echó una última mirada atrás y le gritó a David.

—¿Qué esperas? —le espetó a David.

David giró el rostro hacia las escaleras, debatiéndose un último instante entre si intentar huir a la superficie o seguir a sus compañeros de escuela por las profundidades de la tierra. Al final lo que vio lo hizo ir a regañadientes tras ellos.

Vivian empezó a caminar para alcanzar a Enrique, pero echó una última mirada sobre el hombro, cuidando de no tropezar con los rieles, y vio la locura, el comienzo del infierno desatado en la Tierra.

Gente con mirada enloquecida y bocas abiertas en muecas de hambre y furia comenzó a entrar por la estación, siguiendo a las personas asustadas que aún no terminaban de bajar las escaleras. La mayoría de las personas que habían entrado después, llevaban la ropa o parte de esta cubierta de salpicaduras de sangre. Cuando llegaron a la sección donde estaban tanto las escaleras normales como las eléctricas, siguieron corriendo sin aminorar el paso. La mayoría cayó, descendieron hasta la plataforma dando vueltas y torciéndose los cuerpos contra los escalones. Algunos alcanzaban a engarfiar sus dedos en torno al vestido o la camisa de algún desafortunado y lo arrastraban con ellos en su descenso, mientras intentaban vehementemente encajar los dientes en alguna parte de piel. Y otros (sólo unos pocos en realidad) alcanzaban a bajar sin caer o al menos tambaleándose sólo un poco pero sin perder el equilibrio del todo. Los gritos de agonía dolor ira y frenesí se entremezclaron en un único aullido de locura.

Ante esa escena, David no lo pensó más y bajó de la plataforma.

Vivian echó a correr hacia Enrique, quien la esperaba a unos metros de la boca del túnel. Sintió la presencia de David corriendo tras ella y se alegró, ser tres personas en vez de dos adentrándose a la oscuridad de las entrañas de la Tierra, era un poco menos aterrador.

Llegó hasta Enrique, se tomaron de la mano, éstas se acoplaron perfectamente la una a la otra como si estuvieran hechas la una para la otra y llevaran años esperando para reunirse.

Los tres adolescentes corrieron hacia lo desconocido, sin ser plenamente conscientes de lo afortunados que habían sido de haber sobrevivido a esos primeros minutos de locura.

8

La oscuridad era impenetrable, tan densa que casi se podía palpar. Habían acordado ir turnando los celulares, sólo mantener prendido uno a la vez para alumbrarles el camino. Habían intentado marcar a sus familiares, pero todos los intentos habían sido en vano. Allí abajo la señal era inexistente.

Después del ataque a la estación del metro, Vivian Flores y Enrique Barsuto, seguidos de cerca por David Garduño, se habían adentrado en los túneles del metro. Corrieron siguiendo las vías hasta que dejaron de oír los gritos y los ruidos de la pelea, sonidos que les helaban el corazón y lo hacían latir con mucha más velocidad. Pero así como los alaridos y el ruido de la estación desaparecieron, la luz también fue disipándose hasta que se encontraron rodeados de la más completa oscuridad.

Enrique los instaba a seguir caminando, hasta que encontraran alguna puerta o salida de emergencia, tenían que hacerlo antes de que llegara el próximo tren y los arrollara. Aunque claro, podían pasarse al otro lado de las vías como había sugerido sarcásticamente David, pero Enrique prefería no arriesgarse a que pasaran dos trenes al mismo tiempo en direcciones opuestas y ellos fueran a quedarse sin lugar al cual huir. Así que en lo que a él respectaba, seguiría corriendo hasta encontrar algún recoveco en la pared en el cual guarecerse en caso de tal eventualidad.

Y lo habían encontrado, de pronto entre la pared, la oscuridad cambiaba de tonalidad, el negro áspero de la pared, dejaba lugar a uno un poco menos nítido que indicaba que en ese pedazo terminaba la pared. Había una puerta metálica, con el cerrojo echado, claro está, no tenían tanta suerte. Enrique le había dicho a David que golpeara la cerradura con el tubo, este accedió de mala gana y tras seis golpes tremendamente bien puestos, el cerrojo finalmente cedió y habían podido entrar al cuarto donde se encontraban ahora.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó David. Era visiblemente el más nervioso de los tres.

—Seguirnos moviendo —respondió Vivian —Es solo cuestión de tiempo para que ms gente comience correr hacia acá y esas cosas los sigan. Así que quedarnos quietos no es un opción —decretó con total seguridad.

—¿Pero a dónde sugieres que vayamos? —preguntó Enrique. Su

pregunta podría haber pasado por la de alguien que cuestiona la autoridad de su interlocutor. Pero en la voz de Enrique, sólo se detectaba una genuina duda.

—No lo sé —confesó ella —, en serio no. Pero a cualquier lugar que pueda ser seguro. Podemos ir a la comisaría, no está tan lejos —dijo, y luego tras meditar sus propias palabras siguió —, aunque por lo poco que sabemos, esto comenzó ahí, así que quizá no sea la opción más viable —recapacitó.

—Como yo lo veo estamos en un maldito problema —terció David —¿esas malditas cosas que eran? —la histeria comenzaba a teñir sutilmente su voz mientras apuntaba hacia ellos con el tubo metálico, y Vivian se preguntó qué tan buena idea era seguir dejando que él portara la única arma que tenían en el grupo —Mierda, ¿acaso vieron lo que sucedió allá atrás? ¿Qué demonios pasó? Parecía como si todos se hubieran vuelto locos, como si el mundo se hubiera ido al carajo de un momento para otro.

El rostro de David se había comenzado a enrojecer por la excitación (aunque a la escasa luz del celular de Enrique Vivian no podría asegurarlo completamente) y su voz ahora amenazaba con estallar en carcajadas histéricas o algo peor. Vivian se aercó un paso hasta él y con paso firme le asestó una firme cachetada que lo hizo parar en seco con su discurso y sus preguntas. Enrique tensó el cuerpo, preparado para saltar sobre el capitán del equipo de soccer si éste intentaba algo contra la chica de sus sueños.

Pero David se limitó a llevarse la mano al rostro, hacia la mejilla en que había sido golpeado y mirar atónito, con ojos llorosos, y como desconcertado a Vivian.

—Perdona, pero no nos podemos dar el lujo de que alguno de los tres pierda la chaveta —se explicó ella —.Y tú parecías estar al borde de un ataque de nervios.

David Garduño seguía mirándola de hito en hito. Enrique tenía los puños cerrados y estaba dispuesto a ponerse en acción a la menor señal de peligro que su cuerpo le enviara. Pero entonces, en medio de toda esa tensión concentrada en medio de los tres, David soltó una carcajada estruendosa y toda la tensión se desvaneció instantáneamente como si de un globo desinflándose se tratara. Los otros dos adolescentes no pudieron más que unirse su risa.

—Tienes toda la razón —dijo David entre risas —discúlpame, me comporté como el maldito psicópata de las películas de terror.

—No te preocupes David, en serio no te preocupes —respondió ella sonriente.

Dejaron de reir, se tranquilizaron y comenzaron a trazar el plan.

9

Caminaban ahora por un pasillo enorme, parecía no tener fin. Sobre sus cabezas, las tuberías recorrían interminables el techo bajo. Algunas veces David y Enrique tenían que agachar las cabezas para no golpearse con ellas, pero otras, la luz del celular en turno no alcanzaba a alumbrar y se pegaban en la frente sin remedio y con un estruendo de hueso chocando contra metal oxidado y su consiguiente maldición, pronunciada en voz baja.

Habían salido de la habitación por un ducto de ventilación suficientemente ancho como para que ninguno de los tres tuviera problemas en gatear por él. El cuarto donde habían estado, era alguna especie de bodega o cuarto de servicio donde había casilleros largos, de esos que son del tamaño de una persona. Después de tranquilizarse, habían buscado con diligencia entre los casilleros en busca de herramientas o algo que les fuera de utilidad. Y lo habían encontrado; Vivian Flores se había adueñado de una llave inglesa que lucía demasiado grande en su mano, pero al blandirla le confería cierta sensación de poder a su brazo que le resultaba agradable, la hacía sentir segura. Enrique se apropió de un hacha de emergencia, de esas que son más pequeñas que las normales y entre el cinturón y el pantalón se había colgado un pesado martillo. David Garduño por su parte seguía teniendo su ya confiable tubo metálico (del cuál Vivian no tenía la más remota idea de dónde lo había sacado) el cual ya había demostrado dos veces ser capaz de aniquilar a esas… esas cosas (a Vivian le costaba incluso pensar en esas personas o lo que fueran), y al igual que Enrique se había colgado del pantalón una macana que probablemente había sido propiedad de alguna persona de seguridad del metro.

Después de encontrar sus “armas”, Enrique había visto una rendija de ventilación en el techo. Entre David y Vivian sostuvieron sus pies entre las manos para que Enrique pudiera subir y desempotrarla. Tras tumbar la estructura de uno de los casilleros bajo el ducto, quedaron a mayor altura y subieron con menos dificultad, primero Enrique, luego Vivian y una vez dentro, entre los dos ayudaron a subir a David, cada quien de un lado del hueco cuadrado.

Avanzaron en la dirección en que venía el aire según Enrique (Vivian no sentía nada pero él decía que no era más que una leve brisa) hasta que llegaron al pasillo donde se encontraban ahora. Enrique fue el primero en descolgarse de los brazos y caer

pesadamente y después ayudo a los dos siguientes a bajar también. Y llevaban unos diez minutos caminando en línea recta.

—¿Qué es eso? —preguntó David de pronto, descorazonado.

Vivian no pudo evitar dar un respingo ante la interrupción inesperada del silencio que se había alargado como chicle junto con su caminata.

—¿De qué hablas? —preguntó Enrique, que iba atrás de Vivian (casi pegado a ella) y no alcanzaba a ver aún el muro de oscuridad en el cual rebotaba la escasa luz del celular de Vivian.

—Es un callejón sin salida.

—No, no lo es —dijo Vivian, quien al parecer tenía la mejor vista de los tres.

Entrecerró los ojos, como cuando te ponen a leer las letras chiquititas en un exámen de la vista.

—Es sólo un giro, hay una vuelta, es una esquina.

Siguieron caminando y por alguna extraña razón de acústica sólo escucharon los pasos que se acercaban desde la otra dirección cuando estaba girando la esquina.

Los tres pegaron un brinco descomunal, David y Vivian gritaron. Los tres alzaron las herramientas, listos para golpear en caso de ser necesario. Pero no lo fue. Las seis personas con las que se encontraron de golpe estaban igual de asustadas y desorientadas que ellos.

10

Resultó que las seis personas con quienes se toparon de frente y de sorpresa eran viejos conocidos. El otro grupo de sobrevivientes consistía en los mejores amigos de Enrique: Donnie y Raúl, con ellos iba Lucía Suárez, la chica que estaba perdidamente enamorada de Enrique, y a quién Vivian vería ahora como su principal competencia por ganar el corazón de Enrique (algo tonto porque él ya la idolatraba aún desde antes de que le salvara la vida). Detrás de ellos tres, iban las otras tres personas, dos chicos, uno alto y otro algo más bajo que el promedio y una chica. La chica de cabello oscuro y piel blanca era una porrista, y por tanto probablemente una de las chicas que idolatraba a los jugadores de cualquier equipo deportivo de la escuela, Vivian intentó recordar su nombre, pero no lo consiguió. El chico alto era otro jugador de soccer, su complexión ancha y musculosa lo hacía parecer más bien apto para ser parte de la línea defensiva en el equipo de football, y por último, el sexto integrante era el estudiante japonés de intercambio Hyun Park. Aún bajo el tenue resplandor de los pocos celulares encendidos, Vivian pudo notar que el chico estaba mortalmente pálido y sus ojos estaban hundidos en sus cuencas confiriéndole a su rostro un aspecto cadavérico, lucía como uno de esos niños enfermizos que siempre tienen fiebre o algo por el estilo.

Raúl hizo las presentaciones, después de darle un largo abrazo a Enrique.

—Hermano, pensamos que habías muerto. No sabíamos si te volveríamos a ver.

—¿Qué diablos está pasando allá afuera? —quiso saber Enrique, tras el alivio inicial que sintió al volver a ver a sus mejores amigos.

—El infierno hermano, eso está pasando —los interrumpió Donnie.

—Oigan chicos, quizá deberíamos ponernos en marcha en vez de quedarnos parados —el que habló ahora fue el jugador alto, sostenía un bat de madera roto por la mitad y que ahora se asemejaba más a una estaca como las que usaría el doctor Van Helsing para acabar con su enemigo mortal.

—Está bien, tienes razón —lo cortó Raúl —.Se volteó hacia el chico alto y lo presentó —.Enrique, él es Roberto Madero el músculo de nuestro equipo y responsable de salvar a Donnie dos veces; Roberto, te presento a Enrique Barsuto, niño genio incomprendido por

la sociedad —bromeó.

—Mucho gusto —dijeron al unísono los dos y se estrecharon las manos.

—¿Qué simbolizan sus artículos deportivos? —preguntó Enrique, señalando con la cabeza hacia los bats y las raquetas que los seis chicos y chicas cargaban.

—Raúl nos guió hacia el gimnasio cuando toda la gente intentaba huir o pelear contra esas cosas. Y ahí tomamos todo esto —respondió Roberto y alzó a la altura de los ojos el bat/estaca. Las dos chicas, Laura y Lucía llevaban raquetas que empezaban a abollarse, y Donnie y Raúl llevaban ambos un bat en cada mano. Mientras que el chico japonés se había conformado con llevar un desarmador largo, el cual tenía sangre seca en la parte metálica —.También el fue quien tuvo la idea de venir para acá.

—Y las dulces personas que nos acompañan son la bella Lucía Suarez —los interrumpió Raúl y al pronunciar su nombre miró sugerentemente primero hacia Enrique y después con preocupación a Vivian (aunque a falta de la poca luz quizá ella se lo hubiera imaginado)—, la encantadora Laura Valdéz, y mi nuevo mejor amigo, Hyun Park, estudiante de intercambio de Japón y otro niño genio entre nosotros.

—Hola a todos —dijo Lucía, sin dirigirse a nadie en específico y con la mirada clavada en Enrique.

Esto hizo que una sensación molesta, como una espinita clavada debajo de la uña, se apoderara momentáneamente de Vivian.

—Hola, buenas tardes —dijo Hyun, con esa manera tan decente y educada de saludar que tenían todos los japoneses, aún y cuando parecía que en cualquier momento se desmayaría.

—Hola chicos —saludó por último Laura.

—¿Qué diablos le pasa a él? —dijo de pronto David Garduño, señalando con el tubo hacia Hyun.

Roberto Madero dio un paso hacia David, como si todavía su inconsciente recordara que él había sido su capitán y sintiera que debía seguirlo todavía.

—Tran… tranquilo —tartamudeó Donnie —fue atacado por una de esas personas, esos mlditos maniáticos. Se golpeó y ha perdido mucha sangre.

—¿Se golpeó o lo mordieron? —preguntó David, maliciosamente, recordando lo que le había sucedido a Verónica después de haber sido mordida.

—Déjalo en paz —intercedió Raúl —y le lanzó una mirada cómplice a Roberto.

—Amigo, si Raúl dice que Hyun está bien, entonces no lo molestes.

David lo miró con ojos asesinos, incrédulo ante la inesperada insubordinación de su compañero de equipo, como capitán del equipo, no estaba habituado a que lo contradijeran de manera tan abierta. Vivian se percató de ello y se preocupó, pensó intranquila que en cualquier momento David podría salirse de sus cabales.

Pero David bajó el tubo. Y pareció como si todos soltaran el aire al mismo tiempo. En especial Hyun Park. Vivian se preguntó qué podría haber pasado en los minutos en que se separaron para que uno de los mejores amigos de David se volteara contra él defendiendo a unos chicos a quienes con toda esa seguridad esa misma mañana hubiera llamado nerds o algo peor y les habría hecho calzón chino sin sentir remordimiento alguno.

—Okay —dijo entonces Enrique, haciéndose cargo, momentáneamente, del grupo —tenemos que seguir moviéndonos.

—¿Hacia dónde? —preguntó Laura, la porrista, como en automático, sin que en su voz hubiera un interés verdadero.

—Hacia atrás no hay nada —aseguró Enrique—, sólo el pasillo largo que da a la habitación a la cual huimos después del ataque en la estación. Ustedes ¿por dónde llegaron? —preguntó dirigiéndose al gorila jugador de soccer.

—Raúl nos guió por una entrada de emergencia. Cuando vio que la gente entraba en masa a la estación del metro, supo que ahí habría una carnicería. Probablemente nos salvó la vida por segunda vez al igual que al guiarnos hacía el gimnasio de la escuela.

—Así es —confirmó Raúl, pagado de sí mismo, orgulloso de que alguien reconociera su astucia.

—Cuando entramos, nos encontramos en este enorme pasillo, giramos a la izquierda, porque a la derecha, vimos a la distancia a una de esas cosas —comentó Hyun Park —.Una de esas personas locas.

—Pues si sólo era una, me parece una buena opción —dijo David —, nosotros somos seis, podemos hacerle frente, además me parece mejor opción que regresar a la estación del metro.

La mayoría asintió, incluyendo a Vivian y a Enrique, quien seguía manteniendo el cuerpo lo más pegado posible al suyo en actitud protectora.

—Está bien, vamos —respondió Hyun en un tono lastimero.

Nadie lo podía saber ahora, pero esas eran las últimas palabras que Hyun pronunciaría.

Hyun Park odiaba su pueblo natal, Karama. Era un pequeño pueblo pesquero ubicado en las faldas del monte Fuji, el pico más alto de todo Japón. Lo había detestado durante toda su infancia y la única razón de las buenas notas que obtenía en la escuela provenía del odio que le tenía a ese aburrido y lerdo pueblo, estaba motivado a salir de ahí fuera como fuera.

Había aplicado para ser estudiante de intercambio a varias de las mejores escuelas privadas de Estados Unidos, pero lo habían rechazado. Sólo una le ofreció un trato. Podría irse de intercambio dos semestres a una de sus sucursales, pero en México. Sin pensárselo dos veces, Hyun Park había aceptado de buena gana esa oferta. Cualquier lugar sería mejor que la pequeña choza de piedra en donde vivía hacinado con sus otros seis hermanos, sus padres y su abuela, la vieja Tata.

Pero ahora, caminando en la oscuridad y sintiendo la húmeda opresión de las paredes subterráneas que parecían comprimirse más y más a su alrededor con cada paso que daba, Hyun sólo podía pensar en la inmensa pradera que se veía desde la puerta de la casa de su infancia, extendiéndose hasta donde llegaba la vista, para después unirse con la playa y luego el mar, a donde iban su padre y sus dos hermanos mayores a pescar todos los días. Pensaba en el ancho cielo azul, el cual en su memoria siempre había sido de un azul puro y perfecto. Pensó con añoranza en los guisos de pescado que servía su mamá justo cuando el sol se metía y sus hermanos y padre regresaban a casa y todos comían a la intemperie reunidos alrededor de la fogata mientras la vieja Tata o alguno de los otros ancianos del pueblo contaban alguna de sus historias para entretener a los niños. Recordaba con cariño la forma en que el dulce olor del pescado recién asado y servido con aderezo de mango se mezclaba con el suave murmullo de las risas de los niños. Tenía que recordar, llevar su mente al lugar que no había sabido apreciar era ahora la única manera de evadir los eventos de la última hora, de no pensar en el infierno y el dolor y los gritos, sí, lo peor eran los gritos. Pero volvió a concentrarse en la voz de la vieja Tata.

Y entonces Hyun Park cerró los ojos por última vez. Y cuando la vida abandonó su cuerpo, al menos no tuvo miedo, su mente partió siendo feliz, recordando su infancia y a las personas que habían formado parte de ella. Al menos en ese último instante casi pudo sentir como si volviera a Karama y estuviera rodeado de sus pequeñas hermanas y el resto de su familia.

Su mente partió. Pero su cuerpo no, claro que no, su cuerpo

siguió caminando, pero no por mucho tiempo.

Iban caminando a paso regular, nadie tenía mucha prisa por encontrarse con una de esas cosas. Raúl y Enrique platicaban, poniéndose al corriente, pero sin mucho ánimo. Raúl se esforzaba por parecer jovial, por hablar en tono casual. Mientras caminaban, Vivian notó que echaba miradas de reojo cada cinco segundos hacia Hyon, miradas carentes de sentimiento y por tanto Vivian fue incapaz de deducir a qué se debían. Roberto Madero, el inmenso jugador de soccer, caminaba detrás de Hyun, siempre a la misma distancia sin separarse un solo paso de más y completamente concentrado. Por su parte, David caminaba detrás de todos, completamente abstraído en sus propios pensamientos y con mirada taciturna, como si meditara o planear algo. Vivian supuso que el hecho de que su amigo se pusiera del lado de Raúl y no del suyo, lo había hecho desmoraliarse justo en el instante en que había encontrado un aliado con el cual oponerse a Enrique y a los nerds, a los cuales parecía aborrecer.

Vivian y Enrique caminaban casi pegados, con los dorsos de sus manos y piel de los brazos rozándose esporádicamente. Vivian se preguntaba por qué diablos Enrique no simplemente la tomaba de la mano y ya. Pero luego recordaba que él era algo tímidoy un tanto retraído, así que probablemente le costaba dar ese tipo de muestras de afecto. Vivian decidió que si él no lo hacia dentro de los próximos cinco minutos, entonces ella le tomaría la mano, y no le importaría lo que él pudiera pensar. Ella notaba cómo la miraba y sabía que la atracción era recíproca, así que actuaría en consecuencia.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Raúl se paró en seco. Su mirada se clavó en algo a su izquierda. La sonrisa que adornaba sus labios desapareció de manera sumaria, como si nunca hubiera estado ahí, y sólo quedó una expresión pétrea en su rostro.

Vivian siguió la mirada de Raúl Sánchez y vio a Hyun, pero había algo raro en él, tenía los ojos completamente cerrados. Seguía estando en pie, pero tenía el semblante de alguien que se acaba de desmayar.

—Hazlo —ordenó Raúl. Su voz sonó fría e inexpresiva.

Roberto Madero se adelantó un paso, alzó su bat en forma de estaca y con un movimiento preciso, quirúrgico lo clavó detrás del cráneo de Hyun Park. El bat salió limpiamente por donde un segundo antes habían estado los ojos del chico de intercambio. Laura comenzó a gritar histéricamente, Lucía chilló alguna maldición y el resto de ellos se quedaron estupefactos, sin que sus mentes comprendieran aún qué mierda acababa de suceder. Roberto extrajo el bat del cráneo del chico y el cadáver cayó flácido sobre el suelo con el sonido de un costal de papas. Pero el único que habló fue David Garduño.

—¿Por qué mierda hiciste eso?

Estaba a punto de abalanzarse sobre su compañero de equipo pero Raúl se interpuso

entre ellos.

—Tenías razón, ¿okay? A Hyun lo mordieron, él lo sabía, y nosotros lo sabíamos.

—Pero entonces ¿por qué hace rato lo defendiste? —preguntó David completamente desconcertado.

—Roberto y yo sabíamos que iba a morir, probablemente Hyun también lo sabía, así que, qué caso tenía hacer sus últimos momentos todavía más difíciles abandonándolo a su suerte por estar infectado —explicó Raúl Sánchez.

—Así que acordamos que lo mataríamos cuando llegara el momento —terminó Roberto.

Vivian quedó paralizada ante la frialdad con que esos dos hablaban del asesinato que acababan de cometer y el cual habían planeado con antelación. Sus voces no dejaban traslucir sentimiento alguno. Ya no eran los adolescentes engreídos y torpes que eran al empezar ese día. Vivian se preguntó qué tanto habrían visto para haberse transformado en esa especie de soldados psicópatas que tenía ahora ante sí, y al hacerlo sintió miedo, un miedo primario recorriendo su espina y muriendo en la base de la espalda.

—Sigamos caminando —ordenó Raúl, quien al momento de ordenar fríamente el asesinato de uno de ellos y siendo obedecido sin objeción alguna por el que parecía ser ahora su guarura personal, se había convertido de manera tácita en el líder del grupo.

Raúl era el cerebro y Roberto el músculo, y a Vivian esa combinación le dio escalofríos, aunque no sabría muy bien decir por qué. Pero quizá Donnie lo supiera; el chico regordete y pelirrojo llevaba mucho tiempo callado, pero miraba a su mejor amigo con ojos de desconfianza de cuando en cuando. Como si tuviera ante sí a una persona a quién no reconocía del todo, y esta nueva persona o esta nueva versión en quien se había convertido, lo asustara.

El grupo de adolescentes supervivientes que se adentraron en los túneles del metro, después de la muerte de Hyun Park, se encontraba ahora completo. Siguieron caminando por la oscuridad, alumbrados únicamente por las pálidas luces de dos celulares, hasta que se encontraron a una de esas cosas, de la que les había hablado Hyun. Era una mujer que estaría a punto de cumplir treinta años, llevaba ropa de oficinista pero le faltaba el zapato derecho, y el tacón del izquierdo hacía tiempo que se había roto y su camisa beige estaba

completamente manchada de sangre seca.

El choque de sus zapatos contra la grava alertó a la mujer de su presencia. Ésta giró bruscamente la cabeza hacia ellos y echó a correr. Los ocho adolescentes alzaron sus respectivas e improvisadas armas y se prepararon para atacar, con el corazón lleno de miedo y adrenalina a partes iguales.

CAPITULO 3

EN TIERRA EXTRAÑA

1

Un relámpago inundó de luz la noche. La lluvia caía a raudales sobre la ropa empapada y pesada de Chett Morris. Su cabello castaño le caía sobre la frente, rozándole las pestañas. Llevaba en la mano derecha el hacha de bombero que le había salvado la vida durante esa endemoniada tarde, pero también con la cual había arrebatado tantas otras. La sangre en el filo rojo metálico ya había desaparecido, limpiada por completo por esa infernal lluvia. Se paró frente a la entrada de la enorme mansión y la observó.

Enormes columnas blancas a ambos lados del pórtico adornaban la entrada encima de unos escalones grandes y anchos que se podía adivinar habían sido de un blanco impoluto algún día hace muchos años atrás. La puerta permanecía cerrada como fortaleza aún después de tantos años de estar abandonada. Chett había corroborado inconscientemente el estado de abandono de la casa al ver de reojo casi todas las ventanas rotas en los cuatro pisos de la mansión. Las ventanas de la planta baja estaban igualmente rotas o cuando menos fuera de sus goznes, pero todas, sin excepción, estaban enrejadas. Y aunque no lo hubieran estado, Chett iba en un estado de total somnolencia y aturdido de una manera tal —como si fuera un muerto caminante recién resurgido de la tumba como en esas películas en blanco y negro que su papá veía con él cuando era un niño—, que no habría tenido la capacidad mental para analizar y trepar por alguna de esas ventanas.

Desde hace una hora su mente se había limitado a sólo realizar la acción siguiente, sin pensar en el futuro, sin ir más allá. Un pie delante de otro y luego el anterior adelante del otro y así sucesivamente. Sólo caminando en automático, sin tener nunca un rumbo fijo. Hasta que había cruzado el bosque y llegado a esa casa perdida. Un oasis en medio del desierto boscoso que había atravesado huyendo de eso…

Había tenido que tomar decisiones difíciles en las últimas horas, probablemente las más difíciles que tomaría en su vida… en caso de que sobreviviera a la noche. Pero las había tomado sin arrepentirse, lo había hecho con la total convicción de estarlo haciendo para sobrevivir. Y siendo honesto consigo mismo, sabe que las volvería a tomar.

Así que dio un paso, después otro. Siempre sin pensar que hará después, sólo dejándose llevar. Subió un escalón, luego otro y después uno más. Cuando la puerta estuvo frente a su cara, cortándole el paso, hizo lo único que su cerebro fue capaz de concebir: seguir avanzando. Alzó el hacha y con un movimiento veloz y preciso la hizo descender sobre la cerradura. Esta no desistió, se mantuvo en su lugar, pero tras otros tres golpes igual de contundentes terminó por ceder. La puerta se deslizó hacia adentro con un chirrido macabro, dejando al descubierto los secretos guardados ahí durante al menos un par de decenas de años.

Sin pensárselo dos veces Chett entró. Los muebles estaban cubiertos por sábanas grises, o incluso cafés, que habían sido blancas en su anterior vida. Ese decorado fantasmagórico ayudaba todavía más a crear la ilusión de estarse adentrando en una película de terror en blanco y negro de los años cuarenta. Cerró la puerta tras de sí, se acercó al sillón más grande que vio y lo empujó hasta dejarlo tapando la puerta a modo de barricada improvisada. Después fue por otro más, para colocarlo encima del primer sillón, nunca estaba de más que sobraran elementos en una barricada.Al terminar su labor, el sudor le corría por la frente y goteaba desde su barbilla hacia el suelo.

Se sentó en el suelo, con la espalda recargada contra la base del segundo sillón de la barricada. Entonces pensó que no tenía comida, ni agua, estaba solo y sus buenas ideas se le habían agotado. Pensó en sus amigos, parecían recuerdos distantes como si en vez de ser de esa mañana, pertenecieran a una vida pasada; recuerdos de mil años atrás. Estaba empapado y por primera vez en su vida adulta se sentía total y completamente desamparado.

Chett, el hombre con un plan, de sangre fría, con aplomo de hierro, se quedó ahí sentado, con la mirada perdida y sin más, comenzó a llorar.

2

Anna Kay miró por la ventana. La carretera se extendía larga, imperturbable e interminable ante la camioneta, y por la ventana veía terrenos inhóspitos, territorios yermos cercanos al más puro desierto, de no ser por los esporádicos arbustos que habitaban ahí junto con los intermitentes postes de luz hechos de una piedra lisa y pulida que reflejaba que incluso por ahí había pasado la civilización. Habían salido de Los Ángeles hace una semana y llevaban desde entonces viajando en carretera, conociendo pueblos y hospedándose en moteles de mala muerte en el norte de México. El desinfectante tamaño jumbo que había comprado especialmente para esas situaciones (y el cual había empacado antes que nada), estaba a punto de vaciarse por la mitad, y aún les quedaban otras dos semanas de viaje.

Iban en la todoterreno de su novio Chett, quien manejaba con la vista al frente, clavada en su objetivo, aunque este fuera una interminable recta de asfalto, pero así era él, jamás desviaría su atención al manejar hacia algo que fuera una distracción, jamás despegaría ambas manos del volante para agarrarle una pierna a Anna, era un tipo que no se permitía caer en tentaciones y no se desviaba del camino, no tomaba rutas fáciles y siempre acataba las reglas. Buscaba que los demás hicieran lo mismo, lo cual siempre provocaba que no fuera una de las personas más queridas por el resto de gente. Pero a Anna eso le gustaba, ya estaba harta de los tipos idiotas de la universidad y sus fraternidades, siempre buscando cualquier excusa para hacer fiestas, intoxicados las veinticuatro horas de día, ya fuera con alcohol o con algo más pesado. Las chicas y los chicos de la universidad ya la tenían harta, quizá por eso su mejor (y quizá única) amiga era Mindy Morrett, una chica que a su manera era quizá igual de extraña que Anna.

Chett era cinco años mayor que ella, así que él se ajustaba a la perfección a lo que Anna buscaba en un hombre, que en los últimos tres años se había reducido básicamente a eso: que fuera un hombre. No quería perder su tiempo con un muchacho inmaduro intentando extender unos años más su adolescencia a costa del dinero de sus padres.

Anna bajó la visera, para cubrir sus ojos del sol que los golpeaba inmisericorde desde las alturas y aprovechó para echarse una rápida mirada en el espejo de esta. Su cabello rubio castaño se encontraba alborotado, lo cual no era de extrañar, ya que llevaba durmiendo un

buen rato (o eso le parecía) y acababa de despertar. Sus ojos verdes se mostraban enrojecidos, al igual que la piel que los rodeaba. Giró suavemente la cabeza para poder ver hacia el asiento trasero a través del espejo.

Erick Todd iba totalmente concentrado en la pantalla de su celular que parecía de cristal, completamente transparente, y sus dedos se movían frenéticamente a través de la pantalla que destellaba luces de todos los colores que se reflejaban contra el rostro del muchacho. Probablemente era alguno de esos juegos para cerebritos que tanto le gustaban, pensó con antipatía. Mindy iba dormida, con el torso recargado en la puerta, con una almohada en el cuello y los pies estirados por encima de las piernas de Erick, a quien no parecía importarle que su novia fuera ocupando prácticamente toda la extensión del asiento trasero, o quizá simplemente no se había percatado aún de ello. Cuando estaban juntos, lucían tiernos de una manera extraña, porque además de tener el mismo tono de piel lechosa, pero sin ser pálida, tenían el mismo color de cabello: un negro intenso que los hacía parecer pequeños hermanitos cuando caminaban tomados de la mano por las calles. Por lo tanto, lucía raro cuando empezaban a besarse.

Miró a Chett. Éste se percató de su mirada, pero lo único que hizo fue regalarle una rápida mirada de reojo y una sonrisa furtiva. Así que ella decidió pagarle ese gesto de indiferencia molestándolo un poco. Deslizó su mano hacia la entrepierna de él juguetonamente.

—¿Cuál es nuestra siguiente parada, capitán? —preguntó Anna.

—¿Anna, que haces? —preguntó él fríamente.

Sabía que ella y Chett eran la pareja perfecta, es más, incluso estaba casi segura de que se casaría con él en un futuro no muy lejano, pero si algo le molestaba, era eso, la incapacidad de él para mostrar abiertamente sus sentimientos. Sabía que Chett no era de esos tipos románticos con tendencia a los gestos románticos exagerados, pero le gustaría que expresara lo que sentía por ella un poco más a menudo. Al menos era bastante bueno en la cama, así que por lo menos ahí compensaba con creces su tullidez emocional.

—No hago nada —respondió con un brillo pícaro en los ojos, al tiempo que le bajaba la bragueta.

—Nena, estoy manejando —dijo él perdiendo paulatinamente la convicción con cada palabra que salía de su boca —.Y además —con un gesto brusco, señaló con la cabeza hacia sus acompañantes en el asiento trasero.

Erick iba perdido en su celular, con los audífonos inalámbricos retumbando en sus oídos, y Mindy estaba completamente en otra

dimensión.

—Ellos no se van a dar cuenta —replicó ella —.Además lo puedo hacer muy rápido.

Él no contestó, se limitó a mantener la vista fija en la carretera, un poco incómodo pero mucho más excitado. Así que guardó silencio y aceptó entrar al juego de su novia. Bien, justo eso era lo que Anna buscaba. Quería una respuesta de parte de él y no sólo una maldita frialdad y respuestas tajantes. Así que al conseguirlo, le volvió a subir la cremallera. Ahora lo dejaría caliente y queriendo un desahogo físico, el cual ella no se lo daría, al menos no en este momento.

—Okay —dijo ella en tono condescendiente —lo dejaremos para más tarde, pero queda pendiente, ¿entendiste?

Él se limitó a sonreírle y acomodarse en su asiento. Probablemente el pene erecto ahora lo incomodaba. Anna rio para sus adentros.

—Lo entiendo —contestó finalmente su novio.

—Ey, ¿qué pasa allá adelante? —preguntó Erick al tiempo que se quitaba el audífino izquierdo —¿están platicando de algo interesante acaso?

—Cosas de novios —respondió Anna, echándole una mirada de complicidad a Chett

—Así es, cosas aburridas de novios —corroboró Chett.

—Oye, no has contestado aún mi pregunta, novio —dijo Anna

—¿Qué pregunta?

—¿Cuál es nuestra siguiente parada? —repitió Anna.

—Oh esa, pues la respuesta es Ciudad de México.

—¿Y qué mierda vamos a hacer ahí? —preguntó Erick —pensé que íbamos a conocer las mejores playas de este país.

—Y lo haremos —contestó Chett con el tono de quien se dirige a un niño pequeño —pero antes de eso, siento que hay varios museos que pueden valer la pena, además cruzar la ciudad nos queda de paso.

—Como digas Chett, tú eres el jefe.

Anna no supo si lo decía con sarcasmo o si era su manera antisocial de dar su brazo a torcer, pero Chett pareció aceptar esa respuesta, así que ella también. No era un secreto para nadie que durante los días que llevaban viajando juntos, había habido una gran cantidad de roces entre Chett y Erick. Y no era de extrañar, eran dos tipos que apenas si se conocían y que se habían visto obligados, por sus respectivas novias, a compartir espacio y alojamientos durante casi

un mes. Además Chett era mayor, y mientras él era un adulto con un trabajo estable en un despacho de abogados y un salario asegurado, Erick era un estudiante de literatura que tenía que conformarse con el salario que le dejaba ser maestro suplente de literatura en la preparatoria del pueblo donde lo habían aceptado para hacer sus prácticas. Así que estaban parados en puntos diametralmente opuestos en sus respectivas vidas, por lo cual no tenían muchos puntos en común. Además de que sus carreras no eran para nada compatibles; mientras que la de Chett se basaba en hechos, era práctica y quienes la estudiaban lo hacían por la seguridad económica que esta proveía, la de Erick era una carrera humanitaria de la cual nadie (probablemente ni siquiera él mismo) sabía cómo obtendría dinero en el futuro.

—¿Ya llegamos? —preguntó una dulce voz adormilada. Era Mindy Morrett.

Mindy se despertó del todo, los saludó a todos con esa jovialidad juvenil tan suya y que la hacía tan atractiva para todos los hombres (incluso para Chett, a Anna no se le pasaba este detalle) para después quedarse nuevamente mirando hacia la ventana. Y como si todos la imitaran, el coche entero volvió a sumirse en el silencio.

3

El sol brillaba por encima de sus cabezas, calentando el capó del coche de una manera infernal, haciendo que dentro del coche pareciera más bien un sauna. Los cuatro sudaban copiosamente y Erick ya había comenzado a desesperarse. Llevaban ya casi media hora parados en el mismo lugar. Vio hacia afuera, incluso ya se había aprendido los rostros de la gente que los rodeaba. A su izquierda, en una camioneta familiar iba la clásica familia feliz de un anuncio de cereales, compuesta por los padres despreocupados al frete y dos niños pequeños (un niño y una niña) discutiendo en la parte trasera. La madre volteaba esporádicamente, les decía algo y estos se tranquilizaban momentáneamente, sólo para reanudar sus fraternales querellas cinco minutos después. Frente a ellos venía el clásico oficinista que trabaja en la bolsa de valores o vendiendo acciones o alguna de esas cosas, en su auto BMW (gris, del mismo color que su aburrida personalidad) convertible.

Giró la cabeza a la derecha. Primero vio a su novia, Mindy, la chica más hermosa con la que alguna vez hubiera salido. Al principio no supo bien cómo fue que una chica como ella había salido con alguien como él. Ella era como la clásica chica popular, cabello negro, piel perfecta, cuerpo esculpido por los dioses, popular. Y él, aunque hace tiempo había dejado la preparatoria y con ella todo el rastro del chico nerd que alguna vez había sido, el hecho de estudiar literatura, aún lo ponía en una categoría completamente diferente a la de los clásicos deportistas de universidad con los que ella había salido durante el primer año. Cuándo le había preguntado sobre este punto, ella simplemente la había contestado que ese tipo de personas nunca le habían gustado, sólo salía con ellos, porque eran parte del grupo de sus amigas. Inclusive hasta su tercer cita, ella le confesó que era virgen. Así era, una de las chicas más populares de la preparatoria y luego de la universidad, había llegado hasta el segundo año de ésta sin haber tenido sexo. Después él le confesó lo mismo, él también era virgen. Y lo que sucedió en esa noche fue una mezcla de adrenalina mientras corrían de vuelta a la sección de dormitorios del campus, de pasión mientras las manos de ambos recorrían los cuerpos mutuamente y sus bocas se besaban anhelantemente mientras procuraban no hacer ruido para no despertar a la malhumorada compañera de habitación de Mindy y todo el alcohol que habían bebido en el bar del campus. Y aunque hicieron lo posible por no despertar a la compañera de habitación de Mindy (qué más tarde resultaría ser Anna, su mejor amiga) Erick siempre había tenido una

certeza casi segura de que ésta había estado despierta y los había escuchado todo el tiempo mientras habían hecho el amor. Al principio creyó que ella se había inventado lo de ser virgen, porque quizá las chicas tenían una forma instintiva de saber cuando un hombre lo era, y lo había dicho para que él no se sintiera mal. Pero esa noche, vaya que él pudo confirmarlo, y viceversa.

Después de eso, se habían vuelto inseparables. Eran como la clásica pareja de esos dramas juveniles que son totalmente opuestos o pertenecen a los grupos más distintos en la escuela, pero que la audiencia siempre sabe de antemano que terminarán enamorándose el uno del otro.

Mindy no era la chica más lista de la escuela (ella misma lo había dicho así), pero tampoco es que fuera tonta, simplemente su cerebro no parecía funcionar de acuerdo a los estándares convencionales, pasaba demasiado tiempo en las nubes, perdida en sus ensoñaciones. Y a veces Erick se preguntaba si acaso ella salía con él por que era nerd, para poder tener un novio inteligente que poder presentarle a sus padres. Había visto que muchas chicas populares en la universidad tenían la tendencia de salir con chicos como él para exponerlos como trofeos al igual que en la preparatoria lo hacían con los deportistas. Pero desechó estos pensamientos con un rápido movimiento de cabeza y concentrándose en los demás carros que los rodeaban, inventándole historias a las personas dentro de ellos.

Al lado de Mindy, se encontraba un auto de renta, un coche blanco con estampados brillantes y el logo del nombre de la compañía que rezaba “Rent—A—Car”, en el cual iba un grupo de jóvenes turistas bastante parecidos a ellos, iban dos chicas rubias en los asientos delanteros, y atrás iban tres gorilas que parecían fisicoculturistas amateur, probablemente las chicas eran amantes lesbianas pero tenían que disimular saliendo con sus novios, dos de los tres chicos de atrás y vivir en una mentira. Delante de ese auto iba otra familia. Pero esta no parecía tan feliz como la otra. Los padres (él parecía rondar los cincuenta años y ella estar a la mitad de sus cuarenta) iban en silencio en los asientos delanteros de un Audi A4 que lucía bastante cómodo, mientras que la hija adolescente que llevaban atrás parecía perdida en la música que arrojaban sus audífonos inalámbricos (probablemente metal o cualquier cosa por el estilo que escuchara una chica inadaptada como ella), como si la música alimentara a la vez que consolara la depresión que se veía dibujada en su rostro. Su hermano menor, un niño que tendría nueve años, tenía la mirada triste y pérdida en la pantalla de su tableta, donde probablemente jugaría alguno de esos juegos casuales y simples que tanto gustaban a los niños de ahora.

—No entiendo por qué no podemos poner el aire acondicionado —se quejó Mindy.

El sudor le resbalaba por el rostro, caía por su barbilla y se deslizaba por su pecho hasta morir en el escote de su diminuta blusa de tirantes. Atrapó a Erick con la mirada clavada en sus pechos, él intentó mover rápidamente los ojos, pero fue inútil, ella le regaló una sonrisa de complicidad. Se percató que de no haber sido novios, probablemente habría quedado como un acosador cualquiera al momento de quedársele viendo fijamente a los senos de Mindy. Le devolvió la sonrisa con una mirada en el rostro que decía en una sóla imagen algo así como: “Disculpa nena, no era mi intención, pero no pude evitarlo”. Ella le tomó la mano.

—Por que no sabemos cuánto tiempo estaremos aquí parados — respondió Chett, como el maestro que regaña a un alumno tras hacer una pregunta de algo que se le ha explicado una decena de veces —, y necesitamos ahorrar la máxima cantidad posible de combustible en caso de cualquier contingencia.

Ese era Chett, el hombre precavido, el hombre con un plan, el que pensaba en todo y siempre se anticipaba a cualquier eventualidad. A Erick eso le parecía simplemente aburrido, él prefería lo espontáneo, dejarse llevar por el momento. Y Mindy una vez le había confesado que eso a ella era algo de lo que más le gustaba de él, así que él seguía siendo tan espontáneo como cuando era un adolescente.

Anna volteó a verlos malhumorada, pero sin estar enojada. A ella como al resto, la ropa se le pegaba a la piel por el sudor. A ninguno le gustaba la idea de Chett de apagar el aire acondicionado, y menos con ese calor infernal colándose por las ventanas, pero en el fondo, sabían que era una decisión sensata.

—Voy a salir —les anunció Chett al tiempo que abría la puerta de su camioneta cuatro por cuatro.

—¿Para qué? —le preguntó Anna cuando bajó a su vez de la camioneta.

—Tengo un mal presentimiento —fue su parca respuesta.

Cuando Erick bajó del asiento trasero hacia el pavimento, el calor lo azotó de lleno. Si dentro del auto parecía un sauna, allá afuera, bajo el rayo cegador del sol, era como estar sobre unas brasas de cemento quemando bajo los pies con un calor que traspasaba las suelas de los tenis y los calcetines y se sentía en la piel de las plantas los pies.

Chett miraba hacia la distancia, como intentando encontrar el origen del atasco. Erick miró en esa dirección: sólo se alcanzaba a ver carros y más carros, uno delante de otro en tres líneas que parecían no

terminar nunca. La carretera que discurría hacia el otro sentido a unos diez metros de donde terminaba la suya, (pero a la cual era imposible acceder con el coche debido a las bardas de cemento que las separaba) se encontraba total y completamente desierta, como si ningún coche tuviera permitido salir de la ciudad a la que ellos estaban intentando entrar.

—Te acompaño —dijo Erick. No quería quedar como un cobarde o un holgazán frente a la chica que amaba.

—Debes quedarte —contestó él.

—¿Por qué? —la pregunta de Erick fue genuina, sin rastro alguno de burla o sarcasmo, sólo una genuina curiosidad.

—Alguien debe quedarse a cuidar de ellas —dijo, bajando la voz y señalando con la cabeza hacia las chicas.

—Oye, creo que estamos bastante grandecitas como para cuidarnos solas, gracias —los interrumpió bruscamente Anna, quien por lo visto sí había alcanzado a escuchar —. Además, vivimos en el siglo veintiuno, no necesitamos de príncipes de armadura blanca que nos protejan.

Chett rodeó la camioneta, hasta el asiento del copiloto, abrió la guantera y comenzó a buscar algo. Erick se asomó hacia adentro del coche a tiempo de ver como sacaba de un compartimetno oculto algo metálico y que lucía pesado. Un arma. Chett tenía entre las manos una pistola nueve milímetros.

Erick se apresuró hacia ellos, al tiempo que Mindy salía del auto. Cuando llegó hasta ellos, Chett y Anna tenían los cuerpos a escasos centímetros el uno del otro y él le ponía la pistola en las manos a Anna.

—¿Para qué me la das? —preguntó ella. La extrañeza no estaba disimulada en su voz.

—Como te dije, tengo un mal presentimiento. Espero no sea nada, pero la sabes utilizar así que te la dejo, por si acaso… —Chett dejó las palabras flotando en el aire.

Anna le dirigió una mirada de entendimiento al tiempo que se guardaba la pistola entre la cintura y los jeans y tapó el mango con el faldón de su blusa.

—Hombre ¿por qué mierda trjiste eso? —preguntó Erick —¿Acaso no sabes que en este papís son ilegales? Nos puedes meter en problemas a todos. Y creéme uqe pasar tiempo en una prisión mexicana no es algo que ninguno de nosotros quiera.

—Siempre hay que estar preparados para todo —fue su única

respuesta.

—Como quieras hombre —respondió Erick, resignado —.Pero tengan cuidado con esa cosa.

—Tranquilo amor —la que habló ahora fue Mindy —Chett le ha estado enseñando a Anna a usarla. Estaremos bien —se acercó a él y le plantó un húmedo beso en los labios —.Ahora vayan a investigar qué está pasando.

Y así, con la bendición de sus respectivas novias, Erick y Chett comenzaron a caminar, siempre bajo la intensa y quemante mirada de un sol que parecía furioso con la humanidad.

4

Durante media hora caminaron. Durante media hora no hubo nada ante ellos más que coche tras coche, tras coche en una hilera triple, macabra e interminable. Todas las personas habían apagado los coches (aunque Erick dudaba de que alguien lo hubiera pensado con tanta antelación como Chett) y la gente comenzaba a salir de los autos para respirar aire o para estirar las piernas o simplemente para desestresarse.

—¿Qué crees que ocasione esto? —le preguntó a Chett, simplemente para hacer conversación y no aburrirse tanto.

—No lo sé —contestó éste, pensativo y con la mirada fija en el punto en la distancia, frente a ellos —Pero espero que no sea nada por lo que debamos alarmarnos.

—¿Sabes que sería horrible? —preguntó Erick. Tras un instante en el que Chett no parecía muy animado a mostrarse participativo, decidió continuar, responderse a sí mismo —.Que justo cuando llegáramos a donde termina la fila, ésta comenzara a avanzar y tuviéramos que esperar a que las chicas llegaran por nosotros —Chett lo miró y arqueó una ceja, a modo de pregunta —, y que hubiéramos caminado a lo tonto —dijo a modo de respuesta.

—De hecho, creo que ese sería el mejor desenlace que nos podría esperar —contestó Chett, con un aire de misterio envolviendo sus palabras —, pero no pensemos en ello. No aún.

—Como digas.

Y siguieron avanzando entre niños corriendo, madres regañándolos y padres de familia hablando unos con otros como si son eso pudieran arreglar algo.

Erick no le caía mal. Simplemente Chett no era muy asiduo a convivir con las personas. Sabía socializar cuando la situación lo requería, y vaya que en su trabajo eso era muy a menudo, pero cuando no había necesidad de ello, prefería volver a ser el niño antisocial que había sido durante su infancia y adolescencia. El niño que coleccionaba aviones a tamaño escala de la fuerza aérea y pasaba tardes enteras contemplando la vitrina de armas que su padre tanto cuidaba y la cual siempre estaba cerrada con llave. Cuando cumplió quince años, su padre lo había llevado al bosque, y ahí en medio de la nada, le había enseñado todo lo que se podía enseñar sobre los rifles y le había enseñado a dispararlos. Había sido el mejor cumpleaños de su

vida, hasta la fecha. Y lo fue hasta el año en que lo pasó por primera vez con Anna. Su primera novia formal. Tener sexo desenfrenado y hacer el amor tres veces esa noche después de comer esos malditos brownies con hachís ilegal en Amsterdam, definitivamente vencía (por mucho) a aprender a usar un arma. Aunque seguía recordando con especial cariño esa tarde nublada en el bosque con su padre.

El padre de Chett no era muy asiduo a tener momentos emotivos padre e hijo. Pero si algo había sabido hacer, era a intuir que su hijo no era como los demás chicos "normales". Por tanto había tratado de aceptarlo en su rareza, si bien no comprenderlo, y darle algunas lecciones de vida que lo acompañaran toda su vida.

"Siempre tienes que esperar lo mejor, hijo, pero nunca olvides estar preparado para lo peor" era la frase que le había enseñado ese día en el bosque. Y jamás la había olvidado, era como un precepto básico bajo el cual se regía, junto con otros que su padre también le había inculcado: "hijo, el fin jamás justifica los medios, y quien te diga lo contrario es por que es un débil hijo de perra, un cobarde". Y el que Chett siempre tenía en mente, sobre todo cuando recién entró al mundo laboral: "hijo, escucha con atención —le había dicho una lluviosa tarde de Enero, cuando Chett era un adolescente desgarbado y una pulmonía severa había abatido sus débiles pulmones de niño asmático—, jamás traiciones lo que eres por un puñado de monedas. Ningún trabajo en el mundo lo vale".

Su padre había muerto cuando Chett tenía veinte años. Un cáncer lento pero inexorable llevaba torturándolo diez años. Diez años en los que luchó en soledad contra la enfermedad, yendo a doctores y terapias sin que su hijo se enterara, según sus propias palabras, nunca quiso preocuparlo de más, era un niño demasiado abstraído, como para todavía sumarle una preocupación de ese tamaño a su atribulada personalidad. Así que se había enfrentado al cáncer sin que su familia lo supiese. Chett suponía que esa era la razón por la cual intentaba darle consejos de vida a un niño de doce o quince años en los momentos más aleatorios posibles.

Su mente se desvió del tema del cáncer cuando se preguntó cómo estaría Anna, y le divierto el sorprenderse a sí mismo tan interesado por otra persona que no fuera él mismo. Pero la quería, de una forma extraña, a su manera, la quería. Anna quizá no era la chica más bonita o la más sensual, no era la chica a la cual todos voltean a ver cuando entra a una habitación, pero en definitiva se encontraba dentro del rango de las chicas atractivas. Al principio, cuando la conoció, no sabía bien con quien de las dos estaba saliendo, ya que el día que la había conocido estaba (como siempre) con Mindy, así que había tenido que entablar conversación con ambas e invitarlas a las dos a

hacer algo el sábado por la tarde. Afortunadamente Mindy llevó a Erick con ella al cine (también para ellos era su primer cita), gracias a lo cual el tema del cortejo quedó zanjado. Lo bueno es que tenían un arma, y Anna ya la dominaba si no con profesionalidad, si al menos con gran soltura.

Los pensamientos de Chett se vieron interrumpidos cuando un sonoro estampido lo trajo de vuelta a la realidad, al sol quemante, tratando de horadar su piel, al pavimento abrasándole las suelas de los tenis, a los pantalones de mezclilla pegándosele de una manera incómoda a las piernas debido al sudor de estas.

—¿Qué mierda fue eso? —exclamó Erick.

—No lo sé, pero ya casi llegamos —contestó Chett, cuando miró hacia adelante.

Comenzó a acelerar el paso, cuando se percató de la barricada militar que estaba a unos escasos trecientos metros de ellos, la barricada estaba compuesta por un convoy militar, camionetas Humvees estacionadas de lado que abarcaban el ancho de las dos carreteras y estacas en forma de X, como las que se usaban en los campos de concentración, con alambre de púas interconectándolas a todas, estaban colocadas a lo largo del camino adyacente a la carretera hasta llegar al río por un lado y a la base de una pequeña montaña en el otro para que tampoco los peatones pudieran atravesar.

Chett seguía trotando, esquivando niños, piernas de gente que estaba sentada en los autos con ellas de fuera, puertas abiertas y madres preocupadas hablando unas con otras. Erick lo seguía, pisándole los talones. Ahora la mayoría de personas volteaba en dirección hacia donde él y Erick se dirigían.

La fila de coches terminó, pero antes de llegar a la barricada había un espacio de unos veinte metros que parecía tierra de nadie. Chett la cruzó con cautela, deteniendo su carrera, con decenas, o quizá cientos, de pares de ojos clavados en él. Erick lo seguía de cerca. Cuando estuvieron a diez metros de la barricada oyeron un grito proveniente de atrás de la barricada.

—¡No den un paso más!

El que gritó era un soldado que estaba acostado bocabajo en el techo de una de las Humvees, la de en medio, y que tenía su rifle colocado sobre un tripie y apuntando directamente al pecho de Chett.

—¡Sólo queremos saber qué está pasando! —gritó él a su vez.

Dio un paso más, sabedor de que podía costarle caro, pero decidido a tomar el riesgo.

—Probablemente no sea nada —contestó el soldado —pero aun

así, por precaución no podemos dejar pasar a nadie.

Chett pudo observar que el soldado no era más que un niño, tendría dieciocho, quizá hasta diecinueve años, pero no más, tenía el rostro lleno de un ácne que lo hacía lucir todavía más como un adolescente en desarrollo. ¿Qué situación podría ser tan grave como para que el ejército se viera en la necesidad de poner a soldados novatos a cuidar una barricada militar?

—¡¿Porqué no?! —replicó Chett.

Dio un paso más. El chico disparó. La bala golpeó el suelo a un escaso metro de sus pies. Chett de pronto fue consiente del sudor que bañaba su piel, de la quemazón que sentía en la piel enrojecida, y sobre todo de lo cerca que había estado de morir, o cuando menos de resultar gravemente herido.

—¡Ni un paso más! —volvió a gritar el muchacho —¡La próxima vez no apuntaré al suelo junto a tus pies!

—¡Está bien! —contestó Chett. Ahora las miradas curiosas fijas en él se habían multiplicado —¡Hay algún superior tuyo con el que pueda hablar!

El chico pensó su respuesta, pero antes de que pudiera formular las palabras con sus labios, apareció un hombretón recio, de cabello corto, casi al rape y gris, que recordaba tremendamente a Nikolai de Resident Evil Nemesis, quien probablemente era el hombre a cargo ahí (y si no, al menos tenía un porte tal que lo hacía lucir como el líder). Al mismo tiempo, aparecieron otros cinco soldados, cada uno tomando una posición al lado de cada una de las camionetas. Los hombres elevaron sus rifles y ahora todos apuntaban hacia detrás de Chett y Erick, hacia la masa uniforme de civiles y autos.

El hombre de cabello gris llevaba un megáfono en la mano derecha, subió con agilidad al techo de la Humvee donde estaba el soldado que había disparado y se llevó el aparato a la boca.

—¡Favor de permanecer al menos a treinta metros de este lugar! —aulló a través de la bocina una voz grave y magnificada— ¡Tenemos permiso para disparar a cualquier persona que se acerque más allá de esta distancia!

El hombre bajó el megáfono y acto seguido descendió de la camioneta con un brinco ágil.

—¿Qué hacemos Chett? —le preguntó Erick.

—No lo sé —fue lo único que atinó a contestar.

Y era cierto. Por primera vez en su vida adulta no sabía qué hacer, no tenía un plan, ni una secuencia de pasos para seguir a

continuación.

5

Al comandante Javier Rodríguez no le agradaba pero para nada la sola idea de dispararle a civiles, y menos aún el contemplarla como una opción real y probable. Pero al final del día era un soldado y acatar órdenes era aquello para lo que estaba entrenado. Bajó de la camioneta sin dificultad y giró el cuerpo a tiempo para ver como la muchedumbre retrocedía, dejando solos a los dos muchachos americanos que habían osado acercarse tato y que ahora permanecían fijos como esculturas.

—Sé que esto no es para lo que nos enlistamos —le dijo a Vázquez, el chico con acné que había disparado hacia los extranjeros —pero si alguien se cerca, tu deber es disparar. ¿Entendiste?

—Sí señor —respondió éste.

En la voz del chico no había firmeza alguna. Y el comandante Rodríguez no podía reprochárselo, cualquiera en su situación, sin el nivel de experiencia que él mismo había adquirido durante su vida, se sentiría sobrepasado por la situación. Además el chico llevaba apenas tres escasos meses de entrenamiento. Pero así estaban las cosas. Jamás el ejército o algún mando medio o alto que se respetara a sí mismo habría dejado salir a chicos con tan poco entrenamiento a campo. Pero después del ataque de en la mañana a la comisaría, se había desplegado todo el personal policiaco, militar, de bomberos y básicamente cualquier persona que trabajara para el gobierno y portara un arma, para crear barricadas en todas y cada una de las entradas y salidas de la ciudad.

Y como era de esperarse, el personal no había sido suficiente, así que al menos en el ejército, habían tenido que recurrir al personal de entrenamiento, a los novatos. Y a Javier Rodríguez le había tocado liderar un escuadrón compuesto básicamente de adolescentes y novatos, ya que aunque había algunos que se encontraban a los mediados de sus veinte, también llevaban pocos meses en el ejército. Pero así y con todo, tendrían que salir adelante. Javier Rodríguez rezaba en su fuero interno (con todas sus fuerzas) para que los muchachos no fueran a tener un repentino ataque de conciencia y fueran a deponer armas y desertar ahí mismo, dejando la barricada total y completamente descubierta.

Se acercó a la tienda provisional que habían levantado en medio de la carretera, pero antes de entrar a la sombra protectora que ésta prometía, se subió a una Humvee que estaba a escasos pasos.

El sol pegaba desde arriba y atrás de su espalda, confiriéndole el

aspecto de alguien aún más grande y más fiero de lo que por sí era. Tomó aire y comenzó a hablar, gritando, pero sin usar el altavoz. Los muchachos comenzaron a girar sus cabezas hacia él y los que podían se iban acercando.

—¡Nos encontramos ante una situación difícil! —rugió —¡sé que nadie quisiera estar aquí en este momento! ¡Sé que preferirían ir a casa, cerciorarse de que sus familias están bien! —hizo una pausa, para dejar que se acercaran más —¡Lo sé por que yo también lo siento así! ¡Pero déjenme decirles algo, HOY, en este lugar, podemos preocuparnos por el bienestar de nuestras familias, o podemos hacer algo para asegurarnos de una vez y sin lugar a dudas de que todos y cada uno de nuestros seres queridos estén a salvo! ¡Todos vimos las imágenes en los noticiarios, así que supongo ya son conscientes de la clase de amenaza contra la que nos enfrentamos! ¡Así que defendamos nuestra posición, defendámosla como si nuestra supervivencia dependiera de ello, ya que probablemente así sea! ¡Y aseguremos con nuestras propias manos nuestra supervivencia! —clamó.

Los rugidos de aprobación, gritando “Hurra” una y otra vez se extendieron por el grupo de muchachos a las órdenes del comandante Javier Rodriguez llenándolos a todos de valor.

Y entonces, uno de los soldados, el que dirigía la retaguardia, viendo hacia la ciudad, realizó los primeros disparos. Todos volvieron rápidamente a sus puestos, prepararon sus armas y se dispusieron a esperar.

6

El ruido atronador del primer disparo fue descorazonador. El primer impulso de Erick fue echar a correr, el segundo preguntarle a Chett qué procedía, si avanzar hacia la barricada ahora que los militares se habían distraído o regresar con las chicas. Chett no le agradaba, pero confiaba en su buen juicio y sangre fría para tomar decisiones en una situación como esta.

—Ir allí sería demasiado peligroso —le contestó Chett.

—¿Por qué lo crees?

—Míralos, a excepción del que parece ser su jefe, el del megáfono, todos parecen —se detuvo, considerando el adjetivo adecuado para describirlos —demasiado jóvenes.

—¿Y eso por qué habría de importarnos? —objetó Erick, en un tono que dejaba claro que su duda era genuina.

—Si nos acercamos allí, más gente nos seguirá. Y será difícil pasar desapercibidos, y cuando los soldados nos vean, si nos sienten como una amenaza, no dudo que pierdan los nervios y comiencen a dispararnos.

—¿Qué mierda pudo haber sucedido en la ciudad que fuera tan grave como para que cerraran las carreteras y tengan permiso para disparar a civiles? —hizo una pausa, ordenando sus ideas antes de expresar su punto —.Pero tienen armas Chett, y a las armas no les importa si las empuña un niño o un soldado experimentado. Una bala mata por igual, sin importar si la dispara un anciano o un joven.

—Aun así, es demasiado arriesgado ir ahí. El riesgo a ser atravesados por la bala de alguno de esos novatos supera el beneficio de la posibilidad de hacernos con una de sus armas. Además de que dudo vayan a acceder de buena gana a defender a unos invasores que se atrevieron a cruzar la raya imaginaria de su territorio, la cual dijeron explícitamente que no cruzáramos.

Erick se quedó en silencio, sin argumentos. Lo que Chett decía sonaba racional y tenía coherencia. Así que ante su silencio, Chett volvió a hablar.

—Lo mejor es regresar con las chicas y tratar de alejarnos de aquí lo más posible —respondió Chett.

Giraron y al dar unos cuantos pasos de regreso, se encontraron con una muchedumbre formando un corro alrededor de un sedán rojo,

sobre el cual se encontraba un hombre de mediana edad, no obeso, pero sí a poco de estarlo, de cabello castaño y piel blanca, quien parecía estar dando el discurso de su vida.

—Así es amigos, es como les digo. Si alguno entre ustedes, tuvo la oportunidad como yo de ver los noticiarios antes de que el gobierno bloqueara todas las señales, sabrán que lo que digo es cierto —vociferaba el hombre ante el grupo de curiosos que lenta pero paulatinamente, se iba haciendo más nutrido.

—¡Yo lo vi! —gritó una voz de hombre.

—¡Es cierto, el gobierno lo quiere encubrir! —se escuchó la voz de un mujer.

El hombre alzó los brazos, pidiendo silencio.

—¡Así es amigos míos, el día del juicio ha llegado, el final está aquí, es como dice en la biblia, los muertos se levantarán de sus tumbas para ser juzgados!

Los murmullos de sorpresa y también los que mostraban su acuerdo, se mezclaron en un solo ruido siseante que flotó como una nube mientras caminaban de vuelta hacia la fila de coches.

—Ese hombre es un maldito lunático —le susurró Chett a Erick. Éste se limitó a asentir con la cabeza para mostrar su acuerdo.

—¡Pero no es muy tarde para nosotros, no. Aún podemos presentar resistencia, luchar contra las fuerzas diabólicas del mal! ¡Pero para luchar necesitamos armas! —seguía gritando el hombre —¡¿Y saben quién tiene las armas?! —dejó la pregunta retórica flotando en el aire, mientras los menos achispados de entre sus recién adquiridos seguidores trataban de entender.

—¡Ellos! —gritó alguien.

—¡Los soldados! —exclamó otra persona.

—¡Así es, los soldados que debían protegernos, se han vuelto contra nosotros, pueden dispararnos si se les da la gana, así que yo digo que vayamos allá y les quitemos las armas con las que se suponía debían proteger al indefenso! ¡Si ellos no piensan protegernos, entonces nosotros debemos responsabilizarnos por nuestra seguridad y la de nuestras familias! ¡Así que yo les pregunto amigos míos: ¿Debemos esperar aquí mansamente y ser amenazados o debemos revelarnos, ir allí y arrebatarles las armas con las que pretenden intimidarnos¡

Los gritos de apoyo no se hicieron esperar, la gente gritaba cosas como “vamos por ellas”, “muerte a los traidores”, “armas para el pueblo” y Erick incluso escuchó un grito totalmente fuera de época:

"quemen a los soldados".

El hombre volvió a elevar los brazos, pidiendo silencio. Entonces Erick aprovechó para hablar (gritar).

—¡Si van ahí, es más que seguro que les dispararán. Justoi ahora el lugar más seguro para estar es justo aquí, o dejar los coches y retroceder!

Un murmullo se elevó entre la multitud, ahora un poco más indecisa que segundos atrás. Pero aun así el hombre casi obeso del sedán rojo no desistió. Espero. Y cuando el murmullo descendió, volvió a hablar.

—¡Ellos son sólo tres docenas, a lo mucho! —gritó el hombre, con el rostro ahora enrojecido por la pasión destilada en cada una de sus palabras —¡Nosotros somos cientos, somos un ejército! ¡Así que yo digo que vayamos allí y les quitemos las armas! ¡¿Qué dicen ustedes?! —rugió con la voz a punto de reventarle las cuerdas vocales.

Los gritos desaforados llenos de pasión y odio por el sistema llenaron la calle. Entonces alguien dio el pistoletazo de salida, echó a correr y con este simple acto, una marea entera de gente pareció liberarse y empezaron a correr como posesos hacia la barricada militar. El hombre, como era de esperarse, se quedó encima de su auto, a una distancia prudente de la acción, mientras las personas a quienes había encolerizado corrían como cerdos enfurecidos directo al matadero.

—Maldito cobarde —dijo Chett, quién también se había percatado de la falta de valor del hombre —Larguémonos de aquí, esto se va a volver un baño de sangre —sentenció.

Echaron a correr en dirección contraria a la barricada, no llevaban ni diez metros cuando Erick escuchó el primer balazo. El primero de los miles que lo seguirían. Volteó la cabeza a tiempo de ver una imagen que le heló la sangre e hizo que un vacío descendiera hacia su estómago. Los militares tenían su atención dividida entre la gente que había corrido hacia ellos desde este lado de la barricada y también hacia el otro lado, donde se notaba que yacía el verdadero peligro. Decenas, no, cientos de personas corrían hacia los militares desde el otro extremo. Pero había algo mal con esa marea de personas, no lucían sólo enojados, sino que parecían poseídos por algún tipo de rabia asesina, tenían rostros desencajados por la ira, se parecían a la versión maquillada de las personas en una peli de terror cuando son poseídas por un demonio.

Chett también lo había visto, se dirigieron una rápida mirada el uno al otro y en silencio acordaron mutuamente seguir corriendo, corriendo como si nada más importara, como si su vida dependiera de

ello, y aunque no podían saberlo aún, así era.

7

Mindy sólo reaccionó cuando la piel de su muslo pasó de un simple enrojecimiento a adoptar un color de verdadera quemazón. Anna y ella llevaban casi media hora sentadas en los asientos del piloto y copiloto respectivamente, mientras esperaban a que sus novios regresaran. Anna como siempre, se mostraba alerta, con los ojos desplazándose por la carretera, entre los coches, en busca de alguien sospechoso y con la mano lista para deslizarse velozmente hacia la nueve milímetros en caso de ser necesario.

Mindy por su parte hacía lo mismo que hacía siempre cunado no tenía ni idea de qué decir o hacer: divagaba. Dejaba que sus pensamientos simplemente volaran, llevándola a ella junto con ellos, lejos de ahí. Desafortunadamente su cuerpo se quedaba, y en ese estado de casi desconexión en que se hallaba, a veces perdía noción de su cuerpo. Como ahora, que un violento rayo de sol atravesaba el parabrisas y se iba a estampar como pegatina malvada sobre la piel pálida de su muslo que ahora comenzaba a adoptar un tono demasiado rojo, casi de un negro enfermizo. Pensaba en Erick, en un futuro juntos. Aunque Eick daba clases de literatura, y también la estudiaba, lo que realmente le apasionaba era escribir. A Mindy no se le daba tanto eso. Mientras que Erick estudiaba una carrera como vocación, Mindy simplemente lo había hecho porque le parecía la evolución natural de las cosas. Durante toda su vida siempre había sido una estudiante aplicada, con buenas notas. Así que al terminar la prepa, le pareció un paso lógico aceptar la beca de la escuela de arte más prestigiada de California y seguir estudiando. No sabía qué haría después, pero suponía que ya lo averiguaría cuando llegara el momento. O quizá para ese entonces Erick ya sería un escritor famoso y ambos vivirían en una lujosa casa o cuando menos en un moderno departamento, y las preocupaciones de ahora, le parecerían remotas y minúsculas.

—Mindy, ¡Mindy!

La voz, el grito exaltado de su amiga la hizo volver a la realidad, al presente, y con ello, el dolor se hizo latente también.

—¿Qué pasa? —preguntó, aún desorientada.

—Tu pierna Mindy, por dios, se te está quemando.

—Ah sí eso, lo siento.

Por alguna razón que ni ella misma entendía solía disculparse

cuando las personas le hacían el más leve reproche o incluso si le hacían alguna tan sólo alguna observación. Anna lo sabía y se limitó a entornar los ojos.

—¿Cuánto crees que les falte a los chicos para regresar? —preguntó rápidamente, para desviar el tema de su pierna casi chamuscada. Y porque de hecho ya extrañaba a su pudín.

—No lo sé, pero a juzgar por esa fila de coches, es un laaargo camino —respondió Anna.

Fría y calculadora como siempre. A veces a Mindy simplemente la exasperaba. Pero eran mejores amigas, así que la soportaba. Y así estuvieron durante la hora siguiente, Mindy en silencio, pérdida en sus ensoñaciones, Anna con la mirada atenta, y moviéndola rápidamente entre las personas que las rodeaban, y la mano siempre pegada a la pernera del pantalón, preparada para desenfundar el arma a la menor provocación. Pero ahí no había provocaciones, Mindy sólo veía niños corriendo, madres acaloradas asegurándose que estos no salieran de su vista y algunos padres de familia platicando entre sí, probablemente desarrollando teorías de qué había causado el embotellamiento. Esporádicamente, Anna iniciaba un connato de plática, pero Mindy no se sentía con ánimos, quería salir de allí ya, quería que Erick regresara, quería abandonar ya esa camioneta, quería estar en lacomodidad y seguridad de alguna habitación de hotel, aunque fuera uno barato.

Lentamente y sin distinguirlo, algo comenzó a cambiar en su interior. Una fría certeza comenzó a cubrir su pecho, como un oscuro presentimiento. Salió del coche.

—¿A dónde vas? —le gritó Anna, al tiempo que salía a su vez del auto.

—Yo… yo no lo sé. —titubeó ella, —pero hay algo mal. Algo no está bien.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, se trata de los chicos.

—¿Qué hay con ellos? —preguntó Anna, genuinamente intrigada.

—Tengo un mal presentimiento. Pero no se siente normal, es más bien como estar segura de algo, pero sin saberlo a ciencia cierta ¿tiene algún sentido?

—Honestamente amiga… no tiene ninguno —contestó Anna.

De pronto ambas empezaron a reír, pero era una risa tímida, pasajera. Al final, fue Anna quien volvió a hablar.

—Lo que pasa es que estás preocupada por Erick, eso es todo —la

tranquilizó —.A mi me pasa lo mismo, me preocupo por Chett, no es más que tu intuición femenina jugándote una mala pasada.

—Sí, yo, yo eh… yo creo que tienes razón, debe de ser eso.

—Así es amiga, ya verás que en cualquier momento los veremos aparecer y nos dirán que todo se debe a un accidente o algo por el estilo, y entonces nos reiremos de este momento.

—Sí, tienes razón —sentenció Mindy, dando por cerrado el asunto.

Entonces los vieron aparecer. Y vaya que se percataron de ellos. Los dos venían corriendo como si sus vidas dependieran de ello. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para alcanzar a estudiar rostros, sus expresiones no ayudaron en lo más mínimo a reducir la angustia que el mal presentimiento había generado en el pecho de Mindy. Ambos tenían los rostros desencajados por la fatiga de haber corrido, pero había algo más en sus expresiones, algo inquietante.

—¿Qué mierda pasó? —preguntó una desconcertada Anna.

—Allá atrás, oh por dios —dijo Erick entre resuellos.

Chett prefirió tomar aire y recuperarse antes de hablar, y cuando lo hizo fue en un tono firme y que no permitía lugar para el debate.

—Tenemos que largarnos de aquí lo más pronto posible.

—Pero nuestras cosas —discutió Anna —.No podemos irnos y dejar todo aquí, en medio de la carretera.

Chett le dirigió una helada mirada. Pero quién le contestó fue Erick, que ya estaba recobrándose.

—Anna, no discutas, Chett tiene razón. Tenemos que largarnos de aquí. La gente allá atrás, oh por dios, se están atacando unos a otros, como si tuvieran rabia o algo así…

—No entiendo, ¿a qué te refieres? —lo cortó Anna.

—No hay tiempo de explicar —dijo Chett. —Sólo escucha y haznos caso.

Mindy no entendía absolutamente nada de lo que estaba pasando, pero si por primera vez Chett y su novio estaban de acuerdo en algo, entonces decidió que esa era razón suficiente para creerles y hacer lo que ellos decían.

—Okay, vámonos —dijo.

Los tres voltearon a verla. Mindy se limitó a permanecer con la mirada fija en algún punto en la distancia.

—¿Qué? —les preguntó. Ninguno de ellos respondió.

—Tomen lo más importante del coche, provisiones y así y larguémonos —dijo finalmente Chett.

Los demás le hicieron caso y después de vaciar el coche de provisiones, empeazron a caminar a paso acelerado por la carretera, regresando por donde habían llegado, y alejándose con cada paso de aquello —fuera lo que fuera—, que Chett y Erick habían presenciado.

Y entonces las cosas se fueron al carajo.

El comandante Javier Rodríguez, líder indiscutible en aquella barricada improvisada erigida en la salida norte de la ciudad, dio la orden sin rechistar, con la sangre fría propia de un militar de su rango obtenida tras muchos años de experiencia.

—Disparen, dispárenles a todos los que se acercan, no me importa si son vivos o muertos.

Si hace apenas unas seis horas antes alguien hubiera pronunciado una frase como aquella, Javier Rodríguez habría pensado que esa persona estaba loca. Pero las cosas habían cambiado mucho en las últimas horas. El mundo tal y como lo conocía, parecía haberse ido al carajo. Cuando en el informe le dijeron a qué se enfrentarían, no lo creyó, pensó que estaba siendo víctima de alguna broma. Pero después de llegar a ciudad de México y encontrarse con calles donde la gente corría enloquecida, persiguiéndose unos a otros, la duda comenzó a disiparse. Y terminó por desaparecer después de dispararle a la primer persona (una despampanante rubia de vestido azul con el hueso de la pierna izquierda asomando por encima de la rodilla) que osó correr hacia la posición del comandante y su escuadrón, y ver como la bala en el pecho sólo la hacía tambalearse un poco, pero ella seguía corriendo como si nada.

Pero ahora su mente regresó bruscamente al presente, a la barricada que tenían que defender. Por un lado tenían a la chusma enardecida que se había echado a correr hacia ellos proveniente de la carretera a las afueras de la ciudad, por el otro estaban los malditos muertos que se abalanzaban hacia ellos de manera incansable, sin asomo de dolor en sus cuerpos y con un único objetivo: alcanzar a cualquier persona viva y poder arrancar y masticar cuantos pedazos de carne pudieran.

Pero el comandante Javier Rodriguez no estaba dispuesto a morir. No ese día. Así que ideó un plan al vuelo.

Mientras tanto, Vázquez, el chico con acné y otro muchacho novato de pelo negro y fleco largo al estilo de John Connor en Terminator 2 (el cual lucía demasiado entusiasta para la misión que estaba llevando a cabo, anotó mentalmente Javier) disparaban a los civiles que corrían hacia ellos desde la carretera, un tercer y cuarto soldados se les unieron y las balas empezaron a volar como lluvia asesina. El comandante vio con ojos impotentes como un hombre que llevaba a su hija en brazos, de unos nueve años, era abatido por una

bala que había atravesado el torso de su hija. Un muchacho de unos quince años recibía el embate de una bala atravesando sus gafas, que lo hacían parecerse a Harry Potter, directo en el ojo. Un hombre de cabello gris tropezó, cayó y jamás se volvió a levantar: la gente que venía en estampida detrás de él le pasó por encima sin reparo alguno.

—¡No maten a más vivos! —ordenó al percatarse que la gente de la carretera seguía corriendo sin importar a cuántos de ellos fueran abatiendo con las ráfagas de sus metralletas.—¡déjenlos pasar y céntrense en los muertos, ellos son el verdadero peligro!

Sus subordinados, todos ellos, le hicieron caso sin rechistar. Voltearon sus armas hacia el peligro, hacia esos malditos caníbales con nada más que ansía y furia en los ojos carentes de vida.

—¿Señor cuál es el plan?

El que había hablado era Martínez, el único de todo el grupo que parecía tener la experiencia suficiente para enfrentarse a esa situación (aunque si era sincero, ni siquiera él mismo sentía estar lidiando con la situación de manera racional).

—No hay tiempo de explicaciones, sólo asegúrate de que los civiles entren y trata de no ser alcanzado por ninguno de esos malditos… muertos.

Pero la realidad era que al comandante Javier Rodríguez le asqueaba tanto —así como le asustaba— el plan que había urdido en su mente, que se sentía incapaz de expresarlo en voz alta.

—¡Pero señor, esos bastardos están desobedeciendo una orden directa! —gritó uno de los chicos que estaban junto a Vázquez

La gelidez en la mirada que Javier Rodríguez le prodigó fue tal, que el muchacho cerró inmediatamente la boca y no volvió a decir una palabra.

Si todo salía como esperaba, el grupo de civiles que corría encolerizado hacia ellos actuaría a manera de carnada, y distraerían a los muertos el tiempo justo, el tiempo necesario para que tanto él como los miembros supervivientes de su pelotón pudieran escapar e irse lejos de la ciudad. No era el movimiento más valiente, ni el más heroico, pero la era de los héroes había terminado, y ahora sólo quedaba una cosa: la supervivencia. Y él pensaba sobrevivir, quería llegar vivo al día siguiente y haría lo que fuera necesario para conseguirlo. El mundo había cambiado, y a como él veía la situación, tenía dos opciones, o cambiar con él y adaptarse o morir en el camino. Y él elegía la primera, sin importar que sus acciones pudieran llegar a ser tachadas de cobardía.

La situación estaba así, pensó rápidamente Rodríguez, por un lado

tenían a una muchedumbre encolerizada de civiles que querían entrar a la ciudad, del otro… Aún no había nada, pero sólo de pensar en lo que llegaría desde la ciudad dentro de pocos minutos, se le erizaba todo el vello del cuerpo al tiempo que un escalofrío cargado de miedo recorría su espina. Si el sólo recuerdo de los muertos provocaba una reacción así en un militar experimentado y curtido en decenas de batallas como él, no quería ni imaginar cómo se habían sentido los ciudadanos de a pie que se habían tenido que enfrentar a los muertos durante esa mañana en la ciudad.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando los ciudadanos golpearon en masa la barricada, gritaron y se empujaron unos a otros, buscando en ser los primeros en pasar. Pero la amenaza de estos ciudadanos enojados quedó eclipsada al instante, cuando desde el otro lado, Rodríguez vio aparecer al primero de los muertos. O mejor dicho, la primera.

Una mujer con traje sastre rosa que venía corriendo con un pie completamente doblado y cuyo tobillo chocaba de manera grotesca contra el pavimento con cada paso que daba quedó atascada en el alambre de púas colocado entre cada grupo de costales de arena. Pero ella seguía forcejeando, intentando avanzar, alargando los brazos hacia el chico que tenía más cerca; un muchacho regordete que probablemente se había enlistado en el ejército tras vivir atosigado por los acosadores en el colegio durante toda su vida. Rodríguez pensó con humor negro que probablemente ahora, la perspectiva de enfrentarse a esos acosadores no le parecería tan mala a ese chico casi gordo.

Entonces Rodríguez elevó el megáfono hacia su boca y su voz, amplificada metálicamente por el aparato se escuchó por encima de los gritos rabiosos de todos cuantos los rodeaban.

—¡No se preocupen por los civiles, retrocedan, repito retrocedan, tenemos que retirarnos de aquí, tenemos que salir de la ciudad!

Sus subordinados voltearon a verlo con incredulidad. Todos sabían que tenían órdenes tajantes y explícitas de defender esa barricada a toda costa, así que la orden de retroceder no tenía sentido, y mucho menos la de abandonar la barricada y huir.

Javier Rodríguez, hombre curtido en las batallas, jamás había huido de una pelea. Pero eso había sido antes, en un mundo diferente. Un mundo donde peleabas contra otros hombres, hombres que caían cuando les disparabas, hombres armados, sí, pero de carne y hueso. Un mundo donde las personas no se levantaban de entre los muertos y comenzaban a perseguirte con esa maldita mirada carente de brillo en la cual sólo se veía reflejada un hambre primaria.

Así que por primera vez en su vida, al comandante Javier Rodríguez no le avergonzaba tener que huir. Porque sabía sin lugar a dudas que de otra forma, él junto con todos los muchachos a su cargo, morirían irremediablemente.

—Pero señor, los civiles —le dijo Martínez cuando todos ellos comenzaron a correr al lado de la barricada opuesto a donde estaban entrando en tropel los muertos vivientes.

—Nosotros les advertimos. No quisieron escuchar. Ahora sólo podemos esperar que nos sigan.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó el chico.

—Entonces que dios los ampare.

Los muertos llegaron en decenas, después en centenas. Todos con mandíbulas desencajadas en rictus de odio y hambre agónica, ropas empapadas en sangre y hechas jirones, y sobre todo el rasgo más característico de los muertos, los ojos, esos ojos que parecían como de pescado muerto expuesto en exhibición en un supermercado.

Llegado un momento, dejó de importar que los primeros quedaran atrapados en el alambre de púas, ya que los que venían detrás comenzaron a pasar por encima de ellos, arrojándose hacia dentro de la barricada, donde quedaron atrapados momentáneamente con los civiles desorientados que se sentían a salvo dentro de la barricada, pero no entendían porqué los soldados comenzaba a huir justo por donde ellos mismos acababan de llegar. Pero los muertos fueron implacables y no les dieron tiempo a pensar.

Un hombre de traje, junto con un muchacho de playera negra con el logotipo de Nirvana en el pecho fueron los primeros en lanzarse contra los civiles. Cuando la sangre empezó a correr, el caos invadió esa barricada y los alaridos descontrolados de miedo, ira y confusión, fue lo único que se escuchó durante varios minutos.

—¡¿Ey qué hacen?! —les preguntó el hombre gordo encima del sedán. Aquél que había encendido los ánimos de la multitud hace apenas unos minutos.

Al comandante no se le había pasado por alto este hecho. Así que decidió responsabilizar a este hombre, a este cobarde, por la muerte de todas esas personas que estaban siendo devoradas por los muertos en la barricada. Levantó su rifle semiautomático, apuntó a la rodilla del hombre y disparó.

La bala entró por la rodilla, salpicando el capó del coche a su salida y tirando al instante al hombre, quien arrojó un aullido de dolor e ira entremezclados.

—Toda esa gente está muriendo por tu culpa, bastardo —el

hombre lo miraba con ojos de odio, inyectados en sangre —.Así que me parece justo que compartas su destino.

—Te voy a matar, hijo de perra —fue su respuesta.

Pero Rodríguez y los demás siguieron corriendo, instando a la gente que se iban encontrando a que los siguieran , pero sin detenerse jamás a intentar convencerlos.

A sus espaldas los gritos de agonía y dolor los perseguían y atormentarían a Javier Rodríguez en sueñps durante el resto de su vida. Aunque en este nuevo mundo, “el resto de tu vida” no era decir mucho en términos de tiempo.

9

—Por dios, díganos qué es lo que vieron —chilló Anna —¿Qué puede ser tan grave para alterarlos de esa forma?

—No hay tiempo de explicaciones— contestó Chett.

Ya habían cargado todo lo necesario en sus mochilas. Así que empezaron a caminar de vuelta a la carretera. Chett y Erick caminaban a paso acelerado, tanto que parecía que iban trotando (y lo cierto es que ambos tenían ganas de echar a correr, pero ambos sabían que no les convenía quemar tan rápido sus energías).

—¡Explíquenos ahora! —grito Ann. Y se quedó plantada donde estaba.

Erick se sentía al borde de la histeria, el adormecimiento neronal causado por la adrenalina ya había pasado y ahora su sistema nervioso volvía a alterarse.

—¿Quieres saber, en serio quieres saber? —preguntó Erick.

—Sí.

—Bien, pero recuerda que tú lo pediste.

Anna se cruzó de brazos. Pero al ver el semblante de Erick, recapacitó y decidió que podía oir la historia del novio de su mejor amiga mientras caminaban. No quería alterarlo más, el pobre parecía al borde de un ataque nervioso.

—No sé lo que vi a ciencia cierta, más bien no puedo explicarlo —empezó Erick, entre titubeos —.Pero sí que puedo describírtelo.

—Okay, dime.

Mindy se acercó hasta él y lo tomó de la mano. Erick la estrechó suavemente.

—Vale, antes de echar a correr hacia acá, la gente se empezó a aventar hacia los soldados, hacia la barricada. Después decidí subir a un auto, para echar un último vistazo.

—Tienes que creerle, nena —lo interrumpió Chett, lo que te va a contar, los dos lo vimos con nuestros propios ojos.

—Así es —corroboró Erick.

El asfalto se sentía caliente bajo sus pies, y Erick temía que el agua que llevaban en sus mochilas no fuera a ser suficiente. Pero evitó pensar en eso, al menos por ahora. Así que mejo empezó su relato.

—Como decía, la gente corrió hacia los militares, sin importarles que ellos tenían órdenes de disparar a quien intentara cruzar la barricada.

—Vimos como decenas de personas caían ante las balas de los militares —terminó Chett cuando a Erick comenzó a fallarle la voz.

—Dios, eso es terrible —dijo Mindy. Y pegó el cuerpo todavía más al de su novio.

—Pero eso no es lo peor —dijo Erick, un vez recuperada su voz —.Lo peor fue lo que llegó hasta la barricada desde la ciudad.

—¿Qué quieres decir amor?

—Quiero decir que si te digo que corramos, tienes que creerme, y hacerme caso.

—Lo haré —respondió Mindy, mansamente.

—¿Lo prometes? —preguntó Erick.

—Lo prometo.

—No entiendo qué es lo que pasa —los interrumpió Anna —¿puedes terminar de contarnos de una vez, por favor?

—Sí, lo siento —dijo Erick —.Bueno, esto es lo que vi. Nos subimos a la parte trasera de una camioneta pick—up para observar lo que estaba sucediendo, pero nada nos preparó para eso. Un chico que parecía asiático cruzó la barrera desde dentro de la ciudad, lo seguían una mujer y un hombre, no tenía miedo y al parecer tampoco sentía dolor. Se lanzó hacia uno de los militares y le empezó a morder la cara. Los tres tenían las ropas manchadas de sangre.

—¿Y por qué el soldado no lo abatió? —preguntó Anna.

—Oh, esa es la cuestión del asunto, lo verdaderamente terrible —contestó ahora Chett —claro que lo intentó. Lo intentó al menos unas seis veces —dijo con una sonrisa macabra en los labios.

—¿Qué quieres decir con eso? —la voz de Mindy dejaba traslucir su genuina duda.

—El soldado le disparó seis veces o más a ese tipo directo en el pecho, pero el chico parecía no sentir nada. Sólo le importaba arrancarle trozos de carne a la cara del soldado. Después los demás se le unieron —dijo Chett.

La carretera cada vez se iba quedando con menos coches, conforme se alejaban de la entrada a la ciudad. Más adelante, comenzaba una zona boscosa en la que se adentraba la carretera. A Erick le asaltó fugazmente el temor de que tuvieran que dejar la carretera de pronto y adentrarse en el bosque, en la naturaleza, en lo

desconocido. Mierda, pero si ni siquiera había acampado nunca cuando era niño, no quería ni pensar en lo monstruoso que sería pasar la noche ahí, ahora que era un adulto. Pensó en los insectos que habría en el suelo, la oscuridad absoluta, y los mosquitos, eso era lo peor que se le podía ocurrir, la peor tortura. Alguna vez había ido con su papá a una casa en la playa y durante toda la noche, el zumbido de los mosquitos, aunado al escozor de las ronchas causado por los piquetes, no lo había dejado pegar el ojo en toda la noche. No, en definitiva Erick no era un hombre de naturaleza, no se consideraba un hombre de acción, él prefería dormir plácidamente en su cama, sin que la maldita naturaleza lo molestara. Pero decidió olvidar (aunque sólo fuera momentáneamente) el tema y continuar con la narración. Si a Chett se le ocurría internarse en el bosque, sabe que todos ellos terminarían por seguirlo.

—Y no sólo fueron tres personas, detrás de ellos llegó una verdadera horda. Los primeros quedaron atrapados en las zanjas entre los costales, pero después, los demás empezaron a pasar por encima de ellos. Y lo peor es que nadie parecía sentir dolor, lo único que querían era llegar hasta los soldados —relató Erick, al tiempo que un escalofrío recorría su espina.

Anna seguía siendo escéptica, la expresión en sus facciones lo denotaba.

—Intentan decirnos que acaso las personas de una ciudad entera terminaron convertidas en… —Anna dejó la frase volando en el aire, incapaz de articular esa palabra. Le parecía demencial tan sólo pensarla, ya no se diga pronunciarla.

—Zombies —espetó calmadamente Chett —.Sí Anna, eso es exactamente lo que estamos tratando de explicarles.

—¿De qué hablan? —lloriqueó Mindy —¿acaso esta es una especie de cruel broma pudín? —dijo al momento en que volteaba a ver con ojos de bebé a su novio.

—No amor. No es una broma. No sabemos si sean zombies o no, quizá sólo tienen algún tipo de enfermedad extraña…

—Sí, una enfermedad que los hace inmunes al dolor, violentos y con ganas de comerse a otros seres humanos —lo interrumpió Chett, con la voz cargada de sarcasmo.

—Sea lo que sean —siguió Erick, pasando por alto el comentario de Chett —,más nos vale alejarnos lo más posible de ellos.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Chett.

Y se acercó hasta una camioneta que parecía abandonada, pero en la parte trasera de la cual había varias herramientas. Chett tomó para

sí un hacha de bombero. Después de sopesarla rápidamente decidió que era apta. Tomó otra y se la tendió a Eick.

—Será mejor que ustedes también tomen algún arma, chicas.

Pero no les dio tiempo. Un grito desolador atravesó la carretera, llevada por el viento hasta sus oídos. Todos voltearon hacia el lugar de donde había procedido el grito. En la lejanía, entre las hileras de coches varados (unos cuantos ya abandonados) el pandemonio se había desatado. La gente comenzaba a correr como loca hacia donde estaban Erick y sus amigos. Y detrás de ellos, los muertos.

Llevaban media hora corriendo a través del bosque. El sol, el poco que se alcanzaba a colar a través del espeso y alto ramaje, comenzaba a decaer. Erick sentía miedo. Desde que era niño, esta era la primera vez que no quería que se hiciera de noche. La perspectiva de encontrarse con una de esas cosas en medio del bosque y rodeado por la incesante oscuridad lo aterraba de una manera primaria e irracional, similar a lo que debían sentir los primeros humanos cuando se refugiaban de la noche, y de los depredadores, hacinados en cuevas.

Su grupo había crecido. Cuando empezaron a correr por la carretera, más gente los empezó a seguir, consciente o inconscientemente, se percataban de la capacidad de liderazgo de Chett, quien encabezaba el éxodo. Un éxodo para escapar de los muertos vivientes. Los gritos, eso era lo peor, la anticipación, escuchar el destino que te aguardaba si no corrías. Ante los gritos no había racionalidad, no podías actuar de manera civilizada, tu cerebro te obligaba a correr y tus piernas obedecían. Aproximadamente unas veinte personas corrían tras ellos. Todos siguiendo a Chett. El único que parecí haber nacido para esto, como si toda su vida se hubiera estado preparando para el momento en que tuviera que enfrentarse a una situación así. Parecía pez en el agua. Y eso a Erick le daba miedo.

Miedo porque sabía que el novio de Anna no vacilaría en tomar decisiones difíciles, no dudaría en caso de tener que dejar a alguien atrás o peor, en caso de…. Pero no, Erick prefería no pensar en ello. Al menos no ahora, no mientras no fuese necesario. Por el momento debía enfocarse sólo en una cosa, sobrevivir. Porque justo eso es lo que hacían en ese momento, corrían a través de maleza húmeda y troncos que dificultaban el recorrido, corrían para salvar la vida. Tanto él como Chett habían tenido un vistazo de lo que esas personas (esas cosas) hacían. Sólo había sido un vistazo, pero fue más de lo necesario, más de lo que alguien cuerdo querría ver.

Así que corrían por el bosque impulsados por el miedo. El miedo y la adrenalina ayudaban a no sentir cada rama que los golpeaba en la cara, o las piedras incrustándose en la planta del zapato, o el

cansancio en los pulmones. Llegaron a la orilla de un pequeño riachuelo y se detuvieron. En esa parte, no había árboles y la luz del sol de la tarde a punto de morir volvía a brillar. Todos, incluyendo Erick, estaban extenuados.

Un hombre de mediana edad, que iba de traje y acompañado por su hijo de unos ocho años, se acercó hasta ellos. Recuperó el aliento antes de dirigirse a Chett y Erick.

—¿Ahora qué? —preguntó el hombre.

Chett lo miró pensativo, sopesando una respuesta. En su lugar, Erick le habría contestado algo como; "ni puta idea" o "por qué no haces tú el plan". Pero Chett se tomaba su papel de líder muy en serio.

Antes de que Chett contestará, una fría y densa gota de agua se estampó en la cabeza de Erick. La siguió otra y luego otra y después cientos de miles. Había comenzado a chispear. Como si la situación no fuera ya lo suficientemente fea, pensó con amargura.

—Ahora cruzamos el río —respondió Chett con el cabello húmedo por el sudor, y ahora también por las gotas de agua, pegado a la frente.

—Está bien —contestó el hombre.

—¿No es algo peligroso? —preguntó Anna —Una vez escuché que incluso una corriente de treinta centímetros de alto, si corre con la suficiente velocidad, es capaz de arrastrar a un hombre adulto en su corriente, de derribarlo.

Todos voltearon hacía el riachuelo, el cuál no lucía tan pequeño e inofensivo como hace unos instantes, antes de la súbita revelación de la novia de Chett.

—Crucémoslo por allá —sugirió Chett, apuntando con la mano hacia una sección más arriba del río donde había unas cuantas piedras sobre las cuales podrían caminar.

Echaron a andar en esa dirección. La demás personas, quienes al parecer creían haber llegado a un lugar seguro donde podrían descansar los miraron con expresiones de duda y desconcierto en los rostros. Una mujer se acercó hasta ellos, trotando. Tenía la clásica expresión de una mujer histérica, con un tic en el hombro que lo hacía saltar inconsciente e impulsivamente cada pocos segundos.

—¿A dónde van? —les preguntó.

—¡No es seguro aquí! —gritó Chett, para que quien quisiera escuchar lo hiciera —¡Nosotros nos vamos a alejar cuanto más podamos de esas cosas!

—¿Qué cosas, de qué hablan?

Chett dio media vuelta, Erick y las chicas lo siguieron, así como el hombre y su hijo. Un par de adolescentes que se habían sentado y comenzaban a relajarse, se pusieron velozmente de pie y se unieron al pequeño grupo. Pero la mujer aún no estaba conforme. Corrió hasta Erick, lo tomó por el hombro y con una fuerza inusitadamente extrema para una mujer pequeña como ella, lo obligó a darse la vuelta. Este contacto físico tan brusco, le puso los nervios de punta.

—Escuche señora —le espetó Erick, sacudiendo la mano de la mujer de su hombro con un golpe nada caballeroso —, me da lo mismo lo que usted haga, si nos quiere seguir, bien, si no, es su maldito problema.

Erick sintió cómo todas las miradas se clavaban en él. Pero la única que le importaba era la de Mindy. Volteó a verla, pero ella evadió su mirada, como si se sintiera avergonzada de él. Y no la culpó, ella aún no había visto la masacre que esos malditos monstruos podían ocasionar. La mujer se quedó petrificada donde estaba, sin mover un solo músculo, cual estatua. Erick dio media vuelta. Todos permanecían en silencio.

—Sigamos caminando.

Antes de que pudieran retomar su camino, el silencio se rompió con una violenta brusquedad. De entre los árboles surgió una figura inhumana. Un hombre harapiento (harapos de lo que hace unas horas parecía haber sido un costoso juego de ropa deportiva color verde) salió de entre el bosque como surgido de la nada. Era musculoso y su velocidad era descomunal, nada proporcional a sus musculatura, debía ser lento, moverse torpemente, pero en su lugar corría con un ímpetu bestial, una velocidad terrorífica.

Llegó hasta donde estaba una niña que no rebasaría los catorce años, agarró sus hombros con fuerza, probablemente incluso le dislocó un hombro, y la mordió con ira en la mejilla, arrancándole un trozo de carne y dejando al descubierto el hueso del pómulo. La niña había entrado en un estado de shock tal, que no sólo no se movió, sino que incluso ni siquiera gritó. Sus coletas castañas se llenaron de sangre. Un hombre (probablemente el padre de la niña) se lanzó contra el hombre de verde, en un vano intento por separarlo de su hija. Pero el gorila no soltó a la niña, lo que sí hizo fue morderle ahora el cuello. Las hierbas del suelo y la tierra se llenaron de sangre. El hombre siguió empujando al musculoso, hasta que soltó el cuerpo inerte de la niña y los dos cayeron al río. La corriente los empezó a arrastrar. Pero no tuvieron más que un segundo de alivio. Del mismo punto de donde había surgido el fortachón, empezaron a salir más personas, unos cinco, todos con la misma mirada vacua y mandíbulas desencajadas en rictus de un odio compartido y desmesurado.

—Vámonos —ordenó Chett.

Erick, Anna, el hombre y su hijo y los dos adolescentes (uno iba vestido con chaqueta de cuero y un peinado a juego que hacían honor a la moda de los cincuenta y el otro una playera, jeans y unos converse) lo siguieron. Mindy y la mujer histérica se quedaron pasmadas, como si estuvieran hechas de piedra. Erick retrocedió por ella y la jaló del brazo. Esta empezó a correr, pero sin que sus ojos perdieran esa expresión vacía, la mirada de quién ha visto a la muerte directo a los ojos y su mente no es capaz de asimilarlo.

Llegaron a donde estaban las piedras. Un zombie, un adolescente flacucho y desgarbado se lanzó sobre la mujer histérica y ambos cayeron al suelo. Ya habían llegado a la orilla del río, empezaron a cruzar cuando un zombie más, una mujer de mediana edad, rubia y que debía haber sido despampanante (sus piernas aún lucían como las de una supermodelo debajo de los leggins deportivos) corrió hacia ellos, aullando y con la cara desencajada en un rictus de odio. Del lado derecho de la cara, no tenía piel. Le habían arrancado por completo la mejilla, por lo que todos sus dientes de ese lado quedaban descubiertos, mostrando una perpetua y macabra sonrisa.

La rubia corrió hacia Anna, quien la miraba perpleja, con terror y asco en los ojos. Anna habría sido víctima de esa mujer de no ser porque Chett se interpuso entre ellas. Tomó a la mujer por el cabello. Su cabeza se detuvo abruptamente en el aire, sujeta por la fuerte mano de Chett, pero su cuerpo siguió corriendo y se estrelló contra el de Chett. Pero era menuda, así que él pudo aguantar el impacto sin mayor problema.

—¡Corre, ahora! —le ordenó Chett a su novia, quien no parecía nada cómodo de tener que adoptar el papel de héroe.

Elevó la mano libre en el aire, en la que empuñaba el hacha de bombero y la bajó violentamente en un tajo que le rebanó la garganta a la mujer, creando una nueva sonrisa, pero ahora en su cuello. La cabeza cayó hacia atrás, aún sujeta por el cabello por la mano de Chett. La soltó, y la cabeza de la mujer chocó contra su propia espalda, unida al cuerpo todavía por jirones de carne, tendones y ligamentos, todo bañado en sangre, demasiada sangre. El cuerpo de la mujer siguió corriendo en círculos, como una gallina a la que acaban de decapitar. Pero lo más terrorífico, lo que hizo que Erick se arqueara y tuviera que usar toda su fuerza de voluntad para no vomitar el desayuno de esa mañana, fue ver la cara de la mujer. Ésta seguía gruñendo y lanzando dentelladas al aire, pese a que la cabeza colgaba inerte pegada a la espalda.

—Vámonos —dijo Chett, con la voz temblorosa, a él también le

había causado una impresión bastante ruda esa escena.

Corrieron hacia las piedras y empezaron a cruzar el riachuelo, el cual comenzaba a adquirir mayor corriente con la lluvia. Mindy ya había cruzado al otro lado. Llegaron hasta Anna, quien cruzaba lentamente, demasiado lento. Chett la apresuró, cada vez llegaban más muertos, comenzaban a convertirse en decenas.

La niña de las coletas se puso en pie, su brazo izquierdo colgaba inerte y en un ángulo imposible al lado de su cuerpo. Su rostro fue por un momento una máscara de un vacío absoluto, no reflejaba emoción alguna. Pero eso sólo duró un segundo; un instante después su bonito rostro se descompuso en una mueca de odio sanguinario, de sed por destruir, atacar, matar. Y dirigió su odio hacia el primer objetivo que vio: Erick.

Chett rebasó por un costado a Anna, brincando por piedras que estaban demasiado separadas para ella. Después de eso todo sucedió realmente rápido, a la velocidad de un pestañeo. Anna y él brincaban de piedra en piedra, luchando por no perder el equilibrio. La niña, de una manera milagrosa cruzó también por las piedras, tropezó contra una y su cara se estrelló contra una roca junto al pie de Erick. La nariz se le quebró, pero ella se levantó como si nada, se agarró a rocas, gateó y mordió a Erick en la pantorrilla.

Erick soltó un grito desgarrador. Anna volteó y pateó a la niña en la frente. Sus coletas se agitaron bruscamente. Su boca se deprendió de la pierna de Erick, llevando consigo un trozo ensangrentado de mezclilla. La niña dirigió su mirada cargada de odio hacia Anna. Se puso en pie, brincó y cayó sobre la chica. La espalda de Anna chocó fuertemente contra las rocas. El agua helada se filtró por su ropa. Pero ella sólo sintió una cosa, terror. Al percatarse de que los pequeños dientesitos de la niña se clavaban en su abdomen. El dolor ni siquiera le importó, la adrenalina lo había mandado a un segundo o quizá tercer plano en su mente. Pero había visto morir a esa niña y luego levantarse como si nada. Así que sabía perfectamente lo que una mordida de esas cosas significaba.

Y también lo sabía Chett.

—Tenemos que ayudarlos —rugió desesperada Mindy.

—No.

La respuesta de Chett fue fría, sin escrúpulos. Pero racional.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo que no?

Erick iba ganando terreno, alejándose de esa maldita niña enfurecida que parecía tener la fuerza de un hombre adulto. Escuchaba las voces de su novia y de Chett, pero no entendía nada, el

shock de ser mordido y el maldito dolor había dejado su cabeza llena de un zumbido que amenazaba con hacerla estallar.

Entonces pasó algo que Erick no alcanzó a entender. La expresión de Mindy cambió. Su semblante se convirtió en una máscara de aceptación y resignación. Chett avanzó hacia él, posó un pie sobre una de las rocas. Erick iba a extender la mano para tomar la de Chett quien iba a ayudarlo, tenía que ayudarlo ¿no? Pero Chett fue veloz. Colocó ambas manos en el pecho de Erick (la izquierda fue el puño, y que sostenía el hacha) y lo empujó hacia atrás. Erick no sintió más dolor, sólo confusión; el cielo cambió de posición y de pronto estaba frente a él, y no por encima, que es donde debía estar. Escuchó el crujido de su espalda al chocar contra las rocas, pero el dolor no llegó. Giró la cabeza, su mirada se encontró con la de Anna, quien sollozaba lentamente mientras la niña hurgaba en su abdomen con uñas rapaces y unos dientes que masticaban sin piedad.

Vio a Chett y Mindy alejarse corriendo. No los culpó. Él también sentía un miedo increíble al pensar en esas cosas. En esos zombies. Se quedó viendo al cielo, con la espina completamente rota. Se preguntó sí se convertiría en una de esas cosas, y de ser así, se preguntó si viviría para siempre en ese estado, sin poder mover un solo músculo de su cuerpo. Decidió que la respuesta no le importaba. Fijó su mirada en el azul cielo, el cual comenzaba a oscurecerse con l llegada del atardecer, y se dejó invadir por una inmensa paz, una paz absoluta que sólo quien se encuentra a las puertas de la muerte es capaz de sentir.

En un instante el cielo se oscureció a su alrededor cuando una decena de siluetas se cernieron en torno a él. Sintió el repentino impulso de cerrar los ojos. Pero decidió que no quería morir solo y además en la oscuridad, así que mantuvo la mirada fija en un punto lejano del cielo, en una pequeña y solitaria nube que lo cruzaba como el resto de algún naufragio.

Los zombies se abalanzaron sobre su cuerpo, algunos fueron arrastrados por la corriente, pero los que aguantaron de pie o atorados entre las rocas, empezaron a arrancar trozos enteros de piel, dedos y orejas, de la masa sanguinolenta de carne, músculos y huesos que hasta hace un minuto había sido Erick Todd.

10

Los gritos, los malditos gritos. Nada era peor. Chett podía ver gente morir, ver sangre, observar cómo se atacaban unos a otros, pero lo que estaba a punto de desquiciarlo, lo único amenazando por llevarlo al borde de la locura era eso, los gritos. La agonía contenida en unos (los de los humanos) y la rabia, furia y hambre que poseían otros (los de los muertos). Nadie sabía qué había pasado en la ciudad, pero Chett sabía, lo que esas personas eran, aunque racionaleente no pudieran ser, él lo sabía. Aunque su mente le dijera a gritos que esas cosas sólo vivían en películas de bajo presupuesto y libros baratos, él lo sabía: eran zombies. Y de la especie más terrorífica para rematar. Él mismo había visto cómo ese fortachón mataba sin escrúpulos a la niña. E instantes después, había visto a esta misma levantarse como si nada y atacar a sus amigos…

Él y Mindy corrían por el bosque, jadeando, sudando, tropezando. Habían perdido de vista a los pocos muertos que habían podido cruzar el río y que llevaban casi veinte minutos persiguiéndolos incansablemente. La chica se detuvo repentinamente, desapareció del espectro visual de Chett, quien a su vez se detuvo. Recargó el brazo en la rama de un delgado árbol y cuando miró a Mindy, vio que no se había detenido, sino que había caído de bruces contra el suelo.

La chica levantó el tronco con los brazos, como haciendo una lagartija pero al intentar ponerse de pie, un grito abandonó su garganta.

—¡Cállate! —le espetó Chett en un susurro. Un grito como ese podía poner en aviso a los muertos.

Ella empezó a gimotear suavemente. Chett sintió una punzada de arrepentimiento por haberla regañado. Pero no se permitió ceder ante ese sentimiento, la supervivencia de ambos estaba primero. De todas formas cuando volvió a hablar, suavizó la voz.

—¿Te pasó algo?

—No, no sé.

La chica se dio la vuelta y entonces el color abandonó su rostro. El rostro de Chett también se volvió lívido. El pie de la chica, a la altura del tobillo, se había empapado de sangre. Por encima del pequeño calcetín, sobresalía un pedazo de hueso (Chett pensó que se vería blanco, pero al combinarse con la sangre, lucía de un repugnante amarillo similar al color de l pus).

—¿Qué voy a hacer Chett?

El cielo encima de ellos era ya casi de una oscuridad total y la lluvia que había amainado, comenzó a caer nuevamente a través por entre el follaje de los altos árboles, en enormes gotas.

—Te vamos a hacer un torniquete —dijo Chett, intentando mantener la calma, o cuando menos intentando hacer que su voz así sonara —,para que puedas caminar hasta que lleguemos a un lugar seguro.

—Estamos en medio del bosque Chett.

—Lo sé Mindy, lo sé.

Se quitó el cinturón y se apresuró a atarlo fuertemente por encima de la herida, para cortar la circulación.

—Venga ponte de pie —le dijo un vez hubo terminado.

La chica se recargó de su hombro para poder ponerse de pie. Chett sabía que con la pierna así no llegaría a ningún lado. Pero no dijo nada, aún quedaba un rastro de humanidad en él. Pensó en lo que le había hecho a Erick, y en cómo había abandonado a su novia. Sintió asco de sí mismo, y sabía que jamás volvería a dormir tranquilo en lo que le restaba de vida. Aunque siendo sinceros, probablemente ni siquiera sobrevivas a este día, pensó con ironía. Pasó el brazo de la chica por atrás de su propia cabeza.

—Vamos —la instó a caminar.

Pero en cuanto la chica intentó dar el primer paso, el hueso al descubierto le hizo notar la cruel verdad; Mindy Morett no iría a ningún lado. Un grito estuvo a punto de aflorar a su garganta, pero se contuvo en el último segundo, en cambio su rostro se enrojeció y se tornó en una mueca de dolor.

—Tienes que irte Chett.

La chica se soltó de él, y con mucho cuidado se sentó sobre la fría y húmeda tierra, aceptando con resignación su destino.

—Yo, yo no puedo abandonarte —respondió él, con los rostros de Anna y Erick muy presentes en su mente, como fantasmas atormentándolo.

—¿Y qué pretendes hacer eh? ¿Cargarme mientras esas cosas nos persiguen?

—Yo, debe haber algo, déjame pensar, siempre hay una opción.

—No la hay —sentenció ella.

Chett siempre la había visto como una niña, una eterna adolescente, pero ahora, había hablado con toda la sabiduría de una

mujer adulta, incluso su expresión se había transformado. Chett admiró el coraje y valentía con que estaba afrontando la situación, aceptando su destino en vez de ponerse a llorar y gritar.

—Pero yo, debe haber algo —intentó Chett.

—Chett, en serio, vete, yo estaré bien.

Chett simplemente no tenía ideas, su mente estaba seca. Pero el tiempo para pensar se acabó abruptamente, el tiempo para hablar o discutir llegó a su fin. En lo alto de una loma por la cual ellos mismos habían bajado apenas unos minutos atrás, apareció una figura humana. Y después otra, y luego otra, y después media docena más. El pánico inundó a Chett. Aferró con fuerza el hacha contra su pecho.

—Voy a buscar ayuda —dijo por fin en voz muy pero que muy baja —.Te prometo que regresaré —le prometió a Mindy.

—Tú ve ¡ya! —le ordenó la chica recién convertida en mujer.

—Te prometo volver —le prometió.

Pero ambos sabían que aunque honesta, esa era una promesa muy difícil de cumplir. Si supieran de la horda que avanzaba hacia ellos atrás de la loma, sabrían que de hecho era una promesa imposible de cumplir.

—Guarda silencio y no llames su atención —dijo Chett.

Se acercó al rostro de Mindy y le plantó un cariñoso beso en los labios. Ella se lo devolvió, pero separó rápido la cara, sabía que de otra forma, no le quedaría tiempo a Chett de huir.

—Adiós —le dijo ella.

El muchacho echó a correr.

Mindy lo vio alejarse con un nudo atorado en su garganta. Esas cosas se acercaban peligrosamente. Vio con ternura cómo Chett gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, atrayendo a esas personas locas hacía sí, para que no se fijaran en ella. Pero la gente seguía llegando, parecían una furiosa manada, y Chett cada vez se alejaba más, de modo que los que iban llegando ahora, ya casi no escuchaban a Chett. Y todos sin excepción, parecían lunáticos en busca de algo, alguna droga mágica o algo por el estilo. Giraban la cabeza de un lado a otro, como buscando cualquier cosa que se moviera, lo que fuera que captase su atención para poder perseguirlo.

Entonces lo vio. Mindy vio al zombie que la mataría. Era el chico más guapo que hubiera visto en su vida (quitando la ropa manchada de sangre y la herida horrible y abierta en el cuello). Rubio, unos ojos verdes que parecían del color del mar al atardecer y un torso tonificado debajo de la ajustada playera estilo polo de color turquesa.

Pero a pesar de lo guapo que era, Mindy sólo pudo pensar en su verdadero amor, en Erick. Pensó en su cabello negro y en lo nerd que se veía cuando daba una explicación totalmente elaborada cuando ella le hacía un simple pregunta, en la mirada tonta y avergonzada que él ponía cuando ella lo atrapaba viéndole el trasero a otra chica y se lo reprochaba sólo para burlarse de él cuando se ponía rojo como tomate. Mindy sabía que sus ojos podían ver los senos o el trasero de otra chica, como todos los hombres (eran estúpidos por naturaleza, no podían evitarlo), pero también sabía que la única chica en los pensamientos de Erick, desde que despertaba hasta antes de dormir, era ella. Y por eso lo amaba. O lo había amado.

Seguía pensando en Erick en tiempo presente, como si fuera a salir de entre esos árboles y detener al apuesto chico rubio que se acercaba corriendo hacia ella (el cual ya no era tan guapo). Pero eso no sucedió. Erick estaba muerto y ella lo sabía, lo había visto morir. Lo había abandonado cuando él más la necesitaba, y se odió a sí misma por ello. Una solitaria lágrima cruzó su mejilla. Se aferró a la tierra húmeda, ya casi convertida en lodo y cerró los ojos, los apretó con fuerza mientras pensaba en Erick, imaginó que lo besaba, que él le acariciaba la espalda, los senos, los muslos. Tenía que pensar en él, no quería sufrir en sus últimos instantes viva. Quería creer que existía algo después de la muerte, un lugar donde se reuniría con su amado, donde podría pedirle perdón. Se aferró con fuerza al recuerdo de ese chico inmensamente tierno, estúpido, romántico y torpe que había sido su novio y con quien —ahora estaba segura — se casaría si el mundo no se hubiera vuelto loco de pronto.

El tipo se abalanzó sobre ella con vehemencia, como lo haría un amante, pero en su expresión y movimientos no había nada pasional. Le mordió la nariz, arrancándosela de una sola dentellada; la sangre los salpicó a ambos, Mindy dejó de ser la chica bonita que siempre había sido. Ni siquiera alcanzó a gritar, el dolor fue tal que su cuerpo entró en estado de shock al instante.

El tipo volvió a morder, pero ahora en la garganta, la tibieza de la sangre parecía enloquecerlo todavía más. La vida abandonó el cuerpo de Mindy. El terminó de masticar el trozo de carne que tenía en la boca, se puso de pie, lanzó unas miradas alucinadas hacia todas partes, en busca de su siguiente presa, en busca de algo que llamara su atención, para ir a cazarlo. Echó a correr, intentó pasar entre dos árboles a unos treinta metros de donde estaba el cuerpo de Mindy y quedó atrapado entre ellos, lanzando dentelladas furiosas y gruñendo con ira por toda la eternidad.

Los dedos de la mano de Mindy se empezaron a mover, primero con un movimiento casi imperceptible, el cual fue incrementando,

subiendo de intensidad hasta volverse un frenético temblor incontrolable. Después vinieron los espasmos. Movimientos irreales, antinaturales de las extremidades. Los brazos y piernas de la chica se empezaron a retorcer como lo harían los del protagonista de alguna película de exorcismos tras ser poseído por una entidad demoníaca. Después se puso en pie, de una manera natural, como si se estuviera despertando un día cualquiera para ir a desayunar.

Abrió los ojos, enseñó los dientes. En esa mirada ya no había rastro alguno de vida, ya no quedaba nada de Mindy Morett. Ahora esa tierna niña de ojos azules se había unido al ejército de muertos vivientes, el cual engrosaba sus filas con cada minuto que pasaba.

La oscuridad era cerrada. Jamás en su vida se había enfrentado con una oscuridad total, jamás le había temido a la noche. Hasta ahora.

Seguía con la espalda pegada a ese antiguo sofá cubierto por una sábana blanca. En algún punto se había quedado dormido, pero aún sentía los ojos hinchados después de haber pasado quién sabe cuantos minutos (¿o habían sido horas?) llorando como niño pequeño.

Cuando había habido más personas a su alrededor, Chett se había convertido en el líder, el único que actuaba con frialdad y determinación, la única persona que había tenido un plan. Pero eso fue antes, en la tarde, en otra vida. En cuanto se quedó solo, toda su determinación se vino abajo. Jamás había experimentado ese tipo de soledad, una soledad absoluta. Tampoco recordaba la última vez que había tenido miedo, pero cuando la oscuridad se cernió en torno a esa antigua mansión abandonada, lo recordó. Recordó lo que era ser un niño de seis años y cuya imaginación le juega tétricas bromas en la madrugada.

Los gritos, la sangre, todo le llegó de golpe a su cerebro, sobrecogiendo sus sentidos, paralizándolo de miedo. Vio amontonados todos los recuerdos de aquellas personas a quienes había visto morir esa tarde, como si fuera un único recuerdo atacando su memoria de golpe, llevándola hacia las cuerdas, arrinconándola sin darle posibilidad alguna de escapatoria. Y simplemente no había podido más. Se había soltado a llorar desconsoladamente.

Pero ahora, lentamente volvía a ser el mismo. La locura aún amenazaba con atacar, atacando su cordura con los recuerdos de esas personas, los gritos que arrojaban mientras te perseguían incansablemente. Pero la mantuvo a raya, al menos por ahora.

Se puso en pie lentamente, apoyándose del hacha de bombero que le había salvado la vida mientras corría por el bosque. Miró a su alrededor, inspeccionando con la mirada lo poco que podía de esa

oscura mansión (la cual le recordaba a la mansión Spencer del primer Residente Evil. Sonrió con amargura ante la ironía de esa comparación).

Decidió que por ahora no había nada que pudiera hacer, así que retiró la sábana del sofá. El polvo se elevó por los aires, inundando toda la habitación. Cuando se hubo asentado de nuevo, Chett se recostó en ese antiguo e incómodo sofá y se dispuso a dormir, tenía que descansar, estar preparado para lo que fuera que el próximo día le tuviera destinado.

Una vez más, Chett volvía a ser él mismo. ¿Pero por cuánto tiempo? Se preguntó sombríamente.

CAPITULO 4

DR JECKYLL Y MR HYDE

1

El aeropuerto había quedado hecho un completo desastre, totalmente irreconocible. Había sangre por doquier, en las paredes, el suelo, en los anaqueles, en las básculas donde registrabas tu equipaje. Pero eso no era lo peor, no. La sangre sólo era el síntoma; lo realmente horripilante para ver, era la enfermedad, los cadáveres desperdigados a lo largo y ancho de la enorme estancia cuadrada que había sido la zona de comida rápida del enorme aeropuerto.

Aarón Márquez estaba sentado en el frío suelo, con la espalda pegada a una enorme columna rectangular cubierta de mosaicos que llegaba hasta el techo del segundo piso. Tenía las piernas dobladas, casi pegadas al torso, rodeadas por ambos brazos. Llevaba un pantalón marrón a juego con las botas militares que tenía fuertemente atadas a los pies, y finalmente una playera blanca de mangas cortas completaba su atuendo. Su mirada perdida, recorría la enorme estancia donde a un costado brillaban aún los luminosos carteles con los nombres de todos los diferentes restaurantes de comida rápida, pero en el centro, a lo largo de toda la estancia, había una hilera desordenada de varias decenas de cadáveres.

A Aarón no le causaba el menor conflicto o impresión el ver esa cantidad impresionante de cadáveres. No. Siempre y cuando se tratara de zombies (al pensar en esa palabra, volvió a tener esa maldita sensación de irrealidad, de estar atrapado en alguna maldita pesadilla de la que ansiaba despertar). El problema, lo que realmente le generaba un conflicto moral en su cerebro era que absolutamente ninguno de los cuerpos tirados en el suelo había sido un zombie antes de morir.

Ese día se habían llevado a cabo dos atrocidades, dos escenas tan violentas, en las que él mismo se vio obligado a participar, que jamás volvería a dormir tranquilo, jamás volvería a estar en paz consigo mismo. Y ambas atrocidades habían sido orquestadas por su hermano mayor: Isaac Márquez.

El cabello castaño de Aarón le caía en mechones sudorosos por la frente morena. Se lo hizo a un lado. Siguió mirando al grupo de cadáveres, los cuales eran en su totalidad mujeres y soldados. Los cuerpos de los soldados no le importaban, pero lo que realmente le hacía sentir asco, odio y querer golpear a quien fuera, era ver los

cadáveres de algunas mujeres que aún no lo eran, sólo eran adolescentes, casi niñas. Quizá tuvieran ya cuerpo de mujer, pero en sus facciones y gestos, cualquiera podía ver que seguían siendo sólo niñas. Pero eso a los otros no les había importado en lo más mínimo…

El miedo en esas caras, el terror de sus expresiones, era algo con lo que Aarón tendría que vivir por el resto de su vida, no sabía si lo soportaría, esos recuerdos eran del tipo que te inducen al suicidio, o a matar a alguien más. Pero tenía que alejar esos pensamientos de su mente si quería sobrevivir. Si buscaba venganza contra aquellos hombres (liderados por su hermano) lo único que conseguiría sería unirse a todos aquellos cadáveres.

Se puso en pie y caminó hacia su hermano.

Isaac estaba sudoroso y seguía agitado después de… después de las terribles acciones que habían perpetrado.

—Isaac, tenemos que largarnos de aquí —le pidió Aarón.

—¿Por qué? —inquirió este —a mi forma de ver, aquí estamos bastante seguros.

Isaac llevaba un atuendo similar al de su hermano, exceptuando que este llevaba una camisa sin mangas negra. El cabello castaño cortado al rape, brillaba debido al sudor que lo cubría. Desde algunos ángulos, pensó Aarón, su hermano bien podía pasar por algún miembro de una pandilla centroamericana como los maras o alguna por el estilo.

—No entiendes —dijo Aarón.

—¿Qué hay que entender? —Isaac siempre había sido pedante, y algo pendenciero, pero ahora que tenía un arma semiautomática a su disposición, estaba descontrolado. Además de contar con una docena de tipos tan enojados y frustrados como él mismo que lo seguían, adoptándolo instantáneamente y por consenso como su nuevo líder —. Tenemos armas, el aeropuerto a mí me parece bastante seguro y estamos lejos de la ciudad. Yo no me voy a mover de aquí.

Aarón no podía soportar estar ahí metido, junto a todos los cadáveres, pero los demás parecían no tener problema. Habían sido varios cientos de personas esa tarde, pero ahora el total se había reducido a sólo una docena de hombres que vagaban o caminaban entre las filas cadáveres y mujeres aterrorizadas, las cuales parecían al borde de un ataque de nervios o en estado de shock…

—¡Mierda Isaac, ¿que no vez que hicieron demasiado ruido?, dispararon demasiadas balas! ¡Es sólo cuestión de tiempo para que lleguen corriendo más de esas cosas!

—Que lo hagan —contestó su hermano, tremendamente pagado

de sí mismo. Alzó el cañón del fusil de asalto por encima de su cabeza —.Al fin que estoy preparado.

Aarón bajó los hombros, era imposible discutir con su hermano. Y si hubiera sabido de la horda de casi tres mil muertos que se acercaba hacia ellos y que ahora estaba a sólo un kilómetro de distancia, probablemente ni siquiera lo hubiera intentado y se habría limitado simplemente a huir, a correr por su vida.

2

Esa maldita tarde hacía un calor insoportable. Varios niños y niñas corrían y gritaban en la sala del aeropuerto, la cual de por sí ya estaba repleta de un barullo incesante y casi atronador debido al tumulto que se había congregado ahí. Arón y su hermano estaban sentados en dos asientos de una de las largas hileras acomodadas frente a la sala de abordaje. La única razón de que hubieran conseguido lugar, y no estuvieran de pie o sentados en el suelo como la inmensa mayoría, era que llevaban en el aeropuerto desde las cuatro de la madrugada, y ahora eran la once del día. El avión que debían tomar hacia Monterrey, había sido el primero en la larga lista de vuelos cancelados de ese día, una lista que no hacía más que ir creciendo con cada minuto que pasaba. Y la gente se iba apelotonando en el enorme recinto, en espera de una respuesta por parte de las aerolíneas. Y el barullo seguía creciendo.

—Ya me harté —dijo Isaac.

Y se puso repentinamente de pie. Las miradas alrededor voltearon hacia él.

—¿Pero qué podemos hacer?

Isaac siempre era así: impulsivo, agresivo, por lo tanto Aarón trataba de actuar como intermediario, de ser un puente entre su hermano mayor y el resto de la sociedad. Pero no siempre funcionaba; sus tres estancias a lo largo de os años en prisión así lo demostraban. Aarón no es que fuera un niño inocente y bueno, pero al menos sí intentaba comportarse lo suficientemente bien como para mantener su trasero bien lejos de cualquier prisión del país.

—No lo sé, pero esperar sentado sin hacer nada, no es mi estilo —declaró Isaac. Y se alejó por el pasillo, dejando a Aarón encargado de las maletas.

Aarón simplemente entornó los ojos, exhaló aire y trató de no desesperarse. Cruzó las manos sobre el pecho, estiró las piernas, pasó el tobillo derecho por encima del izquierdo, cerró los ojos y se dispuso a esperar tranquilamente a que las bocinas del aeropuerto anunciaran algo o a que su hermano regresara de su pequeña búsqueda. Daba lo mismo cuál de las dos cosas sucediera primero.

No supo cuántos minutos pasaron, sólo que de pronto tenía a su hermano encima, gritándole cosas al oído.

—Espera, espera —le dijo a Isaac con la voz aún adormilada.

—Tienes que venir a ver esto, es alucinante —decía él.

—¿Qué diablos? —preguntó llevándose una mano a los ojos que sentía hinchaos. Al parecer había dormido más tiempo de lo que pensaba —¿De qué estás hablando?

—Tú sólo ven —insistió Isaac.

Se puso en pie trabajosamente y empezó a batallar con las correas de las enormes maletas.

—Deja eso ahí, nadie se las va a robar —y acto seguido, Isaac dirigió una mirada amenazadora a todos los que estaban al lado de sus maletas.

—Como tú digas —repuso Aarón, dándose por vencido para discutir.

Caminaron por el ancho y largo pasillo hasta llegar a un restaurante fino, de esos donde te ponen tres tenedores y como cuatro cuchillos que lucen igual para cada uno de los diferentes platillos. Aarón detestaba esos lugares; nada como una deliciosa pizza entregada a domicilio y lista para ser devorada al instante con las manos.

Isaac entró sin reparos en el lugar, sin importarle que llevaba una camisa sin mangas, mientras que el resto de las personas de ahí adentro parecían ir vestidas como listas para la reunión de negocios más importante de sus vidas o para ir a un partido de golf con el presidente de la compañía. Aarón se sintió algo incómodo cuando se miró las botas militares bajo el pantalón marrón, sucio y desgastado. Aun así, entró y al instante, su incomodidad pasó a un plano muy lejano de su mente, hecha a un lado por la curiosidad. Dentro de ese recinto, que parecía una burbuja apartada del resto del aeropuerto, se respiraba un ambiente cargado de tensión y también de curiosidad. Aarón notó con curiosidad que todos, absolutamente todos los ojos estaban clavados en las pantallas ultra delgadas (casi como de papel) que había alrededor del restaurante.

—Mira —se limitó a decir su hermano.

En las pantallas se encontraba proyectada la imagen de una despampanante rubia, quien se podía deducir era reportera de alguna cadena importante de televisión de paga, debido al micrófono que sostenía en alto y muy pegado a sus sugerentes y anchos labios. Con sólo mirarla, Aarón sintió cómo su entrepierna comenzaba a abultarse bajo el pantalón. Parecía una de esas exuberantes comentaristas de deportes. Pero en su mirada sólo había seriedad. Aarón dejó pasar la lujuria y empezó a prestar atención.

—“…Y es así como el ejército ha bloqueado las entradas” —decía

la rubia. Al fondo de la imagen se veían varios camiones del ejército en una de las carreteras de la Ciudad de México.

Se escuchó la voz de uno de los comentaristas del estudio, preguntándole si sabía cuándo levantarían las barricadas recién levantadas.

—“No tenemos noticias de ello, pero el sitio es implacable, los militares están disparando a todo aquel que…” —por su voz, parecía como si esa hermosa chica acabara de pasar por una situación de estrés extremo, como si estuviera reportando directo desde una zona de guerra y hubiera balas silbando a su lado y por todas partes.

La toma se vio interrumpida súbitamente, la cámara apuntó al suelo y se acercó a este antes de chocar y apagarse, como si alguien hubiera aporreado al camarógrafo desde atrás.

La pantalla dio paso a la gente del estudio, quienes lucían nerviosos y la preocupación —una preocupación genuina, completamente extraña en ese tipo de noticiarios artificiosos—, se podía leer en los rostros de cada uno de ellos. Eran en total tres personas en cámara. Una mujer de unos cuarenta años y castaña, y dos hombres, uno joven, vestido con un traje caro y el otro rondaría los cincuenta y tanto su traje como las canas en su cabello negro dejaban ver que ya no se preocupaba por las apariencias o el qué dirán.

—“¿Podrían volver a pasar las imágenes que Natasha y su camarógrafo alcanzaron a grabar por favor?” —pidió la mujer a alguien invisible para Aarón, algún miembro de la producción.

—Esto te va a alucinar —le dijo Isaac, con una mirada malévola en los ojos.

Aarón aún no entendía nada de lo que estaba sucediendo. Pero decidió aguardar, y volvió a centrar su atención en el noticiario. La toma ahora mostraba un plano de la ciudad donde había gente corriendo por doquier, la cámara se agitaba al igual que en una de esas antiguas películas de terror cuando se había puesto de moda utilizar el efecto de “cámara en mano”, como si el camarógrafo estuviera sumamente nervioso o por alguna extraña razón estuviera grabando mientras corría. En el fondo, una enorme columna de humo brotaba de la ventana de un edificio en llamas, ascendiendo de manera diabólica hacia el cielo, esa imagen recordaba a las que se habían visto el once de septiembre.

—¿Fue un ataque terrorista? —le preguntó a su hermano.

—Un ataque terrorista no está ni cerca de esto —respondió Isaac con una sonrisa de hiena en los labios —.Aguarda y verás.

—Entonces pasó. Desde detrás de una patrulla de policía,

apareció un hombre, se subió al capó de este y desde arriba, pegó un enorme brinco en dirección a la cámara. El hombre cayó encima de una mujer que iba corriendo, huyendo de algún terror invisible. Ambos cayeron al suelo, rodaron con manos y piernas chocando y entrecruzándose.

—“Oh mierda, oh mierda, oh mierda” —repetía incesantemente el camarógrafo.

El hombre elevó la cabeza y un segundo después la hundió en el cuello de la mujer, al volver a alzar el rostro, su boca y la camisa del traje estaban total y completamente llenas de sangre.

—“Tenemos que largarnos de aquí” —en la toma se atravesó la escultural rubia, Natasha. Por la firmeza en su voz, se notaba que era una mujer que no se dejaba intimidar por nada, ni siquiera por una situación así.

El camarógrafo se dio la vuelta, y en ese movimiento se alcanzó a ver otro plano de la ciudad, una calle en el centro de la ciudad, de ocho carriles y rodeada de enormes edificios coloniales, donde cientos de personas atacaban (¿mordían?) a otras tantas, mientras miles más corrían despavoridas en todas direcciones. La cámara se apagó y los televisores quedaron en silencio y a oscuras.

Un instante después, volvieron a aparecer los comentaristas en el estudio.

—“¿Tenemos algún experto que pueda dilucidar algo de lo que está pasando?” —preguntó el hombre joven.

El otro hombre, el del cabello entrecano parecía concentrado en algo que escuchaba atentamente en un auricular, ya que estaba con la cabeza gacha y con la mano derecha se aplastaba la oreja izquierda, cubriendo parte de su rostro de la mirada de la cámara.

—Nos informan que lo que está pasando en la ciudad de México es confidencial —dijo por fin el hombre de mayor.

—¿Qué?, eso no puede ser —protestó la mujer—. Somos un noticiario, tenemos derecho a saber, la gente tiene derecho a saber.

—Pues hasta ahora sólo podemos saber que es una grave situación lo que allí está pasando —dijo el hombre mayor.

—¡¿Grave?! —gritó el joven, con sarcasmo en la voz —Por favor Mario, ¿acaso no viste lo mismo que yo?, la gente parece haberse vuelto loca, están atacándose unos a otros, acabamos de ver como un desquiciado mataba a una mujer arrancándole un trozo de carne con sus propios dientes.

—No está confirmado que la mujer haya muerto —intercedió la

mujer de pelo castaño.

El hombre joven volteó a verla con un rostro de incredulidad exagerada, como si no alcanzara a da crédito a lo que acababa de salir de la boca de esa mujer.

—¡¿Realmente importa eso?! —preguntó (gritó) con una voz que rayaba en la histeria.

—Bueno no, pero…—

Justo cuando la mujer trataba de excusarse, su comentario fue abruptamente interrumpido.

Media docena de militares irrumpieron en la sala. Las cámaras giraron abruptamente hacia ellos, enfocando las partes menos glamourosas del estudio, aquellas que no estaban diseñadas para salir nunca en cámara. Caminaron con paso seguro y presuroso hacia las cámaras.

—¡Dejen de grabar! ¡AHORA MISMO! —ordenó el que iba a la cabeza de la procesión y con toda seguridad el líder de ese comando.

El militar, un hombre adusto, fuerte e intimidante, y de cabello gris, caminó hacia la cámara, levantó su arma y lo último que se vio fue la culata de su arma acercarse rabiosamente hacia la pantalla. Después todas las pantallas quedaron en negro, y un instante después, la única imagen que se veía era la gris estática.

—¿Qué mierda acaba de pasar? —prehuntó Aarón, completamente desconcertado. Debía de tratarse de un broma, o de alguna película en extremo realista.

—Hermano, algo muy pero que muy gordo está pasando en la ciudad.

—Pero eso, eso no puede ser cierto —replicó Aarón, aferrándose a su cordura.

—Lo acabas de ver hermano, acaba de suceder.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé, pero sea lo que sea, esa debe ser la razón por la que cancelaron todos los vuelos. Alguien no quiere que una de esas cosas pueda salir de la ciudad.

—Sí, escuché a la chica decir que habían sitiado la ciudad.

—Hermano, esto se va a poner feo —dijo Isaac.

Aarón volteó a verlo con una mirada de extrañeza. El mundo parecía estar a punto de irse al carajo (claro, pensando en la posibilidad de que lo que habían visto fuera real), pero su hermano parecía divertido, se mostraba sonriente. Como si la posibilidad de un

apocalipsis zombie (que ridícula sonaba esa palabra, pensó, pero fue la primera que se le vino a la mente) le resultara enormemente atractiva. Una parte de Aarón supo por qué, pero ignoró a esa parte, la que le decía que personas como su hermano aprovechaban ese tipo de situaciones para hacer de las suyas y librarse con total impunidad. Como los saqueadores cuando un huracán arrasaba una ciudad, o los soldados que se convertían en violadores en tiempos de guerra.

La gente a su alrededor murmuraba con preocupación. Al ver lo patéticos que se veían todos, ahora que sus trajes caros no les servían, y sus celulares de última generación tenían tan poca recepción como probablemente tendría el suyo, a Aarón dejó de importarle la vestimenta casual y casi burda que tanto él como su hermano portaban. Se acercó hasta una mesa, donde una mujer rubia, de pelo recogido en un alto moño que la hacía lucir aún más altiva , comía con su esposo, y tomó una hogaza de pan de plátano (en tamaño miniatura) de una pequeña cesta de aspecto artesanal y se lo llevó a la boca. La mujer pareció a punto de replicar algo, pero su esposo le lanzó una mirada de advertencia. Ella se detuvo. Conque así funcionaba el nuevo orden mundial, vaya vaya, pensó intrigado Aarón.

Isaac lucía pensativo cuando llegó junto a él.

—¿Qué piensas Isaac?

—Hay que estar preparados —fue su parca respuesta.

Aarón aún no sabía para qué, o en qué forma pretendía su hermano que se prepararan, pero la resolución de Isaac, lo hizo confiar plenamente en el plan que este estuviera maquinando.

3

Natasha Ramírez siempre se había considerado una mujer fuerte. Incluso en su Chechenia natal, en medio de la invasión Rusa y siendo apenas una adolescente, ya se veía a sí misma como una mujer fuerte, aunque apenas comenzaba a convertirse en una, ella ya vislumbraba la persona que llegaría a ser. Había odiado los años que pasó en ese maldito país, siempre con miedo, sin saber si a la vuelta de la esquina sería el lugar donde te matarían, o te violarían…

Quizá el hecho de vivir durante sus primeros años de vida en medio de tanta tensión, tanta guerra, es lo que la había hecho convertirse en periodista. No lo sabía, quizá de todas formas hubiera terminado siéndolo. Lo que siempre supo es que a la primera oportunidad que tuviera se largaría de allí para siempre. Dejaría atrás todo, a su padre ebrio, su madre mojigata que no hacía nada por defenderse, y esos malditos adolescentes con quienes iba a la escuela que parecían a estar a un paso de convertirse en maniáticos sexuales, aunque por la forma en que le veían el pecho y las piernas, probablemente ya lo eran.

Aunque si alguien le hubiera advertido a su versión adolescente de las cosas que vería hoy, en el país al que había emigrado hace ya quince años, (cuando tenía apenas diecisiete) es muy probable que la idea de quedarse en Chechenia y seguir soportando borrachos, pedófilos y futuros ofensores sexuales no le habría parecido tan mala.

La comunicación con el estudio se había cortado. O más bien, el ejército la había cortado abruptamente. Con un balazo en la cámara de Roger para ser más precisos. El chico entusiasta había pegado un grito de chica cuando la cámara voló en pedazos que Natasha estuvo a punto de soltar una carcajada. Pero el tiempo para reír pasó rápidamente, suplido por un grito desgarrador proveniente del otro lado de la avenida.

Después del caos inicial, de la gente corriendo como loca, atacándose unos a otros, mordiéndose, de la sangre salpicando las calles de la ciudad, el ejército había llegado. Algo tarde para detenerlos a ellos dos de transmitir todas las imágenes que pudieron. Pero lo suficientemente rápido como para salvarles la vida.

—Sigan a esos dos, los llevarán a un lugar seguro —les había dicho el líder del comando que les había destruido la cámara.

Así que ahora caminaban atrás de dos soldados armados hasta los

dientes, en completo silencio, roto únicamente por las suaves pisadas de todos ellos. Cruzaban la ciudad por pequeñas calles paralelas a las vías principales, cruzaban callejones flanqueados por altos edificios, llenos de salidas de emergencia de restaurantes. Natasha iba rodeada por un grupo de una veintena de civiles y podía sentir las miradas de todos y cada uno de os integrantes varones de ese grupo clavadas en su trasero y piernas. Pero no le importaba, estaba acostumbrada, además era el precio a pagar cuando te gustaba despertar todos los días a las siete de la mañana e ir a destrozar las pesas así como las caminadoras en el gimnasio. Además quería ir adelante para sonsacar cuanta información de esos dos soldados que parecían algo jóvenes. Lo suficiente al menos como para ser persuadidos de hablar por una rubia sensual como lo era ella. Además su vena periodística se lo exigía. Esa situación, lo que estaba pasando ahí, era la noticia más grande del siglo veintiuno, mierda, quizá incluso de la historia de la humanidad, y ella estaba viviéndola desde dentro. Así que no tenía planeado dejar pasar la oportunidad de recabar todos los datos de que fuera capaz.

—¿Adónde crees que nos lleven? —le preguntó su camarógrafo en un susurro.

Todos habían sido testigos de lo que ocurría cuando llamabas la atención de una de esas cosas, así que todos ellos trataban de ser lo más silenciosos posible.

—No lo sé, pero pienso preguntárselos —respondió ella con autoridad —.Y tú ten preparado tu celular. Puede que hayan volado por los aires es bonita cámara tuya, pero aún así sigues siendo mi camarógrafo.

—Entendido jefa.

Natasha miró por un instante al joven, por su gorra roja echada hacia atrás y su vestimenta de adolescente (aunque ya tenía casi veinticinco años), uno jamás lo imaginaría como alguien capaz de un nivel de compromiso tan grande como el que estaba mostrando ahora. Se giró hacia los militares y avanzó un poco más deprisa hasta quedar pisándoles los talones.

—Muchachos ¿A dónde nos dirigimos? —preguntó ella utilizando todo su arsenal de coquetería.

Pero fue fútil. El miedo y la concentración estaban tan marcados en ellos, que todo el poder de seducción que pudiera utilizar, resultaría completamente inútil. Cruzaron por una pequeña calle, en la cual había a la izquierda una pequeña desviación (demasiado angosta para un carro) que desembocaba en la avenida principal del centro histórico. Cuando pasaron por ahí, pudieron ver al otro lado, parte de la devastación que la guerra entre vivos y muertos había dejado.

Natasha vislumbró por lo menos una veintena de cadáveres desperdigados en medio de la enorme avenida de ocho carriles. La sangre esmaltaba el pavimento.

—Tienen que contestar algo, la gente empieza a impacientarse —insistió ella —y si no les decimos algo, seguro que alguien empieza a gritar. Y no queremos que llamen la atención de una de esas cosas ¿verdad, chicos?

Los dos soldados voltearon a verse uno al otro. Con el casco sobre la cabeza y sin casi ningún centímetro de piel a la vista, y dado que ambos soldados tenían la misma altura, así como el mismo tono aceitunado de tez, era difícil diferenciarlos a uno del otro. La mirada que cruzaron fue de duda, una pregunta muda ¿podrían confiar en lo que esa mujer les decía?

Uno de ellos, el de la izquierda pareció tomar una resolución. Giró rápidamente el rostro hacia Natasha, la miró, pero sin verla en realidad, sólo estudió rápidamente su expresión, evaluando su sinceridad. Natasha no supo si era muy buen actriz o si el soldado simplemente actuaba movido por el sentido común y por el hecho de que no había superiores a los alrededores que pudieran reprocharle nada. Sea como sea, el soldado habló.

—Tenemos ordenes de llevarlos sanos y salvos hasta la estación de Policía. Tenemos información de que ahí, unos cuántos supervivientes han logrado atrincherarse y es un lugar seguro. Al menos por ahora —dijo en casi un susurro.

—Muchas gracias —respondió en tono monocorde Natasha.

Vaya, pensó, así que una estación de policía eh, cada vez me siento más y más como en el cliché de un videojuego de zombies, pensó con ironía. Siguieron avanzando, lentamente y con sigilo. Sacó su celular del bolsillo trasero del pantalón de mezclilla, afortunadamente acostumbraba llevarlo siempre ahí; de haberlo llevado en el bolso como casi todas las mujeres, se habría quedado en la camioneta, olvidado para siempre. Desbloqueó la pantalla principal y consultó la información en la enorme y delgada pantalla de seis pulgadas. Seguía sin haber señal. Ni internet ni teléfono. Seguía completamente incomunicada. Y por lo que sabía, el resto de la ente estaba igual. Lo volvió a guardar y siguió caminando, con Roger pegado a sus talones.

Era curioso, sabía que el chico sentía la misma atracción sexual por ella que el resto de los hombres. Pero en el caso de su camarógrafo había algo más, una mezcla de admiración y respeto que pocos hombres se permitían sentir hacia una mujer. Por eso el chico le agradaba, no era como la mayoría, era respetuoso. Si lograban

sobrevivir a ese maldito día, Natasha le conseguiría una novia lo suficientemente buena para él. Hizo la anotación mental y la registró en su cerebro.

Y ese fue el último pensamiento racional que tuvo, porque entonces, el instinto de supervivencia tomó el control.

Detrás de ellos, a unos cien metros, un muerto se había colado a esa calle y los había visto. Un zombie que hasta esa mañana había sido un importante hombre de negocios para una empresa de telecomunicaciones. Incluso había salido en un anuncio de televisión en la cadena para la que Natasha reportaba. Su traje lucía impecable (siempre y cuando ignoraras la tierra seca mezclada con sangre encima del gris impoluto del saco). Lanzó un grito, un aullido descorazonador cuando los vio. Todos voltearon hacia él. En cuanto Natasha lo vio, sus piernas echaron a correr, siguiendo a los soldados quienes hicieron lo mismo, tras gritarles a los civiles que los siguieran. La mayoría estaban tan paralizados por el miedo que hicieron caso omiso y se quedaron plantados allí mismo, viendo al monstruo acercándose hacia ellos, corriendo con una furia descomunal, como poseído por un demonio que evitaba pudiera sentir dolor o cansancio. Natasha corrió, seguida de cerca por Roger, después de medio minuto, a sus espaldas, comenzaron los gritos de agonía y dolor, los gritos que anunciaban el infierno en la Tierra.

Ahora corriendo con ellos, además de los dos soldados, sólo quedaba una decena de civiles. El resto comenzaban a ser devorados.

Primero llegaron los militares; después los muertos.

Todo sucedió excepcionalmente rápido, primero Aaron y su hermano Isaac habían visto todo por televisión y mientras Isaac corría como loco por el aeropuerto buscando tomas de emergencia de bomberos, donde pudiera haber un hacha o alguna herramienta funcional (la cuál por cierto sí encontró en forma de una enorme llave inglesa para abrir tomas de agua) el sonido de las Humvees hizo su aparición.

Los hermanos se asomaron a una de las salidas del aeropuerto, la que estaba más cercana al sonido. Y vieron cómo sucedía todo desde el principio. Aunque a partir de que llegaron los soldados todo fue una sucesión de imágenes confusas empujándose en rápida sucesión unas a otras.

Militares entrando a toda velocidad en el aeropuerto, apuntándole a los civiles con total descaro, ordenándoles o que salieran de una puta vez del edificio o que retrocedieran si querían permanecer a salvo. La mayoría de la gente se echó para atrás, retrocediendo hasta las sillas y las estaciones de las aerolíneas para documentar el equipaje.

Cuando un hombre corpulento salió del edificio alegando que nadie podría encerrarlo, que la libertad era su derecho constitucional, Aarón volteó con una mirada inquisitva hacia su hermano. Éste entendió la muda pregunta al instante.

—Hombre nos vamos a quedar aquí ¿acaso no viste las noticias? —fue su áspera respuesta —El mundo allá afuera se ha ido a la mierda.

—Tienes razón —concordó.

—Además mira —y lanzó una mirada de complicidad hacia los soldados, Aarón siguió su mirada —, ellos tienen armas, y si las cosas son en realidad tan feas como parecen, esos malnacidos van a ser los primeros en morir, y nosotros podremos apropiarnos de sus semi—automáticas.

—Pero hermano, si ellos no detienen a esas cosas…, las cosas que vimos en televisión —rebatió Aarón, pero sin atreverse a decir *muertos* —, ¿qué te hace pensar que nosotros podemos?

—Que nosotros no tenemos los mismos escrúpulos que ellos —le dijo y clavó una mirada como daga en los ojos de Aarón, recordándole al instante todas las cosas terribles que habían hecho durante su vida

para sobrevivir en aquel maldito país en Centroamérica donde habían crecido.

Aarón lo miró con complicidad, pero también rabia por hacerle recordar todo eso. Pero se limitó a asentir con la cabeza, sin decir palabra alguna.

Los militares se hicieron rápidamente con el control del lugar. Ordenaron a los de seguridad interna que cerraran todas, absolutamente todas, las entradas del edificio, principales y de emergencia. Y por si la orden no había quedado clara, las ejecutaron todo el tiempo con el cañón de sus armas apuntando a los guardias del aeropuerto.

En menos de media hora, el lugar estaba sellado, y cada una de las posibles entradas contaba con al menos un soldado fuertemente armado haciendo guardia y con suficiente munición como para matar a mil personas.

Isaac miraba a los soldados (y sus armas) expectante, como un león esperando al momento oportuno para cernirse sobre la gacela y acabar con ella. Aarón no sabía qué pensar al respecto. Si a su hermano se le ocurría hacer algo estúpido, los militares lo matarían sin titubear.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando algo (más bien alguien) se estampó contra la puerta principal. El sonido del cuerpo golpeando de lleno contra el cristal fue grotesco. Se escuchó como a esa persona se le rompieron al instante los huesos de la nariz así como los dientes. El cristal se llenó de sangre. La persona que se había estrellado contra el cristal era una mujer regordeta, su atuendo dejaba ver que era la clásica señora de más de cuarenta que lo único que hace en su vida es ir a la oficina. Tenía el cabello ondulado (y manchado de sangre) y en sus ojos, la única expresión que había era un odio desmesurado, el cual pareció incrementarse en cuanto vislumbró al otro lado de su invisible obstáculo a los soldados. La mujer siguió empujando contra el cristal, como si no supiera que no lo iba a poder traspasar.

Después de la conmoción inicial, Aarón pensó que podría encontrar una explicación lógica a lo que estaba viendo, quizá los militares supieran qué estaba pasando. Pero las cosas no hicieron más que empeorar.

Un adolescente llegó corriendo, mucho más rápido que la mujer y con un impacto igual de estruendoso, se embarró contra el cristal de la puerta. Después llegó un muerto más, y luego otro y otro, y después fueron tantos que fue imposible llevar la cuenta. Ya no había posibilidad de negación, después de ver las horribles heridas que todos

y cada uno de ellos lucían en cuerpo y rostro, Aarón era ahora completamente consciente de que se trataba de muertos vivientes.

Mierda, pensó, o acababa de entrar en un maldito capítulo de dimensión desconocida donde cosas así podían suceder, o estaba teniendo la peor de las pesadillas. Deseaba que fuera la segunda opción, pero sabía que no despertaría envuelto en sudor pero aliviado, en la comodidad de su hogar. Lo que estaba viendo era real, y aunque no podía explicarlo, la realidad era innegable. Estaba en un maldito episodio de dimensión desconocida.

—Tenemos que hacer algo —instó a Isaac —y pronto.

—Ya sé —respondió su hermano rápidamente —, esas malditas puertas no resistirán mucho más.

Y su hermano comenzó a pensar, mejor dicho a elucubrar su siguiente movimiento. Aarón supo que estaba al borde de una idea; conocía esa expresión: mirada alerta, mirando en todas direcciones, buscando opciones, ojos entrecerrados y las manos, una sobre la otra en un puño frente a la boca.

—Lo tengo —dijo de pronto.

Y Aarón se sintió aliviado. Pero su alivio se vio roto al instante cuando la puerta que tenían frente a ellos comenzó a cuartearse (sólo un poco, pero aun así lo suficiente para resultar amenazante).

—Tenemos que darnos prisa —lo instó Aarón.

Y comenzó a caminar hacia un grupo de hombres que permanecían atrás de los soldados, mientras que estos apuntaban con los rifles en alto hacia los rostros y cuerpos de los muertos al otro lado del cristal.

5

Natasha corrió y corrió. No tenía tan buena condición física como los dos militares que le llevaban diez pasos de ventaja, pero aun así, todos esos años corriendo a toda velocidad en la caminadora del gimnasio finalmente le estaban sirviendo, ayudándola a no quedarse atrás como el resto de civiles.

Los gritos de miedo, los alaridos de dolor y los aullidos de furia, habían atraído a toda la horda de muertos vivientes que tanto se habían esforzado por evitar. La gente iba cayendo una tras otra, víctimas del cansancio y después eran devoradas por los zombies.

Uno de los soldados, el que le había dicho cuál era su destino, disminuyó momentáneamente su velocidad, y el otro ajustó sus trote al mismo ritmo. Esto le permitió a Natasha volver a ponerse a la par de ellos. Sintió la tentación de mirar hacia atrás, pero el sólo escuchar los gemidos agitados de cientos de zombies corriendo tras de ella por esa calle angosta rodeada por casas enormes, que parecían edificaciones coloniales, le ponía los pelos de punta.

Sabía que si no llegaban pronto a la estación de policía, terminaría por cansarse demasiado para seguir corriendo, aunque de hecho, ya sentía las piernas entumecidas, sabía que todo el cansancio la atacaría de golpe en un torbellino de dolor en cuanto se detuviera, en cuanto su cuerpo dejara de expulsar adrenalina a través de todo su sistema. Pero ahora, lo único importante era no detenerse. No podía, ni quería, imaginar lo horrible que debía sentirse el momento justo en que unos dientes se clavaran en su piel, arrancando un trozo de carne, mientras la sangre manaba hacia todos lados como fuente averiada. Así que corría. Roger se había quedado atrás, el chico no gozaba de la mejor de las condiciones físicas. En este momento, Natasha no habría sabido decir a ciencia cierta si su joven camarógrafo seguía con vida o si había caído víctima de los muertos vivientes.

El soldado levantó la mano izquierda, donde llevaba uno de esos relojes extremadamente caros, uno que sólo los millonarios y el gobierno podían costear. Le dictó algún comando de voz, y al instante el reloj desplegó una pequeña imagen holográfica. Al verla con atención, Natasha Ramírez se percató de que se trataba de un mapa GPS, que mostraba la ubicación actual del soldado, así como su destino y una línea morada que recorría el mapa, mostrando el trayecto que debían seguir.

El soldado lo leyó en pocos segundos gracias a la experiencia

otorgada por meses de práctica, bajó el brazo para seguir trotando libremente y el mapa desapareció por sí solo.

—Hay que girar a la derecha —les indicó

Seguían corriendo por lo que parecían calles estrechas de un pequeño pueblo, por atrás de las casas. Giraron como el soldado lo indicó siguieron corriendo a toda velocidad hasta girar a la izquierda en un calle larga, siguiendo al soldado, mantuvieron el trote, y de pronto, el corazón se le desplomó en el pecho a la hermosa rubia.

Estaban ante una calle cerrada, un maldito callejón sin salida. Podían retroceder, claro, pero todos sabían que de hacerlo, tendrían que enfrentarse a esas cosas, las cuales estaban ya cerca, peligrosamente cerca. Natasha giró la cabeza, aún no había ningún muerto a la vista, pero sabía que en cualquier momento aparecería por esa esquina el primero. Y después de ese, le seguiría cientos más. También vio con tristeza que de todo el grupo, ahora sólo quedaban su camarógrafo, Roger (quién milagrosamente había conservado su gorra roja y llamativa durante todo el trayecto), los dos soldados y ella misma. El resto de personas habían sucumbido ante los muertos, y probablemente ahora la mayoría de ellos habían pasado a formar parte de ese terrorífico ejército.

—¿Qué hacemos? —preguntó Roger, desesperado.

Los dos militares permanecieron en silencio. Natasha supuso que se debía a que eran simples soldados; estaban entrenados para obedecer, para acatar órdenes sin cuestionar, no para pensar de manera proactiva. Por fortuna si algo tenía ella, eso era ser una persona llena de recursos.

Su mente comenzó a procesar velozmente toda la información a su alrededor, sus ojos veloces recorrieron cada pequeño detalle de todo cuanto tenían a su disposición. Había un enorme bote de basura industrial junto a una puerta, la puerta había dos escalones para llegar a la puerta. Probablemente era la salida trasera de un restaurante. Primeras opción, tocar la puerta como locos, esperando el milagro de que alguien les abriese; poco probable. Segunda opción, disparar a la puerta y abrirse paso a la fuerza; era viable, pero representaba un problema. Al abrir la puerta forzándola a balazo, quedaría rota, sí que los muertos seguirían persiguiéndolos, no habría diferencia alguna. Tercera opción, mover el bote industrial hacia el centro de la calle para formar una pequeña barricada. Esta opción sería viable en caso de que el número de muertos vivientes fuera limitado (y asumiendo que esos dos soldados fueran tiradores excepcionales). Pero por lo que Natasha sabía, a esta altura podría ser que todo habitante en esta la maldita ciudad fueran zombies. Cuarta opción, empujar el enorme

contenedor hasta el fondo del callejón, subir a él y rezar para que la altura sea suficiente para brincar por encima del muro hacia el otro lado.

Todas estas opciones pasaron por su mente en tan sólo un segundo. Es curioso lo eficaz que puede resultar la mente humana cuando trabajo bajo presión. Cuando está en una situación de vida o muerte. Igual de rápida fue su resolución.

—Empujemos ese maldito contenedor —ordenó. La ganadora había sido la cuarta opción.

Lo tomó de un extremo, los soldados y Roger llegaron junto a ella.

—A la cuenta de tres —dijo —tres.

Aplicó presión con todo su cuerpo. EL maldito contenedor rectangular sólo se movió unos pocos centímetros. Los ruidos de los muertos comenzaron llegarles a través de eco generados por esas angostas calles.

—Vamos, vamos —rezo uno de los soldados.

Volvieron a empujar, pero esta vez usaron todo lo que tenían, el esfuerzo drenó todas sus energías, pero valió la pena. El contenedor comenzó a moverse, despacio pero avanzaba, centímetro a centímetro hasta la pared, cuando estaban a un metro, finalmente ellos llegaron.

—Sólo un poco más —los instó ella.

Recorrieron el enorme bote de basura treinta centímetros más, pero se detuvieron abruptamente cuando uno de los soldados (el que no tenía reloj con el GPS holográfico) dejó de hacer presión.

—Eso tendrá que bastar —dijo el soldado al tiempo que daba media vuelta.

Llevó el rifle al hombro, se asomó por la mirilla telescópica y comenzó a disparar con pequeñas ráfagas de tres balas del modo semiautomático hacia los muertos.

Natasha fue la primera en subir, ayudada por su camarógrafo, después este la siguió. Cuando el primer soldado subió, los muertos ya estaban prácticamente sobre ellos. Su compañero permaneció imperturbable, disparando de la forma más precisa que podía.

Una ráfaga acertó directo en el pecho de una mujer con ropa de gimnasio y que no pasaría de los veinticinco años. La mujer cayó al suelo, pero tres muertos más tomaron su lugar, además de que sólo tardó segundos en volverse a poner de pie. El primer soldado brincó la barda, con la facilidad de quien está acostumbrado realizar actividades físicas semejantes. Se sentó en lo alto de la barda, esta tendría una anchura de treinta centímetros a lo mucho, con una

pierna de cada lado. Con una mano y ambas rodillas se aferró a la pared y estiró la otra mano para ayudar al camarógrafo sin cámara. Este subió rápido y le siguió Natasha, entre el primer soldado y Roger la levantaron rápidamente. Se sentó sobre la barda al igual que los dos hombres y en medio de ellos, pero cuando volteó para ver al segundo soldado, el panorama fue desolador. El callejón ahora se encontraba lleno de zombies en un desfile macabro.

El soldado ni siquiera intentó subir al contenedor, sabía que era inútil. Siguió disparando hasta que la munición se agotó. Empezó a golpear a los zombies con la culata de su rifle, pero estos lo rodearon fácilmente. Se lanzaron sobre él y comenzaron a morder sin piedad. Menos de un minuto después, ese soldado había dejado de existir para siempre. El resto de zombies se lanzó furiosamente hacia ellos.

Natasha se había llevado las manos al rostro, tapando nariz y boca, en un gesto de completo horror. Los tres encogieron instintivamente las piernas, en un intento por no ser alcanzados por esos brazos anhelantes, antes de darse cuenta de que los zombies no podían brincar. Acababa de ver morir a un hombre, un hombre que se había sacrificado para que ellos pudieran vivir. Se prometió a sí misma que si sobrevivía, le haría honor a ese héroe.

—¿Cuál era su nombre? —preguntó.

—Soldado José Alcázar —respondió su compañero, haciendo un gesto de despedida militar, llevándose la mano abierta a la frente y después estirando el brazo.

—Ese nombre ha quedado grabado con fuego en mi memoria —dijo ella con solemnidad.

El soldado la miró, aunque tenía una expresión adusta, al verla a los ojos y darse cuenta que ella decía la verdad, el soldado inclinó la cabeza en un gesto de camaradería.

—Tenemos que movernos —dijo el soldado.

—¿Cuál es su… tu nombre? —rectificó ella al darse cuenta de lo joven que era ese soldado.

—Damián Salazar —respondió.

—Mucho gusto —interrumpió Roger. —Yo soy Roger Iñiguez, y la bella y escultural rubia es Natasha Ramírez.

El soldado se asomó hacia el otro lado del muro, donde aún no había zombies, posiblemente evaluando la forma de poder bajar ese muro ue debía tener tre metros de altura, o más.

—Mucho gusto —respondió distraído.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Natasha.

—Bajamos.

—Sí, ¿pero cómo? —preguntó ahora Roger.

—Me voy a descolgar, luego ustedes me sostienen y me ayudan a bajar unos centímetros más, y después brinco al suelo. Una vez abajo, yo puedo sostener los pies de la señorita para que ella se descuelgue y después entre los dos te ayudamos a ti.

—Suena como un plan —dijo Roger.

Ayudaron a Damián a descolgarse, tal y como les había dicho, pero al saltar al suelo, su pie izuierdo cayó mal, cayó de lado, y todo su peso se fue encima del tobillo. No se lo fracturó, pero por el grito ahogado que expulsó, era probable que se lo hubiera desguinzado o algo peor.

—Estás bien —preguntó alarmada Natasha.

—Sí, ahora bajen ustedes —contestó él, restándole importancia al asunto.

Natasha esperaba que eso no hubiera sido nada serio. Hicieron todo tal como les había dicho el soldado, y cinco minutos después los tres se encontraban sanos y salvos del otro lado del muro, pero aún en un callejón. Ahora sólo se oían los infernales gritos y gemidos de los muertos.

El soldado volvió a desplegar el mapa GPS holográfico.

—¿Oye Natasha puedo hacerte una pregunta? —le dijo Roger.

—Sí, claro.

—Si tú eres de Polonia…

—Chechenia —lo interrumpió ella.

—Claro, perdón. Como decía, si tú eres de Chechenia, ¿entonces por qué te apellidas Ramírez? ¿No deberías tener un apellido como Svetlana o algo así?

—En primer lugar Roger, Svetlana es un nombre propio—contestó ella mientras Damián exploraba el GPS en busca de la ruta más corta para llegar a su destino —. Y no, tienes razón, no es mi apellido, es el de mi esposo. Bueno, era de mi esposo.

—¿Osea que estás casada? —preguntó él con incredulidad.

—Sí, yo lo estoy, bueno, lo estaba —respondió visiblemente incómoda. El chico permaneció impasible, con la mirada clavada en ella —.Mi esposo falleció, él más bien fue asesinado, él sí que era un verdadero periodista, un corresponsal de guerra…

—Tenemos que irnos ya —la interrumpió abruptamente el soldado —.Antes de que empiecen a llegar más de esas cosas.

—Te seguimos.

Los tres echaron a correr. Estaban a salvo de los zombies que se habían quedado al otro lado del muro, pero sabían bien que no estaba para nada a salvo del peligro. Y los sonidos apocalípticos que despedía la ciudad (sirenas de policía o bomberos o ambulancias resonando en la lejanía, explosiones, disparos, y alguno que otro grito que se alcanzaba a distinguir) les confirmaban este hecho. Natasha rezó en su fuero interno para que no tuvieran más contratiempos antes de llegar a la estación de policía.

6

Su hermano podía ser un líder capaz cuando se lo proponía. Había hablado con un grupo de cinco hombres, y de alguna manera los había convencido para que lo ayudaran con su plan. Los había disuadido de que lo que más le convenía a él era también lo que le convenía a ellos.

Los cinco hombres parecían granjeros, se ajustaban a la perfección a lo que los gringos llamarían “redneck”. No parecía que tuvieran mucho grado de estudios, pero todos parecían hombres fuertes y capaces de llevar a cabo las tareas que alguien con un poco más de cerebro les asignara. Y ese alguien era Isaac.

Y aunque a Aarón no le gustara admitirlo, esta vez, la idea de su hermano era bastante buena. Estaban todos en el segundo piso del aeropuerto. Se habían puesto junto a las escaleras del último extremo de la nave principal. Isaac les había dicho que si esas cosas eran realmente zombies (y por su pinta y la forma de estrellarse brutalmente y sin dolor contra las puertas, ciertamente lo parecían), entonces, estos tendrían severos problemas para subir escaleras. Así que les había explicado breve y rápidamente su plan.

—Cuando estemos arriba, vamos a crear una barricada improvisada, algo que les dificulte a los zombies pasar al segundo piso y atacarnos, y que a su vez nos permita irlos matando.

—¿Y cómo vamos a construirla exactamente? —había preguntado el más alto de los hombres, el de camisa roja a cuadros.

—Tú pareces ser un hombre fuerte, creo que puedes ayudarme a cargar alguna de esas estructuras de diez asientos —el hombre calló —. Ahora, ¿puedo continuar con el plan?

El hombre guardó silencio y asintió levemente, casi con timidez.

—Y aquí viene la mejor parte —dijo con complicidad, convirtiendo su voz en un susurro, obligando al pequeño grupo a cerrar más el corro en torno a él —,cuando esos idiotas del ejército vean que hemos creado un espacio seguro dentro del aeropuerto, vendrán con nosotros a buscar refugio. Y entonces podremos pedirles que a cambio cedan sus armas.

—¿Qué se las cedan a quién? Pregunto un hombre de bigote.

—A nosotros —contestó Isaac intentando no caer en la exasperación —¿Están de acuerdo?

Todos los hombres a su alrededor, incluido Aarón asintieron, así

que se pusieron en marcha.

Finalmente habían terminado. Cuando Isaac quería, podía ser un hombre más que ingenioso. Habían ido hasta uno de los extremos del aeropuerto, ahí había unas escaleras, las cuales ascendían hasta llegar a un pequeño rellano para después torcer, dar media vuelta y subir al segundo, y las cuáles eran parte fundamental de su plan. Al ascender, se habían encontrado con un pequeño cuadro donde estaban todos los locales de comida rápida. Primero habían creído que no había más entradas a ese espacio además de las escaleras, pero al fondo, en el extremo opuesto, había un pequeño pasillo que conectaba con el resto del aeropuerto.

Pero Isaac resolvió este pequeño problema al instante. Mandó a cuatro hombres a una librería por la que habían pasado en su trayecto, la cual estaba en la planta inferior, en el enorme pasillo donde estaban las múltiples entradas asoladas por los zombies. Les dio la orden de que trajeran los estantes más grandes que encontraran. Los cuatro hombres dieron varias vueltas, hasta dejar la librería sin estantes y llena de libros desperdigados por el suelo. Algunos eran los clásicos muebles que van pegados a la pared y con varios niveles de repisas, y unos cuántos más eran mesas gigantescas y gruesas, que estaban colocadas a modo de islas en el centro de las librerías. Por fortuna, con cada recorrido que hacían se les iban uniendo más y más voluntarios que ya habían visto la gravedad de la situación, la gravedad de lo que estaba sucediendo afuera y que en pocos minutos invariablemente los alcanzaría allí dentro. Colocaron los estantes a modo de barricada en ese pasillo que por suerte era bastante angosto y dieron por zanjado ese asunto. Y al final les sobró una de las enormes mesas para la barricada principal, la cual Isaac pensaba levantar al borde de las escaleras, y desde la cual podrían controlar a los zombies que fueran llegando una vez que invadieran el aeropuerto.

Mientras los hombres iban y venían con los estantes, Isaac, el hombre alto y el propio Aarón se habían puesto manos a la obra. Utilizando pura fuerza bruta, habían empezado a desencajar las estructuras que contenían diez asientos cada una y que estaban empotradas al suelo mediante clavos de acero. Después de las quejas iniciales de algunas mujeres y unos cuantos hombres cuando Isaac les ordenó quitarse de sus asientos, también con ellos empezaron a unirse voluntarios. Entre varias personas, la labor titánica de arrancar esos asientos del suelo, había resultado relativamente fácil.

Y así, en uno pocos minutos, habían logrado crear una barricada bastante respetable conformada por las estructuras que hasta hace media hora habían sido cómodos asientos para esperar y la enorme mesa que hasta ese día sólo había contenido libros. Isaac había dejado

esa mesa en la esquina, debajo de una estructura cruzada que se apoyaba sobre el antepecho a un lado de la escalera y que daba hacia el piso inferior, con el fin de que pudieran quitarla rápidamente cuando la gente quisiera entrar.

Y ahí estaban ahora, mirando hacia las escaleras, y al final de estas, la blanca pared. No verían quién o qué subiría las escaleras hasta que dieran la vuelta en el rellano.

—Bueno, parece que finalmente hemos terminado —dijo Isaac con satisfacción y girándose hacia el resto de personas.

—Por ahora, dijo el hombre de bigote.

—Sí, por ahora —concedió Isaac. Pero la sonrisa no se borró de su rostro.

Aarón no entendía a qué se debía esa sonrisa hasta que en las escaleras apareció una mujer. No la reconoció sino hasta que dio media vuelta, para subir el segundo tramo, directo hacia ellos. Era Selena Vázquez. La chica que hace diez años no sólo había rechazado a Isaac, sino que además lo había humillado frente a la mitad de la preparatoria (la otra mitad no tardó en enterarse).

Así que a eso se debía la expresión de autosuficiencia en el rostro de su hermano. Probablemente la había visto desde hacía rato, cuando habían recorrido medio aeropuerto para llegar hasta esa esquina del edificio, y Isaac, había previsto este momento, el momento en que la chica a quién él más odiaba, a quién más rencor le guardaba, llegaría pidiendo de su ayuda.

—Vaya vaya, pero vean a quién nos ha traído el gato.

—Hola… —la chica dudó unos instantes, reconoció a su hermano, pero aún no recordaba su nombre.

—Isaac —terminó, quitándole a la chica la oportunidad de responder.

Selena seguía siendo una chica despampanante. Aun viéndola de frente, Aarón podía adivinar por sus muslos pegados contra la tela de la mezclilla, la clase de trasero de diosa que esta chica debía de poseer. En la prepa, decían que era una de las chicas más fáciles. Con la mayoría, Aarón era consiente que sí lo era, con casi todos los que se le insinuaban ella era recíproca, respondía de manera más que animada tanto a coqueteos así como a las caricias más descaradas, así era con todos, menos con su hermano.

A él lo había humillado, lo había avergonzado frente a todos. Y conociendo a su hermano y lo orgulloso que era, probablemente eso era lo que más le dolía. Que ella abriera las piernas para todo mundo, y que con él simplemente fuera una arpía.

—¿Podrías… podrían dejarme pasar? —preguntó la chica con timidez.

—¿Así que ahora quieres mi ayuda eh?

—Yo sí, eh bueno, eso creo.

Isaac fingió un expresión meditabunda como si estuviera cavilndo muy seriamente sobre si dejrla pasar o no. Uno de los hombres que se habían formado atrás de Isaac, parte del pequeño club que se había formado y estaba bajo sus ordenes, se acercó hasta él y habló con voz baja, como si temiera disgustar a Isaac.

—No podemos negarle el paso, no sería correcto, allá abajo va a ser peligroso.

—Sí, sí lo va a ser, amigo —respondió amenazante Isaac, girándose hacía el hombre. Este retrocedió un paso —¿cuál es tu nombre?

Con recelo en la voz, el hombre contestó.

—José.

—Tienes razón José —prosiguió Isaac —, abajo va a ser peligroso, y no sería correcto negarle la entrada a nadie.

Isaac cerró el puño en torno la llave inglesa, la cual había estado en su bolsillo mientras construían la improvisada barrera. La sacó.

—¿Por qué no haces tu buen acción y le abres camino a la señorita, para que pueda pasar?

El hombre, siendo más alto que Isaac, parecía temerle. Lanzó una mirada recelosa hacia la llave inglesa.

—Está bien —respondió el hombre con vacilación.

Caminó hacia la barricada. Isaac se mojó los labios con la lengua, mientras veía cómo el hombre jalaba la pesada mesa para que Selena pasara.

—Bienvenida —dijo Isaac una vez la mujer estuvo del otro lado, con todos ellos.

En su voz había algo siniestro, una muestra de burla o sarcasmo macabro. Sus ojos recorrieron el cuerpo de la chica de arriba abajo, dejando muy en claro que la deseaba tanto como hace diez años.

—Gracias —respondió incómoda la chica y se fue a un extremo del recinto, como intentando mezclarse con la multitud y pasar desapercibida.

Entre tres hombres regresaron rápidamente la mesa a su lugar. En total había poco más de cien personas reunidas en esa especie de fortaleza que se había erigido gracias a Isaac. Había pocos niños,

varias mujeres, y la mayoría hombres, casi la mitad del total eran varones. Todos los que se habían ido uniendo a los esfuerzos de Isaac.

Aarón buscó a Selena con la mirada, quizá debería ir hasta donde ella y pedirle una disculpa de parte de su hermano.

Estaba recorriendo con la mirada cada uno de los locales de comida rápida, haciendo un sondeo veloz en busca del hermoso rostro de la mujer, cuando la primer puerta se vino abajo con un estruendoso y aterrador sonido de cristales estrellándose contra el suelo y haciéndose añicos. El corazón se le heló y en ese instante, el mundo pareció detenerse, o más bien empezar a avanzar en cámara lenta.

7

El corazón le latía desbocado, los pulmones parecían a punto de salírsele por la boca, el sudor le pegaba la playera a la piel y los pantalones a las piernas. Si hubiera tenido que correr más, Natasha sinceramente creía que se habría desmayado. Ya no podía con el dolor físico. Pero finalmente ahí estaba, la enorme puerta doble para entrar a la estación (que ahora pudo leer, era Comisaría) de Policía. Corrió los últimos metros, subiendo los malditos escalones largos como los de la película de Rocky que antecedían a la entrada.

Cuando llegó, prácticamente se estrelló contra la enorme puerta gris. El soldado Damián Salazar llegó unos segundos después y al final Roger, quien sorpresivamente seguía sin perder su gorra roja.

Estaban tan cerca de la salvación y tan lejos, pensó Natasha con amargura, a sólo una maldita puerta, no lo podía creer. Quería aporrearla, tirarla abajo con sus propias manos, gritarles con la voz en cuello que les abrieran, pero estaba demasiado extenuada. Le dolía cada fibra de su cuerpo. Lo único que pudo hacer fue empezar a toser y llevar las manos a las rodillas.

Roger golpeó fuertemente las puertas con ambas palmas, pero el cansancio también había hecho mella en él. Por suerte, Damián estaba más que entrenado para ese tipo de situaciones, así que tras detenerse tan sólo un par de segundos a recuperar el aire (quién sabe cuántos malditos minutos habían tenido que correr a toda velocidad para perder a esos dos malditos muertos) alzó su arma y con la culata comenzó a aporrear la puerta con fuerza.

—¡Abranos! —gritó con desesperación —¡somos humanos!

Y siguió golpeando la puerta. Roger se le unió y después Natasha.

—¡Tienen que darse prisa! —el que gritó ahora fue Roger —¡Esas cosas están tras de nosotros!

Y siguieron golpeando la puerta, golpeando y golpeando como el lobo del cuento; pero los cerditos no daban señales de vida. Hasta que Damián cayó en la desesperación.

—¡Si no abren esta maldita puerta, créanme que la voy a llenar de balas y la atravesaré a la fuerza!

Siguió sin haber respuesta. Si hubieran sido conscientes del drama que estaba sucediendo en ese mismo momento dentro de la comisaría, y del cual el agente federal Norman Hayes era partícipe (o más bien parte de las víctimas), quizá no habrían tenido tantas ganas de entrar

a ese recinto.

El soldado levantó el arma hasta la altura del rostro, apuntó y jaló del gatillo. Una bala golpeó la cerradura metálica y fue a estrellarse contra la madera, clavándose profundamente en la puerta.

—¿Alguno de ustedes fue mordido? —preguntó una voz masculina desde dentro.

—¿Eso qué importa? —replicó velozmente el soldado.

—Respondan ¿sí o no?

—¡No, maldita sea, no nos han mordido, pero si no nos dejan entrar, pueden estar más que seguros que esas cosas van a hacer más que mordernos! —gritó Roger.

Detrás de ellos, de la calle les llegó el sonido ahogado de un muerto viviente. Un hombre calvo de mediana edad los acababa de divisar y echó a correr hacia ellos. Una jovencita que podría pasar por su hija salió detrás del mismo edificio y corrió siguiendo al hombre.

Detrás de Natasha, los cierres de las puertas comenzaron a descorrerse (o eso quería pensar ella). Sintió el latigazo del miedo recorrerle la espalda, similar a un escalofrío, pero más oscuro y frío.

—Dense prisa maldita sea —los instó Salazar.

El hombre ya había llegado a las escaleras, al encontrarse con ella, sus pies siguieron corriendo normalmente, se estrellaron contra el primer escalón y su cuerpo se estrelló contra el suelo. No importó, se puso en pie velozmente y siguió avanzando, a trompicones pero inexorablemente, hacia ellos. Le faltaba un ojo, donde debería estar el izquierdo no había más que una cuenca vacía y rodeada por sangre coagulada. Cuando estuvo a pocos metros, el soldado le disparó. La cabeza del zombie estalló en una flor de sangre. La chica estaba cerca, ella había usado pies y manos para avanzar por la escalera. A ella le hacía falta parte del seno izquierdo, y la camisa de la escuela carecía completamente de botones, todos habían sido arrancados de cuajo. Damián volvió a disparar, la bala se incrustó en el cuello de la chica, justo por encima de la clavícula, pero ella siguió avanzando como si nada hubiera pasado.

Más de esos zombies comenzaron a aparecer al final de la calle, atraídos por el estruendo de los dos disparos.

La chica se lanzó sobre Natasha, pero antes de que pudiera morderla, un borrón, una silueta pasó frente a ella y se estampó contra la adolescente. Era Roger. La lanzó por los aires, la cadera de la chica golpeó contra un barandal que había a los costados del edificio y cayó hacía atrás, descendiendo de golpe todo lo que había subido por las escalera. Si quería alcanzarlos, tendría que regresar al frente del

edificio y volver a subir los escalones, pero Natasha no creía que fuera a ser capaz de razonar de esa manera.

—Los vamos a dejar pasar —anunció una voz (ahora femenina) —.Pero si alguno de ustedes tiene marcas de mordida, no dudaremos en ejecutarlo ¿entendido?

Los muertos avanzaban incansablemente hacia ellos. Y cada vez eran más.

—¡Maldita sea sí, lo entendemos¡—estalló Natasha.

Los últimos cierres se descorrieron y una de las enormes puertas comenzó a abrirse hacia afuera. Antes de que Natasha, Damián o Roger pudieran entrar, un hombre calvo, fuerte, gordo y alto, y otro más pequeño y con barba, salieron del edificio. Entre ambos llevaban a cuestas a un chico que gritaba y berreaba, en un intento por zafarse de sus captores, no tendría más de diecisiete años, cada quien lo sujetaba de un brazo. En cuanto pasaron, los tres supervivientes entraron a toda prisa a la comisaría. El hombre alto estampó su puño contra el rostro del chico y este se desmayó al instante. Después los dos hombres dejaron al chico inconsciente ahí, sobre el suelo, sin ningún tipo de ceremonia y volvieron adentro.

8

Los soldados arremetieron con una lluvia feroz de proyectiles contra los muertos. Los fusiles de asalto de corto y largo alcance escupían balas de una manera atronadora, ensordecedora. Las balas se estampaban en los pechos y hacían retroceder a los invasores, chocar contra los que iban detrás. Pero los muertos atravesando esa primer puerta colapsada eran una marea incontrolable que avanzaba inexorable hasta ellos. No importaba que cayera uno, tres tomaban su lugar, y si a este la bala no le perforaba el cráneo o le destrozaba la columna de manera irreparable, entonces también volvía a ponerse en pie para atacar nuevamente. Los soldados habían formado una línea en forma de cuña, parados hombro con hombro, para proteger el mayor número posible de entradas.

Después se habían ido replegando, uniéndose en el centro del ataque, amontonándose enfrente de la puerta que no había resistido. Pero cada vez se les complicaba más y más mantener a raya a los enemigos. Uno de los soldados, presa de la desesperación al ver que los muertos estaban a punto de alcanzarlos, arrojó la granada reglamentaria, que cada soldado debía portar, hacia el centro de cuerpos agitándose violentamente. La granada explotó en medio de un zumbido desgarrador que se multiplicó al estar dentro de una edificación y que dejó a todos momentáneamente sordos.

La granada estalló en fragmentos de metralla que se incrustaron en la piel tanto de zombies como en la de los soldados. Dos soldados cayeron al suelo, con los estómagos perforados por los pedazos errantes de metal proyectados a una increíble velocidad. Los cuerpos más cercanos al centro de la explosión salieron despedidos. Un zombie a quien la granada le arrancó el brazo izquierdo se estampó contra el rostro de un soldado, torciendo su garganta hacia atrás de una manera antinatural y matándolo al instante. Pero su dedo seguía aferrando el gatillo. El fusil siguió lanzando proyectiles hacia todos lados mientras el soldado caía al suelo para siempre; una de las balas se le incrustó en la pantorrilla izquierda al compañero que tenía al lado. Cayó al suelo, pero alcanzó a mantenerse de rodillas y siguió luchando, disparando valerosamente contra los desquiciados que los atacaban con expresiones de locos y gritos de rabia.

Pero cuando los muertos comenzaron a acercarse irremediablemente, los soldados ya no pudieron aguantar más. Sentir uno de los dedos tocándote, sentir la fría piel de ellos rozando la tuya,

era demasiado, te hacía tener la misma sensación que si un insecto viscoso pero con forma de araña se estuviera deslizando por tu nuca; un miedo primario, combinado con un asco total y la necesidad imperiosa de quitarte el bicho de encima y después pisarlo con tu bota.

El estruendo de las balas llenó el aeropuerto, creciendo y replicándose con el eco, el humo de las detonaciones se había elevado en una pequeña neblina que protegió momentáneamente a los soldados de la vista de los muertos, los cuales parecieron atontarse unos instantes al perder el contacto visual de sus presas.

Algún visionario pareció percatarse de esto, y eso probablemente salvó unas cuantas vidas, los valiosos segundos que ganaron el resto de soldados en su huida se los debían probablemente a ese grito.

—¡Retirada!

Primero fue una voz, luego otra se le unió, después fueron decenas. Soldados intentando alertar a sus hermanos que la batalla estaba perdida, que la estrategia ahora era huir o morir. No había otra alternativa.

Los soldados que habían resultado heridos en el enfrentamiento, fueron abandonados. A nadie le gusta dejar a un hermano de armas atrás, abandonarlo a su suerte, pero cuando tu propia supervivencia depende de ello, bueno, haces lo necesario.

Así que corrieron, huyeron hacia la parte trasera del aeropuerto, unos se metieron atrás de las máquinas detectoras de metal, esperando poder esconderse en las salas de espera, otros tomaron el mismo camino esperando huir hacia la pista de aterrizaje. Y otro grupo más, un grupo formado en su totalidad por soldados jóvenes e inexpertos, corrió en dirección a donde Isaac Méndez, con ayuda de su hermano y varios hombres más, había levantado una poderosa barricada para guarecerse de la amenaza de los muertos vivientes.

—Dejen sus armas si quieren vivir.

Ese era el lema que Isaac repetía como mantra antes de abrirle paso a cada soldado nuevo que llegaba.

Aarón no había visto lo que había pasado (al igual que ninguna persona de los que estaban en el área de comida rápida), pero sí que había escuchado la batalla encarnizada que se había llevado a cabo en la planta inferior del aeropuerto. El sonido de los balazos y su consecuente zumbido aún repiqueteaba en sus oídos.

Los soldados no se lo pensaban dos veces: aceptaban la condición. Pasaban primero sus armas por un recoveco que había encima de la mesa removible y después los hombres de dentro retiraban la pesada

mesa para que estos pudieran entrar.

Por la expresión aterrada que tenían los recién llegados, Aarón podía darse una idea de la magnitud de lo que estaba ocurriendo allá afuera. Si soldados experimentados, entrenados y preparados parecían estar al borde de la histeria, ¿qué le esperaba a simples civiles como ellos?

Salió de su ensimismamiento cuando su hermano se acercó hasta él y le estampó en el pecho un rifle semi automático de corto alcance.

—Agárralo pequeño hermano. A partir de ahora eres un soldado —le dijo con una enorme sonrisa.

¿Qué diablos pasaba con Isaac? Había algo roto en él. De nuevo esa sensación de uqe parecía encontrarse en su ambiente, a sus anchas. Como si el fin del maldito mundo fuera lo que había estado esperando durante toda su maldita vida.

Había casi una veintena de hombres (todos civiles), incluyéndolo a él mismo, portando las armas que hasta hace unos minutos habían pertenecido al ejército. Su maldito hermano desquiciado acababa de crear su propia milicia.

Nuevamente, sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando una figura, un demonio salido directo de las entrañas del infierno, se estampó contra la barricada. El primer muerto que Aarón veía en vivo le heló la sangre, lo dejó momentáneamente congelado en su lugar, sin poder moverse.

—Oye, atento hermano —le dijo Isaac, al tiempo que le daba un codazo en las costillas —.La menor distracción puede costarnos la vida —era impresionante la sangre fría con que se desenvolvía su hermano ante una situación como esa.

—Entiendo —fue lo único que atinó a responder.

Aarón pasó la correa atada al rifle por encima de su hombro derecho, sopesó el arma y tras unos segundos, decidió que le agradaba. Puso la mano izquierda en la agarradera frontal, la otra en el gatillo, se recargó la culata en el hombro, ladeó la cabeza para dejarla alineada con la mirilla, entrecerró el ojo izquierdo, y cuando tuvo al maldito zombie en la mira, pellizcó ligeramente el gatillo, tal y como le habían enseñado en aquel campo de tiro a donde los había llevado su padre a él y a su hermano hace ya tantos años.

El estruendo del disparo resonó por todo el recinto, multiplicándose con el eco y rebotando contra las paredes en una sucesión ascendente. La bala atravesó la barricada y se alojó en el cráneo del zombie, quien cayó abatido hacia atrás, desplomándose y después rodando por las escaleras. Un instante más tarde aparecieron

los demás muertos. Todos lucían expresiones de odio, como si no sólo te quisieran comer, sino que además desearan hacerte el mayor daño posible, lastimarte y torturarte de la peor manera antes de tu muerte. Aarón decidió que no los dejaría.

—¡Eres una maldita máquina asesina! —rugió Isaac.

Puede que lo dijera en broma, pero aun así, Aarón sintió el cosquilleo del poder ascender desde sus dedos —brotando desde el arma—, pasar por los antebrazos y convertirse en una sensación embriagadora al llegar al pecho. Sí que se sentía como una máquina asesina. Era curiosa la sensación que te podía transmitir el empuñar un arma. Te transmitía seguridad, así como empoderamiento. Aarón después de matar a ese maldito, se sentía ahora como si fuera uno de esos robots del futuro, un Terminator de la película de Schwarzenegger.

Los zombies se estamparon contra la barricada, amenazando con tirarla abajo. Pero esta resistió. Al menos de momento. Isaac caminó hacia ella con pasos seguros y sin rastro alguno de vacilación en su expresión facial. El resto de hombres no portaban la misma seguridad, todos tardaron segundos eternos en seguirlo. Sólo Aarón dio un paso para seguir a su hermano casi al instante.

—Intenta no gastar balas hermanito —dijo Isaac —sólo dispara si crees que le puedes reventar la cabeza a uno de esos malditos.

—Como cuando jugábamos videojuegos —respondió Aarón con una sonrisa.

—Exacto hermanito, tal como en los viejos tiempos —después hizo una pausa —¡Oh por dios santo! Mira las tetas de esa tipa.

Una mujer excepcionalmente atractiva, se había estrellado contra las estructuras arrancadas del suelo que formaban la barricada. Dos senos extraordinariamente grandes se apretujaban en contra de los metales, tenía unos pezones rosados, como de adolescente. Al estar apretados contra el metal que formaba cuadros en su piel, la parte superior de los pechos le tocaba la barbilla. Una melena rubia, enredada y ensangrentada, le caía sobre el rostro, pero a través de ese velo improvisado, se podía vislumbrar la misma expresión de rabia mal contenida que en los demás muertos. Pero eso no evitó que Aarón sintiera el asomo de una erección iniciando en su entrepierna. No quiso ni imaginar las horribles circunstancias que habían llevado a esa mujer a terminar sin playera y con el resto de un sostén hecho jirones, colgando aún de un tirante de su hombro derecho.

—Yo la pido —dijo finalmente Isaac.

Se acercó un paso más y disparó. El tiro fue limpio. La bala abrió

un boquete donde antes había estado el ojo izquierdo y la mujer se desplomó. Pero no cayó por las escaleras como el anterior zombie; la mujer cayó encima de otros muertos que seguían pujando por llegar hasta donde se encontraban sus presas recién avistadas.

Eran muchos, demasiados, abarrotaron la escalera y se empezaron a apretujar contra la barricada.

Isaac se giró hacia el resto de hombres, hacia su milicia personal recién creada.

—Tenemos que apresurarnos —anunció —, de lo contrario esas malditas cosas lograrán atravesar la barricada.

Elevó su arma y comenzó a disparar. El resto de hombres se le unieron, después también Aarón. Pero los zombies eran demasiados. SE empezaron a apelotonar frente a la barricada, empujándose unos a otros, empujando a los abatidos, en una marea incansable e incontrolable de cuerpos, hasta que la barricada improvisada cedió. Las estructuras y los asientos ancladas a estas, se desbordaron hacia el interior del recinto. La gente empezó a gritar atrás de ellos, el pánico comenzó a esparcirse como pólvora.

En un súbito arranque de valentía, Aarón se acercó hacia la ya casi extinta barricada, tomó una estructura que se mantenía en precario equilibrio sobre la pesada mesa y la empujó hacia los muertos. El enorme metal cayó pesdo sobre pecho y cabezas, y los arrastró a todos juntos hacia abajo. Pero los muertos no sienten dolor, así que lucharon para quitársela de encima (o mejor dicho para pasar a través de ella a como diera lugar) y volver al ataque. Al mismo tiempo, del vestíbulo seguían llegando más y más zombies.

—¡Ayúdenme! —gritó al tiempo que ponía sus manos en la enorme mesa, dispuesto a empujarla.

Dos hombres se le unieron. Mientras, Isaac y los demás seguían escupiendo una lluvia de balas sobre esos pobres diablos. Dos de los muertos sortearon milagrosamente la estructura metálica y comenzaron a subir las escaleras, a trompicones y ayudándose de las manos cada que tropezaban. La mesa se deslizó, hasta que la mitad quedó peligrosamente suspendida en el aire. Los tres hombres la empujaron un poco más y entonces se inclinó hacia adelante, hacia las escaleras. Cayó sobre el adolescente y la mujer gorda que habían pasado el obstáculo y los arrastró con ella en su descenso hasta estamparse contra la pared y romperle el cráneo a un hippie que seguía atrapado bajo un asiento.

Pero los muertos siguieron llegando, más y más. Aarón peleaba hombro con hombro por su supervivencia con esos hombres, y ni siquiera sabía sus nombres. En lo alto de las escaleras, Isaac junto con

el hombre alto y el de bigote, esperaban a los zombies y disparaban cuando estaban lo suficientemente cerca. Hombres, mujeres, niños, los zombies llegaban en todas las presentaciones. Pero no importaba, las balas no hacían distinción alguna. Pero de pronto, Isaac apretó el gatillo, y lo único que obtuvo a modo de respuesta, fue el chasquido de un arma vacía.

—Mierda, se me acaba de terminar la munición —dijo con desesperación —¡Alguien, cúbrame! —gritó, al tiempo que empujaba hacía atrás con el cañón del arma a un adolescente regordete que ansiaba arrancarle un trozo de piel.

Isaac abandonó su puesto y Aarón y otro hombre lo suplieron. El tipo era un hombre moreno, que parecía algo bonachón, pero en estas circunstancias sería difícil comprobarlo, debido a su ceño fruncido y a la expresión de absoluta concentración reflejada en todo su rostro. Por el rabillo del ojo, Aarón pudo presenciar la escena que se desarrollaba unos pasos más a su izquierda.

Su hermano se había acercado con paso pedante hacia uno de los militares (todos ellos parecían traumados, como si no pudieran soportar lo que acababan de ver, aunque a decir verdad, nada preparaba a un hombre para una situación así), alzó el rifle y le apuntó directo al rostro, pese a ya no tener más munición, pero al parecer, el soldado no lo sabía, o no se había dado cuenta.

—Dame el resto de munición que tengas —le ordenó sin recato alguno.

—Yo, yo.

—¿Tú qué? —le espetó Isaac.

—No tengo más.

La culata del rifle se estampó contra la mandíbula del soldado. Su cabeza chocó contra la pared y la sangre brotó de su boca.

—Patrañas. De seguro tienes munición extra guardad en alguno de los múltiples compartimentos de tu uniforme, o cuando menos una nueve milímetros extra. Eso sin contar la maldita granada como la que escuchamos denotar hace poco. Así que dame lo que tengas —se acercó a la cara del soldado, hasta que los labios de ambos estuvieron tan cerca que parecía que se iban a besar —.Así que si no quieres que tu cabeza se convierta en mermelada de fresa, dame todo lo que tengas. ¡Ahora! —al gritar esta última palabra, el soldado pegó un pequeño brinco, sorprendido.

Después se apresuró a darle a Isaac el cartucho que llevaba en alguna parte de su costado, a la altura del vientre, y se desabotonó la granada que le colgaba de la cintura, también sacó una nueve

milímetros de debajo de su pantalón, justo por encima del tobillo.

—Es todo lo que me queda, lo juro —dijo el soldado con la voz quebrándosele, parecía a punto de echarse a llorar.

—Tu arsenal, es aceptado con gratitud —le dijo Isaac, en una clara referencia a Bane, del Caballero de la Noche Asciende.

Regresó al lado de Aarón y les da instrucciones, claras precisas y cortantes a dos de los hombres que ya se encuentran peleando cuerpo a cuerpo contra los zombies que luchan fieramente por subir. Uno era rubio, y otro era el hombre moreno que en otras circunstancias podría tener un porte bonachón.

—Vayan con el resto de militares y hagan lo mismo, si alguno se niega, le vuelan los sesos —y estampó en el pecho del hombre bonachón la Beretta del soldado.

—Entendido —dijeron al unísono los dos hombres.

Aarón seguía admirado por la capacidad de liderazgo que estaba demostrando su hermano. Pero junto con esta autoridad y al hecho de que estaba empezando a monopolizar (con ayuda de sus nuevos esbirros) las armas, le llegó a Aarón un mal presentimiento, un gélido escalofrío que recorrió todo su espinazo, desde la nuca hasta ir a morir en la base de la espalda baja.

Un muerto se lanzó hacia él, lo repelió con un culatazo que le quebró la nariz. El chico, un adolescente con rizos ridículos en el cabello cayó hacia atrás, pero tres más ya venían corriendo y ocuparon rápido su lugar. Los muertos poco a poco, y de manera veloz, iban ganando terreno. Aarón dejó de preocuparse por los demás y se centró en su propia supervivencia.

Peleaba hombro con hombro con su hermano y otros hombres, pero no fue suficiente, comenzaron a avanzar hacia atrás, perdiendo la ventaja que estar en lo alto de las escaleras les confería. Isaac ya no podía apuntar a las cabezas, eran demasiados, así que sólo podía disparar a la desesperada, al torso, rompiendo hombros, destrozando pechos, pero sin llegar a matar o detener por completo a los muertos. Hasta que se acabó el segundo cartucho de su rifle. Y los seis hombres siguieron retrocediendo; ahora los zombies tenían la entrada libre y al llegar a lo alto, la mayoría atacaba a Aarón, Isaac y los otros cuatro hombres que junto con ellos defendían ese nicho del aeropuerto, pero unos cuantos comenzaron a esparcirse, a correr descontrolados por el área de comida rápida, generando al instante el caos entre la masa de gente asustada. Aarón daba culatazos a diestra y siniestra, sus brazos comenzaban a engarrotársele, pero el miedo a ser mordido o asesinado por una de esas criaturas, era mucho más poderoso e inyectaba a su cuerpo de la adrenalina necesaria para seguir adelante

pese al cansancio.

Una mujer, un niño, dos hombres, una bella adolescente, no importaba, Aarón les propinaba golpes con su rifle por igual a todos. De pronto dejó de diferenciarlos, dejó de ver a las personas que antes había sido, se cegó por la sangre, por la violencia. Ahora sólo había dos especies, vivos y muertos. Ambos peleando por la dominación absoluta de ese relativamente pequeño aeropuerto a las afueras de la ciudad.

Empezó a gritar, cegado por el furor de la batalla, su instinto primario prevaleció, y por un momento fue un guerrero, tal y como sus ancestros lo habían sido, fue uno de tantos hombres que habían venido antes que él, fue un espartano, un griego luchando contra las huestes del ejército persa, un romano, un legionario enfrentando a los rebeldes, a los salvajes británicos del norte, fue un vikingo invadiendo las costas inglesas.

La sangre volaba por los aires, salpicándole la cara de una manera bestial. Toda su ropa y piel se había teñido de rojo. Una de esas cosas mordió al hombre que tenía al lado. Aarón se giró rápido y le asestó una fuerte patada. El zombie se fue de espaldas, llevando consigo un trozo de carne del bíceps del hombre. Éste aulló de dolor. Todo se volvió rojo. Una de esas criaturas se lanzó hacia su cuello, con los brazos estirados hacia el frente. Aarón lo vio, pero no le daría tiempo de girar para golpearlo, estaba perdido, lo mordería, era su fin.

Pero algo golpeó al zombie desde abajo, una masa flacucha y con forma de niño. Tacleó al zombie con toda la fuerza de su escuálido cuerpo. Fue un tacleo más bien vergonzoso, débil. Pero le dio a Aarón el tiempo suficiente para terminar de dar la vuelta y asestar un culatazo en la frente del hombro, la cual se resquebrajo en medio de un sonido grotesco y chorreante, como el de una cañería rompiéndose y dejando salir toda la mierda. El hombre cayó de espaldas, con la mirada perdida, volteando hacia todos lados, antes de que su cerebro comenzara a escurrírsele por el rostro y su cuerpo dejara de moverse para siempre.

—Ey muchas gracias niño —dijo rápidamente —ahora ve de regreso con tu mamá. Aquí no es seguro.

—De nada —respondió en tono sarcástico, como si esperara un mayor nivel de agradecimiento o más crédito por lo que acababa de hacer. Pero Aarón no podía perder el tiempo con ese niño, no con tantos muertos rondando por ahí.

Los dos hombres que habían ido por armas finalmente llegaron, con tres rifles completamente cargados. Le dieron uno a Isaac, quien lo tomó apresuradamente, y entre los tres desataron el infierno sobre

los muertos vivientes. Los casquillos de las balas usadas cayeron al suelo, y una fina nube de polvo (ocasionada tanto por los disparos así como por los trozos de yeso de las paredes que se desprendían debido a las balas perdidas o aquellas que atravesaban de tajo a los zombies) se levantó, picándole la nariz a Aarón.

Aarón estaba cansado, el sudor y la sangre le nublaban la visión, le pegaban la camiseta y el pantalón a la piel, pero él se mantenía firme, golpeando con contundencia allá donde hubiera una cráneo para ser despedazado, acercándose peligrosamente hacia él. Giró levemente el cuerpo, cuando su hermano y los otros hombres empezaron a despejar las escaleras de zombies. Más atrás, un grupo de personas había neutralizado a uno de los zombies que habían pasado la barrera inicial que él e Isaac representaban.

Un hombre, tres mujeres, incluida Selena y el niño que lo había salvado, distraían al zombie, jalándolo de los brazos, desde cuatro puntos diferentes, y le estaban clavando cuchillos que probablemente habían conseguido en el local de sushi, en el abdomen y el torso. Pero el monstruo no caía. Su pecho sangraba profusamente, un brazo le colgaba, con el hombro dislocado, pero él seguía atacando a quien tuviera más cerca. Un poco más atrás, casi al fondo, un zombie, de rodillas como si fuera un musulmán rezando, se deleitaba con el cadáver de un niño, hurgaba enérgicamente con los dedos dentro del pequeño abdomen y mordía los intestinos que iba sacando; Aarón vio entonces que el niño aún no moría, tenía los ojos abiertos, y estaba completamente inmóvil, pero en estado de shock. Y nadie hacía nada. Los malditos y malditas eran tan cobardes que nadie había hecho nada por evitar que esa cosa despedazara al niño. A Aarón le hirvió la sangre. Corrió hacía allí —el muerto llevaba un uniforme militar—, y tacleó al maldito. Después se sentó a horcajadas sobre el pecho del muerto y comenzó a golpear con la culata, cegado por la ira, el rostro de ese soldado, una otra y otra vez. El arma ascendía hacia el cielo y después bajaba como un rayo d la ira divina hacia la cara del soldado muerto. Cada vez que Aarón volvía a alzar el arma, esta estaba un poco más ensangrentada. La cabeza del zombie rebotaba con un sonido escalofriante contra el suelo, cada vez que su, nariz boca o mejillas eran impactadas por los golpes de Aarón. Pero se negaba a morir. Aarón tardó varios golpes, pero al décimo, finalmente lo logró. La culata atravesó justo por encima de la nariz y entre las dos cejas, el rostro del hombre. Su cabeza impactó por última vez contra el frío suelo y sus ojos sin brillo finalmente se apagaron del todo. Lo malo: el arma quedó atorada, se estancó en el hueso. El niño a un lado de ellos, finalmente había muerto.

De pronto, notó miradas sobre él, como si fuera el centro de

atención. Resollaba ruidosamente, y sus pulmones absorbían oxígeno trabajosamente. Alguien empezó a aplaudir. Los aplausos se acercaron. Intentó sacar el arma de la cabeza inerte, pero sólo se asqueó cuando al jalar, el cuello se desgarró un poco y dejó salir sangre combinada con otros fluidos.

—Vaya, vaya hermanito, parece que tenemos a todo un guerrero aquí. —era la voz de Isaac —¿Pero qué te hizo ese pobre hombre para golpearlo con toda esa saña? Vaya, pero si le has desfigurado por completo el rostro.

Aún hincado, Aarón giró el rostro. Parecía el héroe de acción de alguna de las películas de Hollywood que tanto le gustaba ver de niño. Después se puso en pie y giró, para quedar frente a su hermano. Dos hombres sostenían al otro zombie por los brazos, cada uno jalando con fuerza, para que el zombie no escapara, mientras este lanzaba furiosas dentelladas hacia ellos. Un tercero, clavaba descontroladamente un cuchillo de caza una y otra vez en el estómago del muerto, los intestinos le colgaban, sobresaliendo por debajo de los jirones de lo que había sido una camiseta deportiva.

—Ya mátenlo de una vez —rugió Aarón.

Los tres hombres se le quedaron mirando, con expresiones divertidas en sus rostros, después, como queien decide que no ale la pena, siguieron en su asunto, ignor´ndolo pr completo.

—Chicos, mi hermanito tiene razón —gritó Isaac —.Ya maten a ese bastardo y después rematen a los que hayan muerto manos de alguno de ellos. No queremos que nadie se levante de nuevo —hizo una pausa, una macabra pausa —. Y después pasen por las armas a cualquiera que haya sido mordido —ordenó.

Los hombres se apresuraron a acatar las órdenes. Los zombies se habían terminado, al menos de momento. Y las personas en ese pequeño espacio del aeropuerto, creyeron que se encontraban a salvo, que finalmente habría un poco de paz después de la locura. No sabían lo equivocados que estaban; la pesadilla no había hecho sino sólo comenzar.

9

Entonces el infierno se desató. Primero fue una escena aislada, algo que no incumbía —o no debería haberlo hecho—, al resto de refugiados en el aeropuerto.

—Sabes que te acabo de salvar la vida, ¿verdad? —inquirió él en tono amenazador.

—Lo sé y lo agradezco —respondió ella, incómoda.

La chica intentó caminar, irse de ahí. Él se movió a la izquierda, cortándole el paso, pegándose a la barra donde te despachan de un Burger King y recargándose sobre ella. Miradas indiscretas empezaron a voltear disimuladamente hacia ellos.

—Por favor, déjame ir —dijo ella. Había un poco de súplica en su voz y el asomo de miedo en sus ojos.

—No —los ojos de él centellearon. El poder de la autoridad se reflejaba en ellos —No me volverás a rechazar —musitó entre dientes, para que nadie cercano, más que ella, pudiera oír. Llevó la mano a la empuñadura de la Beretta que le había quitado al soldado, la cual sobresalía debajo de la playera negra sin mangas y completamente manchada de sangre.

El hombre la miró fijamente. Los ojos alternaban entre los de ella y sus senos asomando bajo el escote de una fina playera de tirantes.

—Yo…, yo no te rechacé —ella rehuía su mirada. Miraba al suelo y hacia los lados, en busca de ayuda.

Pero la ayuda no llegaría, al menos no para ella. Los hombres, los que estaban a las órdenes de ese maldito, habían disparado sin reparos a tres de los ocho militares que se habían negado a entregarles el resto de munición y sus pistolas reglamentarias. Los otros militares estaban demasiado perturbados como para hacer algo, además de desarmados. Y el resto de personas…, bueno eran muchos, pero al igual que ella, se encontraban completamente indefensos, sin contar con el hecho de que debían sus vidas en buena parte a esos doce hombres, así que ¿por qué habrían de ponerse en una situación de riesgo para ayudarla a ella?

Ella los había contado, en total eran doce hombres, doce hombres con los rifles semiautomáticos, granadas, cuchillos y pistolas que les habían quitado a los militares. Ni siquiera los muertos habían podido matar a esos malditos. Eran como una plaga que se resistiera a ser

extirpada de la tierra. Y ahora ella estaba atrapada en la maldita zona de comida rápida con todos ellos.

Él llevó una de sus manos al brazo de la mujer. Ella sintió asco, y mostró toda su repulsión en una mueca que desfiguró momentáneamente su rostro.

—¡No me toques! —gritó alterada.

—Escucha, pequeña zorra, acabo de salvar tu vida y la de todos aquí —respondió, sin soltarle el brazo —, lo menos que puedes hacer es mostrar un poco de gratitud.

—Ya te dije que estoy agradecida —dijo ella, en un desesperado intento por sonar conciliadora.

—No te creo.

—Nos salvaste, nos salvaron.

El hombre acercó los labios a su rostro y ella pudo sentir el aliento fétido que despedía.

—Sigo sin creerte.

—Yo…, yo no sé qué quieres que te diga.

El miedo comenzaba a apoderarse de ella. La intuición de que esa situación podía descontrolarse de un momento a otro. Volteó hacia las escaleras, repletas de cuerpos arrumbados y amontonados contra la pared en el nicho inferior. Si tan sólo pudiera llegar hasta ahí, nadie se atrevería a seguirla por temor a encontrar más muertos en el piso inferior.

Y de pronto, sin previo aviso, pasó. La situación se descontroló, y al menos una docena de personas fueron testigos de ello.

El hombre llevó la mano que tenía recargada sobre la barra, directa al seno izquierdo de la mujer. Ella se quedó congelada donde estaba, petrificada. Pensó en darle una cachetada con todas sus fuerzas, o inclusive un puñetazo en la nariz; y en circunstancias normales eso hubiera hecho, era lo que cualquier mujer que se respetara habría hecho. Pero entonces cayó en la cuenta, distaban mucho de estar en circunstancias mínimamente cercanas a normales. El mundo se había ido al carajo y el hombre que ahora apretaba su seno con lascivia entre su mano llena de sangre, tenía armas, y lo peor de todo, aquellos que podrían ayudarle —los demás hombres con armas—, parecían estar a sus pies, llevaban toda la tarde acatando sus órdenes y lo habían hecho su líder indiscutido.

La mujer sintió como el alma se le desplomaba al ver que nadie reaccionaba, nadie daba un paso al frente en su defensa. Él estaba ahí parado, en medio de todos, apretándole el pecho como si ella fuera

una simple mercancía, la puta de algún burdel barato, y nadie parecía que fuera a hacer algo. Estaba perdida.

—Así es como te creería que me estás agradecida —dijo él con una ancha sonrisa que dejaba ver sus dientes dispares.

Ella se mantuvo en silencio. El hombre sacó la pistola y la puso en el mentón de ella. Acercó su rostro al cuello de la chica.

—Jamás olvidé la forma tan brutal en que me rechazaste —susurró, haciendo presión en la garganta con la empuñadura del arma —.Aún hoy, hay gente que se burla de mí en redes sociales por tu culpa —el odio bullía en su voz —.Pero ahora, vas a pagar las consecuencias de tus actos, de tu frivolidad.

Y acercó el cuerpo al de ella. La mujer pudo sentir la repulsiva erección de él pegada contra su muslo. El hombre empezó a mecerse suavemente, restregando su pene erecto contra su piel. La rodeó con el brazo libre y siguió apretando, atrás, adelante, en una parodia macabra de lo que harían dos amantes en la intimidad.

En ese momento ella lo supo, no habría escapatoria alguna, la salvación no llegaría. La única forma en que eso acabara, en que la pesadilla terminara, sería que una nueva horda de muertos hambrientos, apareciera por esas escaleras y acabaran con todos los humanos restantes, que los devoraran a todos.

Pero aún pasarían varias horas y sucederían muchas cosas malas antes de que la siguiente horda de muertos vivientes llegara hasta ese aeropuerto.

Cuando Aarón lo vio, no pudo dar crédito a lo que sus ojos veían. Aunque a decir verdad, tampoco podía decir que le sorprendiera. En su fuero interno sabía que su hermano era un maldito salvaje, era como esos vikingos que entraban a un pueblo a saquear y de paso quemaban todo cuánto estuviera a su paso y violaban a cuánta mujer pudieran.

Isaac tumbó a Selena en el suelo. Después se puso en pie, sin dejar de apuntarle a la mujer con el arma. La erección era visible para todo mundo debajo de los pantalones caqui. A él no parecía importarle.

—Ustedes dos, vigilen las escaleras —le ordenó Isaac a dos hombres, señalándolos con la cabeza —.Y tú, ve a vigilar la otra barricada, la que da al pasillo.

El hombre bonachón, que ya no lo parecía en absoluto, se apresuró y fue trotando hasta ese extremo del recinto.

—Y ustedes —dijo Isaac dirigiéndose a los siete hombres armados restantes —.Separen a las personas por género.

Sus ojos destellaron con un brillo macabro, fueron los ojos del sádico torturador medieval, del cruel verdugo que ama su trabajo.

—¿Para qué? —preguntó confundido el hombre alto.

Y vaya que era alto, pensó Aarón. Debía de medir al menos un metro con noventa.

—Si este es el fin del mundo —respondió Isaac con una ancha sonrisa de tiburón en sus labios —¡Entonces al menos vamos a divertirnos como nunca en la vida antes de irnos al otro mundo!

La comprensión se dibujó en los ojos del hombre alto, al tiempo que una sardónica sonrisa asomaba a su rostro. Levantó el arma hacia el grupo de personas que tenía más cerca —un anciano, dos mujeres de mediana edad, una adolescente y un niño —y les gritó.

—Ey ustedes, sepárense. Anciano, tú y el niño vayan a esa esquina, donde están el pasillo y la barricada —dijo, señalando con el cañón del arma hacia dónde debían ir.

Después volteó con mirada hambrienta hacia las dos mujeres, les concedió un rápido escaneo, y después sus ojos brincaron hacia la adolescente y se detuvieron ahí durante largos segundos, haciendo un escaneo mucho más minucioso y lento que el de las otras mujeres.

—Ustedes —dijo con la voz quebrada por la anticipación —, vayan hacia allá.

Y señaló el extremo opuesto de donde habían ido el anciano y el niño.

—Pero nosotras…, nosotras no…—empezó a balbucear una mujer, la que parecía más grande de las dos, tendría cuarenta años y una horrible camisa hippie que parecía un poncho.

—Sólo sigan las órdenes señora. Necesitamos algo de orden —la cortó el hombre alto.

Aarón sabía que tenía que hacer algo, interceder por la adolescente de pelo castaño, ayudar a Selena, lo que fuera. Pero estaba congelado. Simplemente veía todo como un simple espectador, como si en vez de estar ahí, se encontrara sentado cómodamente en su sillón, con el televisor encendido frente a él y una suculenta bolsa de palomitas en el regazo. Pero sólo vio cómo el hombre alto clavaba su mirada en el trasero de esa chica.

Los seis hombres restantes, siguieron el ejemplo del alto, y comenzaron a segregar a las personas en dos grupos. Aarón volteó la mirada hacia su hermano, quien seguía de pie al lado del cuerpo acostado de Selena, quien lo miraba estupefacta, con los ojos inyectados en sangre debido al miedo. Isaac la miró, como

hipnotizado, guardó la pistola en la bolsa de su pantalón, y sin apartar la mirada ni un segundo del cuerpo de modelo de Selena, se quitó el cinturón.

Aarón caminó hacia él. Con consternación en la mirada.

—¿Isaac, qué estás haciendo…?

Antes de poder reaccionar, Isaac había sacado el arma del pantalón y la había levantado en un veloz movimiento. Apuntaba hacia Aarón.

—Aléjate hermanito —ordenó —sé que te gusta hacer de caballero en armadura reluciente, y más cuando se trata de perras tan buenas como esta. Pero por esta ocasión, vas a tener que mantener tu maldito complejo de héroe bajo control.

Agitó la pistola ante la cara de Aarón. Quien se mantuvo callado, sin idea de qué decir. Ante la nula respuesta, Isaac volvió a gritar:

—¿Entendiste? —silencio, por unos segundos nadie habló —¡ Pregunté que si entendiste, maldita sea!

—Sí —fue la mansa respuesta de Aarón.

Tenía miedo, miedo de su propio hermano, pero no sólo de él, también del resto de hombres armados que eran ahora su séquito. Sabía que si intentaba algo, esos hombres lo detendrían, eso en el mejor de lo casos, en el peor, bueno quería imaginar que se conformarían con dispararle sólo en una rodilla para incapacitarlo. Así que se limitó a echarse la correa de su arma al hombro, y dar unos pasos hacia atrás.

Entonces empezó. Más tarde, cuando Isaac recapitulara todo en su mente frente a una fogata en el bosque, se daría cuenta que justo ahora, había sido el momento en que todo se había ido a la mierda. Si hubiera intentado un poco más defender a esa mujer, si hubiera dado algún discurso medianamente motivador, quizá todo habría sido diferente, quizá, quizá, quizá. La pura y dura realidad es que no hizo nada, se limitó a observar. Cuando pensara en este momento, sólo una cosa se le ocurriría, una verdad innegable: había sido un cobarde. Podía pelear contra muertos vivientes y salir bien librado, pero no podía oponerse a los deseos retorcidos de su hermano.

Isaac se bajó los pantalones con un movimiento presuroso, como adolescente a punto de tener sexo por primera vez. Después bajó lo bóxers, y ambos quedaron enrollados alrededor de sus tobillos. Su pene se elevaba completamente erecto con la playera cayendo en cascada sobre él. Selena empezó a llorar. Primero fue un débil gimoteo, pero un instante después, las lágrimas comenzaron a desbordar por sus mejillas

—Por favor no lo hagas —suplicó ella. El cabello negro contrastaba contra el gris de las frías losas del suelo.

—Ahora me suplicas ¿eh? —respondió en tono jactancioso.

Isaac se puso de rodillas, a un lado de ella. Un hombre mayor, de pelo blanco y lentes ridículos hizo ademán de acercarse hacia ellos. Toda la gente miraba estupefacta esa escena. Una madre le había tapado los ojos a su hijo, aún no los habían separado. El hombre de pelo blanco (viéndolo bien, era casi un anciano) no alcanzó a dar ni un paso cuando un tipo regordete, bajito y con un paliacate en la cabeza —uno de los hombres con rifles—, se acercó hasta él y le cortó el paso.

—Déjame pasar —exigió el anciano.

—No es asunto tuyo hombre —respondió secamente.

—Claro que lo es, no puedo quedarme cruzado de brazos mientras él… mientras él.

El sujeto del paliacate alzó el arma y apuntó directo a la cara del anciano.

—¿Realmente estás dispuesto a recibir una bala en tu cara por una simple puta?

El del paliacate no parecía estar bromeando, el hombre de pelo blanco se le quedó mirando. Su voluntad había flaqueado considerablemente, y no era de extrañar, a nadie le gusta tener un arma completamente cargada apuntándole al rostro. Caminó hacia atrás y regreso a donde había estado. El resto de personas intentaron ignorar lo que Isaac iba a hacer, pero no podían, era algo demasiado monstruoso.

—Oye hombre —dijo el del paliacate, dirigiéndose hacia Isaac — los demás también queremos un poco, ¿piensas compartir? Si no dime ahora, para no volver a cubrir tu culo desnudo.

—En cuanto termine, les llegará el turno a todos, tú tranquilo — respondió Isaac, quien tenía encañonada a Selena y el cuerpo muy pegado al de la mujer.

—Está bien —respondió el hombre con una macabra sonrisa en los ojos. Miró lascivamente a Selena, recorriendo con la pura mirada todo su cuerpo. Se lamió el labio superior y volvió a montar guardia.

Todos los hombres con rifles miraban fascinados a Selena, algunos incluso habían comenzado a buscar a sus propias presas dentro del grupo de mujeres. El hombre alto lanzaba unos ojos hambrientos hacia la adolescente en quien había reparado minutos antes.

Isaac le bajó los pantalones a Selena sin ningún tipo de reparo o

consideración. Llevaba una tanga roja que fue arrastrada por la mezclilla y quedó enrollada en medio de los blancos muslos. Todos los hombres miraban la escena estupefactos. Aarón (supuso que al igual que la mayoría) tuvo una erección instantánea debajo del pantalón en cuanto vio las largas y desnudas piernas de la mujer. Isaac se sentó a horcajadas sobre los muslos de la mujer, arrancó su tanga, rompiéndola y después la echó al suelo, a un lado.

—Ya no la vas a necesitar —dijo entre jadeos.

Puso las manos junto a los brazos de la mujer y pegó su cuerpo al de ella. Selena gritó, muerta de asco y terror a partes iguales. Isaac se llevó la mano al pene, para guiarlo hacia adentro de la mujer. Ella empezó a sollozar, a lanzar débiles gemidos, suplicando por una ayuda que jamás llegaría. Entonces la penetró, y en cuanto lo hizo, la expresión y actitud de Selena cambió. La resignación suplió al miedo, al asco. Su rostro adoptó una expresión cenicienta, como la de un cadáver, y de hecho eso era, ahora ella estaba muerta en vida. Dejó de sollozar, y simplemente quedó con la mirada perdida en la eternidad, en la nada.

—Déjala en paz, bastardo —gritó una mujer desde el extremo donde estaban reunidas, que estaría rondando los cincuenta años, y tenía la pinta de senadora o alguien con un puesto importante.

Uno de los hombres, dio largas zancadas hacia ella y le estampó la culata de su rifle en el rostro. La sangre comenzó a manar copiosamente de la nariz y la herida abierta en la mejilla. La mujer estuvo a punto de caer al suelo, pero otras tres que estaban detrás la detuvieron. Todas miraron horrorizadas hacia el hombre, quien paseó la mirada por todas ellas, escudriñándolas, eligiendo la presa más adecuada. Cuando sus ojos se posaban en una mujer, adolescente o niña, ésta se encogía, como intentando desaparecer de ahí.

Mientras tanto, Isaac seguía penetrando salvajemente a Selena. Un hililllo de sangre corría por el muslo de la mujer. Su cabeza rebotaba contra el suelo, arriba y abajo, al ritmo de las embestidas de Isaac. De pronto el movimiento se empezó a hacer más frenético, Isaac comenzó a jadear más a prisa, empujar la cadera con más fuerza, y de pronto, llegó la calma. Su hermano había eyaculado. Se puso lentamente en pie, con el pene aún erecto y escurriendo semen y sangre mezclados en una pegajosa sustancia de color rosado.

—Ya no me volverás a rechazar.

Dicho eso, inclinó ligeramente la cabeza hacia ella y le escupió directo al rostro. Ella ni se inmutó.

—Mi turno —dijo ansioso el del paliacate, y se desabrochó el cinturón.

—Espera —lo cortó Isaac —.Aún hay alguien aquí que debe mostrarnos su lealtad.

A Aarón se le vino el alma abajo cuando su hermano dijo esas últimas palabras al tiempo que se giraba hacía él y lo observaba con una mirada burlona, la mirada del zorrillo que sabe tiene arrinconada a su presa.

—Hermano ¿crees que no vi cómo le mirabas las piernas? sé que te excitó cuando la penetré —dijo Isaac, jugando con la mente de Aarón, como si pudiera mirar en su alma y ver todos sus secretos, sus más oscuros deseos —dime acaso que no deseas probarla, que no añoras saber lo que es estar adentro de una mujer tan hermosa como ella en vez de una de las putas que frecuentas. ¿No quieres saber lo que se siente eyacular adentro de una vagina de primera clase? Acércate, quítale la playera. Cuando veas esas tetas perfectas, cuando las sientas entre tus manos, verás que toda tu vida has estado sumido en la oscuridad. Entre sus piernas está el paraíso, ¿Lo vas a probar, o vas a ser un marica?

Aarón estaba como hechizado por las palabras de su hermano, además de por el cuerpo escultural de modelo de Selena. Su pene estaba tan duro que parecía a punto de explotar. Se encontraba al borde de la locura, parado en esa cuerda floja, que es tan delgada como un hilo dental, que separa a un hombre normal de un violador. La misma cuerda que pisa un adolescente de diecisieta años que se encuentra en una fiesta a una chica completamente desmayada por el aalcohol y decide violarla, sabiendo que al ser menor de edad, la ley no lo puede castigar. La línea que pisa de un oficinista común y corriente que hace un acto bondadoso por una mujer de su gimnasio y ésta le responde con una completa indiferencia y lo bloquea para siempre de todas sus redes sociales, así que el oficinista la espera afuera de su casa y cuando ella llega, antes de que alcancé a abrir la reja, el hombre se lanza contra ella y le estampa una piedra contra el cráneo, para después meter su cuerpo inerte en la cajuela de su auto y llevarla a su sótano.

Así que en ese dilema estaba su alma. Pero al final, su instinto, ese ser primario y oscuro, prevaleció. Se acercó hasta la mujer con ojos de loco, unos ojos que parecían de psicópata caníbal de alguna película de terror de bajo presupuesto, y se hincó junto a ella.

Tomó uno de sus desbordantes senos. No llevaba brassiere. Su pene no podía estar más duro. Su excitación era tal, que comenzaba a doler. Una vocecita interna le gritaba que no lo hiciera, que después se arrepentiría. No le hizo caso. Se bajó rápidamente los pantalones. Aarón Márquez había cesado de existir, ahora sólo había una bestia primaria enfundada en su piel, un animal primitivo cuyo único deseo

era poseer a aquella mujer.

Su pene se alzaba enérgico y palpitante, apuntando hacia Selena, como si él mismo anticipara quién sería su víctima. Llevó las manos al cuello de la camisa morada de la chica, y con un rápido movimiento la desgarró hacia abajo. Los dos pedazos de tela cayeron ligeros a un lado de la mujer. Sus enormes senos se desbordaron en su pecho. Aarón no podía más, estaba tan caliente, que sentía podría venirse sin siquiera tocar a Selena.

Ahora la mujer estaba virtualmente desnuda.

—Hombre, deja de contemplarla y apresúrate —le ordenó el del paliacate.

Isaac sonreía. A pesar de que la acababa de montar, volvía a empezar a sentirse caliente otra vez.

Aarón se subió a ella. Olía tan delicioso, como a bosque en una noche de luna llena. Y este fue el último pensamiento racional que tuvo. Su cerebro se desconectó. Llevó su pene hacía ella, hacía la calidez de su sexo, la penetró sin apenas dificultad, y se deslizó fácilmente dentro de ella. Entonces era cierto, esa chica había pasado por una cantidad innumerable de hombres. La chica estaba tan quieta e inmóvil que por un momento supo lo que sentían los amantes de la necrofilia. Coger con un cadáver no era del todo desagradable.

Aarón giró el rostro hacia donde estaban el resto de las mujeres. Todas lo veían estupefactas, con expresiones de miedo y rabia en los rostros. No le importó. De hecho, ser observado por tantas mujeres a la vez lo excitó aún más. Su movimiento se aceleró, empezó a dar embestidas enérgicas dentro de Selena, apretó salvajemente los senos entre sus bpuños, y sin un solo gramo de delicadeza, explotó con furia dentro de ella. Selena se mantuvo igual de quieta y con la misma mirada pérdida.

Aarón se echó a un lado, con su miembro aún erecto chorreando de sangre y semen. Apenas se había quitado de encima de la mujer, cuando el hombre del paliacate ya estaba encima de ella. El sujeto le dio la vuelta, dejándola bocabajo y se dispuso a violarla.

El resto de hombres terminaron de segregar a los civiles, junto a la barricada al fondo, la que tapaba el pasillo, había unas treinta mujeres, según pudo calcular Aarón. Todas lucían la misma expresión aterrada en sus rostros.

—Hey tú —gritó uno de los hombres de Isaac, uno con un tatuaje de dragón en el cuello —, sepárate de ella —le espetó a un joven que abrazaba a una hermosa mujer de piel morena.

—No la voy a abandonar, es mi esposa, jamás la dejaré sola.

El hombre prefirió no discutir. Llevaba el rifle en alto cuando le había gritado al chico (que no rebasaría los treinta años), así que se limitó a jalar el gatillo. El estruendo del disparo resonó amplificado por el espacio cerrado dentro de los oídos de todos como si un martillo se les hubiera metido en el cerebro. La rodilla del chico explotó en una fuente de sangre y éste cayó al suelo.

—Aléjate de él —le ordenó a la mujer, quien había empezado a gritar llena de histeria y terror —. Aléjate a menos que quieras que lo mate.

El chico aullaba de dolor, pero al ver que el hombre dirigía el cañon hacia su esposa, le dijo con la voz lo más serena que pudo:

—Amor, haz lo que te dice, ve con el resto de mujeres.

—Hazle caso a tu hombre —dijo con sorna.

La chica comenzó a caminar cabizbaja, en una actitud completamente derrotada, y mirando de soslayo hacia su joven marido.

—Así me gusta —volvió a burlarse —Espero a mí también me vayas a obedecer así.

—Eres un maldito.

El chico se lanzó contra el hombre. Fue lo último que hizo. Sin saber cómo, el chico se levantó y le puso las manos encima, hundió los pulgares en los ojos del hombre, pero este seguía aferrando el rifle, así que con desesperación, apretó el gatillo. Tres balas perforaron el pecho del joven, matándolo al instante. El cuerpo cayó al instante, pesado y sin vida, pero se llevó con él, la vista del hombre. Al morir, los dedos del chico se contrajeron en un rictus fatal que hundió las viscosas masas oculares profundo en las cuencas, dejándolo ciego para siempre.

Pero había algo que el hombre del tatuaje de dragón no sabía al momento de asesinar al muchacho, algo que sería la perdición para todos los que se encontraban hacinados en el área de comida rápida de ese aeropuerto.

Esa mañana David Espinoza, junto con su bella y flamante esposa, Andrea Estévez (la nueva señora Espinoza) habían decidido ir a celebrar su recién consumado matrimonio (aunque hace un mes que habían regresado de su luna de miel) al centro de la ciudad, irían a dar un paseo y después se detendrían a comer en alguno de esos lugares con terraza al aire libre o mesas sobre la banqueta. En fin, una idílica tarde a mitad de semana. Este tipo de lujos se los podían dar gracias al trabajo de David, era técnico en informática, y brindaba asistencia y soporte a varias empresas transnacionales, pero él podía

decidir qué día iba y a qué hora con cada una de ellas para darles ese mantenimiento. Y había veces que incluso lo podía hacer de forma remota, desde su casa.

Ahora más que nunca, Andrea sabía que había tomado la decisión correcta al casarse con un chico nerd, adicto a las computadoras, por mucho que la adolescente terca e inmadura que alguna vez fue, hiciera berrinches en su mente, enojada de que no escogiera al tipo malo, de chamarra de cuero y montado en una motocicleta con el que se había prometido a sí misma que viviría feliz para siempre.

Pero esa apacible comida en un restaurante de lujo jamás llegó.

Iban caminando tranquilamente cuando la rueda de prensa que comenzaba a montarse llamó su atención. La curiosidad pudo más y se quedaron a ver como Norman Hayes anunciaba los progresos en su investigación acerca del Asesino del Metro.

También estuvieron ahí presentes cuando los muertos se abalanzaron sórdidamente contra la audiencia. Lograron escapar por muy poco. Pero antes de escapar e ir por el coche, uno de los muertos, que tropezó, alcanzó a morder en el tobillo a David. Fue una herida pequeña, poco más que un rasguño, pero aun así, la sentencia de muerte ya estaba grabada en su sistema. Tardaría en hacer efecto, pero lo haría. Convertiría a David. Pero él no lo sabía, sólo se limitó a patear el cráneo del muerto y salir corriendo de ahí, con su esposa. Salió de la ciudad y fueron al aeropuerto, dispuestos a comprar boletos a cualquier lugar, a donde fuera, pero lejos de ahí. Y también decidido a nunca separarse de su esposa, la protegería sin importar la situación. Y esa decisión sería su perdición, sería la culpable de que le dispararan una bala en la pierna y tres en el centro del pecho.

Así que el hombre del tatuaje de dragón no cometió un error al matar a David Espinoza; su error fue que ninguna de las balas le atravesó la cabeza.

Al matar al chico, lo único que había conseguido era acelerar el proceso y marcar una sentencia de muerte para todos los sobrevivientes.

Cuando David Espinoza dejó ciego al del tatuaje, esto envalentonó al resto de hombres desarmados, que se lanzaron en un feroz ataque hacia los tipos con rifles. Algunas mujeres también se lanzaron contra ellos. Fue una carnicería.

Después de haber matado a tantos zombies, los hombres de los rifles, estaban total y absolutamente desensibilizados.

Abrieron fuego contra los hombres sin pensárselo dos veces. Dispararon y siguieron disparando hasta vaciar sus cargadores.

Las balas destrozaron caras, pechos, cercenaron brazos. Las paredes y el suelo se mancharon de un rojo tan oscuro que podía pasar por negro, la sangre se escurrió hasta los pies de Aarón, quién miraba perplejo la escena.

Entonces Isaac hizo algo inimaginable. Avanzó dos pasos, llevó la mano al bolsillo de su pantalón y extrajo la granada, pequeña como un mango o alguna otra fruta similar. Tomó el seguro por la anilla y lo quitó. Contó hasta dos y aventó la granada al fondo de la habitación, a la esquina donde hace unos segundos antes estaban amontonados todos los hombres. La granada golpeó el suelo y rebotó dos veces. Isaac se cubrió, se enroscó entre sus piernas, protegiéndose el rostro. Aarón se quedó como idiota, hipnotizado por el movimiento de la granada. Entonces esta se desvaneció en medio de una explosión de fuego, caos y un sonido que parecía a punto de romperle los tímpanos. Cinco hombres, incluidos un adolescente y un niño, murieron al instante. La onda expansiva de la detonación, tiró a varias personas al suelo o las hizo tambalearse, entre ellas a Aarón.

La metralla salió disparada en todas direcciones, alcanzó a mujeres, niños, a los hombres de los rifles y a los hombres que intentaban defender a las mujeres; hirió a todos por igual. Un trozo de metal le rebanó la rodilla a una mujer que cayó en el centro de la estancia en medio de chillidos descomunales y mucha, mucha sangre brotando de la herida.

La batalla cesó. Isaac se puso de pie nuevamente y rio descontroladamente. Habían ganado. Era hora de que los guerreros se dieran su festín.

—¡Amigos míos! —gritó en un paroxismo de locura. Ahora más que nunca se parecía al maldito Joker de los cómics más retorcidos de Batman —!Ha llegado su hora, deléitense con las mujeres que tenemos este día para ustedes! ¡Elijan el espécimen que más les guste!

El hombre alto, se relamió los labios, y sin pensárselo dos veces fue por la adolescente. En su mirada había un hambre obscena, lasciva, el infierno habitaba en sus ojos. La niña chilló y se encogió, retrocedió hacia la pared. Pero el hombre siguió avanzando, sacó la pistola de su bolsillo y la amenazó con ella. Al sentir el arma en su garganta, la chica no hizo otra cosa más que quedarse congelada, petrificada, como si por arte de magia algún mago prodigioso la hubiese convertido en estatua.

—Póntela en la boca —le ordenó el hombre.

La chica abrió la boca, y el cañón de la Beretta entró en ella. El sujeto la empezó a agitar, primero con movimientos lentos y cuidadosos y después con más velocidad y agresividad, lastimándole

los dientes y el paladar. Sus labios se llenaron de sangre. Entonces el hombre se empezó a bajar el pantalón. Aarón no podía más, apartó la mirada. Cerró los ojos, los apretó con fuerza y deseo estar en cualquier otra parte, deseó que al abrirlos se pudiera convertir en otra persona. Los abrió pero nada pasó, seguía ahí, en ese maldito aeropuerto donde la gente se había desquiciado, y todavía era él mismo.

El hombre bonachón (que ya no lo era) se acercó hasta una mujer alta de cabello castaño, le sacaría al menos unos treinta centímetros.

—¡Arrodíllate! —le ordenó.

Pero ella permaneció de pie, mirándolo desafiantemente. Él se limitó a golpearla en el estómago con la culata de su rifle. Cuando ella se arqueó por el dolor, él volvió a golpearla con el rifle, pero ahora en pleno rostro, el tabique de su nariz se quebró, desfigurándola al instante e hinchándole las mejillas, por debajo de los ojos. La sangre manó como arroyos descontrolados por sus fosas nasales.

Los demás también dieron rienda suelta a sus deseos carnales. El maldito infierno se había desatado, Aarón estaba presenciando un pandemónium. Creía que nunca vería algo más aterrador que la horda de zombie pegados contra los cristales del aeropuerto; se había equivocado, esta maldita escena dantesca que se desplegaba ante sus ojos, lo superaba en terrorífica, y por mucho.

El hombre alto le había bajado los pantalones a la niña, ella pese a su corta edad también tenía una tanga, la cual estaba enrollada alrededor de sus tobillos, junto a los leggins que tantas miradas habían robado. El hombre la violaba compulsivamente, como si la vida se le fuese en ello. Una mueca de odio se dibujaba en su rostro bañado de sudor, mientras empujaba su pene hacia un sexo que aún no estaba preparado para recibirlo. La niña mostraba la misma expresión perdida de Selena.

Diez mujeres y adolescentes más, eran golpeadas y violadas. El resto no podía huir, Isaac les tapaba el paso, apuntándoles con una de las pistolas robadas a los soldados. Los gritos lastimeros tanto del terror psicológico de las mujeres que podían anticipar lo que se avecinaba, así como el dolor físico de las demás, se alzaban en un estruendo que helaba la sangre, una mezcla de decenas de gritos capaces de llevar a la locura a un hombre.

Aarón miraba impotente la escena, con la espalda recargada contra la pared, todo parecía transcurrir en cámara lenta. Creyó que lo peor había pasado. Qué poco conocía a su hermano.

Se puso en pie y caminó hacia su hermano.

Isaac estaba sudoroso y seguía agitado después de… después de

las terribles acciones que habían perpetrado.

—Isaac, tenemos que largarnos de aquí —le pidió Aarón.

—¿Por qué? —inquirió este —a mi forma de ver, aquí estamos bastante seguros.

—No entiendes —dijo Aarón.

—¿Qué hay que entender? —Isaac siempre había sido pedante, y algo pendenciero, pero ahora que tenía un arma semiautomática a su disposición, estaba descontrolado. Además de contar con una docena de tipos tan enojados y frustrados como él mismo que lo seguían, adoptándolo instantáneamente y por consenso como su nuevo líder —. Tenemos armas, el aeropuerto a mí me parece bastante seguro y estamos lejos de la ciudad. Yo no me voy a mover de aquí.

Aarón no podía soportar estar ahí metido, junto a todos los cadáveres, pero los demás parecían no tener problema. Habían sido varios cientos de personas esa tarde, pero ahora el total se había reducido a sólo dos docenas de hombres que vagaban o caminaban por los enormes y anchos pasillos del aeropuerto como a la espera de algo, en constante vigilia. El nerviosismo que flotaba en el aire, era palpable.

—¡Mierda Isaac, ¿que no vez que hicieron demasiado ruido?, dispararon demasiadas balas! ¡Es sólo cuestión de tiempo para que lleguen corriendo más de esas cosas!

—Que lo hagan —contestó su hermano, tremendamente pagado de sí mismo. Alzó el cañón del fusil de asalto por encima de su cabeza —.Al fin que estoy preparado.

—Una vez que estén satisfechos, mátenlas a todas —gritó Isaac con una ancha sonrisa en el rostro.

—¿Pero por qué? —preguntó un hombre, que estaba rojo por la lujuria y que montaba brutalmente a una morena que tendría casi cuarenta años.

—Si esto fue un hecho aislado —explicó Isaac —si el ejérciro o la policía o l fuerza armada, o quien sea logra controlar la situación, y nosotros cometemos la insensatez de dejar testigos de lo que acabamos de hacer, tengan por seguro que todos nosotros pasaremos el resto de nuestros días en lindas y pequeñas celdas en alguna prisión.

Y así, sólo unos minutos después, la violación masiva empezó a convertirse en un lento y paulatino genocidio. Pero los hombres no alcanzarían a matar a todas las mujeres, no, antes de eso, los muertos volverían a desatar el terror.

Entonces pasó, y nadie se dio cuenta. Todos estaban tan

ensimismados con la violación masiva (y el posterior asesinato) que estaba acaeciendo, que nadie, absolutamente nadie, reparó en la forma tan tétrica en que el cadáver de David Espinoza se puso de pie.

Primero comenzó por la mano. Los dedos empezaron a moverse con un movimiento casi imperceptible, el cual fue incrementando, subiendo de intensidad hasta volverse un frenético temblor incontrolable. Después vinieron los espasmos. Movimientos irreales, antinaturales de las extremidades. Los brazos y piernas de David se retorcieron como lo harían los del protagonista de alguna película de exorcismos tras ser poseído por una entidad demoníaca.

Después se levantó, de una manera tan natural como lo haría cualquier otra persona.

Y finalmente, vino la etapa más aterradora, cuando David Espinoza abrió los ojos, dos pozos sin brillo, carentes de vida, mirar esos ojos sería como observar directamente a la boca del infierno, a la locura descarnada.

Se dio media vuelta, con movimientos antinaturales, como los de un fantasma en alguna película japonesa, y sus ojos se posaron en el hombre alto. El cual justo estaba eyaculando adentro de la adolescente. Se quedó acostado con todo el peso de su cuerpo encima de la niña, quien pesaría la mitad que él, jadeando trabajosamente y con una enorme sonrisa en el rostro. La sonrisa se convirtió en una mueca de incredulidad, sorpresa y luego enojo cuando las frías manos muertas de David se posaron en su espalda y le dieron la vuelta. Entonces los dientes de David se ensañaron con el cuello del hombre alto, quien quedó tendido ahí, en medio del recinto, desnudo, indefenso y con la sangre brincando de su cuello. Una solitaria lágrima recorrió surcó su mejilla al percatarse de que estaba a punto de morir. Se orinó encima y después, la vida lo abandonó.

El recién convertido zombie, se lanzó a la carrera contra otro de los hombres. Este le disparó al pecho con su última bala, pero David ni siquiera pareció sentirla. Clavó sus dientes en el pecho y ambos cayeron al suelo.

Antes de que Aarón o su hermano pudieran reaccionar, el cuerpo del hombre alto se estaba poniendo de rodillas. Caminó hacia la chica a quien había violado y le arrancó un trozo de mejilla. Ella ni siquiera gritó.

La gente comenzó a correr de un lado a otro. Algunas mujeres atacaron a los hombres armados, algunas fueron a llorar los cuerpos de sus esposos, novios, hermanos o padres. Isaac le disparó a una mujer que lo iba a atacar. La mujer cayó, con una horrible herida mojando de sangre su camiseta de manga corta.

El segundo hombre al que había mordido David, ahora también se había convertido en zombie. La adolescente castaña, ya estaba de pie, con la misma mirada desquiciada en los ojos, buscando frenéticamente a alguien a quien devorar. No tardó en encontrarlo.

—Tenemos que largarnos de aquí —gritó Isaac.

La voz de su hermano lo sacó de su ensimismamiento. Habían cuatro zombies, y poca munición. Rápidamente pudo calcular que el número de los primeros incrementaría drásticamente a medida que las balas fueran disminuyendo.

—Vámonos.

Iban a echar a correr, cuando algo hizo tropezar a Isaac. Desde el suelo volteó hacia su pierna. Selena lo sujetaba fuertemente por el tobillo.

—No escaparás tan fácilmente de tu destino, bastardo —le dijo ella, con una voz cargada del odio más visceral.

Isaac no dijo nada. Se limitó a estrellar la planta de su bota en la cara de ella. Pero aun así no lo soltó.

—Hermano, ayúdame con esta perra, por favor.

Aarón sabía que lo correcto sería dejar a su hermano ahí, abandonarlo con los zombies, dejar que los muertos lo mataran a él y a Selena, así, quizá si no había testigos, él podría pretender que nada de lo ocurrido esa tarde había realmente sucedido. Pero por otro lado, no podía simplemente abandonar a su hermano. Dejarlo morir, sería algo que Aarón jamás se perdonaría.

Pero los muertos decidieron por él. Un adolescente de cabello rizado, que había perdido un brazo cuando los hombres de Isaac dispararon contra los hombres, se acercó corriendo hasta ellos, cayó al suelo y se aferró a los tobillos de Selena. Le mordió una pantorrilla y su boca se tornó roja. Después siguió subiendo, sus manos clavándose en las piernas de la chica, y los dientes en la carne del trasero bien torneado de ella.

Selena lanzó un grito agónico y aflojó el agarre del tobillo de Isaac y el hombre se puso rápidamente de pie. Era un grito de dolor, pero más que eso, era un grito de desesperación, de rabia por ver que ese maldito monstruo estaba a punto de escapar.

—Muere, maldita —le dijo Isaac.

El adolescente le mordió el abdomen y ella perdió la fuerza. La vida se le escapaba del cuerpo como arena entre los dedos.

Aarón la miró por última vez y sus miradas se cruzaron momentáneamente. Él le lanzó una mirada suplicante, pidiéndole

perdón en silencio por todo, por haber sido tan débil y no haber sido capaz de evitar toda esa situación. En los ojos de ella sólo refulgía el odio más profundo.

Los hermanos echaron a correr por las escaleras, huyendo así del infierno que se acababa de desatar. Nuevamente.

10

Cuando una horda de casi tres mil muertos se acercaba velozmente hacia el aeropuerto donde estaban Aarón y Isaac, atraída por el estruendo de cientos de balas disparadas y varias granadas detonadas, Mark vio cómo los dos hermanos corrían por el enorme pasillo central del aeropuerto. Iban al estacionamiento, probablemente en busca de algún auto que pudieran robar.

Mark había visto cómo ese hombre, se había dejado convencer de una manera tan fácil por su hermano para violar a aquella chica. Era un hombre débil y Mark sentía pena por él. Ahora no sabía si había hecho bien al salvarlo de aquel zombie que por poco lo muerde. No importaba, tenía que seguirlos.

Después del ataque inicial de los zombies a la zona de comida rápida, el chico había subido al techo, armado con unos binoculares robados de la tienda de recuerdos del aeropuerto, la cual parecía ahora una zona de guerra. Entonces no vio nada, así que había vuelto a descender al ala de comida rápida y fue cuando vio el escenario dantesco y alucinante en que se había convertido el lugar donde sólo minutos antes habían luchado por su sobrevivencia.

Después, cuando se sintió asqueado por lo que los hermanos y los demás hombres con rifles habían hecho, volvió a subir al techo del edificio del aeropuerto. Lo que vio entonces, le heló el corazón. Una cantidad inmensa de zombies se acercaban corriendo a toda velocidad desde la carretera que llevaba a la ciudad.

Cuando volvió a bajar, fue cuando vio a los hermanos en su huida. Él también los siguió hacia el estacionamiento. Pero él ni loco se subiría a un auto. Había leído muchas historietas, y visto decenas de películas, sobre muertos vivientes como para saber todo lo necesario sobre ellos. Y un coche (el ruido que hacía) sería una presa muy llamativa para ellos. Así que no, él tomó la bicicleta estacionada casi a la entrada del aeropuerto (misma bicicleta que le había salvado la vida esa mañana, cundo huyó del mismísimo diablo montado en ella y pedaleando a toda velocidad, al grito de “Hi Yo Silver, Arre!”), pasó una pierna por encima del asiento y antes de montar, esperó a ver cuál era el siguiente movimiento de los hermanos.

Los dos idiotas forzaron un auto viejo, uno de ellos, el de la camisa negra sin mangas, se metió al asiento del conductor y empezó a tantear en el panel abajo del volante. Lo quitó y tras aventarlo l suelo, empezó a manipular los cables.

Entonces el primer muerto hizo su aparición. A Mark se le formó un puño en el estómago que ascendió hasta golpear las paredes de su garganta.

El otro hombre palideció, y corrió asustado hacia el lado del copiloto. Abrió la puerta y subió. Le empezó a gritar descontroladamente al que manipulaba los cables, pero este se mantuvo impasible, a pesar de la proximidad del primer zombie.

Muchos muertos más comenzaron a llegar del mismo lugar, cruzando la valla que separaba la carretera del estacionamiento. Todos caían de bruces al pasar por la barda que les llegaba a las rodillas, pero instantáneamente se ponían de pie y seguían corriendo como si nada.

Si no conseguían encender ese coche, los dos hombres estaban muertos. Aunque pensándolo bien, si morían abandonados, adentro de un coche y devorados por cientos de zombies, probablemente lo tenían bien merecido. Puso el pie derecho sobre el pedal.

Los muertos se acercaban peligrosamente, y con furia, al auto. El primero estaba a punto de llegar, pero el hombre de cabello casi al rape, el que parecía un pandillero, cerró la puerta. El tipo se estampó contra el cristal de la ventana, cuarteándolo. Siguió empujando, con los dientes chirriando asquerosamente contra el cristal.

Tres zombies más llegaron hasta el auto. El hombre débil los miraba con los ojos saliéndosele de sus órbitas, completamente aterrorizado. El otro seguía concentrado, intentando encender el coche. Segundos después, el auto viejo ya estaba rodeado por diez zombies. Y seguían llegando.

Una mujer, se fijó en Mark y echó a correr hacia él. Otros más la siguieron.

—Es hora de largarme —murmuró Mark.

Hablar consigo mismo era tonto, pero lo tranquilizaba. Subió al asiento y se puso en marcha. El viento comenzó a soplar en sus oídos, causándole una sensación fresca y tranquilizante que nada tenía que ver con la situación que lo rodeaba. Cuando la mujer estaba a diez pasos de él, alargó los brazos en un vano intento por alcanzarlo, ya que Mark viró ágilmente para salir de su camino.

El coche se encendió con un potente rugido del motor, y el hombre lo puso en marcha sin demorar un instante más. Mark volteó por encima del hombro, al tiempo de ver como el coche parecía que no avanzaría, rodeado como estaba de zombies. Pero el hombre pisó el acelerador, y el oficinista que estaba en el cofre, tropezó hacia atrás, al tiempo que el auto se lanzaba en su dirección, engulléndolo debajo

del chasis. El carro brincó cuando una de las llantas pasó por encima del hombre, y después avanzaron toda velocidad por el estacionamiento, golpeando y haciendo tambalear a los muertos que tan sólo unos segundos antes habían estado a punto de devorarlos.

El rugido del motor desvió la atención de todos ellos hacia el auto. Bien, pensó Mark, así él podría pasar completamente desapercibido. Los hombres salieron del estacionamiento, derribando la pluma, que solía evitar la gente se fuera sin pagar, cruzando a toda velocidad hacia la carretera.

Mark los siguió tranquilamente, pero pedaleado aprisa. Sería fácil seguirlos, al fin y al cabo, una horda entera los seguía debido a su ruidoso auto, mientras que Mark, con su no tan rápida y modesta bicicleta, podía avanzar sin temor a ser perseguido por los muertos.

Aún no entendía por qué los seguía, esos hombres eran de la peor escoria. Quería convencerse de que era porque tenían armas y habían demostrado saber defenderse. Pero esta sólo era una excusa que se daba a sí mismo. La verdadera razón aún la desconocía, pero supuso que la descubriría cuando el momento fuera adecuado.

Los hombres en el auto daban gritos de alegría en la cabina de ese auto a punto de ser simple chatarra. El que iba en el asiento del copiloto asomó la mitad del cuerpo por a ventana y comenzó a insultar a los muertos, mientras levantaba enérgicamente el dedo medio, con los brazos completamente estirados. Creían haberse librado para siempre de la amenaza, quizá incluso pensaran que lo acaecido en el aeropuerto había sido un hecho aislado.

Si tan sólo hubieran podido ver diez minutos en el futuro, probablemente ahora no reirían tanto, porque se darían cuenta que para ellos, la pesadilla no había hecho sino comenzar.

PARTE 2

ENCONTRARSE

CAPITULO 5

1

Milo Vasco corría por su vida. Al igual que en ese momento lo hacían Vivian Flores junto con su variopinto séquito de adolescentes dispares a unos cuantos kilómetros.

Cuando vio por primera vez a uno de los muertos, se encerró en su casa, puso todos los seguros y fue cerrando todas las cortinas, hasta quedar sumido en una ligera oscuridad en medio del día, y fue a su televisor gigante (el cual ocupaba casi la mitad de la pared de su cuarto) y sintonizó las noticias, en un volumen muy bajo claro. Se sentó al borde de la cama, con los nervios de punta y observó.

Las imágenes pululando en la pantalla eran todas escenas de caos, violencia y sangre, mucha sangre, como si los noticieros estuvieran haciendo un sacrificio a dioses modernos. Milo recopilaba información, analizaba sus opciones. Si se quedaba, su hogar le brindaría protección durante las horas que fuera necesario; la misma seguridad instalada para que las chicas no pudieran salir, funcionaba al revés, prevenía que los intrusos pudieran entrar. Y este era un buen plan, pero con un fallo enorme, garrafal: no tenía absolutamente nada de comida. Contaba únicamente con una barrita energética, un sándwich que había traído para aguantar la tarde, y la botella de vino totalmente llena que había sido para celebrar.

Podría aguantar un día, quizá dos, tomando agua de la llave, lo cual no parecía la mejor de las ideas. Pero aguantar ahí dentro, estoicamente, sólo serviría de algo si tuviera la esperanza de que el ejército, o la fuerza armada, o la marina, o alguien fuera a venir a rescatarlo en el corto plazo. Pero por lo visto en los noticiarios, lo que se acababa de desatar, era algo que nadie podría controlar, al menos no en el corto plazo.

No lo podía creer, era demasiado surreal, como estar atorado en una mala película de los años cincuenta. ¿Una invasión zombie, en serio? Se preguntaba con ironía. Quizá había muerto y ésta era la forma en que dios (si acaso existía) lo castigaba por todas las vidas inocentes que había arrancado de este mundo, con la facilidad de quien se deshace de la mala hierba de su jardín. No le parecía del todo descabellado.

Pero suponiendo que no estaba muerto, y que tenía que asegurar su sobrevivencia, el único plan lógico que se le ocurría era el de comer sus pocas provisiones para tener energía, dejar el cuerpo de Nadine

Velázquez donde estaba (ahora ya a nadie le importaría su muerte) y salir a la calle, intentar llegar a la comisaría de Policía, que era donde se había organizado una especie de resistencia, según decían los noticieros.

Así que llenó su maleta con cosas que creía le resultarían de alguna utilidad: las únicas dos botellas de agua que encontró en la alacena, por largo tiempo olvidadas, una barra proteínica y dos herramientas que tenía guardadas en una pequeña bodega: un martillo pesado y una llave inglesa bastante grande. También, tomó un cinturón para herramientas, el cual se amarró alrededor de la cintura y puso ahí los tres desarmadores que tenía. Esperaba no tener que usar nada de eso. Tenía la esperanza de llegar hasta la Comisaría sin encontrarse a ninguna de esas cosas, y mucho menos tener que enfrentarlas; una cosa era matar mujeres atadas a una mesa en su cuarto sellado, y otra muy diferente, enfrentarte cuerpo a cuerpo con una de esas malditas criaturas desquiciadas. Qué ingenuo había sido en ese momento.

Así que se armó de valor, se acercó hasta la puerta principal, después de haberse comido el sándwich, acompañado de media botella de agua y una copa (exageradamente llena) de vino tinto para darle valor, y alargó la mano hacia el pomo. Su corazón latía con el trote desbocado de un corcel llevado al límite.

Inhaló aire, intentando prepararse mentalmente para lo que fuera que sucedía allá afuera. Pero por muchas vueltas que le diera al asunto, no podía ni empezar a imaginarse lo que era estar allá afuera, en medio del caos y siendo perseguido por una horda de zombies hambrientos, zombies incansables.

Finalmente algo en su interior se accionó, el engranaje para dejar de pensar y pasar a la acción. Giró el pomo y abrió la puerta. La luz se desbordó hacia el interior de su casa, iluminándolo todo, arrebatándole esa aura tenebrosa al interior de su santuario. En el fondo de su mente, se preguntó cómo podía estar pasando algo tan malo si era un día tan bello.

Salió y empezó a caminar. Al instante, un miedo primario se apoderó de él. La calle estaba silenciosa, era como si los suburbios durmieran o estuvieran muertos. El silencio era sepulcral. Ya casi llegaba a su auto, cuando lo vio. No tuvo ni tiempo de reaccionar; de entre las dos casas enfrente de la suya, al otro lado de la calle, un muerto echó a correr hacía él, con el rostro desencajado en un rictus de odio, el odio más primario y básico que Milo hubiera visto jamás. Corrió hacia su coche, pero el hombre ya estaba cruzando la calle. Llevaba ropa deportiva ensangrentada y le faltaba un tennis.

Chocó contra la puerta de su auto, e intentó manipular las llaves, no lo logró. El hombre estaba a sólo unos pasos de él, así que Milo tuvo que abandonar la opción de meterse a su coche por la puerta del conductor, así que lo rodeó, brincando por encima del cofre y pasó al otro lado. Unos segundos después, los dedos del hombre se cerraron en torno al aire donde un instante antes había estado la cabeza de Milo Vasco.

Entró por la puerta del copiloto, se encerró dentro del auto. Las manos le temblaban, casi no podía agarrar la llave adecuada. Por el espejo retrovisor vio a un niño rubio y a una mujer quien parecía su mamá, correr en su dirección. El miedo restallaba como látigo furioso en sus rostros agitados de tanto correr. De la misma esquina por la que habían aparecido ellos, salieron entonces diez zombies, quienes los perseguían de una manera brutal. Metió la llave en la ranura de arranque y su auto deportivo se encendió con un rugido que pareció enloquecer aún más a los muertos al final de la calle que se acercaban peligrosamente. Si echaba en reversa, quizá podría llegar hasta el niño y su mamá antes de que los zombies lo hicieran. Aunque por otro lado, la comisaría no estaba cerca, y llevar peso de más en el auto, haría que consumiera más gasolina de la necesaria, y el tanque no estaba precisamente lleno.

Echó en reversa, al girar para entrar a la calle, el auto se detuvo a escasos metros del niño y su presunta mamá. La esperanza iluminó sus rostros fugazmente, antes de darse cuenta de la triste realidad.

Milo pisó el acelerador a fondo, haciendo rugir estrepitosamente el motor, lo que pareció enloquecer aún más a los muertos, y empezaron a correr con más ímpetu. Por el retrovisor, Milo vio a los muertos, al niño y a la mujer hacerse más pequeños a cada segundo.

También alcanzó a ver, antes de girar en la esquina, como una adolescente desquiciada, con el lado izquierdo de la cabeza rapada, se lanzaba encima del niño y lo mordía mientras ambos rodaban por el suelo. La mamá no tuvo mejor suerte, un oficinista obeso y una mujer que parecía dueña de alguna estética de los años cincuenta se abalanzaron sobre ella sin piedad alguna. De haber sido una persona normal, el remordimiento habría hecho mella en Milo, pero ese no era el caso. No sintió absolutamente nada, a excepción de satisfacción consigo mismo, con su desempeño. Había sido pragmático, había elegido la mejor opción para su propia supervivencia.

No, Milo Vasco no sentía remordimiento, sólo se sentía satisfecho consigo mismo por haber sobrevivido a su primer encuentro directo con los muertos vivientes. Y esperaba fuera el último.

Así que ahora corría por su vida. Estaba a unas diez cuadras de la

comisaría, y era perseguido por una horda interminable de zombies que corrían a escasos metros detrás de él. Las piernas le ardían, sentía el pecho a punto de explotar, con cada zancada, le costaba más aspirar bocanadas de aire. Pero seguía corriendo, impulsado únicamente por el miedo. Temía a la sensación de decenas de bocas con sus respectivos dientes cerrándose en torno a su piel, mientras gritaba por auxilio, por una ayuda que jamás llegaría.

La mochila había quedado olvidado en el asiento del copiloto del auto abandonado. No corrió ni diez metros antes de desabrocharse el cinturón de herramientas al percatarse de su pesadez.

Al girar una esquina se había topado directo contra un muro de carne, decenas de zombies parados como idiotas en medio de la calle comenzaron a estamparse contra un auto de lujo que no estaba diseñado para soportar tales travesías. Para cuando atropelló al doceavo zombie, el potente, pero delicado motor dejó de funcionar. Eso sin contar que además la carrocería estaba completamente destrozada, como si en vez de ser un auto de lujo, Milo condujera una carcacha. Alcanzó a llevarlo más allá del grupo de zombies que se lanzaban hacia él, se bajó y ahí fue cuando comenzó su frenética carrera.

Los edificios pasaban junto a él, convertidos en difusos manchones que sólo veía por el rabillo del ojo, el pavimento ocupaba toda su atención, si tropezaba o caía en algún bache, estaría perdido. Con cada paso que daba su respiración se volvía más dificultosa, sus piernas más pesadas. Sentía que el corazón le iba a explotar en mil pedazos.

—¡Maldito hijo de perra! —gritó cuando un zombie que salió de alguna parte a su derecha se abalanzó hacía él.

Encogió el cuerpo y lo tacleó con el hombro en el abdomen, el muerto cayó torpemente sobre su espalda, pero tres segundos después ya se había levantado nuevamente.

Milo giró la cabeza, los zombies le pisaban los talones, el más cercano estaría a unos diez escasos metros de él, y lo peor es que a cada segundo, la distancia se acortaba. Detrás de ese zombie venían corriendo a toda velocidad por lo menos unos doscientos más.

Finalmente, cuando creía que ya no aguantaría más, giró en una esquina y el escenario que se extendió ante sus ojos hizo que corriera con renovadas fuerzas. La escena que había visto tantas veces durante esa mañana en televisión, se desplegaba ahora frente a él en la vida real. Ahí estaba todo: los coches a mitad de la acera, el pavimento ensangrentado, las escaleras que llevaban a la entrada de la comisaría, similar a las emblemáticas escaleras de la película de Rocky, y uno

que otro zombie como perdido en medio de la explanada.

—¡EEEEEY DÉJENME ENTRAR! —gritó con todas sus fuerzas, usando las últimas reservas de energía que le restaban en el cuerpo.

Alguien se asomó a una pequeña almena en una torre de uno de los costados de ese viejo edificio. Se le quedó mirando fijamente.

—¡Ey tú, diles que se apresuren! —volvió a gritar, ahora con desesperación.

La figura en la almena (la cual parecía la de un adolescente) desapareció al regresar al interior del edificio. Milo subió apresuradamente las escaleras. Escuchó cómo segundos después, varios zombies tropezaban al llegar a los primeros escalones y caían pesadamente al suelo.

Los segundos comenzaron a correr con agónica velocidad. Si los bastardos de allá adentro no le abrían una de las dos enormes puertas dobles, de nada le serviría haber corrido tanto, haber llegado antes que los zombies, estaría perdido. Quiso gritarles, pero ya no tenía aliento. Sólo le quedó tener fe.

En un mundo justo, la gente de adentro le cerraría la puerta en las narices a un asesino serial maniático y despiadado como lo era él, abandonándolo a su suerte, dejándolo para ser devorado por frenéticos e iracundos muertos. Pero el mundo no es un lugar justo. No sólo no lo abandonaron, sino que además, la gente de adentro se emocionó al saber que aún había sobrevivientes en la ciudad, cuando el muchacho regordete y pelirrojo bajó por las diminutas escaleras de caracol gritando que le abrieran la puerta a un hombre que venía hacia la comisaría.

Y así, sin más, para cuando llegó a la puerta, las personas de adentro ya habían entreabierto las enormes puertas que tenían la altura de tres hombres parados uno sobre otro. Un hombre y un adolescente lo ayudaron a pasar por la delgada abertura que se formó entre las dos gigantes puertas.

Milo entró como bólido al recinto, pero atrás de él iba pegado un zombie: una mujer delgada y pequeña, con el cabello canoso, pero sin ser una anciana aún. El adolescente arremetió contra ella, impidiéndole que entrara. Pero en medio de su acto heroico, la mujer alcanzó a clavar velozmente sus dientes en la parte interna del bíceps del adolescente, quien retrocedió velozmente, dejando que tres hombres cerraran de nueva cuenta las puertas.

El adolescente a quien esta mujer zombie había mordido era nada más y nada menos que Donnie Laurent miembro del pequeño grupo de Vivian Flores (quienes habían llegado tan sólo unos minutos antes que

Milo), la primera persona en avistar a Milo Vasco y quién bajó a toda prisa de la almena para ayudarlo a entrar, ya que el resto de sus amigos estaban en la parte trasera de la comisaría.

Las personas cerraron la puerta tras Milo. Las mismas personas que tan sólo un hora después estarían a punto de dejar morir a la bella reportera Natasha Ramírez, junto con su camarógrafo y el soldado, a manos de los muertos vivientes. Las mismas personas que una hora después sacarían a rastras a Donnie para que los zombies lo devoraran vivo.

2

Vivian no sabía por dónde diablos caminaban, y mucho menos por qué todos la seguían, como si ella fuera una especie de líder o algo similar. Lo único que había hecho era ordenarles a todos que se metieran a las bocas del túnel, marcar el camino inicial, pero nada más.

Los chicos habían despedazado con sus artículos deportivos y herramientas a la mujer oficinista. Pero los gritos descontrolados de ella, quien ansiaba devorar a cualquiera de ellos, habían alertado a más zombies.

—Corramos —ordenó Vivian.

Había tomado de la mano a Enrique y se había echado a correr en dirección opuesta a donde provenían los pasos, sin importarle si alguien más los seguía. Desde ese momento, la empezaron a seguir todos. Incluso Roberto y Raúl. Raúl la miraba de tanto en tanto, como si se sintiera resentido de que el liderazgo hubiera recaído en Vivian. O al menos eso sentía ella. Y le daba lo mismo, por ella, él podría ser el líder de todos los supervivientes del mundo. Vivian sólo quería estar a salvo junto con Enrique.

Así que ahora caminaban por una pendiente, iban de subida, aún dentro de los claustrofóbicos túneles del metro. Enrique Barsuto le tomaba la mano y ella mantenía la mayor parte de su atención en esa sensación.

Finalmente la pendiente terminó y al fondo, en la distancia alcanzaron a ver una lejana luz, al igual que el moribundo mientras se ahoga en el mar.

—¡Miren, hemos llegado a la siguiente plataforma! —observó Donnie emocionado.

—Baja la voz, idiota —lo regañó David Garduño, el siempre galante y siempre arrogante capitán del equipo de soccer.

—Y por qué no tú se lo pides de buena manera ¿eh? —lo confrontó Raúl, quién se sentía invencible ahora que contaba con la lealtad incondicional del enorme y musculoso Roberto Maduro.

David le arrojó una mirada que podría detener un tren, pero no dijo nada.

Los adolescentes siguieron caminando, de una manera lenta y controlada, intentando mantener el silencio más absoluto. Después de

correr descontroladamente por los túneles para perder a esos monstruos, ahora se daban cuenta del gran aliado que era el silencio. Lucía Suárez no paraba de echarle miradas asesinas a Vivian, lo cual la hacía sentir algo incómoda. Pero la entendía, al fin si Enrique le estuviera dado la mano a Lucía, probablemente Vivian reaccionaría igual, aunque quizá de una manera menos obvia. Detrás de ellos, al bajito y regordete Donnie Laurent, parecía que en cualquier momento le daría un ataque cardiaco.

Finalmente llegaron a la plataforma. Un silencio sepulcral envolvía el ambiente, parecía una estación fantasma, eso sí, una estación previamente asolada por el caos. Había sangre por doquier, pedazos de ropa, zapatos, Vivian vio incluso un puñado de dientes tirados debajo de un banco, cuando se acercaron más a la plataforma.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Laura Valdez, la porrista que hoy estaba inusitadamente callada.

—Ahora, salimos a la calle en busca de ayuda, en busca de algún puesto militar —responde David Garduño con seguridad.

—¿Qué te hace pensar que vamos a encontrar militares dispuestos a ayudarnos? —le rebatió Raúl.

Vivian miró a Enrique, quien lanzaba miradas preocupadas alternadas entre quien había sido su mejor amigo y David, a quien hasta esa mañana odiaba, pero que ahora los unía un lazo casi fraternal, después de haber sobrevivido a dos oleadas de zombies. La tensión entre esos dos era como una olla a presión calentándose más y más, a punto de explotar en cualquier instante.

Uno a uno, fueron subiendo hacia la plataforma de espera, dejando atrás las malditas vías del tren y la opresora oscuridad; compañeros de viaje con quienes Vivian esperaba no volverse a encontrar de nuevo en su vida. El silencio en esta estación del metro era absoluto, era tan completo que resultaba inquietante, aterrador. Era como si de pronto hubieran llegado a una escena de alguna extraña película de los años cincuenta en blanco y negro, donde los alienígenas han raptado a toda la población humana por medio de rayos laser empotradas en sus naves, dejando intactas todas las edificaciones.

Las estaciones del metro esparcidas a lo largo y ancho de la ciudad eran bastante similares entre ellas, lo único que variaba era el tamaño y la longitud de los túneles que conectaban las secciones de éstas. En este caso, había dos túneles a los lados que pasaban por debajo de las vías, para comunicar a la gente que quisiera ir de un lado al otro de las vías. Y frente a los adolescentes, se extendían unos cien escalones que emergían directo a la ciudad, directo hacía la luz

que habían vislumbrado minutos antes, mientras eran envueltos por el manto sofocante de la oscuridad.

El primero en echar a andar fue Enrique, siempre tomado de la mano de Vivian, y con la mirada de Lucía pegada a los dedos entrelazados de ellos. Después, el resto los siguió. Donnie y Laura iban hasta atrás. Si Vivian hubiera volteado a ver a ese par, no habría podido decir cuál de los dos estaba más asustado. Pero también se habría percatado de cómo sus brazos y sus torsos se rozaban de una manera que parecía casual, pero que de casual, no tenía ni un pelo. Entre esos dos comenzaba a surgir una anormal atracción que sólo puede brotar en situaciones de esta índole. Se necesitaba una situación de esta índole para lograr que el chico más torpe, y el blanco preferido de los bravucones de la escuela, entablara conversación con una de las chicas más lindas de la escuela. Además de que el hecho que Donnie se parara frente a ella en actitud protectora, tapándola del rango visual de aquella primera mujer zombie que habían visto allá abajo, también había influido.

Subieron las escaleras, hacia la luz. Vivian llevó la mano libre frente a los ojos, a modo de vísera. Ahora, a plena luz del día, le parecía surreal todo lo que habían vivido, como si perteneciera a una pesadilla pretérita.

—Sé dónde estamos —dijo Roberto Madero, con su grave voz a juego con su altura y anchura.

—Baja la voz —fue la rápida orden de Raúl.

—¿Dónde están todos? —susurró Lucía.

Ahora que alguien lo había pronunciado en voz alta, Vivian se percató de ello, parecían encontrarse en un pueblo fantasma, un pueblo asolado por algún tipo de extinción proveniente del espacio exterior y ellos fueran los últimos supervivientes sobre la faz de la Tierra. Las calles completamente desiertas, los semáforos al final de la calle, parpadeaban intermitentemente, alternando sus colores entre amarillo, verde y rojo en una danza eterna. Los coches permanecían desperdigados por unas calles ahora intransitables; las puertas abiertas, algunos estampados unos contra otros, como si se hubieran enzarzado en una batalla de aceros. Había sangre por doquier, una llanta solitaria y quemada en medio de la calle, pedazos de ropa, ventanas rotas. En fin, hacía donde Vivian volteara, lo único que se observaba era un inmenso e interminable caos.

A lo lejos, la entrada a una tienda de servicio estaba completamente destruida, parecía haber sido empujada hacia dentro, como si algo a la entrada hubiera explotado, abriendo una brecha infernal. Había esquirlas de vidrio por doquier y los estantes ardían en

unas llamas anaranjadas que estaban a punto de extinguirse, después de haber consumido todo. Dentro, al igual que en el resto de la calle, no había nadie.

—No sé, y sinceramente no me importa —le respondió Enrique —. Lo que ahora necesitamos, y con urgencia, es encontrar un lugar seguro donde refugiarnos hasta que todo esto pase.

—¿Realmente eres tan ingenuo como para creer que esto va a pasar, que se va a terminar así como así? —se burló Raúl.

—Tiene que hacerlo —respondió convencido Enrique —. Alguien tiene que hacerse cargo.

—Qué pienses así sólo significa una cosa —continuó Raúl. Enrique lo miró y enarcó una ceja a modo de pregunta —.Que no viste lo que nosotros presenciamos en la mañana —y al decir esto, al evocar los recuerdos mediante sus palabras, su semblante se ensombreció.

—Tienes razón —cedió Enrique —.Pero aun así necesitamos un lugar donde escondernos, no podemos quedarnos a mitad de la calle, a plena vista.

—Ya sé a dónde podemos ir —dijo Roberto Madero, con la expresión iluminada por una genial idea.

—¿A dónde? —preguntó genuinamente interesado Donnie.

—A la comisaría de Policía. No está lejos.

Todos voltearon a ver al enorme chico, nuevamente esperanzados.

—Me parece un plan sensato —concluyó Raúl.

Vivian se sintió aliviada de que al menos por una vez no saliera un comentario sarcástico de su boca. Se preguntó cómo podía ser que Enrique y él fueran tan buenos amigos. Aunque quizá antes de lo de hoy, Raúl no fuera así. Las personas podían cambiar muy rápido, sobre todo después de algún evento tan traumático como lo que estaban viviendo. Así que emprendieron la marcha.

Después de recorrer las seis cuadras que separaban la estación del metro de la comisaría, el grupo de adolescentes llegó a su destino. El sol en el cenit les quemaba la piel y el cansancio finalmente estaba haciendo mella en todos ellos. Las calles que habían recorrido estaban igual de silenciosas, todas parecían zona de guerra, escenarios terroríficos donde se hubieran librado cruentas batallas; sangrientas paredes, restos de explosiones, vidrios rotos por doquier, Vivian incluso había visto la mano de alguien a mitad de una calle.

Si supieran la terrible odisea que tendrían que librar pocas horas después Natasha Ramírez junto con su reducido séquito, le hubieran

agradecido a su dios o a la deidad de su preferencia por haber podido recorrer esas calles sin toparse con un solo zombie.

Las gigantes puertas dobles esperaban pacientemente al final de las escaleras, cual centinelas de madera. Mientras se acercaban, una de estas se fue abriendo lentamente, como si los supervivientes de allá adentro llevaran todo el tiempo aguardándolos.

—Apresúrense —los instó un hombre bastante joven.

Vivian pensó que parecía el clásico poli bueno, novato e inexperto, de las series de televisión. Entraron en topel, encimndose unos sobre otros, en una situación así, no valía lo de mujeres primero. En cuanto hubo pasado el último de ellos (Donnie, como no podía ser de otra manera) entre el hombre que los había recibido y dos más cerraron la enorme puerta.

—¿Cómo lograron sobrevivir durante tanto tiempo? —preguntó el hombre.

Ahora que Vivian reparaba en la pistola reglamentaria colgada de una sobaquera, constató que en efecto sí que se trataba de un poli. Era curioso como algunas persona se ajustaban a la perfección a los clichés.

—Nosotros, estuvimos escondidos —respondió tímidamente Enrique, siempre sin soltarle la mano.

—Más bien, ustedes estuvieron escondidos —terció Raúl —.Nosotros luchamos por nuestra vida contra esas cosas y huimos hacia los túneles del metro hasta encontrarnos con ustedes.

Enrique iba a responder algo, pero Vivian le jaló ligeramente la mano, en una señal muda para contenerlo. Él la entendió.

—Bueno, pues bienvenidos a nuestra trinchera—dijo el hombre —.Yo sor Norman Hayes. Y hasta esta mañana yo trabajaba para la policía.

Se acercó a Enrique y Vivian y les estrechó la mano, después repitió lo mismo con el resto de los recién llegados. El resto de personas ni se acercaron. Todos dentro de la comisaría parecían en estado de shock, como si fueran víctimas de un terrible accidente de avión en el que todos hubieran sobrevivido. Estaban dispersos por la enorme estancia.

—Tú eres policía —se acercó Lucía —¿dinos qué demonios está pasando? ¿Qué son esas cosas?

—Niña —se adelantó Raúl —si hasta ahora no te has dado cuenta de lo que son, significa que no has visto suficientes pelis de terror en tu vida o que simplemente eres estúpida…

Donnie se aproximó hasta él, en actitud desafiante, sacando el pecho.

—No hay necesidad de insultarnos Raúl, no lo toleraré.

Roberto Madero también dio un paso al frente, dispuesto a interponerse entre Donnie y Raúl, pero no para proteger a Raúl, sino más bien para atacar a Donnie en caso de que se le ocurriera hacer algún movimiento sospechoso.

—Tú no metas gordo. ¿O acaso se te olvidó que si estás vivo es gracias a mí?

Donnie bajó la vista. Sí que lo recordaba. El aire pareció abandonar su pecho mientras se desinflaba rápidamente y sui espalda volvía a adoptar la postura arqueada tan propia de los adolescentes. Así que Raúl continuó su discurso.

—Esos, niña, las cosas contra las que nos enfrentamos en la mañana, esos malditos psicópatas, no son otra cosa que zombies. Te guste o no.

—Pero eso no puede ser —dijo Laura Valdez, luciendo hermosa en su vestimenta de entrenamiento de porrista —, los zombies no existen —tenía la mirada extraviada.

Donnie había vuelto a su lado, sin percatarse, sin ser realmente consciente de ello, Laura entrelazó sus dedos con los de él. Los colores ascendieron al rostro del muchacho regordete. Sus cachetes se pusieron casi tan rojos como su cabello.

Raúl llevó la mirada hacia las manos recién entrelazadas, y una maliciosa sonrisa se dibujó en ellos.

—Pero miren a los tortolitos. Sólo en el fin del mundo una arpía porrista le podría hacer caso a alguien a alguien como tú —dijo Raúl, con saña en la voz —.Y velo creyendo niña, los zombies son reales, creas o no en ellos. Tan reales que casi te devoran allá afuera, en la escuela.

—¡Ya basta! —intercedió Norman, con una voz aunque algo aguda, imponente.

Raúl se giró violentamente hacia él. Norman velozmente se paró en actitud defensiva, dejando ver la pistola bajo su axila. La repentina visión de eso que Raúl había pasado por alto lo hizo frenarse en seco, cerrar la boca aún antes de empezar a abrirla. Se contuvo, al menos por ahora.

Un señor canoso que estaba en la esquina, consolando a quién a todas luces parecía su esposa, volteó a verlos tras el exabrupto de Norman. Se quedó mirándolos con curiosidad en aquel duelo

silencioso que mantuvieron, hasta que Raúl se relajó y bajó la guardia. Entonces el hombre siguió consolando a su esposa.

—Está bien —cedió Raúl —.Me callare para que puedas explicarnos qué mierda está sucediendo.

—Chicos, soy sólo un perfilista, soy un poli común y corriente. Aunque se decepcionen, sé exactamente lo mismo que ustedes —dijo Norman Hayes, mirándolos a cada uno por turnos.

—O sea, nada —finalizó Enrique.

—Sí, nada —se disculpó el policía.

—Bueno pero al menos debe haber otros policías aquí ¿no? —aventuró Vivian —.Mas armas, algún plan ¿no?

Quiso imprimirle seguridad a sus palabras, pero la confianza que intentó transmitir se fue mermando drásticamente al ver cómo el hombre reaccionaba ante la primer pregunta.

—Todos murieron en el ataque inicial —dijo Norman, con gran pesar al recordar y recrear esa maldita escena en su mente.

—Qué mierda —espetó Roberto Madero.

—¿Y qué hay de las armas? —preguntó Raúl, esperanzado —deben de tener un almacén con las armas para todos los policías ¿no?

—Realmente tenemos pocas, y la munición, escasea mucho más, la usamos casi toda para repeler a la maldita horda inicial. Para poder atrincherarnos. Y dado que la gente que las uso eran civiles, pues su puntería no era precisamente la mejor.

—Así que tendremos que seguir aferrándonos a nuestros artículos deportivos —dijo Roberto Madero, estrellando amenazadoramente su bate ensangrentado y astillado contra la palma de su mano.

Una oscura presencia cruzó por el semblante de Raúl y miró al policía con algo parecido a odio, aunque un odio contenido, o quizá muy bien disimulado. Cuando habló, su voz tenía las propiedades frías del acero.

—Algo se nos ocurrirá

Vivian sin saber realmente por qué, sintió miedo.

3

Comienza por la mano. Los dedos empiezan a moverse con un movimiento casi imperceptible, el cual va incrementando, subiendo de intensidad hasta volverse un frenético temblor incontrolable. Después vienen los espasmos. Movimientos irreales, antinaturales de las extremidades. Los brazos y piernas de la persona se retuercen como lo harían los del protagonista de alguna película de exorcismos tras ser poseído por una entidad demoníaca.

Llegados a este punto es imposible no sentir el pánico atenazando con dedos de piedra tu garganta. Cuando presencias el cuerpo de una persona que ante toda lógica debería estar muerta comenzar a moverse, sólo hay un sentimiento posible capaz de cruzar por tu corazón —sin importar que tan valiente seas o cuánta sangre fría poseas—, el miedo. Un miedo negro, primario, animal. El mismo miedo que te ayudará a sobrevivir lo que se avecina.

Después la persona se pone en pie. Algunas veces lo hacen de manera casi natural, como la haríamos tú y yo. Otras veces —sobre todo cuando las heridas son demasiado severas—, les cuesta trabajo, y primero se ponen a cuatro patas, luego se hincan y finalmente se incorporan.

Y viene la última etapa, la más aterradora de todas ellas; cuando la persona abre los ojos. En el mismo instante en que miras directo a ellos, sabes que la persona que está frente a ti, ya sea tu hermana, tu novia, alguno de tus padres, tu vecino, ha dejado de existir. Por que cuando ves hacia esos dos pozos sin brillo, carentes de vida, miras directamente a la boca del infierno, a la locura descarnada.

Y es entonces cuando tu hermana, o tu novia o alguno de tus padres o tu vecino, alarga los brazos hacia ti, lanza un alarido desgarrador, como el de un lobo llevado a la locura, y echa a correr en tu dirección con la mandíbula desencajada, con un único objetivo grabado en su cerebro diezmado; matar, devorar…

Mark había visto a tanta gente convertirse ese día, que prácticamente ya era todo un experto en cuanto a zombies se refería. Le sorprendía ver las inmensas similitudes que tenían los zombies de las películas con los de la vida real. Como si todos los directores y guionistas de cine supieran de antemano cómo debían ser los zombies, como si tuvieran un maldito manual. Y esto le hizo preguntarse si acaso Hollywood conocería secretos que estaban vedados para los ciudadanos normales. Pero al instante desechó esa línea de

pensamiento. Daba lo mismo lo que supiera o no Hollywood, ahora no importaba. Aunque sí que sería curioso encontrarse con el zombie de Brad Pitt, o mejor aún con el de Angelina Jolie.

Gracias a su corta edad (Mark apenas tenía doce años, aunque era un muchacho bastante larguirucho para su edad) había logrado sobrevivir a ese día. Mientras que los adultos intentaban racionalizar lo que sucedía, intentando convencerse de que los monstruos no existían, Mark se había limitado a hacer lo que su cuerpo le dictaba por instinto, y esto había sido correr.

En el aeropuerto vio morir a su madre. Esta fue infectada cuando apartó a un zombie que intentaba morder a Mark, el bastardo alcanzó a clavarle dos dientes en la muñeca. Eso había sido en la mañana, después de recogerlo cuando anunciaron que las clases se suspenderían. La mamá de Mark trabajaba a sólo cinco cuadras de su escuela, así que pasó bastante rápido por él.

Pero en cuanto estuvieron en el coche utilitario de segunda mano, todo se fue a la mierda.

—¡¿Mamá, qué es eso?! —exclamó cuando vio a un hombre correr por la calle, entre las filas de coches detenidos, viniendo en su dirección.

—Probablemente sólo un vagabundo —respondió ella, fastidiada por el calor.

Mark hubiera deseado abrir las ventanas, pero su mamá le decía que no era seguro hacerlo, al menos no mientras estuvieran parados en el tráfico, y no mientras vivieran en esa ciudad. Así que se resignó a sufrir calor.

El hombre pasó junto a ellos, totalmente atarantado, con la cara salpicada de sangre seca, se iba estrellando contra los laterales de los autos por los que iba pasando.

—Mamá, no creo que sea un vagabundo.

Su mamá no contestó, mantuvo la mirada impasible en la fila eterna de coches. El sujeto llevaba un atuendo de neopreno, a todas luces muy caro, de esos que utilizan los aficionados adinerados cuando van a ir a practicar ciclismo. Aún llevaba el casco (chueco) sobre la cabeza. Y así, Mark había visto al primer zombie de su corta vida.

Diez minutos después, la primera horda apareció.

Si hubieran estado un kilómetro adelante, habrían sido advertidos por Chett y Eric y habrían huido con ellos hacía el bosque, pero estaban tan atrás en la interminable fila, que esa advertencia jamás llegó hasta ellos.

—Tenemos que irnos de aquí —siseó Mark, con el miedo picándole las paredes de la garganta como si aguijones de avispas —Y rápido.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó ella con el tono aburrido y monocorde de quien se encuentra exhausta después de más de una hora atrapada en el tráfico.

—¡No hay tiempo de explicaciones, sólo tenemos que dar media vuelta y largarnos!

Mark sentía la amenaza de uno de sus ataques de asma, se sentía al borde del pánico. Pero no podía ceder, no ahora. Entonces su mamá vio a la muchedumbre enardecida correr hacia ellos, y sus ojos se abrieron como platos. Su mente racional no pudo entender qué era lo que veía, no quería asimilarlo. Pero por suerte su instinto tomó las riendas. Puso el auto en reversa, aceleró y se estampó contra el auto que tenía detrás. Mark sintió una fuerte sacudida en su nuca, como cuando te subes a uno de esos endemoniados juegos mecánicos. Después puso el carro en primera y aceleró a fondo, golpeando el lateral del coche que estaba a un lado suyo, empujándolo para abrirse paso. La vuelta que dio fue demasiado pronunciado y se salieron del pavimento, durante unos metros, la mitad del coche avanzó en sentido contrario al resto y por un terreno de tierra poco uniforme.

Pocos segundos después muchos coches comenzaron a imitarlos, pero para la mayoría ya era demasiado tarde. Algunos quedaban atascados, atorados completamente entre los demás coches, y en otros casos, los zombies atacaban con fiereza los cristales de aquellos coches donde en su interior se encontraban personas aterrorizadas, reventándolos con la fuerza extrema de sus cabezas y brazos estampándose furiosamente contra ellos.

Mark se había puesto de rodillas sobre el asiento, girando el cuerpo para ver el caos desatado donde hasta hace un minuto ellos se encontraban detenidos completamente llenos de aburrimiento y tedio. Los zombies llegaban de a cientos, corrían descontroladamente, persiguiendo a la gente que había salido de sus vehículos. Algunos se detenían al percatarse de la presencia de personas en los coches, y entonces arremetían con furia para alcanzarlos.

Pero todos, absolutamente todos tenían la misma mirada de ira enloquecida en los rostros. La carnicería había comenzado.

4

Un zombie es como una versión mejorada de ti. Una versión implacable de ti. Sin miedo, sin cansancio, sin dolor. No siente hambre, el sueño jamás torna pesados sus párpados, el hambre nunca fastidiará su estómago.

El edificio gigante de apartamentos a donde habían llegado Aarón y su hermano mayor Isaac, permanecía a oscuras, únicamente resguardado de las tinieblas más profundas debido al resplandor mortecino de color índigo de las luces de emergencia.

Caminaban sigilosamente por un pasillo largo —un pasillo que parecía sacado directo de las pesadillas de algún maniático encerrado en un manicomio—, el terror guiaba sus pies convirtiéndolos en centinelas silenciosos que se movían con cadencia y precisión.

Los zombies hacían que te cagaras de miedo, eran terroríficos, pero lo que los vivos podían hacerse unos a otros, lo que él y su hermano habían hecho, era terriblemente peor. Los muertos se limitaban a matarte, a arrancarte pedazos de carne mientras gritabas y te convulsionabas gritando por ayuda, pero una vez morías, la pesadilla terminaba. Mataban por instinto, porque era lo único que sabían hacer.

En cuarentena se habían encontrado con una mujer que su hermano Isaac odiaba, la detestaba de la manera más cruel en que un hombre puede odiar a una mujer, un odio que sólo puede nacer del rechazo, de la vergüenza de ser repudiado en público por la mujer a quien has amado en secreto durante años. Isaac se limitaba a mirarla de soslayo, una y otra vez, incesantemente durante las horas que pasaron encerrados. Y Aarón se percataba de ello.

Pero entonces, cuando el ejército fue sobrepasado por el siempre creciente ejército de muertos vivientes, cuando abandonaron a los civiles de la cuarentena a su suerte (y a los que no, Isaac se encargó de quitarles sus armas), entonces fue cuando se desató el infierno. Más de cien personas atrapadas en la zona de comida rápida de un maldito aeropuerto en las afueras de la ciudad. Isaac y una docena de hombres más se hicieron con algunas de las armas robadas a los soldados desertores. Y entonces hubo violaciones.

Las violaciones desencadenaron en asesinatos. Y los asesinatos en suicidios. Isaac fue el instigador de esto. Primero llevo a la mujer a una esquina, apuntalándola con el rifle semi automático y la poseyó

ahí mismo, sobre el frío suelo de duela del gimnasio. Aarón intentó disuadirlo, pero nunca había sido un hombre bueno. La lujuria siempre había dominado por sobre su carácter. Y cuando vio a la mujer desnuda, vulnerable y resignada a ser poseída por él, una vez su hermano hubo terminado, la lujuria se apoderó de él y Aarón también se volvió parte de los victimarios en ese pequeño infierno. La poseyó mientras su hermano miraba fijamente y con macabra fascinación en los ojos.

Y ahora, ahora caminaban por ese pasillo decadente, iluminado por el rojo color sangre de las luces de emergencia y Aaron no podía alejar de sus pensamientos los actos terroríficos que había cometido. Si los zombies cayeran sobre él y lo despedazaran lentamente, no le importaría, sería un castigo más que merecido, y al menos así, con la muerte, dejaría de ver a la mujer agonizante bajo él, dejaría de escuchar sus débiles gemidos de dolor, en cámara lenta y en repetición una y otra vez dentro de su cabeza. Al menos con la muerte, llegaría también la paz mental.

...Pero la paz mental no llegaría. Al menos no para Aarón. Al menos no ese día.

Los pasos de Aarón y su hermano Isaac eran lentos, caminaban con cadencia y en el mayor de los silencios posibles. Sabían que el menor ruido alertaría a cualquiera de esas... esas cosas que se encontraran cerca. Aarón sabía lo que eran, pero no podía llamar a esas cosas por su nombre, en el momento en que aceptara lo que eran (a pesar de que había visto a decenas de ellos en el aeropuerto, y también había peleado contra ellos), la pesadilla se volvería real, tangible.

Al final del pasillo algo se movió. Una silueta negra recortada contra la luz roja de las lámparas de emergencia. Una figura torpe y desgarbada que parecía moverse en piloto automático.

Isaac, que iba enfrente fue quien primero lo vio. Se detuvo en seco, sin hacer el menor ruido. Aarón también se detuvo, pero la punta de su bota chocó contra algo metálico. Por el ruido que hizo al rebotar contra la pared, se trataba de la lata vacía de algún refresco o una cerveza. No importaba ya, el daño estaba hecho.

La figura se volteó hacia ellos, la lentitud y torpeza habían desaparecido de sus movimientos. En menos de un segundo entró en un estado de total alerta. Bajo la mortecina luz carmesí, pudieron ver sus ojos carentes de brillo mirar hacia ellos, flameando con un hambre feroz al clavarse en ellos.

—Corre —rugió Isaac.

—¡Corre Mark, corre! —gritó su mamá.

Mark miró con los ojos de alguien con retraso mental a su madre. Ésta se encontraba forcejeando con un zombie. La escena era surreal; ambos tirados en el pavimento, en medio de la carretera, luchando fieramente como dos gladiadores de la antigüedad, rodeados de coches abandonados y más gente luchando (o más bien siendo devorada) por cientos más de zombies.

El zombie contra el que su madre se enfrentaba, era una adolescente menuda, no mucho mayor a Mark, aún llevaba el uniforme de la escuela, unos pants grises y una playera blanca, ambos parecían irle al menos dos tallas más grandes. Y sólo por esta razón su mamá había podido hacerle frente. Si hubiera sido un hombre robusto o por lo menos medianamente grande, su mamá no habría tenido la menor oportunidad de detenerlo para darle a Mark una oportunidad de supervivencia.

—¡¿No escuchaste? Te dije que corrieras! —aulló su mamá, alzando la mirada hacia él, mientras con manos férreas sostenía la garganta de la muchacha.

La chica lanzaba alaridos suprahumanos combinados con feroces dentelladas. El cabello castaño le ocultaba los bellos rasgos asiáticos.

—No, no te voy a abandonar —balbuceó Mike.

—No seas… agh —gruñó —…idiota. Yo ya estoy muerta.

Mark se acercó a ellas, tenía que ayudar a su madre a quitarse a la chica de encima. Le lanzó una patada con todas sus fuerzas. Su tenis se hundió en el trapecio de la chica, entre el cuello y el hombro. Pero esto sólo pareció enfurecerla más. Entonces más muertos comenzaron a llegar. Su madre alzó la cabeza, separando el cuello del pavimento y los vio.

Entonces supo que si Mark no corría en ese momento, sería devorado por ellos. Hizo lo que cualquier madre que ame a sus hijos haría.

—Te amo Mark.

Aflojó el agarre que tenía en el cuello de la chica. Ésta cayó pesadamente sobre ella y hundió los dientes en la tersa piel de la garganta. Mark quedó paralizado. Su madre ni siquiera gritó de dolor. Se limitó a ordenarle con la mirada a su hijo que saliera corriendo de ahí, justo antes de que sus ojos adoptaran una expresión cenicienta y

la vida huyera de ellos.

Vio a dos hombres acercarse en su dirección dando zancadas, y esto lo sacó de su ensoñación. Cuando vio esos dos pares de ojos enrojecidos y alucinados venir en su dirección, sólo una idea ocupo el total de su mente: correr.

Y así fue como corrió de manera veloz, parándose para recuperar aire únicamente cuando dejó atrás a los muertos, cuando los sonidos provocados por estos (alaridos de furia y gritos de terror) cesaron. Y unas horas después llegó al aeropuerto donde había salvado la vida de Aarón Márquez, durante la invasión de los zombies y en esa épica batalla en las escaleras para defender el recinto de comida rápida donde se ocultaban las pocas personas sobrevivientes. Pero el salvar a ese hombre sería una acción de la cual pocos minutos después se arrepentiría.

6

Mark había seguido a los hermanos Márquez desde el aeropuerto. Estaba en el edificio con ellos aunque los hermanos no lo supieran. Se había escondido en un ducto de ventilación y desde ahí había presenciado la vergonzosa huida de los hermanos. Aunque a decir verdad, habían elegido sabiamente al decidir correr en vez de enfrentarse a más muertos vivientes, sobre todo una vez la munición había comenzado a escasear.

En este momento, Mark aún no sabía el nombre de ninguno de ellos, ni su apellido, eso lo descubriría hasta esa noche, cuando charlaran en el bosque, al calor de la hoguera.

Los hermanos salieron corriendo como si en ello se les fuera la vida. Aunque en este nuevo mundo, ese tipo de frases habían dejado de ser metáforas. El cadáver corrió tras ellos.

Mark zafó la rendija a través de la cual había visto todo, y la dejó caer al suelo. Aunque sólo tenía 12 años, era bastante alto para su edad, así que descolgó las piernas por la abertura y no le costó mucho trabajo aterrizar sobre el suelo.

Comenzó a caminar, silenciosa pero calmadamente. Sabía que en caso de que hubiera más muertos en el edificio, en ese momento todos se encontrarían persiguiendo o buscando a los hermanos, quienes en su carrera se habían olvidado de cualquier resto de sigilo que pudieran conservar. Mark González caminó por ese tétrico hotel bañado de luz roja, bajó pisos y pisos, recorriendo cubos de escaleras claustrofóbicos y viendo paredes salpicadas de manchas que bajo la luz roja se veían negras pero que a todas luces eran de sangre.

Probablemente cualquier persona normal hubiera perdido el juicio tras todas las cosas que habían sucedido ese día, los terribles actos que había presenciado... Pero a él lo había salvado su vívida imaginación. Sin saberlo, todos los libros de monstruos, asesinatos y horrores sobrenaturales que había leído durante toda su vida, de cierta forma lo habían preparado mentalmente para los acontecimientos de ese día. Había visto tantos zombies, vampiros, momias y hombres lobo dentro de su mente, que para cuando vio a un zombie en la vida real, supo inmediatamente lo que tenía que hacer. Y así lo hizo, corrió con toda su alma, con el aliento del diablo pegado a su nuca.

La mayoría de la gente no sabía lo que estaba pasando, veían gente correr hacia ellos, y aunque su cuerpo intuía el peligro, no así sus mentes, las cuales se negaban a creer que algo así pudiera estar sucediendo realmente. Y esa era su perdición, para cuando

reaccionaban, ya era demasiado tarde y tenían a un zombie hambriento de carne encima de ellos, devorándolos mordisco a mordisco.

Mark había corrido por la carretera hasta que las piernas estaban a punto de reventarle, y fue entonces cuando vislumbró el aeropuerto y se sintió salvado. Pensó que ahí estaría seguro. Y en cierto modo sí lo estuvo, al menos de los zombies, pero lo que se desató allá adentro, había sido peor, mucho peor. Si alguien le hubiera advertido sobre lo que iba a presenciar, jamás habría entrado a ese maldito aeropuerto, hubiera preferido probar suerte con los muertos.

Salió de su ensoñación, relegó los recuerdos a un sitio lejano de su mente, ahora no era momento para pensar, era momento para sobrevivir. Observó a través de una ventana sucia del tercer piso cómo los hermanos corrían por la calle despavoridos, seguidos de cerca por media docena de esas criaturas infatigables. Cruzaron a toda prisa la calle y se adentraron en el bosque que se extendía al otro lado.

Mark los seguiría, pero aún no, aún era peligroso ir allá afuera.

Si eran tan descuidados en el bosque como lo habían sido en el edificio, entonces no sería nada difícil para Mark, seguirles el rastro.

7

A Milo Vasco casi le dio un ataque de risa al reconocer entre uno de sus salvadores (el hombre que junto con el chico regordete lo habían ayudado a entrar a la comisaría) al mismo agente especial que estaba encargado de la investigación del Asesino del Metro, como lo habían apodado esa misma mañana.

Descubrió que era un tipo bastante agradable, bastante elocuente, pero también era bastante perspicaz, y eso a Milo lo ponía nervioso. Si el agente especial Norman Hayes supiera que la persona con quien estaba sentado en unos taburetes en aquel despacho y bebiendo un poco del refresco que reposaba sobre el escritorio improvisado, era el mismo hombre a quien tenía jurado encontrar, probablemente habría enloquecido por haber tenido una suerte casi milagrosa. Pero Milo Vasco no pretendía ser quien le revelara su identidad secreta de psicópata a ese poli. Aunque temía tener algún desliz, actuar de manera inapropiada o decir algo sospechoso frente a un experto en perfiles psicológicos de asesinos.

Pero lo cierto era que en esos momentos el ser descubierto por su perseguidor era la menor de sus preocupaciones. En cambio pensar en lo que había ahí fuera, lo que estaría sucediendo mientras ellos charlaban dentro de la relativa seguridad de esa comisaría y bebían soda animadamente, eso sí que lo preocupaba, y mucho. Lo llenaba de dudas, de interrogantes. No era una persona religiosa (sus múltiples asesinatos sin temor a algún castigo divino así lo atestiguaban) pero se preguntó si acaso eso sería una especie de plaga divina, algo como lo que había asolado el antiguo Egipto en una de esas aburridas películas bíblicas que veía de niño en las interminables tardes de sábados. Inmediatamente descartó esa posibilidad, demasiado fantasiosa. En cambio se permitió juguetear con la posibilidad de que fuera algún experimento biológico, y se lo hizo saber a su compañero:

—Oye Norman, tú eres poli ¿cierto?

—La última vez que revisé eso aún era cierto —respondió en un intento de broma el agente especial Norman Hayes.

Estaban sentados fuera del despacho de Rafael Solís, el comisario para quien, hasta antes de ser descuartizado por los muertos esa mañana, había trabajado Hayes. Adentro hacía demasiado calor (la red eléctrica así como las redes de comunicaciones habían muerto hace media hora, poco después de que llegara Milo) así que por eso habían improvisado esa pequeña mesa juntando dos botes de basura y poniendo un trozo cuadrado de formaica encima de ella. La gente en

el recinto se movía nerviosa por entre los cubículos de la estancia, algunos estaban en las esquinas, recostados contra las paredes, descansando, y otros simplemente caminaban con la mirada perdida. Pero algo los unía, todos tenían algo en común: los ojos extraviados e incrédulos de alguien que acaba de ver algo que a todas luces es imposible. Y sin embargo, sucedió.

—Estos zombies, mierda, tan sólo decir la palabra hace que me dé miedo y risa a la vez —divagó Milo. Norman se le quedo mirando impasible, a la espera de lo que Milo fuera a decir — ¿Qué crees que sean? ¿Bueno, más bien, cómo crees que sea posible eso, que existan?

—No lo sé Milo, estoy seguro que son putos zombies, yo mismo le disparé tres veces a quemarropa a una mujer en el pecho. ¿Y sabes que hizo la bastarda?

—¿Qué?

—Siguió corriendo hacia mí como si nada pasara. No sé si realmente sean zombies (o sea que sean muertos resucitados) o si estén infectados por algo que los vuelve inmunes al dolor y extremadamente violentos. Lo que sí sé con seguridad es una cosa.

—¿Qué cosa? —volvió preguntar Milo.

—Que sean lo que sean, no quiero volver a tenerme que enfrentar a una de esas cosas de nuevo.

El silencio que siguió a las palabras del agente se elevó entre los dos hombres como un tercer acompañante, invisible, terrorífico y apabullante. Milo podía palpar el miedo plasmado en las palabras de Norman. Aunque él no se había enfrentado directamente a ningún zombie, en el trayecto desde su casa/prisión en los suburbios, había visto varias de las atrocidades insensibles que los muertos podían cometer. En una calle vio cómo dos hombres adultos y una mujer despedazaban el cuerpo de un niño en medio de un torrente de sangre, quién aún lloraba y aullaba de dolor.

—¿Crees que sean parte de algún experimento fallido? —aventuró Milo, en un intento de aliviar la tensión.

En eso, uno de los adolescentes que eran parte del grupo de esa chica tan apetecible (Vivian se llamaba si Milo no mal recordaba) pasaba junto a ellos, y al oír esto se acercó a charlar.

—Obviamente es parte de algún puto experimento de armas biológicas —aseguró el muchacho —.Por cierto me llamo Raúl Sánchez.

—Milo Vasco.

—Norman Hayes.

Tras los reglamentarios apretones de manos, Milo preguntó:

—¿Qué te hace pensar eso, chico?

Antes de que el muchacho respondiera, Milo pudo apreciar cómo el policía lo miraba. Al parecer no se fiaba de él, como si antes de que hubiera llegado Milo, entre ellos hubiera sucedido algo que hiciera surgir una creciente tensión. Una tensión bastante palpable y que a Milo Vasco no se le pasó por alto.

—¿Qué acaso no ven los noticiarios? —obviamente era una pregunta retórica, así que ni Milo ni Norman respondieron —¿no han visto la forma en que los judíos bombardean y bombardean a los palestinos en la franja de Gaza con armas químicas? —nuevamente otra pregunta retórica.

—Okay, pero eso está al otro lado del mundo chico —dijo Norman, como intentando entender el punto de vista del muchacho, un poco ¿comprensivo? — ¿qué tiene que ver lo que hagan judíos y árabes al otro lado del mundo? —ahora Milo se dio cuenta de que el perfilista estaba poniendo en práctica su lado de psicólogo para aparentar que estaba del lado del muchacho.

Milo se acomodó en su asiento. Probablemente el chico diría alguna tontería, alguna teoría conspirativa idiota de esas que uno suele creer cuando se es adolescente. Pero aun así, en un momento como este, tener algo entretenido en lo que poder distraer la mente era bienvenido. El chico vio en ellos un público atento, así que les explicó.

—Los judíos son ocupacionistas ¿no? — asentimientos de cabeza por parte de los dos hombres —así que su objetivo principal es correr a la gente que actualmente vive en los territorios que ellos quieren invadir. Pueden hacer la guerra, como llevan sesenta años haciéndolo, con resultados mínimos y siendo atacados de vuelta por guerrillas, o por el contrario, pueden buscar maneras nuevas de matar. Ellos quieren el territorio, así que lo que más les conviene es matar a la gente que está ahí pero sin dañar el territorio que piensan ocupar, sin dañar la infraestructura de las ciudades.

—Por eso empezaron a lanzar bombas químicas en vez de bombas convencionales ¿no? —inquirió Milo, empezando a entender el punto del muchacho—.Para asesinar al pueblo pero dejar intacto el terreno.

—¡Exacto! —contestó Raúl efusivamente. Su exabrupto hizo que varias miradas giraran hacia ellos — ¿Pero qué tal y esto es sólo es una suposición, qué tal si las bombas químicas ya no son suficientes, qué tal sí ahora están desarrollando una bomba racial? —preguntó el muchacho, visiblemente alegre de que alguien prestara atención a sus locuras.

—Una bomba racial ¿qué es eso? —preguntó pensativo Norman.

Nuevamente a Milo le dio la impresión de que Norman usaba al psicólogo dentro de él para guiar esta conversación, y que en realidad no le interesaba el tema sino más bien la información que pudiera sacar respecto al comportamiento y personalidad del chico.

—Una bomba que sólo ataque a cierto grupo étnico. Que sea en extremo selectiva, digamos que sólo mate a palestinos, gente que nada tiene que ver con los judíos.

—Aunque fuera así ¿eso qué tiene que ver con nosotros? —volvió a preguntar Milo.

A diferencia del investigador, él sí estaba interesado en la conversación. Y vaya que necesitaba la distracción. Lo que había visto allá afuera, el terror sentido durante su carrera/huida por la ciudad, había disipado por completo cualquier rastro de la inmensa euforia que había nacido en su pecho al momento de quitarle la vida esa misma mañana a la dulce señorita Nadine Velázquez.

—Pues que los judíos, así como los estadounidenses sólo buscan una cosa, una cosa y nada más.

—Dinero —interrumpió Milo.

—Así es, pero en nuestra época hay algo más valioso que el dinero, más poderoso. ¿Alguien puede decirme qué es?

—El petróleo —respondió Donnie con voz cansada. Él y Roberto Madero se habían acercado mientras Raúl daba su discurso.

El chico regordete lucía cansado, demasiado, mucho más que cuando Milo lo vio al llegar. Milo buscó a su chica (¿novia?) con la mirada. Está en el otro extremo del amplio recinto, junto con Vivian (un nombre tan hermoso como ella misma), la otra adolescente y un pequeño grupo de mujeres. Charla de chicas; a Milo no le sorprendió porqué ese par hubiera preferido escabullirse discretamente y venir a platicar con ellos.

—¡Exacto! —respondió animadamente Raúl.

Entre Raúl y ese chico gordo, Donnie parecía existir también una creciente tensión. Al parecer Raúl no era una persona muy querida, y eso intrigó a Milo. Pero al fin y al cabo, supuso que fuera lo que fuera lo que Raúl ocultaba, o lo que todos ocultaban, ya tendría tiempo para descubrirlo.

—¿Y qué tiene que ver el petróleo con nosotros, o con esos zombies? —preguntó Roberto Madero, quien sólo había captado un breve fragmento de la conversación, pero aún así parecía ansioso por unirse a la charla con ellos, más precisamente con Raúl, a quien

miraba con una especie de fervor religioso, similar al que tendría en los ojos el católico más apasionado si estrechara la mano del papa.

Ahora Raúl había despertado un genuino interés en Milo, ¿qué tenía ese chico que provocaba las reacciones más variadas en cuanta persona se acercaba a él? Milo no lo supo en ese momento, pero más tarde, por la noche, mientras estuviera en un estado de insomnio agudo debido a los gritos de locura y agonía en el exterior, se daría cuenta de que el chico despertaba en él algo que ninguna otra persona jamás había hecho: se sentía identificado con él. Más precisamente, le recordaba a sí mismo cuando era joven. Cuando aún no era consciente de su condición, de la oscuridad que cargaba consigo en su interior, y por ende había ocasiones en que dejaba que las personas entrevieran detrás de su carisma y su personalidad encantadora la oscuridad que bullía en su interior. Tal y como le pasaba ahora a Raúl. Claro que él, Milo, había aprendido a nunca mostrar ese lado suyo en público después del primer asesinato…

—…Qué a lo mejor los judíos y los norteamericanos ya se cansaron de invadir países del medio Oriente como Iraq o Afganistán para ir a sacar petróleo, o a lo mejor el petróleo allá ya se está agotando, o qué se yo —continuaba Raúl, ajeno al breve ensimismamiento en el que Milo se había sumido por unos instantes —y ahora quieren el petróleo que tenemos nosotros…

—¿Y los zombies cómo entran en todo esto? —volvió a preguntar Roberto Madero.

—Sencillo —respondió Milo, uniéndose de nuevo a la conversación—. ¿Para que invadir un país, gastar tropas o lanzar cientos de bombas que inutilicen la infraestructura, cuando puedes mejor evitar todo eso soltando un virus que haga que los propios habitantes del país en cuestión se devoren unos a otros hasta que no quede uno solo para defender las fronteras?

—¡Exacto! —rugió visiblemente emocionado Raúl, nuevamente rostros girando hacia ellos —¡Ese es mi maldito punto!

—Oye amigo, mira —le dijo Roberto Madero (el chico parecía un maldito guardaespaldas profesional) a Raúl con complicidad, señalando hacia el extremo derecho de la pared, hacia donde Donnie había ido a curiosear.

—Oh mierda —respondió Raúl Sánchez.

El rostro de ambos chicos se ensombreció instantáneamente. Milo no entendía ni mierda de lo que estaba pasando. Volteó hacia el lugar donde ellos dirigían su atención, pero lo único que veía era al chico regordete y pelirrojo asomado a la ventana (la cual por fortuna no habían tenido que tapiar con maderas gracias a que quedaba a una

altura demasiado alta como para que ningún zombie pudiera alcanzarla). En sus ojos se veía un genuina curiosidad por intentar abarcar todo cuanto sucedía allá afuera, pero su semblante lucía pálido, enfermizo, como si acabara de salir de la mesa del quirófano.

—¿Qué pasa? —preguntó Milo intrigado.

—Baja la voz —ordenó Raúl.

—¿Vamos a tener que hacerlo de nuevo? —la pregunta susurrada de Roberto iba dirigida única y exclusivamente a su amigo.

—No, es demasiado arriesgado.

—Pero ya lo hicimos con Hyun —replicó Roberto —¿Por qué sería diferente con Donnie? —nuevamente los susurros, murmullos de complicidad.

—Porque el maldito cadáver de Hyun no se quedó encerrado con nosotros, se quedó en las vías del metro.

—Un momento, ¿un cadáver? —interrumpió el poli —¿De qué mierda están hablando?

—Shhh —dijeron al unísono los dos adolescentes.

—Mira su brazo —fue la única respuesta que Norman Hayes recibió, la única explicación. El chico volvió a apuntar hacia Donnie con la cabeza.

—Está herido, lo puedo ver ¿y eso qué? —dijo Norman.

—No está sólo herido, está infectado —respondió impasible Roberto.

—Oh mierda —dijo Milo.

—¿Infectado? —preguntó Norman —¿Infectado de qué?

—Los zombies hombre, lo han mordido —espetó Raúl, dejándose llevar por la frustración, como si odiara tener que dar más explicaciones de las que consideraba necesarias.

Ahora los rostros de la gente voltearon, pero ya no fue de manera discreta, al escuchar que alguien había sido mordido por un zombie, algunos voltearon con miedo en las caras. También Donnie volteó, y al instante supo de qué hablaban sus amigos. Y en ese instante, Milo vio algo a lo que estaba bastante acostumbrado, pero que seguía impresionándolo a la vez que lo fascinaba: miedo es estado puro.

—¿Y eso qué más da? —volvió a preguntar Norman.

—Hombre, no es por ofender, pero creo que has estado metido aquí desde el principio ¿cierto? —preguntó Raúl, pero volvió a hablar sin esperar por una respuesta —Es como si te hubieras encerrado y protegido en un maldito castillo de vidrio. ¿Roberto, podrías

explicarle por favor?

—Hombre si una de esas cosas te muerde, estás frito. Hemos visto cómo han mordido hasta la muerte a muchas personas. ¿Y sabes algo? Eso no es lo peor. No, lo peor es cuando las personas a quienes acabas de ver morir resucitan y ahora ellos también empiezan a perseguirte.

—Yo, yo no estoy infectado —dijo una tímida voz.

—Cállate gordo —le espetó Raúl —¿Crees que no se te notan los síntomas? Mierda, tienes un aspecto tan descompuesto que pareces una maldita momia. Y hace media hora no lucías así. Estás recorriendo el mismo camino por el que vimos pasar a Hyun tras ser mordido.

—¿Y cómo explicas esa herida que parece no dejar de chorrear? —Roberto apoyando a su amigo, aunque más bien parecía su ídolo.

—Yo no, no, no sé —fue la tímida respuesta de Donnie Laurent. Llevó la mano derecha hacia el brazo herido, como intentando ocultar la herida de las miradas acusadoras de sus ¿amigos?

—¡Déjalo en paz!

La voz que había salido en defensa del pobre chico regordete pertenecía a otro de los adolescentes, un tipo de pelo negro y actitud algo arrogante, (como si quisiera ser el gran héroe), a quién Milo aborrecía. Aunque debía admitir que lo odiaba por la forma en que ese bastardo podía tocar a Vivian —su Vivian —con completa impunidad y ahí, en público, delante de todas las personas. Eso le hacía bullir la sangre.

—Tú pasaste escondido todo el tiempo Enrique, tú no sabes nada, no lo puedes saber —espetó con vehemencia Raúl —. En cambio nosotros tuvimos que abrirnos paso hasta el metro matando a decenas de esas cosas, arriesgando nuestras malditas vidas.

Vivian llegó junto a Enrique y enroscó sus frágiles y bellos brazos en torno al de él. Milo contuvo la mueca a punto de florecer en su rostro.

—¿Qué pasa? —exigió saber la chica.

—Que nuestro pequeño amigo regordete fue mordido por una de esas cosas —dijo Raúl acusadoramente, apuntando con un dedo hacia Donnie —. Y hay que sacarlo de aquí lo más pronto posible— sentenció.

—Chicos, ustedes no pueden hacerlo —dijo (suplicó) el chico pelirrojo —Yo, y..y..y..yo peleé con ustedes en las calles, somos amigos de toda la vida Raúl —miradas frenéticas en todas direcciones, en busca de ayuda.

—Amigo, te mordieron y no hay nada que se pueda hacer —dijo conciliadoramente Roberto Madero.

Resultaba chocante ver a ese fornido chico intentándole imprimir dulzura a su voz.

Una mujer histérica de cabello rizado y naranja, junto con su esposo, un hombre calvo y que parecía ser su sirviente se acercaron hasta ellos.

—Esas cosas son el diablo —dijo con voz chillona la mujer—. No podemos permitir al diablo aquí, que esté con nosotros —dijo mirando con temor religioso hacia Donnie—¡Tenemos que expulsarlo!

Enrique Barsuto dio dos zancadas hacia la mujer, hasta quedar a centímetros de ella, y sin decir nada, la abofeteó con una fuerza descomunal. La mujer cayó al suelo ridículamente, el vestido de monja enredándosele en los tobillos. Se llevó una mano a la mejilla enrojecida, y desde el suelo y con ojos vidriosos miró con ira hacia Vivian y Enrique.

—Ustedes, su maldita generación, son una basura, son el lastre de la sociedad. Por culpa de ustedes dios nos castiga, por sus pecados, su libertinaje, por culpa de los padres que no supieron educarlos, niñas exhibiendo sus partes privadas en esas telas tan ajustadas, aún antes de ser adolecentes, chicos y chicas teniendo relaciones y siendo padres antes siquiera de ser mayores de edad, ustedes, ustedes…

—Cállese, señora, sólo cállese —imploró Enrique en voz baja.

Milo supo que el hecho de haber golpeado a una mujer, aunque fuera una tan horrible como esa, le causaba gran conflicto al muchacho. El esposo no hacía nada, parecía aturdido y permanecía quieto como estatua, a excepción de los ojos, los cuales se movían frenéticamente de su esposa al chico y del chico a su esposa, como si estuviera viendo un partido de tennis.

Tres hombres se acercaron hasta ellos y se posicionaron detrás de Raúl.

—Nosotros también hemos visto a esas cosas convertirse —dijo el más alto de los tres, el calvo —. Y aunque nos cueste admitirlo y sea todavía más difícil hacerlo, tenemos que hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó Vivian, desafiante.

Ahora todos volteaban hacia ellos, eran el centro de atención. Laura corrió hacia Donnie, poniéndose frente a él, en actitud protectora. Milo sabía que no serviría de nada. Y ahora que la veía bien, Laura no lucía para nada mal, era una digna rival para la belleza de Vivian, incluso tenía algo más, tardó unos segundos en saber qué, hasta que dio con ello: su inocencia. Milo se relamió mentalmente los

labios.

—Expulsar al chico de aquí —respondió solemnemente el hombre. En su voz no había ira, ni odio, ni ningún sentimiento, sólo una fría certeza —. Es demasiado arriesgado estar en la misma habitación con alguien que está a punto de convertirse en un zombie.

Los otros dos hombres asintieron. Donnie estaba lívido, el miedo le había arrebatado el poder del habla. Laura pegó su espalda al cuerpo del chico y lo tomó fuertemente de las manos.

—Eso no va a pasar —chilló Laura —. Donnie no se va a convertir en una de esas cosas.

—Chica, sé que no quieres creerlo, que es difícil aceptarlo, pero sabes que es cierto —nuevamente el hombre compasivo.

La aceptación oscureció el rostro de Laura.

—No dejaré que lo hagan —dijo Norman, saliendo de su estupor.

Moviéndose como un relámpago, Raúl Sánchez se deslizó junto a él y con un solo movimiento preciso que tomó por sorpresa a toda la gente —incluyendo al detective— sacó la pistola de este de la funda, la tomó y se alejó unos pasos. Ahora Norman Hayes estaba desarmado.

—Devuélveme el arma chico, le vas a hacer daño a alguien, o te vas a hacer daño a ti mismo. No es un juguete.

Raúl la tomó con cuidado, sopesándola, incluso permitiéndose admirarla un poco.

—No.

—Te vas a arrepentir —le dijo Norman mirándolo a los ojos.

—No quiero quedarme con tu pistola, pero por ahora no te la puedo devolver. Lo hago por el bien de la mayoría.

Se puso detrás de los tres hombres que se mantenían impasibles. Todos con la mirada clavada en Donnie.

—¿Ahora qué? —preguntó un muy enojado Enrique Barsuto —¿Vas a sacar a tu amigo de la infancia a la calle para que muera, como si fuera un trozo de basura?

—Voy a hacer lo que sea necesario para proteger a mi gente.

La voz de Raúl al responder fue fría y sin vida, la voz monocorde y carente de empatía de un psicópata, vaya si Milo lo sabría.

Todos se mantuvieron quitos, eso parecía el interior de algún museo de cera, lleno de representaciones inmóviles de gente famosa. Justo cundo Milo pensó que el silencio y la inmovilidad compartida de todos se extenderían para siempre, unos furiosos golpes y gritos fueron

a estrellarse contra las enormes puertas dobles, sacándolos a todos del trance.

—Ustedes tres, agárrenlo —sentenció Raúl, haciéndole señas a los tres hombres que se habían puesto de su lado para que fueran hasta donde estaba Donnie.

Dos de ellos aceptaron sin rechistar, el de barba y otro más pequeño y de rostro anodino, en cambio el más alto, el que lo había ayudado con su argumento sobre expulsar a Donnie se acercó hasta él.

—Tenemos que ver quien está allí afuera —le dijo.

—Tienes razón —concordó Raúl.

Dicho esto, le hizo un gesto con la cabeza a Roberto Madero para que ayudara a los hombres a vigilar a un Donnie inmovilizado por el pánico. Roberto asintió y fue con ellos.

Milo, Raúl y el hombre alto se dirigieron a la puerta, una de las mujeres que hace pocos minutos conversaba en el pequeño grupo de mujeres de Vivian fue con ellos. Al parecer nadie más quería acercarse a las puertas, nadie quería estar tan cerca de lo que había en el exterior.

Cuando llegaron junto a la puerta, escucharon que un hombre gritaba con voz grave y desesperada:

—¡Si no abren esta maldita puerta, créanme que la voy a llenar de balas y la atravesaré a la fuerza!

Todos se miraron los unos a los otros. Entonces el hombre alto decidió tomar las riendas del asunto y preguntó a gritos:

—¿Alguno de ustedes fue mordido?

—¿Eso qué importa? —replicó velozmente el hombre desde fuera.

—Respondan ¿sí o no?

—¡No, maldita sea, no nos han mordido, pero si no nos dejan entrar, pueden estar más que seguros que esas cosas van a hacer más que mordernos! —gritó una segunda voz.

—Los vamos a dejar pasar —anunció la mujer que estaba junto a ellos —. Pero si alguno de ustedes tiene marcas de mordida, no dudaremos en ejecutarlo ¿entendido?

—¡Maldita sea sí, lo entendemos¡—estalló una tercera voz, la cual pertenecía a una mujer.

Traigan al muchacho —ordenó el hombre alto.

Entre Roberto Madero y los otros dos hombres arrastraron penosamente a un Donnie que se resistía con todas sus fuerzas, pero ellos eran tres y nadie acudía en su ayuda.

—¡No los voy a dejar! —intercedió Enrique.

—Aléjate de él —dijo Raúl.

Cuando Enrique volteó hacia su antiguo amigo, este ya tenía levantada la pistola de Norman y le apuntaba directo a la cara.

—No quieres hacer esto —le advirtió Enrique —. Si asesinas a Donnie, eso te perseguirá para siempre.

—Él ya está muerto —dijo con una voz carente de sentimientos.

El hombre alto se desesperó, dio unos pasos hacia Donnie, haciendo a un lado a Enrique y tomó al chico gordo por un brazo, con una fuerza descomunal y entre él y el hombre de barba lo rrastraron hacia la puerta. Milo se acercó velozmente a esta y ayudó a Raúl a descorrer los enormes cierres.

Abrieron una de las dos puertas y el hombre alto, el barbudo y el chico pelirrojo salieron hacia la luz cegadora del exterior. Después, una mujer hermosa, rubia y de cuerpo despampanante entró acompalada de un tipo ridículo con una gorra roja y un soldado.

Demonios, una figura de autoridad más, pensó amargamente Milo. Ahora tendría que irse con doble cuidado.

Desde fuera les llegaron los gritos desesperados del pobre chico gordo, pero después se cayó de golpe. Cuando segundos después los dos hombres regresaron y el alto tenía los nudillos completamente enrojecidos y ensangrentados, Milo pudo adivinar cómo había callado a Donnie.

Raúl y Roberto cerraron la puerta tras ellos. Y así, el resto de supervivientes quedaron encerrados en la comisaría junto a un grupo de recién estrenados asesinos.

Y lo que nadie sabía, es que entre ellos se encontraba un asesino mucho más peligroso que ninguno de ellos. Pero por fortuna, nadie, absolutamente nadie sospechaba de él. Nadie sospechaba de Milo Vasco, El Asesino del Metro.

8

Tal como había vaticinado Mark, seguir a los hermanos por el bosque no fue nada difícil. Sólo había que seguir los gritos rabiosos de los muertos, y si eso no era suficiente, las huellas en la tierra humedecida por el agua que comenzaba a chispear, las hojas rotas y los arbustos pisados, bastaban para poder seguirles la pista.

Mark aún no se decidía si hablarles o no. Sabía que no eran buenas personas, y no quería aliarse con ninguno de ellos, sobre todo con el que parecía un pandillero, el que había orillado al otro a cometer la segunda violación de la tarde. Uno era carácter débil, mientras que el otro era un bastardo malnacido. Una peligrosa combinación. Pero en un mundo como en el que estaban ahora, uno no podía darse el lujo de decidir con quién aliarse, y ese par (exceptuando su torpe huida por el bosque) habían demostrado que tenían lo que se necesitaba para sobrevivir en un maldito mundo asolado por un apocalipsis zombie.

Mark aún deseaba imaginar que todo eso de los zombies era un evento aislado, algo que el ejército podría contener y erradicar. Algo que a partir del día siguiente sería nada más que un hecho anecdótico que el resto de gente miraría desde la seguridad de sus casas en los noticiarios nocturnos. Pero no se hacía demasiadas esperanzas. No después de ver como decenas de soldados eran sobrepasados y neutralizados por un ejército, cada vez más creciente, de muertos vivientes.

Finalmente los alcanzó, bueno casi, estaban a unos cien metros del chico. Mark se subió a un tronco caído, el cual aún se encontraba unido a la base del grueso árbol y desde ahí presenció la torpe huida de los dos hermanos. Habían llegado a la orilla de un río, eran seguidos de cerca por al menos unos quince zombies; hombres, mujeres, niños, una anciana, todos eran candidatos válidos para alistarse en las filas del ejército zombie.

Sin pensárselo dos veces, ambos idiotas se metieron al río, en un tonto intento por cruzarlo. Si leyeran un poco más, o tuvieran algún tipo de conocimiento de vida salvaje, sabrían que una corriente, si es lo suficientemente fuerte, basta con tener una profundidad de treinta centímetros para arrastrarte por el río. No lo sabían, pero como la mayoría de las cosas en la vida, lo aprendieron al experimentarlo en primera persona.

—Idiotas —murmuró Mark.

Cuando iban a la mitad del río, el hermano débil, al que Mark estúpidamente salvó en el aeropuerto, cayó de lado, sus tobillos siendo fuertemente jalados por la poderosa corriente de agua. En su caída se llevó con él a su hermano, y ambos fueron arrastrados unos cuantos centímetros antes de lograr ponerse en pie. Mark los veía entretenido.

Los zombies fueron entrando al río uno a uno. Y uno a uno fueron cayendo igual que los hermanos sobre el agua de ese pequeño río de muy poca profundidad. Pero ellos, haciendo alarde de su falta de dolor, se ponían rápidamente en pie como si nada hubiese sucedido, con heridas abiertas en la cara cuando esta había chocado contra las rocas del suelo o con brazos o piernas torcidas en posiciones que deberían hacerlos aullar de dolor si sintieran algo. Los hermanos al fin cruzaron, pero los zombies no tuvieron tanta suerte, su total falta de coordinación hizo que se mantuvieran en un estado cíclico: cayendo, arrastrados por la corriente, levantándose rápidamente y volviendo a caer. Los hermanos echaron a correr, esperando no volverse a encontrar con un zombie nunca más.

Mark escuchó el sonido de unas hojas siendo aplastadas y se giró bruscamente, sobresaltado.

—¡Oh mierda! —soltó, al tiempo que intentaba mantener el equilibrio sobre el tronco. No podía permitirse caer, no en ese ángulo en que se encontraba. Este era el momento menos apropiado para una torcedura de tobillo o algo así. En este nuevo mundo, algo de esa naturaleza sería una cuestión de vida o muerte.

Al final logró mantener la postura. Pero casi fue demasiado tarde. Al percatarse de quién, o mejor dicho qué, era lo que había provocado el ruido de las hojas, un puño atenazó su garganta. Un zombie venía corriendo en su dirección, y estaba cerca, demasiado cerca.

Mark brincó hacia atrás, cayendo sobre la fría tierra con todo su trasero. El zombie se estrelló contra el tronco, justo donde unos instantes antes se encontraba Mark. Pensó aterrado que de haber seguido ahí, en estos momentos el maldito se estaría dando un festín con su carne. Aunque quizá le costaría algo de trabajo, pensó rápidamente tras echarle una breve ojeada en lo que se ponía de pie. El zombie tenía la parte inferior de la quijada completamente deshecha, como si alguien le hubiera disparado a quemarropa con una escopeta o con un revólver estilo magnum, de esos que se pueden utilizar para cazar elefantes. La lengua colgaba inerte en un rostro enojado, rabioso. La hilera superior de dientes permanecía intacta y completamente a la vista, en un intento de macabra sonrisa. La sangre salpicaba prácticamente todo su traje gris y su camisa que esa mañana probablemente había sido blanca.

Se puso en pie como pudo y comenzó a correr. El zombie pasó por encima del tronco y cayó de bruces al otro lado. Dos dientes se quedaron para siempre incrustados en el suelo, a un lado de la pequeña roca contra la que su cara había chocado. Mark corrió en dirección al río, lo cruzaría, pero intentaría tener más cuidado que los idiotas.

Cuando llegó a la orilla, se detuvo abruptamente y dio media vuelta. El agua comenzaba a caer con más fuerza desde el cielo, pero aún no se le podía llamar lluvia. El chico vio al zombie, estaba a unos veinte pasos de él y corría con una furia enloquecedora, con unos ojos inyectados en sangre y un solo objetivo del cual no apartaban la mirada: Mark.

El muchacho respiró profundamente, echó un pie hacia atrás, para tener un mejor equilibrio y aguardó. Se sentía como uno de esos toreros segundos antes de que la bestia embista contra ellos. Sólo que él no era un cobarde como esos tipos ni traía una sábana roja para distraer al zombie.

Cuando el zombie estuvo a un paso de él, cuando alargó las manos hacia Mark, con algo en los ojos (¿esperanza?) entremezclado con el odio recalcitrante, el muchacho reculó hacia la izquierda con un ágil y veloz movimiento. El zombie se siguió de largo y se metió de lleno al río. Para cuando intento darse la vuelta e ir por su presa, el río ya lo tenía, lo derribó y este zombie entró en el mismo círculo de caer y volver a levantarse que el resto, mientras iban yendo lenta, pero inexorablemente río abajo.

Mark lo miró luchar contra la fuerza de la naturaleza durante unos segundos. Cuando decidió que era suficiente comenzó a caminar rio arriba, hasta encontrar un lugar donde el agua no estuviera tan profunda y poder cruzar sin tantos riesgos.

El encontronazo con ese muerto le hizo tomar una decisión mientras sus pies se hundían en la helada agua del río. Sí se reuniría con esos dos hombres. Siempre era mejor estar en un grupo de tres que andar por ahí solo, en medio del bosque.

—¡¿Qué demonios les pasa?! —rugió Natasha.

—Teníamos que hacerlo —dijo el hombre alto y calvo.

La mirada y voz del hombre eran impasibles, como si en vez de justificar el asesinato indirecto que acababan de cometer él y el hombre de barba, les estuviera hablando del césped que recién había podado. Hablaba con la tranquilidad de un buen samaritano en la reunión mensual del vecindario. Abrió y cerró el puño, con la mirada clavada en la sangre de los nudillos.

—Acaban de matar a ese chico —los acusó Natasha Ramírez, la flamante periodista que se había visto envuelta, y quedado atrapada en el medio, del reportaje más insano de su carrera.

Entonces Raúl Sánchez se acercó hasta ella.

—Escucha primor, no sé quién seas, y la verdad no me interesa. Pero hay algo que debes saber antes de lanzar acusaciones a diestra y siniestra.

—¿Y qué es eso? —interrumpió una voz. El que habló fue Roger Iñiguez, el camarógrafo de Natasha.

—¿Ustedes son periodistas acaso? —preguntó Raúl con malicia en los ojos.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Natasha.

—Por eso —y con la cabeza señaló el gafete que Roger aún traía colgado del cuello y que danzaba perezosamente a la altura de su pecho —. Y la verdad me importa un comino que lo sean, aquí no son celebridades, aquí son sólo otras dos personas más.

—¿Qué es lo que nos querías decir? —lo cortó Natasha. Ese chico la había hecho perder la paciencia.

—Que Donnie, el chico al que sacamos, ya estaba muerto.

—Se veía bastante vivo para mí.

La voz grave de la persona que había hablado pertenecía a Damián Salazar. El taciturno militar que había llegado hasta allí junto con los periodistas.

—Los zombies lo habían mordido —el que habló ahora fue el hombre alto —.Y a quien muerden se infecta, y quien se infecta se vuelve uno de ellos —explicó como si tal cosa. Como quien explica la receta para hacer que un pastel quede suave.

Damián Salazar, en sus años de experiencia en el campo, había

aprendido a hacerle caso a su instinto, a reconocer cuando había peligro. Y su instinto ahora no sólo le cosquilleaba en la parte baja de la nuca, sino que era como un persistente y agudo grito dentro de las paredes de su cabeza. Se dispuso a llevar las manos a su rifle, pero el adolescente fue más rápido.

Raúl aún empuñaba el arma reglamentaria de Norman. Al percatarse de la intención del soldado, la elevó, apuntando hacia él. No sabía siquiera si tenía puesto el seguro o no. Pero debido a que el policía no hizo ningún amago por quitársela cuando Raúl se la arrebató, suponía que el arma estaba lista para disparar, lista para matar.

—Ni se te ocurra —amenazó Raúl, con el dedo peligrosamente cerca del gatillo.

—Tranquilo, todo está bien —dijo el soldado, al tiempo que elevaba las manos en el aire, en señal de rendición, intentando demostrarle a muchacho que él no representaba una amenaza.

—Quítensela —ordenó Raúl.

Al instante, un muchacho alto y robusto se acercó hasta el soldado, quien le entregó el subfusil.

Natasha sintió miedo. Sabía que en cualquier momento, la situación se les podría ir de las manos a todos y terminar en un baño de sangre. O peor…

David Garduño permanecía pegado contra una pared en el extremo más alejado de la entrada. Estaba solo y desde que habían llegado a la comisaría, no había cruzado palabra con nadie. Se encontraba completamente confundido.

Tenía la mirada perdida y se limitaba a mirar a los demás viendo cómo se desenvolvían los pequeños dramas a su alrededor. La confusión dentro de su cabeza se debía a que sus lealtades se habían trastocado. Todo lo que pensaba que él era esa mañana, la definición que tenía de sí mismo se había desmoronado durante el día.

Odiaba a los tipos como Enrique Barsuto o como Raúl Sánchez. Jamás se hubiera imaginado siquiera cruzar más de dos palabras con alguno de ellos que no fueran amenazas o insultos; pero ahora sentía un profundo respeto (y quizá algo de admiración aunque le costara admitirlo) hacia Enrique. Esa mañana era la persona a la que más odiaba y ahora podría considerarlo incluso un amigo. Raúl le resultaba indiferente hasta esa mañana, pero ahora, había comenzado a despreciarlo.

Por otro lado estaba Roberto Madero, uno de sus mejores amigos, compañero de borracheras inigualable. Incluso habían llegado a

compartir a una que otra chica (a Veronica Rossi se la habían cogido la misma noche, primero David y después le cedió la estafeta a Roberto, la chica estaba tan ebria o drogada que probablemente ni se dio cuenta de que al menos cinco miembros del equipo habían tenido sexo con ella aquella noche). Pero ahora lo veía como a un extraño, no lo despreciaba tanto como a Raúl, pero le causaba asco de una manera diferente. El tipo que antes era su amigo, parecía haberse convertido en la servil marioneta a las órdenes de Raúl. Parecían ser una pareja de homosexuales donde a Roberto le tocara hacer el papel de macho pasivo. Y él parecía no sólo aceptar este hecho, sino además interpretarlo gozosamente.

Pero ahora, no sabía qué hacer. Había visto cómo arrojaban a Donnie a una muerte segura y no se había atrevido a hacer o decir nada en su defensa. Se decía a sí mismo que al final, el chico gordo estaba infectado y que sacarlo de ahí había sido lo más sensato. Pero en su fuero interno sabía que esto no era cierto, la realidad es que había sido un cobarde, se había mantenido al margen y le había dado miedo actuar, mientras que Raúl hacía lo que quería, y sólo el policía ese, Enrique, Vivian y Laura se habían atrevido a plantarle cara.

Pero al final el maniático de Raúl se había hecho con el arma del policía y la discusión había terminado.

Y lo peor era que ahora Raúl y su pequeño séquito de títeres serviciales tenían dos armas de fuego: la nueve milímetros del poli y la metralleta semiautomática del militar recién llegado.

David no sabía qué podrían hacer a continuación. Miró cómo Roberto le quitaba la metralleta al soldado. Su cuerpo permanecía inmóvil, negándose a moverse, como si su voluntad fuera la de un humano pero su cuerpo el de una estatua.

Entonces Raúl volteó en su dirección y sus miradas entrechocaron. David quiso mirar hacia otro lado pero ya era demasiado miedo, así que hizo lo que estaba acostumbrado a hacer, lo que había aprendido tras todos sus años de ser el pendenciero de la escuela: le sostuvo altivamente la mirada.

Pero cuando vio lo que se alejaba en los ojos de su compañero de instituto, en los ojos de Raúl, sintió miedo.

Al final los ánimos se calmaron. Después de lo que todos habían vivido ese día, nadie quería seguir escalando las tensiones allí adentro, nadie quería una situación que terminara en derramamiento de sangre.

Vivian se acercó hasta Enrique e intentó tranquilizarlo. Él bullía de rabia por lo que había hecho Raúl. Pero al final ellos tenían las armas. Así que no tenía sentido oponérseles.

Raúl y sus secuaces se fueron otra ala de la comisaria, se apartaron del resto de supervivientes.

—Tranquilo Enrique —le dijo Vivian, una vez hubieron salido de ese recinto los del grupo de Raúl —. Lo más probable es que el ejército venga por nosotros a rescatarnos y que mañana todo esto sea sólo una mala experiencia.

—Esto no es sólo una mala experiencia Vivian —replicó el chico —. Ellos lanzaron a mi mejor amigo allá afuera, como si fuera un maldito perro rabioso.

La voz de Enrique sonaba entrecortada, a punto de quebrársele. Una vez pasada la furia inicial, la tristeza parecía comenzar a tomar poco a poco su lugar. Tenía también los ojos cristalinos, Vivian pensó que en cualquier momento se echaría a llorar.

Lo tomó por los hombros y ambos —que estaban pegados a una pared —se sentaron en el suelo. Vivian acunó a Enrique entre sus brazos y el muchacho comenzó a sollozar descontroladamente, protegido por el abrazo de Vivian de miradas indiscretas.

Lucía Suárez, quien permanecía aún en el grupo de mujeres que estaban más allá, cerca de la salida, volteó a verlos. Su mirada era inescrutable, podría ser una excelente jugadora de póker.

—Ellos lo mataron —dijo Enrique entre jadeos.

Lucía desvió su atención nuevamente hacia la charla con las mujeres y Vivian centró su atención en Enrique.

—Tranquilo —dijo ella, con voz serena —.Cuando nos rescaten, podremos denunciarlo, a él y a los hombres que lo apoyaron —su voz era fría, la voz de una mujer decidida —. Hay decenas de testigos que vieron lo que pasó, y te prometo que si las personas que nos rescaten no hacen nada, yo sí lo haré —sentenció con una seguridad y una voz tan gélida como el viento del Antártico.

La aseveración de Vivian junto a su voz, hicieron que un escalofrío de miedo recorriera la espalda de Enrique. Un miedo por lo que esa chica tan hermosa —y en apariencia tan frágil — podía llegar a hacerle al monstruo en quien se había convertido Raúl Sánchez.

En ese momento supo que su amigo Donnie, de una u otra manera, sería vengado.

10

El crepitar de las llamas era hipnotizante, el humo se elevaba hacia un cielo negro —completamente oscuro—, hacia la eternidad. Esa noche no había estrellas ni luna, tampoco se veía ninguna luz artificial a la redonda. Mark se sintió extrañamente cautivado, por primera vez en su vida, ahí en medio del bosque, era consciente de su condición efímera de mortal. También sintió un pesado temor alojarse en el centro de su pecho. Un temor primitivo, irracional. Un temor que venía incrustado en su ADN desde la época de las cavernas, o quizá antes, de cuando los antepasados de sus antepasados se enfrentaban a verdaderos monstruos —descendientes de dinosaurios— y al caer la noche quedaban completamente indefensos ante los horrores que traía la noche.

En una noche así, rodeado de nada más que árboles, oscuridad y sonidos sibilantes por doquier, alumbrados únicamente por los destellos naranjas que las llamas de la incipiente fogata arrojaban sobre sus rostros, Mark podía entender por qué antes de la llegada de la luz eléctrica, de la vida nocturna, a la gente le era tan fácil creer en brujas, temerle a los demonios de las fábulas bíblicas y pensar que entidades fantasmagóricas caminaban entre ellos.

Las sombras tétricas que bailaban al ritmo de la luz del fuego sobre los árboles, aunados a los sonidos de la naturaleza, completamente extraños para un chico de ciudad como lo era él, hacían que una inquietud primaria le corriera desde la parte más alta de la nuca hasta la base de la espalda, como si fuera un escalofrío. Su mente volaba, y comenzaba a imaginar seres terroríficos, criaturas de pesadilla que los vigilaban desde las sombras. Hombres gato, altos como jugadores de baloncesto, con orejas puntiagudas y ojos rojos como la sangre; criaturas con cabeza de pterodáctilo y torso de humanos, pero con los brazos amputados; pequeñas niñas tiernas poseídas por entes demoníacos que les hacían hablar con mil voces de hombre al mismo tiempo, la voz de una legión dentro de esa niña—recipiente; y brujas que eran hermosas hasta que estabas lo suficientemente cerca como para oler su aliento a azufre, y entonces te encadenaban y sufrían una metamorfosis, donde se les caía la piel y era sustituida por una nueva de color verde y de reptil; estos eran algunos de los seres que poblaban la vívida imaginación de Mark en esos momentos.

Mark agitó la cabeza, intentando deshacerse de todos esos lúgubres pensamientos, y volviendo a la realidad.

—¿Crees que sea buena idea?

—Buena idea ¿qué? —respondió secamente Aarón Márquez.

—Prender una fogata —dijo Mark — ¿no crees que pueda atraer a los zombies?

Aarón hizo una mueca al escuchar esa palabra. La misma que haría alguno de los personajes de los libros de Harry Potter cuando este mencionaba el nombre de Voldemort.

—Honestamente no sé, ni me interesa —respondió Aarón —lo que sí sé es que no pienso dejar que el frío me mate esta noche, no después de todo lo que hicimos para sobrevivir.

Como matar gente inocente, pensó Mark. Una oscuridad opresiva cruzó su mente, pero no se atrevió a decir nada en voz alta.

Miró hacia el lugar donde se había tumbado Isaac, quedándose dormido al instante, o probablemente desmayado por tanto alcohol. Después de cruzar el río, Mark los había alcanzado, y habían llegado a una fría cabaña abandonada y sin techo en medio del bosque. Ahí encontraron el alcohol, unas cuantas cajas de galletas y la arcaica tienda de campaña de la cual en este momento sobresalía la cabeza de Isaac, el cual roncaba de una manera estridente. Dormía como un bebé pese a las cosas horribles que hizo ese día, y peor aún, pese a la constante amenaza de los muertos vivientes que pendía incesantemente sobre sus cabezas.

Después de presentarse rápidamente, se plantearon quedarse dentro de esa cabaña, pero el peligro era demasiado; además de no contar con puertas ni ventanas, aún no se habían alejado lo suficiente de los muertos. Así que tomaron lo que les podría ser de utilidad y siguieron caminando, adentrándose cada vez más en el bosque, alejándose de la ciudad, alejándose de los zombies.

Y así llegaron a este claro donde había una especie de lago (aunque era tan pequeño que Mark dudaba si alcanzaría a entrar en la definición de lo que un lago debía ser) y muchos, muchos árboles a la redonda. Cuando empezó a oscurecer, Isaac tuvo la única buena idea del día, y la última antes de que el alcohol acabara con su raciocinio. Tomó su encendedor, prendió unas cuantas hojas de un libro viejo que tomó de la cabaña y lo echó sobre unas cuantas ramas que juntó. Mark se encargó de rodear la improvisada hoguera con piedras y Aarón de ir a buscar ramas más gruesas antes de que esas se apagaran.

Cuando la fogata estaba lo suficientemente decente fueron por más ramas y con lo que juntaron se habían mantenido alimentando el fuego hasta ahora.

—¿No crees que el humo los pueda atraer hasta nosotros? —

preguntó Mark, más por intentar hacer platica que por estar realmente preocupado.

—¿Viste a esas cosas? Puede que sean rápidas, incansables y virtualmente invulnerables, pero no creo que sean listos —respondió él.

—Lo dices por lo que les pasó en ese pequeño río ¿no?

—Exacto, creo que lo único que les llama la atención es un ser humano vivo y es lo único que cazan o que saben cazar. Dudo mucho que alguno de ellos vaya a alzar la vista al cielo en busca de algo. Y aunque vieran el humo en el cielo, no creo que su cerebro sea capaz de relacionar el humo con más humanos a quienes devorar. Los he visto a los ojos, ahí no hay más que furia, una furia ciega. Pero son estúpidos.

Mark no había visto tan de cerca a ningún zombie (aún), así que escuchaba las palabras de Aarón con sumo interés. Seguía sorprendido por el parecido tan tremendo que tenían estos zombies a los que por años habían sido plasmados en las películas de serie B de Hollywood.

—Por cierto, ¿cómo dices que te llamas? —preguntó Aarón.

—Mark. Mark González.

—Si me preguntas, ese suena como a nombre inventado para mí.

Mark no respondió, se quedó callado, sin saber qué decir.

—Yo… —intentó excusarse, pero Aarón lo cortó.

—Ey chico, tranquilo. Para mí da lo mismo si te llamas Robocop o Matusalen. ¿Ya viste el mundo en el que vivimos? —pregunta retórica —. Si alguien quiere cambiarse el maldito nombre, yo creo que tiene todo el derecho a hacerlo. Así que me da lo mismo si quieres o no decirme tu nombre verdadero.

—Yo, eh, este, gracias… creo —respondió Mark, con timidez.

Ambos cruzaron una profunda mirada, una mirada de fraternización, de compañerismo. La mirada de dos hombres que habían pasado por el mismo infierno, combatido los mismos demonios, dos hombres que habían sobrevivido a ese maldito día. Era la misma mirada que comparten los marines el día en que tras meses y meses de agónico esfuerzo, finalmente pasan las pruebas y pasan a formar parte de las fuerzas armadas, sabiendo que juntos pasaron por todas las pruebas y obstáculos y juntos los superaron. Ambos sonrieron, pero eran unas sonrisas tristes, cansadas.

—Ya sé —soltó de pronto Aarón —ya sé por que tu rostro se me hacía tan endemoniadamente familiar.

—¿Por qué?

—Tú eres el chico.

—Okaaaay —dijo Mark en el clásico tono de los adolescentes al dirigirse a los padres.

Aarón ignoró el tono de Mark, o quizá no lo notó, y continuó.

—Tú me salvaste allá en el aeropuerto, ¿no es así?

—Yo, este, ahm, bueno, sí —nuevamente la maldita timidez.

—Tú me salvaste la vida —repitió Aarón.

Se reclinó más, quedando un poco más acostado que sentado, sobre la fría tierra. El fuego calentaba, pero no quitaba del todo el frío. Se quedó observndo a Mark. Éste permaneció en silencio.

Isaac soltó un ronquido mucho más sonoro de lo normal —sacando a Mark y Isaac de la conversación—, se revolvió dentro de la casa de campaña, y quedó acostado sobre el hombro izquierdo, pero por lo demás permaneció igual de dormido.

El chico y el hombre permanecieron callados, recargados cada quien en su respectivo pedazo de tronco, ambos viéndose de frente, con la fogata en medio de ellos. Una oscura nube se cernía sobre sus cabezas. EL silencio se extendió más de lo normal, había algo que debía ser dicho, pero una vez que las palabras fueran expresadas en voz alta, una vez se materializaran, ya no habría vuelta atrás. Mark tomó aire, intentó relajarse y finalmente soltó la bomba.

—Eres consciente de que tarde o temprano tendrás que matarlo ¿verdad?

Más silencio. La Verdad ahí estaba, flotando entre ambos como densa nube tóxica. Mark contuvo la respiración, sin saber cómo reaccionaría Aarón. Escudriño su rostro, intentando encontrar algún atisbo de las emociones que bullían en el interior del alma, pero de nada le sirvió, Aarón mantenía una expresión imperturbable.

—Lo sé —fue su seca respuesta.

En su voz no había miedo, ni vacilación, ni duda. Sólo una clara y fría certeza. Era la voz de un hombre que sabe lo que debe ser hecho y no titubeará al momento de hacerlo. Aarón hizo un chasquido con la boca, intentando sacarse de entre los dientes un pedazo de los frijoles enlatados que habían comido, al tiempo que arrojaba unas frágiles ramas al fuego. Este se avivó momentáneamente, se convulsionó sobre sí mismo y las llamas naranjas se tornaron rojas por un instante, después pareció asimilar el nuevo alimento que le acababan de proporcionar y su crepitar volvió a su estado normal.

Después Aarón siguió afilando la punta de una rama gruesa con uno de los cuchillos que le había robado a un soldado, como si en vez

de zombies, fueran a enfrentarse a vampiros y estuviera preparando una estaca para clavárselas en el corazón.

Mark continuó mirándolo. Sus ojos eran escrutadores. Pero la expresión en la cara de Aarón se mantenía impasible. Aun así Mark supo, lo podía intuir por el lazo creado con Aarón durante esa noche, que el destino de su hermano, el maldito psicópata que había iniciado esa violación masiva (la cual hacía que Mark se sintiera avergonzado de pertenecer a la raza humana), estaba escrito en fuego.

La pesadez del sueño se asentó sobre sus párpados, el arenero comenzaba a echar sus polvos durmientes sobre Mark. La noche se volvió más oscura cuando la medianoche se elevó en el frío cielo y las llamas dejaron de ser alimentadas. Mark se metió a la bolsa de dormir, debajo de esta se abrazó a sí mismo fuertemente, cerró los ojos, y se abandonó a un sueño profundo, después del día más agotador de su vida.

Al igual que Mark y los hermanos Márquez, la gente en la comisaría de policía y Chett en la casa abandonada, todos se abandonaron a un frágil e intermitente sueño. Eso sí, no todos en la ciudad de México pudieron darse el lujo de compartir este mismo destino. Durante la noche siguió habiendo tantos asesinatos, persecuciones, y gente gritando de dolor, como durante el día. Y al día siguiente la cosa no haría sino empeorar…

Pero por ahora, en algunos lugares de la ciudad, la gente que se había atrincherado bien, ya fuera en escuelas, o en pisos altos de edificios, o incluso en las azoteas, descansaban plácidamente, preparándose para un nuevo día, para una nueva batalla que comenzaría al amanecer. Alguna gente creía que la asolación de los muertos vivientes terminaría, que con la llegada del nuevo día, el ejército entraría a la ciudad y los salvaría milagrosamente. Nada más lejos de la realidad.

La verdadera guerra de la humanidad contra los Muertos Vivientes no haría sino empezar con los primeros rayos de luz de un nuevo amanecer.

FIN DEL VOLUMEN 1

Sabado 5 de Agosto de 2017

EPÍLOGO + NOTA DEL AUTOR.

¡Hola! Si estás leyendo esto, eso significa que has llegado al final de este libro (el cuál al momento de escribir esto aún no tiene un nombre definido), lo cual agradezco de todo corazón. Espero que hayas disfrutado este adrenalínico viaje tanto como yo al escribirlo, aunque supongo que al igual que yo y muchos de mis lectores de wattpad, en este momento debes de odiar muchísimo a los hermanos Márquez.

Me agrada el final porque al ser abierto, deja pie a muchas posibilidades para lo que vendrá. Sin embargo viéndolo desde el punto de vista de fanático del género de zombies que me considero, siento que la historia queda debiendo algo. Una explicación del porqué o cómo se originó el virus. Ya sé que la inmensa mayoría de pelis, y las pocas series que hay, se lo brincan, dejándolo a la imaginación del espectador, o quizá a su interpretación. Pero a mí sinceramente esto es algo que no me agrada del todo y siempre (desde niño) he considerado que se debe más a una flojera por parte de los guionistas que a una intención de dejar a la interpretación el origen de los zombies. Ya que lo que importa más en una historia de zombies (incluyo la mía en este apartado) suele ser ver cómo se las arreglan los sobrevivientes durante las primeras fases de un brote zombie, o después, cuando los muertos han asolado el planeta.

Pero aun así, quiero dejarles un pequeño extra, o un nivel bonus, si esto fuera un videojuego, un pequeño regalo, por decirlo de otra forma. El epílogo va a ser la historia de por qué se liberó el virus afectando población civil de una de las ciudades más sobrepobladas del mundo.

Pero antes de que se adentren en la parte que viene, me gustaría aclarar algo: debido a que es un fragmento extra, no forma parte como tal de la historia principal. Así que si les gusta, tómenla como la explicación oficial al libro que acaban de terminar; de lo contrario, tómenlo como lo que es, un pequeño regalo escrito por un fan del género de zombies para ustedes que también lo son.

Sin más me despido de ustedes y los dejo con este capítulo adicional a modo de epílogo. Nos vemos en el siguiente volumen. Eso claro si se atreven a ver morir y matar a todos los personajes con los que convivieron hasta ahora…

Epílogo

El proyecto punta de lanza finalmente estaba terminado. El coronel Schneider vio con complacencia en los ojos hacia los videos que se mostraban en aquella gigantesca e imposiblemente delgada, pantalla de ultra alta definición. Estaban a varios metros por debajo del suelo, en un búnker secreto que la armada de los Estados Unidos tenía adentro del territorio mexicano, al igual que en un par de países más de América Latina, desde donde podían realizar experimentos poco éticos, por decirlo de alguna manera, que en su país, sería prácticamente imposible llevar a cabo (para estos países latinos este era un pequeño precio a pagar a cambio de ser parte del poderío internacional del que pronto formarían parte).

Las imágenes en la enorme pantalla mostraban los resultados de los experimentos de armas biológicas Alpha—A01, los primeros experimentos de su tipo. El espectáculo que se desplegaba ante el coronel era simplemente magnífico. Mostraba las imágenes de algunos prisioneros de guerra, en su mayoría de Europa Oriental, y casi en su totalidad musulmanes (Raúl Sánchez no sabía realmente que tan cerca estaba de la verdad al culpar a los israelíes de lo que pronto se desencadenaría) que de una u otra forma entorpecían u obstaculizaban el avance inexorable de la comunidad israelí en conjunto de los Estados Unidos de América para hacerse con el control global de la información, para juntos superar a todas las demás potencias europeas y asiáticas.

Un nuevo orden mundial llegaría, un nuevo día se avecinaba. El coronel sabía sólo una pequeña porción de todo este entramado plan de conquista mundial. En el fondo sabía que él no era sino un peón más en este tablero gigante de ajedrez que abarcaba casi todos los rincones del planeta. O quizá ni siquiera un peón, sino sólo un pequeño fragmento de éste.

Sea como fuere, conocía el arma de destrucción masiva más poderosa y letal que el hombre hubiera inventado hasta ahora. Un arma capaz de convertir a la población civil de un país rebelde en el enemigo más difícil de combatir para su propio ejército. Un arma tan poderosa que anulaba la necesidad de enviar tropas a suelo enemigo. Las bajas de este lado de la contienda, el lado del coronel Schneider, podrían reducirse prácticamente a cero a partir de ahora.

Continuó viendo las imágenes. Se relamió el labio superior, las imágenes lo complacían de sobremanera. En la escena, se veía un cuarto donde estaban los prisioneros, eran ocho en total, todos ellos hombres del Medio Oriente, guerrilleros curtidos en el campo de

batalla. A uno de ellos le habían inyectado el virus y después los habían dejado a todos allí y cerrado las puertas herméticamente. Querían saber cuál era la tasa de efectividad, de letalidad, del virus. Siete hombres fuertes y diestros en la batalla, contra un solo infectado…

Unos minutos más tarde, los resultados fueron tal como los habían previsto. A los siete hombres incluso les dieron cuchillos de combate, para ponerle las cosas más difíciles al sujeto infectado. Los cuchillos no les sirvieron de nada.

Primero el sujeto 33 perdió el conocimiento. Dos de sus compañeros se acercaron a revisarlo e intentar auxiliarlo, sólo para darse cuenta de que segundos después, había muerto. Pero entonces, el sujeto 33, el infectado con esta cepa final del virus, abrió repentinamente los ojos. Unos ojos envueltos en llamas, inyectados en sangre e inmersos en una furia animal, la furia de un perro rabioso. Se puso de pie violentamente, su cabeza tardó en levantarse, en alcanzar al resto del cuerpo, y por unos segundos quedó colgando hacía atrás, como un poseído en alguna película de terror de poca producción. Después, miró hacia el musulmán que tenía más cerca, y se lanzó hacía él. Los aullidos de dolor que este profirió cuando el sujeto 33 comenzó a morderlo sin piedad en la garganta, fueron suficientes para helarle la sangre al coronel, y eso que él presenciaba todo desde detrás de una pantalla.

El sujeto 33 siguió mordiendo sin piedad la carne, hurgando con los dedos en el estómago de su víctima. Dos corpulentos, aunque bajitos, sujetos se acercaron cuchillo en mano y comenzaron a clavarlos sin titubeos en la carne del sujeto infectado una, otra y otra vez. Primero el hombre pareció no darse cuenta, pero en cuanto su primer víctima cayó al suelo, desvió su atención hacia el hombre de la derecha que lo estaba apuñalando en el vientre, y se lanzó hacia él. Los intestinos le colgaban como una masa viscosa del estómago enredándosele en las piernas. El hombre no sentía dolor alguno. Mordió a su segunda víctima.

El hombre a quien el sujeto 33 había asesinado brutalmente, estaba tendido en el suelo, con la garganta chorreando sangre sobre el frío suelo de piedra. Sin previo aviso, abrió los ojos, se puso en pie y el infierno se desató en esa habitación.

—Suficiente —dijo con tono firme.

El sujeto de sistemas, quien controlaba el sistema de video le puso pausa a la grabación.

—Vaya al final de la grabación —volvió a ordenar.

El chico pulsó unos rápidos comandos en su teclado. Y pulsó un

botón que reprodujo los últimos treinta segundos de la grabación.

Las pantallas mostraban la misma habitación, el mismo cuarto de pruebas para los experimentos de armas biológicas. Sólo que ahora no había hombres allí; sólo ocho muertos vivientes que agitaban de vez en vez los brazos, que arrastraban los pies y lanzaban furiosas dentelladas al aire, con ojos completamente vacíos. El coronel se dio cuenta que los sujetos al ser infectados, sólo daban esas muestras de extrema fiereza y agilidad proporcionada por la adrenalina cuando tenían un humano en frente, sin presas a las cuales perseguir, al parecer entraban en un estado de ahorro de energía.

Después, la pantalla mostraba los primeros segundos de la incineración. El cuarto entero era llenado de llamas. Segundos después, los ocho infectados, junto con el virus, habían dejado de existir.

El virus sería liberado en Playa del Carmen, casi al sur de la frontera de México. Los altos mandos habían decidido que sería ahí, debido a la cantidad enorme de personas que visitaban ese destino turístico desde diversos y muy variados puntos del planeta. De esta forma, nadie sabría si el ataque había sido contra gente de algún país en específico.

Lo que nadie podía anticipar sería la torpeza de un soldado. Un único soldado que sería el responsable de que el virus Alpha—A01 fuera liberado en el centro de la ciudad de México.

Al soldado Álvarez lo había atacado una gripe descomunal, de esa que te hace tumbarte y no querer salir de tu casa en todo el día. Pero si había algo que caracterizaba al soldado Álvarez, era su estoicidad y su renuencia a faltar un sólo día al trabajo, a menos que fuera algo realmente severo, algo que lo incapacitara físicamente de una manera absoluta, algo como romperse todos los huesos de alguna extremidad, o algún derrame interno. No una simple gripa, eso no aplicaba para evitar que el soldado Álvarez cumpliera con su deber.

Desde niño lo único que siempre había querido era pertenecer al ejército, a las fuerzas armadas, ser un representante de la ley y el orden. Quería ser admirado por los pequeños, y respetado por los mayores. Y ahora que por fin había logrado entrar en el ejército, no permitiría que una simple gripa arruinara todo. Cumpliría con su deber cabalmente.

Y esa férrea convicción fue la que hizo que ese día el mundo se fuera al caño para tanta gente como lo fueron Vivian Flores y sus amigos, Milo Vasco, quién en realidad era el Asesino del Metro, a quien la policía llevaba buscando durante meses, el detective y perfilista Norman Hayes, Chett y sus amigos turistas y los dos

hermanos Márquez junto con Mark.

Él pelotón del soldado Álvarez estaba encargado de transportar el virus, claro que ninguno de ellos sabía qué era lo que transportaban dentro de los maletines, las únicas instrucciones eran que debían proceder con la mayor de las precauciones, ya que los viales de vidrio dentro de cada uno de los portafolios contenían elementos altamente peligrosos.

El soldado Álvarez estornudó contra la nuca del conductor de la Humvee, no quiso hacerlo, no fue su intención estornudar sin taparse la boca, pero no quería arriesgarse a hacer un movimiento brusco y dejar caer el maletín que con tanto cuidado llevaba sobre su regazo. Craso error. Si tan sólo se hubiera tapado la boca, o si hubiera ido detrás del asiento del copiloto, o si hubiera dicho a sus mandos que se sentía morir por la enfermedad, o si simplemente esa mañana hubiera decidido no salir de su cama, cuántas tragedias se habrían evitado. Pero como suelen decir por ahí las sabias lenguas, el *hubiera* simplemente no existe, el diablo vive en el *hubiera*.

El conductor, asqueado por la sustancia viscosa y pegajosa que se le estampó en la piel, se llevó una mano a la nuca, en un intento por limpiarse. Cerró los ojos, asqueado al contacto con las mucosidades y giró brevemente la cabeza con una mueca de repulsión en la cara. Desvió la mirada de la carretera, dio un ligero giro al volante, pero su pie no se separó ni un milímetro del pedal del acelerador. Un segundo basto, un segundo de distracción y todo se fue a la mierda. El mundo quedó condenado por ese instante.

Un niño despreocupado, tomado de la mano de su anciana abuela, iba cruzando la calle en ese instante. Si el conductor no hubiera girado esos centímetros el volante, la Humvee hubiera pasado a un metro de ellos sin siquiera tomarlos en cuenta. Pero ahora, cuando el conductor volvió la mirada hacia el frente, vio que estaba a punto de aplastar a esa anciana y a su nieto. Así que hizo lo que cualquier persona con reflejos tan buenos como los suyos haría: dio un rápido volantazo.

La Humvee viró y esquivó a los peatones (eso sí, por centímetros), pero al hacerlo de manera tan brusca y repentina, la camioneta se paró sobre sus dos llantas derechas durante lo que pareció una eternidad para los cuatro soldados que iban dentro, hasta que finalmente las llantas cedieron bajo el peso y la camioneta cayó sobre su costado. La fuerza de la inercia que llevaban por su velocidad fue tal que la camioneta volvió a girar, quedando de cabeza ahora y después dio una vuelta entera de campana, hasta detenerse finalmente de cabeza.

Adentro de la Humvee, los tres soldados que acompañaban al soldado Álvarez murieron casi al instante, con sus cabezas aplastadas por el techo de la camioneta. Los maletines habían salido volando y uno de ellos se rompió y se abrió, esparciendo por el suelo los cristales hechos añico de los viales que resguardaba. Álvarez aspiró una bocanada directa del virus, mientras moría lentamente.

La abuela y su nieto pensaron en la suerte que habían tenido al no ser arrollados, al haber sobrevivido. No podían creer cuán afortunados eran. Pronto se darían cuenta de lo equivocados que estaban. En cuanto el soldado Álvarez fuera sacado de la camioneta por unos buenos samaritanos, y pocos instantes después enloquecido, con los ojos inyectados en sangre y echando espuma por la boca se convirtiera en el primer zombie, en el paciente cero, la anciana y su nieto se darían cuenta que lo más piadoso para ellos —y para el resto del mundo—, lo más afortunado, habría sido ser atropellados por esa Humvee. De esa manera, al menos habrían muerto rápido y se habrían evitado millones y millones de muertes a manos de los zombies…